

«Jamás, corazón»



No sé por qué

TE QUIERO

SCARLETT BUTLER

«Jamás, Corazón»

No sé por qué
TE QUIERO.

SCARLETT BUTLER

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *No sé por qué te quiero*

© *Scarlett Butler*
Noviembre 2016

Diseño de portada y contraportada: Alexia Jorques

Edición y maquetación: Alexia Jorques

<http://alexiajorques.wordpress.com>

info.alexiajorques@gmail.com

Las personas que forman parte de esta historia, sus manifestaciones, hechos o datos, son meramente circunstanciales. No tienen relación con personas reales, vivas o muertas. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Por todo ello, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción, y como tal debe ser interpretada la totalidad de su contenido.

*A mi padre,
Porque, a pesar de no leerte todas mis historias,
sé lo orgulloso que estás de mí.
Te quiero con el alma.*



Índice

[Prólogo](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Amor. Cuatro letras que unidas entre sí engloban tantos sentimientos y que al mismo tiempo son tan difíciles de expresar. Algunos lo describen como mariposas en el estómago. Otros, en cambio, como una corriente eléctrica que recorre el cuerpo de abajo arriba. Una mirada furtiva, un roce sutil en la piel, una sonrisa... suelen ser el detonante que advierte de la llegada de lo que es inevitable. Pero ¿qué sucede cuando uno se enamora de quién no debe, pese a saber que no es lo más sensato o correcto? Todos pensaréis que es simple la respuesta. Meditadlo.

Mientras la mente grita «no» una y otra vez, el corazón va por libre. En él no se manda, no responde a lógica alguna. Se deja llevar y se implica de lleno. Es una montaña rusa que se escapa a nuestro control y que nos arrolla con subidas y bajadas inesperadas. Y aquí es cuando comienza la batalla interna de la razón contra el sentimiento.

Dicen que el amor es ciego. Quizás en esa cita se debería de añadir sordo, mudo y algo estúpido también. Porque seamos sinceros, en cuantas ocasiones uno se ha planteado el motivo de lo que siente por alguien preguntándose «¿por qué te quiero?» sin obtener respuesta.

Si el amor fuera algo lógico guiado por la razón, posiblemente no llegaríamos a enamorarnos en la vida. Sin embargo, uno no escoge de quien se enamora. Dicen los «expertos» que el amor, ese sentimiento de euforia, es causado por las endorfinas. ¡Qué fácil es culpar a las hormonas!

Pasión, lujuria, atracción desembocan con el tiempo en sentimientos incondicionales. Se da todo por la persona amada, te aferras con uñas y dientes a los momentos felices. Intentas hacer a un lado todas las lágrimas amargas que se han derramado, los desplantes y/o los gestos que te causan daño. Porque cuando te enamoras de la persona equivocada, te cierras en banda esperando que algo cambie.

La idealizamos hasta tal punto que dejamos de ser nosotros mismos. Y llegados a ese punto, es cuando uno se vuelve a cuestionar y afirma... No sé por qué te quiero.

Antiliados.

1

Elena

Hoy empieza un día nuevo. Un nuevo año. Una nueva vida. ¿Quién me lo iba a decir a mí unos meses antes? Si alguien me hubiera dicho entonces que iba a dejar mi trabajo, mi casa, mi familia, mis amigas, mi país..., me habría echado a reír, menos mal que no lo hice, porque entonces ellos serían los que se estarían partiendo en mi cara, y con razón. Y aquí estoy, recorriendo el aeropuerto con maleta en mano, mi bolso de imitación a Dolce, porque aunque el sueldo de mi anterior trabajo me daba para eso y más, siempre he sido muy hormiguita y prefiero ahorrar que nunca se sabe. Llevo mis *jeans* azul cielo algo desgastados, pero es que son «los de la suerte», y nunca viene mal una ayudita extra, que a supersticiosa no me gana nadie. Lo de coger aviones no va conmigo.

Recuerdo una vez que me fui con Alba y Oli al Caribe. Las dos llevaban dándome el *pelmazo* años y años, ya que querían ir allí y me decían que pensara en: esas aguas transparentes y cristalinas, esos cócteles al lado del mar, llevar la pulserita esa de «todo incluido»... Al final accedí, pero claro lo del viaje en avión no me lo imaginaba.

Antes solamente había viajado en vuelos de corta duración, tipo Londres o Francia, y aún así me ponía tan histérica que me sentaba en medio y les tenía que dar la mano en el despegue, porque me muero de miedo. Como ellas ya lo sabían, no se les ocurrió otra cosa que darme una pastillita para dormir y, sí, el vuelo lo hice divinamente, porque no me enteré de nada, pero al bajarme me sorprendí, puesto que la gente no hacía más que ponerme malas caras y hacer comentarios por lo bajo. Resulta que me había quedado tan profundamente dormida que roncaba como un hipopótamo, así que la vergüenza que pasé fue menuda. Las dos *graciosillas* no hacían más que reírse. Muy divertido todo —ironía en modo *on*—.

Aparte del Dolce, completo el conjunto con un jersey gris perla a juego con la

bufanda y mi cazadora de cuero. Si Oli y Alba me vieran, pondrían el grito en el cielo al verme vestida así. Sobre todo Alba que siempre va *superpuesta* y tiene que estar radiante, aunque para ser sincera no le cuesta mucho a la muy asquerosa. En mi caso arreglarme me cuesta la vida; sin embargo, ella parece que va así de natural. «Qué mala es la envidia», digo en voz alta ganándome las miradas extrañas de la gente que tengo a mi alrededor en la cola antes de abandonar la maleta a su suerte, porque las tratan con esa *delicadeza*... que espero que llegue tal cual la dejo. Pasado ese momento, ahora llega mi momento *favorito* que es pasar el escáner y dejar todas las pertenencias en las cajas que ponen a tu disposición antes de cruzar el arco. Aún sigo sin entender por qué algunas personas se descalzan y otras no. Yo nunca lo he hecho. Me parece antihigiénico tocar ese suelo, ¡qué grima por Dios!

Recuerdo aquella vez que fuimos al Caribe las tres. A Oli le hicieron descalzarse, y ella, tan fresca, se quitó hasta los calcetines. A Alba y a mí casi nos da algo al verla. Nosotras rojas como tomates; y ella, tan pancha. Así es nuestra querida Olivia, la desenfadada, la espontánea, la extrovertida a más no poder, la que te mete en follones sin comerlo ni beberlo. ¡Esa es Oli! Pero también es la que te ayuda cuando lo necesitas y la que daría un brazo por ti, sin dudar.

Por fin, me toca y dejo todas mis cosas: anillos, pulseras, pendientes, mi portátil, el cinturón, la chaqueta y la bufanda en una de las bandejas. «Por favor, las botas no», voy pensando con miedo según me voy acercando al arco. No es que tenga los calcetines rotos ni sucios, pero tocar ese suelo... ¡Aarggh! También voy medio asustada porque como pite, me da algo. En otro viaje nuestro, esta vez a Amsterdam, Alba pitó y la pobre pasó una vergüenza morrocotuda; estaba toda roja mientras una mujer le pasaba la maquineta esa alargada por todo el cuerpo y le palpaba, que también... será protocolo, pero es un momentazo. ¡Menuda refriega que te dan! Ya llego al arco y por suerte no pito, así que, nada más cruzarlo, me voy derecha a recoger mis cosas y empiezo a ponerme todo corriendo. Cojo mi portátil volando que aún no sé dónde está mi puerta de embarque y quiero llegar de las primeras, porque luego se hace una cola tremenda, y me toca subir de las últimas. Ya que es un trance volar, y sobre todo tantas horas, prefiero subir pronto y

empezar a entretenerme con lo que sea. Llego a las pantallas y ahí está: *Nueva York. Vuelo VLG 7560. Puerta 4*

Allá que voy. Todavía me parece increíble que me vaya a Nueva York. Esto sí que es cortar de raíz y empezar de cero. Pero es lo que toca ahora. Afortunadamente tengo trabajo porque, tal cual están las cosas, ya me veía en el paro durante años. Si no es por Esteban... Esteban. ¡Qué gran hombre! El sueño de toda mujer en su sano juicio. Un hombre elegante, de mirada oscura, que desprende sexualidad por cada poro de su piel y, lo mejor de todo, que bebe los vientos por mi querida Alba. Sí, también es importante que tiene buena posición, dirige una importante empresa de Arquitectura en Madrid y, por consiguiente, le sobra el dinero, pero eso no es lo esencial.

Alba nunca se ha movido por esa superficialidad, por lo que nada de eso la impresionó al conocerlo, pero sí su arrogancia. Porque a ver Esteban es maravilloso sí, pero ese aire de petulante y arrogante no se lo quita nadie. A pesar de eso, yo creo firmemente que eso fue lo que la enamoró. Recuerdo cuando nos contó su encuentro con el «nuevo jefe». Oli y yo no salíamos de nuestro asombro. Allí, en mitad del ruido ensordecedor de la discoteca, nos relató su corto pero intenso encuentro, con el que sería su futuro jefe. Claro que ella en ese momento lo desconocía. Así es Esteban, ese hombre de sonrisa perfecta con el que todas soñamos, pero ya está pillado.

Salgo de mis pensamientos y me dirijo a la puerta de embarque, donde ya está empezando a entrar la gente. Acelero el paso porque no quiero quedarme de las últimas por la cola, bastante agobiante, que se forma en el estrecho pasillo del avión; y en unos cuantos pasos ya estoy en la cola interminable. ¡Al carajo ser de las primeras!, yo que precisamente quería evitarme esto. ¡Qué fastidio!

Me fijo en la gente de mi alrededor mientras estoy en la cola. Delante llevo a una adolescente con esos cascos modernos, que son como los de antes que parece que llevas dos ensaimadas en las orejas, como los de los periodistas en la radio. Sinceramente, no sé cómo no se queda sorda la muchacha porque estoy escuchando

la canción perfectamente y no es otra que *Me and my broken heart* de Rixton. Esa que dice que «lo poco que necesitas en la vida es amor, que tu corazón se recomponga» y no sé qué más chorradas románticas. Y es que de las Tres Marías, la menos romántica es una servidora.

Y allí en ese instante en el que me encuentro, ese estribillo me recuerda uno de los peores trances de mi vida semanas antes...

«Vamos, Elena, ha llegado el momento», me digo a mí misma delante de la puerta de mi jefe, el capullo de Víctor, para animarme, pero ¡joder cómo cuesta! Agarro el pomo y lo giro con más miedo que seguridad, aunque ya de perdidos al río. Entro y lo encuentro pegado a su móvil diciendo cosas bastante poco profesionales para estar en una oficina. Carraspeo y se vuelve hacia mí, asiente con la cabeza y con el dedo índice me indica que en un momento tendré toda su atención. ¡Qué bien! Ya son muchos años que nos conocemos y sé interpretar cada gesto de esa cara de ángel... ¡Elena, céntrate! Vienes a presentar tu despido no a caer en sus brazos..., otra vez. Sí, porque para mi desgracia he sido una de esas muchas que se han acostado con el gran Víctor Cobanes, pero yo he sido más sabia que todas ellas, y no he vuelto a caer. No porque no me haya tentado, porque creerme que este hombre está hecho para el pecado, sino que mi dignidad me lo impide.

Apaga el teléfono móvil y lo deja en su mesa. Se gira y me mira con esos ojos feroces. ¡Dios, qué difícil es estar cerca de este hombre! Por fin, acaba, y ese pensamiento me da fuerza para comenzar a hablar.

—Víctor, necesito decirte algo —le anuncio sin mirarlo a los ojos.

—Dime, Elena, ¿qué es? —me responde mientras hojea unos informes encima de la mesa. Y no es que no lo sepa; pero que me hable con esa frialdad y no me mire como si fuera una de sus muchas conquistas, después de haber compartido una de las mejores noches de mi vida, duele.

—¿Te importaría mirarme a la cara al menos? —Casi le grito hecha un basilisco. Alza su mirada con el ceño fruncido sin saber qué ocurre, pero yo ya voy envalentonada y sigo—: Vengo a presentar mi dimisión. Me marchó, Víctor —le

informo mostrándole un papel y lo dejo caer en su mesa. Sin salir de su asombro pasea su cara del papel a mí y viceversa. No se lo esperaba para nada.

—¿Pero qué estás diciendo, Elena? No entiendo nada. Eres la mejor secretaria que he tenido jamás. —Y sin saber porqué, estallo.

—¡Claro que soy la mejor secretaria que has tenido! Si me has tenido para todo lo que te ha dado la gana. Te he ayudado en el bufete a más no poder, he hecho recados personales entre los que se han contado comprar cositas para tus amiguitas o hacerte reservas de hotel y cenas. —Me inclino sobre su mesa apoyando las manos y le grito casi tocando su cara — : ¿No crees que ya he aguantado bastante? ¡Se acabó!

Víctor no sale de su asombro y, el muy imbécil, empieza a sonreír. ¡Pero de qué coño va este tío! ¡Uf!, me está entrando de todo y no precisamente algo bueno... Me separo y comienzo a andar hacia la puerta cuando me llama.

—Elena, déjate de chorradas y vuelve al trabajo. —Mientras me suelta esto, rompe la carta de dimisión. «¡Pero este tío es imbécil del todo!».

—No me importa que rompas la carta. Puedo sacar otra sin problemas. Ojalá todo se arreglara tan fácilmente. —Vuelvo a girarme y oigo un fuerte golpe. Ha dado un manotazo a la mesa. Me vuelvo bruscamente y lo veo rojo de la ira. Aquí se va a liar una gorda...

—¡Qué cojones crees que estás haciendo! ¿Piensas que por hacerte la ofendida por haberte dado una de las mejores experiencias de tu vida, voy a aceptar que te vayas? Eres de las mejores en tu trabajo y no voy a permitir que me dejes. Tú siempre has sabido de qué iba todo eso, porque precisamente sabes cómo soy con las mujeres. No ha nacido la que me ate. Yo solo las disfruto, y créeme que ellas también lo hacen. Tú misma puedes dar fe de ello.

¡Bueno, bueno, bueno! No doy crédito a lo que me está diciendo el muy mamón. Definitivamente, Víctor es imbécil integral y le dan apagones cerebrales.

—Claro que lo sé y, aunque fue una noche increíble, también doy fe que me

arrepiento muchísimo. Nunca debió ocurrir. Yo lo hice por razones bien distintas a las tuyas, y lo sabes. Ya estoy harta, Víctor. No puedo seguir aquí, porque no es sano para mí. Desgraciadamente, he sido una más de tus innumerables amantes y no me perdono haber sido tan tonta. No puedo más. Siempre he sabido que solo era sexo por tu parte, pero yo estoy irremediablemente enamorada de ti y necesito cerrar esto ya. Entiéndelo. Tengo que encontrarme a mí misma de nuevo. —Intento apelar al poco de humanidad que confío aún le quede—. No sé por qué te quiero, pero lo hago. No quiero pensar en ti cada minuto del día, no quiero necesitarte, no quiero morirme de rabia pensando si estás con alguien, no quiero sentir tu frialdad, no quiero arrastrarme más. ¡Ya no lo aguanto! Sacaré otra carta de dimisión, pero, en cuanto salga por esa puerta, no volverás a verme nunca más. Adiós, Víctor. Te diría que te deseo lo mejor y, aunque suene vengativo, no es así.

2

Eric

Parece mentira la cantidad de trabajo que el director de una revista puede llegar a tener, aunque si hubiera vuelto antes de España, el trabajo sería menor. Sin embargo, no podía abandonar a mi hermano, al amigo por el que daría la vida, y ese es Steven.

Aún recuerdo cuando estábamos en la universidad y éramos inseparables. Hasta llegaron a pensar que éramos pareja, las risas en ese momento fueron de escándalo. La rubia y la morena, que dieron por hecho aquello, comprobaron en propias carnes que no lo éramos. ¡Qué tiempos aquellos! «Todo cambia en la vida», como diría mi madre, y esa etapa pasó para dar lugar a otra. Una nueva en la que mi mejor amigo está casado, y más que felizmente casado y a punto de ser padre. A veces me parece increíble que mi amigo vaya a serlo, ser responsable de alguien más que no sea el mismo, pero «cuando se conoce al amor de tu vida, no hay nada que hacer». Las palabras de Steven se quedaron grabadas a fuego en mi mente el día que me las dijo, en la fiesta de aniversario de la empresa de su padre.

Ojalá tuviese su misma suerte y encontrase a alguien como Alba, aunque creo que como esa chica no puede haber dos. Tras la fiesta, lo que sucedió, fue la pesadilla de la que me quería despertar al siguiente milisegundo en el que me dijeron lo que había ocurrido: el accidente, Steven en coma, los padres de mi amigo destrozados, y Alba como un fantasma. Entonces descubrí el poder que tiene el amor, que todo lo puede, que todo lo vence y que todo lo consigue, pues estoy convencido que si él salió de allí fue gracias al tesón de Alba de no abandonarlo, de persistir y luchar por él, cada día a su lado, sin dejar de sostenerle la mano, literalmente. El día que salió del coma, recuerdo que estaba camino al hospital y que di tal grito de alegría en el taxi que el hombre quiso echarme a patadas de allí pensando que iba borracho. «Dios, gracias por hacer milagros. Alba, gracias por

traerlo de vuelta», dije, siendo esas las primeras palabras que pronuncié cuando logré calmar al taxista, pero nunca reconoceré haber sido tan *moñas*.

Y sí, la montaña de trabajo es apabullante, pero no dejaría de repetir las mismas acciones que hice en España, ni de estar donde se me necesitaba. Ahora el que necesita ayuda soy yo, por suerte mañana llega mi nueva asistente, y debo asumir que estoy intrigado. Se trata de nada más y nada menos que de Elena, una de las mejores amigas de Alba. Mi hermano habló conmigo hace unos días y me pidió el favor de contratarla. Sinceramente, nunca me ha gustado hacerlo con gente que viene recomendada, pues si la persona en cuestión es un puto desastre, la relación con el *amigo recomendador* puede irse a la mierda. Pero claro, se trataba de Alba, la mujer de Steven, y no podía negarme. No sé muy bien por qué se ha trasladado a vivir a la Gran Manzana ni si viene con algún novio o marido, aunque eso es lo que menos me importa. Como les dije a ellos, conque sea eficiente y trabajadora me sirve.

No hablé demasiado con las amigas de Alba con todo el jaleo del accidente, y tampoco en la boda, ya que, aparte que estuve entretenido con una empleada de la empresa Collider, cuando centro mi atención en una mujer, todo lo demás se desvanece a mi alrededor. Solo espero de ella que sepa cumplir con su trabajo y que no me cree malos rollos con Steven ni con Alba. Miro la pantalla de mi móvil y blasfemo una maldición al ver que se trata de mi socia a la que no soporto, ignoro la llamada y llamo a la redactora jefe de la revista para empezar a desembrollar esta maraña de trabajo que aumenta por momentos.

3

Elena

—Señorita, avance que nos quedamos en tierra.

Me ha vuelto a pasar. Absorta en mis pensamientos ya no oigo la música de la adolescente, porque ya ha cruzado la puerta de embarque mientras me he quedado como una estatua recordando mi salida del gran bufete. Tras eso, me fui unos días sola a reencontrarme conmigo misma como les dije a Alba y Oli, pero realmente lo que hice fue estar sola para poder llorar todo lo que necesitaba sin tener que sentirme culpable por tener a mis dos amigas a mi lado compadeciéndose de mi desgracia, de la que me alertaron muchísimas veces. Precisaba ese espacio temporal, aislada de todos y así lo hice. Mis padres se espantaron al verme viajar sola, pero debía ser de esa manera, para mí era tan esencial como respirar, y así actué. Vuelta a la realidad, avanzo hacia la puerta y, tras entregar mi tarjeta de embarque y DNI, me dirijo al avión.

Por fin, me coloco en mi asiento y, antes de apagar el móvil, veo que tengo varios mensajes. Entre ellos, los de Alba y Oli en nuestro grupo. Ambas me desean lo mejor. No es que no lo hayan hecho ya diez millones de veces, pero quieren hacerme saber que siguen ahí y por eso se han dedicado a mandar sesenta y ocho mensajes que leo rápidamente, porque sino no me da tiempo a ver las otras conversaciones. Tras ver todos sus buenos deseos y también sus desvaríos sobre que me eche un buen neoyorquino a la espalda cuanto antes, leo los de mi madre que sigue angustiada por irme tan lejos. La entiendo, pero me gustaría que ella se esforzara un poco más en comprender que el cambio era necesario. Espero que se acostumbre, venza su miedo a los aviones y venga a visitarme, porque yo, entre que me instalo, me adapto y comienzo a organizar todo, no creo que en los próximos meses pueda volver a España. Y a pesar de todo, respiro tranquilamente al saber que me va a ser imposible volver. Por ahora no quiero hacerlo. Deseo evitar a toda

costa cualquier encuentro o vínculo con él. Sé que es injusto para el resto, pero ahora mismo es lo que siento.

Una azafata se acerca y me dice que vamos a despegar y debo desconectar el teléfono móvil, así que lo guardo en mi bolso y allá vamos. Una nueva vida llena de esperanza me espera. No importa lo duro que vaya a ser porque en este momento sé que lo que debo hacer es irme cuanto más lejos mejor, cuanto más distancia haya, mi salud mental me lo agradecerá. Necesito encontrarme de nuevo, volver a ser la Elena fuerte y segura que he sido siempre. Toqué fondo, estuve en el infierno y como reza un vídeo viral de los que circulan por Internet: *No son las veces que te caes, es cómo te levantas.*

Tras un vuelo agotador de varias horas, llego a Nueva York y ¡caray! Todo es enorme. «Para poder mirar donde terminan los rascacielos tienes que doblar el cuello porque si no es imposible», me dijo Esteban y, viendo cómo es el aeropuerto, empiezo a entender sus palabras. Una vez recogidas las maletas, me dirijo a la salida donde él me informó que alguien de la empresa estaría esperándome para llevarme a mi nuevo apartamento. La verdad es que si no hubiese sido por su ayuda y la de Alba, habría sido bastante difícil hacerlo todo yo sola. Han sido estupendos.

Efectivamente, cuando llego a la puerta de salida encuentro a un negro de dos metros con un cartel con el nombre de la empresa: *I LOVE FASHION*, y debajo mi nombre. Me acerco al *armario empotrado* y le hago saber que soy la persona que está esperando. Sin dirigirme una sonrisa, coge mis maletas y le sigo por todo el aeropuerto casi corriendo, porque este hombre da una zancada mientras yo doy cinco pasos. Llegamos a una limusina negra increíble y, cuando me abre la puerta para entrar, no me puedo creer que vaya a viajar en este cochazo. ¡Qué viva Nueva York! ¡Si mi vida va a empezar así, me apunto! Hacemos el trayecto con música clásica de fondo. El *armario* me explica que hay una botella de champán fresquita en un compartimento de los miles que tiene esta limusina. ¡Menuda bienvenida! Ni

corta ni perezosa abro como puedo la botella, porque eso de abrir el corcho de las botellas a veces se me resiste, y *palante*. Esto es un lujo en toda regla. Empiezo a admirar la ciudad desde el interior de la limusina y me voy quedando pasmada de ver todo tan GRANDE. Es alucinante. En menos de veinte minutos el coche para y el *armario* — como cariñosamente le he bautizado — me hace saber que hemos llegado.

Cuando bajo del vehículo, sigo sin creérmelo. Estamos enfrente de un edificio de apartamentos que se parece bastante al de Carrie en *Sexo en Nueva York*. Visto el desparpajo de mi conductor, prefiero no preguntar nada. Como tenga un vestido como el de la protagonista en la película, no sé si podré contenerme o ponerme a gritar como una loca. Ya me enteraré. Sube mis maletas y, cuando entramos en la casa, siento unas ganas tremendas de gritar y llorar al mismo tiempo, pero por primera vez en meses no es de dolor sino de alegría. El *armario* me entrega las llaves, se despide y se marcha dejándome sola en ese pedazo de apartamento de lujo. Suelto el bolso al suelo y, entonces sí, me pongo a chillar como una loca, y torrentes de lágrimas se unen a mi griterío. Pronto soy consciente que pueden oírme los vecinos y no me apetece que la policía neoyorquina se presente mi primer día en la ciudad, así que me tapo la boca con la mano y al menos sofoco los gritos.

La fachada no tiene nada que ver con el interior que es *megaenorme*. Es como si el portal fuera una puerta astral y te llevara a un lugar completamente diferente a lo que te esperarías. Es gigantesco. Nada más pasar el umbral de la puerta, me encuentro en un gran salón con suelos de madera con líneas *beige* y marrones en el suelo, un par de butacas modernas y un sillón parecido a un diván situado alrededor de una mesita de cristal donde hay flores frescas. Un gran piano negro domina la estancia y, un poco más allá, otro par de sillitas en torno a una mesa pequeña, también de cristal, termina el conjunto... ¡de una parte! Al otro lado, hay una gran mesa de cristal rectangular con diez sillas alrededor. En las paredes hay cuadros enormes que seguramente no serán del tipo Ikea, sino que costarán millones de dólares. ¡Y la luz! Es mediodía y grandes cantidades de sol bañan el salón, no me

extraña con esos ventanales desde el suelo hasta el techo. Increíble. Decido seguir investigando y me dirijo a mi izquierda por un pasillo que me lleva a la cocina. La boca se me queda abierta y colgando. Si mi madre me hubiese visto ya me habría hecho algún comentario gracioso de los de ella tipo «en boca cerrada no entran moscas». Si el salón es maravilloso, la cocina no se queda atrás. En cuanto a tamaño, es más reducida que el salón, pero por lo demás es igual de imponente: armarios de madera maciza, un frigorífico de acero inoxidable de dos puertas como los que hemos visto toda la vida en las películas americanas, de un lado de la encimera sale una gran tabla de granito que hace de mesa con cuatro sillas alrededor y el resto de electrodomésticos también de acero inoxidable. Ya no puedo alucinar más, pero me da que me equivoco.

Sigo mi *tour* por el apartamento. El pasillo es una auténtica obra de arte: suelos idénticos a los del salón, cuadros gigantescos de arte moderno, paredes de madera y estanterías de cristal. La siguiente habitación, que encuentro junto a la cocina, es el baño. Dentro de toda la majestuosidad que llevo ya, no me impresiona tanto, aunque es maravilloso igualmente. Lavabo de cristal, grifo de los inteligentes, del que sale el agua cuando pones las manos debajo, y la ducha doble con puertas enormes. Salgo del baño y la siguiente estancia es la habitación, y ésta, al igual que el salón, está bañada en luz dados los grandes ventanales que tiene en tres paredes. La cama es tamaño *queen size* seguramente, allí puede dormir media familia numerosa por lo menos. Nada más entrar a mano izquierda, hay dos butacas junto a una mesa pequeña de madera. En una esquina entre dos grandes ventanales, hay una pequeña librería repleta de libros, un escritorio y otra silla de arte moderno.

Pero lo mejor es descubrir a la derecha de la cama una puerta de madera que suponía era otro baño. Al abrir la puerta, me quedo maravillada y vuelvo a sentirme Carrie Bradshaw. ¡Es un gran vestidor! ¡Dios mío de mi vida! Ni que fuera bruja. Hace apenas unos minutos lo estaba imaginando y ahora lo tengo delante de mí. Según voy avanzando se encienden luces. ¡Como en la película de *Sexo en Nueva York!* A ambos laterales, hay millones de perchas vacías, cajones de madera y una estantería desde el suelo hasta el techo para poner millones de zapatos. ¡Yo no tengo

tantas cosas para rellenar este asombroso lugar!

Cuando creo que ya no me quedan más sorpresas, salgo de la habitación y me encuentro otra sala: una biblioteca. Igualmente decorada en madera, está llena de estanterías atiborradas de libros, una mesa blanca en el centro con cuatro sillas alrededor y, lo mejor de todo es que, junto a uno de los grandes ventanales, hay una especie de diván blanco con una barra metalizada en un lateral. ¡Dios! ¡Leer aquí debe ser el paraíso!, con la vista de la ciudad a tu lado y entrando esa potente luz.

Ni siquiera me he acordado de llamar a mi madre para avisarle que estoy bien y que ya he llegado al destino. Me he quedado tan impactada desde que he salido del aeropuerto que se me ha olvidado por completo. Ya seguiré investigando el apartamento más tarde. Le mando un wasap cortito y me lanzo derecha a llamar a otra persona. Necesito que me dé unas cuantas explicaciones.

Eric

Tengo todos los músculos del cuerpo machacados. Ya no recordaba que John fuera tan cabrón, pero es el tío que las tira a matar. Es un compañero del gimnasio, al que voy a boxear, y el tío es un *crack*, a sus veintiocho años es, sin duda, una joven promesa del boxeo. Ya me gustaba hacerlo en la universidad, Steven puede decirlo por todas las palizas que le di. Menos mal que luego tengo a mi fisioterapeuta personal para que me destroce el cuerpo y relaje todos mis músculos fatigados, y es que Annie es una de las mejores fisioterapeutas que hay. Lástima que a veces confunda las cosas y se crea lo que no es. Es cierto que alguna vez le he dejado claro lo mucho que me gustaba su *trabajo*, y las cosas han pasado a otro plano, pero es que es una mujer explosiva y conoce unas posturas que...

El teléfono vuelve a sacarme de mis lascivos pensamientos en este instante, y lo lanzo contra la cama al ver que vuelve a ser mi socia. ¡Pero qué coño quiere! Dejó las cosas muy claras hace unos meses: «Tú te ocupas de tu revistita de moda, y yo me encargo de ser la cara bonita de nuestra empresa». Resumiendo, pasa totalmente de lo que suceda en *I love Fashion*; al contrario que ella, yo me desvivo porque todo salga a la perfección, como debe ser. No sé por qué no para de llamarme sin

descanso. No me apetece nada escuchar su estridente voz, mucho menos verla. El timbre de la puerta suena, y dejo de pensar en ella para soñar con el magnífico cuerpo de Annie que me recibe con el uniforme de la clínica en la que trabaja, algo más descocado. Hoy viene cañera y, a juzgar por mi entrepierna, me parece que el masaje va a ser algo más que profesional.

—Hola, Eric. ¿Estás preparado? —Desvía su mirada a mi pantalón que parece que está respondiendo por sí solo mientras yo le sonrío. Deja la camilla portátil en la puerta y se acerca a mi oído para susurrarme, animando aun más al amiguito de los pantalones—: Si quieres podemos probar el masaje tántrico... —No necesito que me diga nada más para lanzarme a su cuello y besarla con verdadera urgencia. El resto del cuerpo puede esperar.

4

Elena

—¡Pero dónde narices me has traído a vivir! —le grito en un tono bastante desesperado. Seguro que la pobre Alba se ha tenido que despegar el aparato del grito que le he metido.

—A ver, Elena. ¿Qué te pasa? No me digas que no te gusta el apartamento, porque déjame decirte que Esteban me habló maravillas de él y, aunque yo no he podido verlo en persona, estoy segura que te ha llevado a lo mejorcito de Nueva York —me contesta Alba con esa voz enamorada que se le ha puesto desde que conoció a su pijo arrogante.

—Te llamo precisamente porque esto es el paraíso, Alba. ¡Pero tú te crees que a mí me hace falta todo este lujo! Tú me conoces mejor que nadie y sabes que nada de esto es necesario, ¡por Dios! —No sé cómo explicarle toda la incomodidad que siento en ese momento, siendo tratada como la reina de Saba cuando había huido a Nueva York queriendo pasar lo más desapercibida posible.

—A ver, Elena —empieza Alba en tono tranquilizador—, lo único por lo que tienes que preocuparte es por empezar allí esa nueva vida que tanto deseas y que sé que necesitas como el agua. No eches cuentas al lugar donde vives, si es más lujoso o no. Sólo preocúpate por empezar en la revista, en esa nueva vida y poder disfrutar al máximo posible de todo. Te lo mereces de una buena vez.

Y allí está mi Alba, a millones de kilómetros de distancia, calmándome con sus palabras y haciéndome sentir como si estuviera a mi lado. Una emoción bastante familiar se apodera de mí y se me hace un nudo en la garganta. Pero no, no puedo dejar que las lágrimas hagan acto de presencia, sobre todo ella, no se lo merece. Hago de tripas corazón para poder hablar.

—De acuerdo, intentaré hacerte caso, pero se me hace muy difícil con todo esto a mi alrededor. Yo no quiero aprovecharme de nada ni de nadie y mucho menos aparentar lo que no soy.

—¡Ay!, Elena, ¿quién piensa eso? Que yo sepa nadie. Pero para que te quedes más tranquila, te voy a pasar a Esteban y hablas con él, ya que ha sido él quien se ha ocupado de todo. No te agobies más, por favor. Te lo pido como antojo, anda... — me dice con voz tierna, y así es imposible negarse.

—¡Ja, ja, ja! Eres increíble, Alba. Por cierto, ¿Cómo va todo? Te he atacado desde el principio y no te he preguntado nada. Lo siento, pero comprende mi impresión...

—No te preocupes más. Todo va perfectamente. La niña sigue haciéndose notar, y Esteban está como loco. Se le ha ocurrido una locura que aún estoy planteándome... —me suelta, dejándome con la intriga.

—¿Qué es esa locura? Espero que se esté portando bien, mira que como te haga sufrir lo más mínimo mando todo a la mierda y me voy en el primer vuelo a sacarle los ojos a quien sea. —Vale, quizá me pasé un poco, pero aún tengo dentro mucha rabia y a la mínima salto.

—¡Ja, ja, ja! No es nada malo. Aquí el lumbreras, está empeñado en que me haga un book mientras estoy embarazada y a mí me da una vergüenza terrible, pero le hace tanta ilusión que casi me estoy dejando convencer. Ya te contaré. Ahora te lo paso. Y Elena, recuerda mis palabras. Te quiero.

—Me parece una idea estupenda. Es un recuerdo muy bonito, Alba. No seas tonta y hazlo. ¡Me muero por ver esas fotos! Yo también te quiero, Albita —le recuerdo el apelativo cariñoso que Esteban tuvo con ella desde un principio. Oigo una risa al otro lado y Esteban me contesta inmediatamente. Al igual que su mujer, «qué bien suena eso», me tranquiliza y me explica que el apartamento, en el que voy a vivir a partir de ahora, es suyo. Me quedo alucinando cuando me lo aclara y algo más calmada sabiendo que no lo ha buscado aposta para mí. Había llegado a pensar que tenía otra idea de cómo soy, y estaba aterrorizada.

Tras haber pasado el susto inicial, comienzo a deshacer las maletas. Mi madre, la pobrecita como siempre muy preocupada, me vuelve a preguntar por enésima vez que cómo nos vamos a comunicar y también por enésima vez le digo que por Skype podríamos vernos y, por el móvil, enviando wasaps. Después de un rato intercambiando mensajes, finalmente puedo empezar a deshacer el equipaje. El agotamiento del viaje, el *jet lag*, la impresión de mi nueva casa y la llamada a mi querida Alba son los causantes de que me vaya directa al dormitorio sin hacer caso a mi estómago que ruge como un león en plena selva. Sorprendida al descubrir que las persianas son automáticas — lo cual me llevó entender unos largos diez minutos —, me meto en la cama sin preocuparme de nada. Duermo plácidamente, como un lirón, sin despertarme en las siguientes quince horas.

Sobre la una de la tarde, me levanto y me alegro inmensamente que Esteban pusiera persianas porque está todo bien oscuro. Es un detalle, ya que fuera de España es raro verlo, así que es una gran felicidad, a mí que me encanta la oscuridad total para dormir. Afortunadamente es domingo, así que tengo todo el día para terminar de instalarme, ir poco a poco adaptándome e ir buscando mi nuevo trabajo e investigar cómo iré mañana.

Me preparo un café cargadito. ¡Si es que hasta tengo la compra hecha! Desde luego, este hombre es una joya. Cómo me agrada que mi Alba lo conociera y se enamoraran, porque ella es maravillosa, pero él no se queda atrás. Están hechos el uno para el otro. Aún recuerdo lo intensa que fue su historia de amor: el descarro de Alba cuando estaba con él, cosa que nunca había hecho; el momento que Alba se dio cuenta del *engaño* de Steven; el terrible accidente de tráfico que lo decidió todo; y su impresionante boda en la azotea del Círculo de Bellas Artes. Me quedo ensimismada recordando tantas cosas que casi no me doy cuenta de la hora. A este paso no conozco nada de la ciudad, corro al dormitorio, me visto con un chándal, unas deportivas y me hago una coleta alta. Cojo las llaves, el monedero y el móvil, y empiezo a investigar la Gran Manzana.

La primera parada es el cuartito del portero. Me presento y empiezo a hacer preguntas sobre la ciudad. Una amable señora latina me informa en un inglés,

bastante españolizado, dónde puedo encontrar una oficina de turismo para adquirir mapas y poder desenvolverme mejor en la *city*. Cuando le digo que soy española, parece que nos conociéramos de toda la vida, comienza a hacerme cuestiones, de todo tipo y a contarme su vida. Es increíble cuando sales de tu país y encuentras a gente que habla tu idioma, lo *hermanísimos* que nos podemos hacer. Tras veinte largos minutos de charla encantadora, me dirijo al punto de información turística que por suerte está bastante cerca del edificio. No dejo de mirar hacia arriba y de ver esos rascacielos que te dejan con la boca abierta. ¡Y la gente! Es exactamente igual a las películas. Personas a borbotones en las aceras y el humo que se ve en las *pelis* por las calles, ¡es totalmente real! Estoy alucinando. Este lugar va a ser mi hogar los próximos meses... no doy crédito todavía.

Llego a la oficina, y un chico jovencito muy mono me da un montón de papeles: mapas de metro, folletos de lugares imprescindibles que debo visitar, informaciones sobre bonos de metro y transportes... Vamos que me voy más cargada que una mula. Saco mi teléfono móvil, en el cual llevo apuntada la dirección de la revista, donde mañana comenzaré a trabajar como ayudante de la dirección, y busco la forma de ir.

Afortunadamente, no parece muy difícil y, tras unas cuantas paradas de metro, llego. Por fuera el edificio es impresionante. Uno de los típicos rascacielos con muchas plantas y arriba del todo un gran letrero donde se puede leer: *I LOVE FASHION*. Da un poco de vértigo, y no me refiero a lo gigantesco del edificio sino adonde he llegado y lo que voy a empezar a hacer. Vengo de ser una simple secretaria de un imbécil integral y mañana seré secretaria de la dirección. Ya le dije a Esteban que no estoy segura de saber hacerlo bien. ¿Y si no estoy a la altura? Supongo que no debe distar mucho ser secretaria en un bufete que en una revista de modas. Estaba tan feliz de haber conseguido este trabajo que ni me preocupé de preguntar en qué consistía. Esteban insistió en que confía plenamente en mi capacidad. Después de todo, mi carrera en Empresariales no me la quita nadie, aunque jamás haya ejercido. Pero como decía mi gran heroína Escarlata O'Hara: «Ya lo pensaré mañana».

Continúo mi periplo por esta gran ciudad que parece que te vaya a engullir cada vez que miras hacia arriba y ves la enormidad por todas partes. Me dirijo a Times Square siguiendo las instrucciones de los folletos que el informador turístico me ha dado. Cuando llego, no doy crédito. Pensaba que no podía asombrarme más, pero aún es posible. Esas pantallas con mensajes pasando a cada segundo, esos carteles de musicales que cubren edificios enteros... Me quedo absorta en ese sitio, sin poder articular palabra ni moverme. Hasta que un señor me empuja, no soy consciente de donde estoy. Y es que la ciudad será preciosa y todo lo que tu quieras, pero la gente va tan a mil por hora como en Madrid, y ni se paran cuando encuentran a un poste de mármol, como soy yo en este momento.

Salgo de mi abstracción y veo uno de los típicos puestos de *hot dogs*, de esos que ves en las series y haciendo caso a mi rugiente estómago, me lanzo a comprarme uno. Una vez que lo tengo en mi poder, lo devoro. ¡Me encanta! Cuanto más grasiento, mejor. ¡Que viva el colesterol y los triglicéridos! Pero ya se sabe, «allá donde fueres, haz lo que vieres». Me siento en una plaza cercana, en la típica fuente llena de ejecutivos y secretarias que almuerzan lo mismo que yo o una simple ensalada para volver a su jornada laboral lo antes posible. Y allí, por primera vez, soy realmente consciente de donde estoy. Observo a la gente, las prisas, los ejecutivos, algunos empresarios que seguramente se dirigen a un lujoso restaurante a comer, no como sus pobres empleados. Adonde quiera que mires, hay gente. ¡Esto es Nueva York! Si algo describe a esta ciudad es el bullicio, el ruido... ¿Paz? Necesito algo de tranquilidad antes de volver al apartamento y preparar todo para mañana. ¿Central Park? Allí es donde tengo que ir a buscar ese remanso de calma.

Vuelvo a mirar el mapa y me dirijo a buscar el parque. Menos mal que he tenido la brillante idea de ponerme las deportivas, porque, después de lo que estoy andando, voy a llegar muerta a casa. ¿Casa? ¿Puedo sinceramente llamar casa al apartamento de Esteban donde voy a vivir los próximos meses? Más me vale porque es lo único seguro que tengo en esta colosal ciudad. Tras casi cuarenta y cinco minutos andando, llego al soñado Central Park. Es tal cual sale en la

televisión. Ya me parece que lo conozco después de haber visto tantas series de televisión y películas que se han rodado allí. A la entrada veo carteles que te van orientando de los lugares que abarca ese increíble lugar, y es que mide 341 hectáreas según la guía. Hay *tours* de todo tipo: a pie, en carroza tirada por caballos, en bici, en góndola... ¿En góndola? Alucinando me quedo al leer el panel de información a la entrada del parque. ¡Lo que no hagan estos americanos!... Empiezo a adentrarme en las espesas praderas verdes. Hay gente haciendo *picnics*, *footing*, en bicicleta, familias enteras jugando al rugby... Me paro en mitad del césped algo alejada de la gente, porque necesito sentir esa paz sin demasiados sobresaltos, y respiro profundamente. Abro los brazos y los subo haciendo varias respiraciones largas y pausadas, como si hiciera yoga. Echo de menos mis clases de yoga en el centro, con mis compañeros. Borro ese pensamiento instantáneamente. Aquello es el pasado, está atrás. Ahora solo queda concentrarse en el presente, ni siquiera en el futuro. Será lo que tenga que ser.

Me tumbo un rato en ese césped que calienta los rayos del sol y cierro los ojos. Me quedo en ese estado durante varios minutos en los que pierdo completamente la noción del tiempo. Solo siento. El sol me calienta la cara, oigo gritos de niños y adultos, pero están muy lejos, apenas se perciben. Me concentro en sentir esa tranquilidad que fluye como un torrente de paz y felicidad. ¡Dios! Hacía tanto que no me sentía así, que ya no lo recordaba. Entonces oigo música. Abro los ojos e intento seguir el sonido de la misma. Me levanto rápidamente y me acerco a una zona atestada de gente. ¡Madre de Dios, es un concierto en pleno corazón del parque! Pero esto no es lo más. ¡Es Ellie Goulding cantando la canción *Outside* con Calvin Harris! Me quedo muerta allí mismo. La gente está animadísima entonando el estribillo y, de repente, me veo sumergida en ese buen ambiente acompañando a los demás.

Y como si un resorte me empujara a ello, me pongo a dar saltos como loca mientras canto junto a desconocidos, a los que les gusta mi energía, y se unen a mí danzando como si estuviéramos poseídos. No me preocupa nada. Solo quiero vivir este momento, bailar, saltar, gritar, liberarme... Eso es lo que siento a miles de

millas de mis seres queridos que me apoyan y se preocupan por mí, aquí sin conocer a nadie, me siento LIBRE. Tras los minutos que dura la canción, dejo de saltar porque se me va a salir el hígado por la boca como siga. Los americanos a mi lado me aplauden y vitorean como si hubiese ganado la guerra o algo por el estilo. Yo hago alguna reverencia en agradecimiento y aplaudo junto a ellos para terminar escabulléndome en cuanto puedo. Sorprendentemente, creo que no me he puesto colorada, porque no siento calor en las mejillas, bueno un poco sí, pero debe ser del ejercicio que acabo de pegarme con tanto saltito. Ha merecido la pena, porque he vuelto a sentir esa sensación de felicidad que hacía mucho que no recorría mi cuerpo, y una enorme sonrisa se ha instalado en mi cara en mi viaje de regreso al apartamento. Y es que hoy, por fin, la vida ha vuelto a tener color.

Eric

No sé qué me ha pasado de repente. ¿Qué es lo que se ha apoderado de mí que no puedo quitarle los ojos de encima? No consigo verle el rostro, solo veo su silueta bañada por el sol dorado. La veo por detrás, lleva una coleta alta y un chándal en tonos oscuros que marcan sus curvas de forma... interesante. Está alejada del resto de la gente, resguardada entre varios árboles. Es como si quisiera mimetizarse con el paisaje y ocultarse del mundo. Parece más como si necesitara esconderse y pasar desapercibida, pero a juzgar por ese cuerpo y ese pelo largo recogido, debe ser hermosa. ¿Por qué esconderse?

Entonces estira ambos brazos como si se dispusiera a hacer yoga y su pecho comienza a subir y bajar lentamente debido a las profundas respiraciones que está llevando a cabo. No puedo dejar de observarla, como si no existiera nada más para mí en este momento. Se tumba en el césped y cierra sus ojos. ¿Por qué los cierra? No puedo verlos. No sé de qué color son ni qué forma tendrán. Me acerco un poco más, pero sin hacer demasiado ruido, como si me acercara a un animal herido. No es mi intención asustarla y que se marche corriendo, mas quiero ver esos ojos.

Es como si mi cuerpo actuara por propia voluntad y mi cerebro no pudiera

ordenarle que pare. A pocos metros de distancia, hay algo que me detiene. Abre sus ojos y empieza a mirar hacia todos lados. ¿Se habrá dado cuenta de mi presencia? Es imposible, porque me he agachado como si estuviera haciendo estiramientos tras correr durante varias horas, lo que realmente despeja mi mente cuando estoy agobiado. Parece que el destino, ese en el que mi buen amigo Steven cree tan firmemente después de haber encontrado a su Albita, me hubiera puesto ahora y en este lugar. Veo que sigue la música, se dirige al concierto que tiene lugar hoy aquí y, al llegar, se pone a saltar como una loca y a cantar. ¡Por Dios!, si parece que la ha poseído el Demonio. Sin embargo, aún así sigo intrigado, no consigo que mi cuerpo obedezca a mi mente e irme de aquí. Nada se me ha perdido aquí, pero... en uno de sus saltos de loca, ella se gira y logro en décimas de segundo verle la cara. El caso es que me resulta familiar, como si ya la conociera.

¿Por eso estoy aquí? ¿Había algo que me empujaba a descubrir quién era? ¿Por qué la conozco? No vuelve a girarse y la canción está a punto de terminar, así que tomo otra posición para tenerla de frente. Consigo ver su cara, sigue resultándome conocida. Es como cuando hueles el perfume de una persona o de un lugar y tienes esa sensación familiar, pero no terminas de descubrir a qué o quién te recuerda. En uno de esos saltos, me mira directamente con esos ojos castaños llenos de expresividad y esa sonrisa dibujada en su bello rostro, y es como si Cupido me hubiera lanzado una flecha, porque siento cosquillas por todo mi cuerpo, en especial en mi estómago. ¿Qué es esto? Yo nunca me he sentido así ni he creído en esas gilipolleces. Y en esa milésima de segundo en la que me ha mirado, lo he descubierto. Es Elena, la amiga de Alba, que mañana va a empezar a trabajar en mi revista, en el despacho contiguo al mío, pues es mi próxima secretaria. Estoy jodido.

5

Elena

Llega el día. Hoy empiezo el nuevo trabajo. Mi llegada a Nueva York ha marcado un antes y un después en mi vida, y el día de hoy lo hará en el terreno laboral. Estoy tan nerviosa que apenas he dormido unas cuatro horas. Debería estar cayéndome de sueño, pero, al contrario, estoy más que despierta. Me voy preparando el café mientras me visto. Para este primer día, elijo un pantalón largo de vestir en negro, una *top* palabra de honor azul marino a juego con un collar de cuentas ovaladas en tonos azules y blancos. Me subo a unos tacones negros que estilizan bastante y me dejo el pelo suelto. Como dice Oli: «Ante la duda, siempre suelto». La ropa interior la cuido, como mi madre siempre repite: «Nunca se sabe lo que puede pasarte, y si algo ocurre siempre hay que ir conjuntada y muy limpia». Escojo uno de los conjuntos de encaje que me traje de España en tonos blancos.

Me bebo el café rápidamente y apenas me tomo un par de galletas. Tengo el estómago cerrado. Lo malo de esto es que en un par de horas voy a estar hambrienta. Friego la taza y el plato, recojo todo, agarro el bolso portafolio negro que Alba y Oli me regalaron como despedida, y me lanzo a la calle. Hoy no tengo mucha idea de cómo llegar, así que decido coger un taxi y allá que voy. En menos de quince minutos el taxi me deja en la puerta del gran edificio que a partir de ahora será mi nueva oportunidad. Creo que inconscientemente esperaba tardar más, pues la ansiedad de este primer momento me está costando un gran dolor de estómago. Solo espero que no me dé por vomitar, porque menuda primera impresión...

Salgo del taxi tambaleándome, debido a los nervios que se están empezando a apoderar de mí. Respiro hondo un par de veces con los ojos cerrados y me dirijo a la puerta giratoria que está enfrente de mí. Lo que me sigue impresionando es la cantidad de gente que hay en esta ciudad, incluso tan temprano. ¿Es la ciudad que nunca duerme? ¿O esa es otra? Ya estoy divagando, pensando tonterías. Cada vez

estoy más nerviosa y solamente espero no fastidiarla después que Esteban y Alba hayan confiado en mí. Cruzo la puerta con cuidado que no me arreen con ella, porque la gente va a la velocidad del rayo y no se paran a comprobar si te dan. Entro en el enorme *hall*, a la derecha hay varios ascensores, y a la izquierda, escaleras. En el centro de éste, hay una mesa enorme y alta que intuyo debe ser información donde hay tres mujeres en ella y ¡vaya mujeres! Se me desencaja la mandíbula al verlas. Acabo de encogerme diez centímetros por lo menos. Las tres son altas, aunque estoy convencida que van subidas a unos taconazos de espanto, y con pelo recogido; una castaña, otra rubia y una morena. ¡Guapas no, lo siguiente! Mínimo modelos, pues menudas curvas que tienen. A pesar de llevar traje de chaqueta, se ve que tienen unos cuerpos de escándalo. ¡Por Dios!, ¿qué hago yo aquí? «No te amilanes, Elena», me digo a mí misma para animarme y me acerco al mostrador.

—Buenos días. Mi nombre es Elena Ferraez. Me incorporo a la dirección de la revista... bueno como asistente de dirección, quiero decir —indico, titubeando. «Genial, Elena. Tu da argumentos para que te coman, porque, según te están mirando, les falta escupirte y pisarte cual vil cucaracha».

—Buenos días —me contesta la diosa número uno en un inglés perfecto—, el señor Reynolds aún no ha llegado, pero puede usted subir a la última planta y esperarle allí... Perdone un momento. —La diosa número uno me deja para contestar el teléfono. ¿Tendrá poca vergüenza? Que soy la nueva asistente de la dirección de la revista. Habrase visto. Estoy indignada. Vale que no me tenga que adorar, pero ¡hombre! un poquito de atención no me vendría mal—. De acuerdo, señor Reynolds, así lo haré. —¡Uy!, ha llamado mi jefe. ¿Saldrá algún código en la pantalla del aparato y por eso me ha dejado con la palabra en la boca?

—¿Era el señor Reynolds? —indago muerta de la curiosidad, quizá demasiado. Se va a pensar que soy una cotilla.

—Sí, señora. El señor Reynolds me acaba de comunicar que suba usted a la última planta para que Julia le haga un breve *tour* y así vaya familiarizándose con la

empresa.

—De acuerdo.

—Diríjase usted a los ascensores del final y suba a la última planta. Al salir, la señorita Julie la estará esperando para empezar el *tour* —me dice la rubia, «seguro oxigenada», con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Quién es la señorita Julie? —pregunto yo, aún pasmada de los modales de estas tres.

—La redactora jefe, obviamente —espeta la diosa número dos, que debe de estar harta que esté allí aún molestándolas.

—Muchas gracias, señora... —No debe pillar que estoy esperando que me diga su nombre, porque me sonrío falsamente y se gira para hablar con las otras dos diosas. Será antipática la *modeluchi*.

Me doy la vuelta y me dirijo al ascensor, no voy a perder más el tiempo con esta atontada. Entro al ascensor con otras veinte personas. ¿Pero cómo puede ser tan enorme? Esta gente lo hace todo a lo grande o no viven. Tras casi cinco minutos en los que el ascensor no ha dejado de subir y bajar sin descanso, llego a la última planta y nada más abrirse las puertas, una chica con sonrisa dulce me mira. Debe ser Julie y ¡madre mía!, si las de abajo eran *modelazos*, ésta no se queda atrás. Alta, el pelo recogido en un moño, gafas, lleva un traje de chaqueta y pantalón en tonos grises con unos zapatos de tacón negros a juego con una camisa blanca.

—¡Hola! Tú debes ser Elena. Yo soy Julie. —Se acerca tendiéndome la mano en un tono cariñoso. ¡Por fin, un poco de humanidad! Le doy la mano y a la vez le respondo.

—¡Hola! Encantada. Efectivamente, soy Elena. Es un placer conocerte, Julie. Permíteme decirte que eres la primera que se dirige a mí como una persona normal y no como si fuera menos que un mosquito —le expongo de forma agitada. Quizá me he pasado de la raya... Bajo la mirada algo inquieta esperando una respuesta por parte de Julie.

—¡Ja, ja, ja! Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, Elena. Ya entenderás cómo es la gente que se mueve por aquí, pero supongo que te refieres a las tres brujas de Eastwick, como las apodamos cariñosamente las chicas y yo. No te preocupes. Son así con todo el mundo. Aunque lleves aquí media vida —me lo va comentando mientras me hace un gesto para que empecemos a caminar, pero de pronto se detiene—, bueno... con todos no. Con el jefe, el señor Reynolds, es otra historia.

Por la cara que me está poniendo, ya estoy viendo a las tres *oxigenadas operadas* babeando con el jefazo. Típico. Le sonrío de vuelta, y me agarra ligeramente por el brazo poniéndose a mi lado, andando junto a mí.

—Ya iremos hablando, aunque créeme que tú misma te darás cuenta poco a poco de todo. Te voy a llevar a dar una vuelta por la revista antes de acompañarte a tu despacho para que te instales. El señor Reynolds no debería tardar mucho ya.

Me gusta esta chica. Parece simpática y se la ve agradable. Espero que seamos buenas compañeras, quien sabe si amigas. Julie es la redactora jefe y me va explicando cosas de la revista mientras me lleva por varias zonas: la redacción, área de diseño gráfico, coordinación editorial... Me presenta a tantas personas que me es imposible retener tantos nombres y caras. He conocido a mucha gente, pero aún no hay ni rastro de Eric. Bueno, del señor Reynolds. La verdad es que se me hace difícil llamarle señor después de haberle visto bailar en la boda de Alba con una servilleta en la cabeza haciendo el garrulo y mimetizándose con el ambiente de las bodas en España.

Seguimos con el *tour* hasta que llegamos a un despacho con la puerta cerrada. ¡Es enorme! Es un despacho amplio, con ventanales grandes. Una mesa de cristal gigantesca se encuentra al fondo con una silla de *office* en negro con ruedas justo delante de una gran ventana con una hermosa vista de la ciudad. En un lateral hay un sofá en tonos claros que parece bastante cómodo y caro; en el otro, hay una puerta de madera corredera. Según me acerco, me da un vuelco el corazón al leer la placa de la puerta:

ELENA FERRAEZ

Secretaria Dirección

¡Es mi nombre! ¡Y en letras grandes! ¡Ufff!, esto es demasiado. Aguanto las ganas de ponerme a gritar como loca. Julie se acerca mientras yo soy presa de toda esa emoción que contengo.

—Y este es tu despacho a partir de ahora —me explica mientras abre la puerta lentamente. Si ya estaba emocionada, cuando abre la puerta, creo que voy a ponerme a llorar como un bebé. El despacho es muy amplio, aunque claro no tanto como el de mi jefe. También está amueblado en tonos claros. La mesa es de madera en blanco, la silla que está junto a ella es negra como la de mi jefe, y, delante de ésta, hay otra de menor tamaño, pero con mucho estilo también. Hay ventanas que iluminan la estancia. En un lateral hay una puerta. Me dirijo hacia ella y descubro que es un pequeño archivo con armarios de cajones donde supongo se guardarán documentación sobre la revista. Julie se me acerca y debe haberme visto la cara, porque me pone una mano en el hombro.

—Tranquila, Elena, todo poco a poco. —En ese momento es lo que más necesito, que alguien me tranquilice y me apoye. Desafortunadamente, mis amigas y familia no están cerca para hacerlo, así que es a lo que me agarro.

—Gracias —le agradezco, girándome. Cierro la puerta, y volvemos al despacho del *jefazo*, que sigue sin llegar. Me estoy empezando a impacientar, porque yo quiero... necesito empezar ya a trabajar, y sin él por aquí, no creo que pueda hacer nada...

—Bueno, yo ahora te tengo que dejar. Mi despacho está al final del pasillo. Cualquier cosa que te haga falta, no lo dudes y huye a mi despacho. Si te parece, nos vemos a la hora de la comida, y me cuentas qué tal va el día.

—Vale, Julie. Muchas gracias. Perdona, una última cosa, ¿qué hago mientras el señor Reynolds llega?

—Quédate por aquí. Puedes ir instalándote en tu despacho. No debe tardar

mucho más. Es bastante británico en eso de la puntualidad, a pesar de no tener una gota de sangre británica. Ya lo irás descubriendo. Y por el señor Reynolds, no te preocupes. Es un gran jefe. Exigente, metódico, estricto, pero un buen jefe.

Bueno tan solo lo vi un par de ocasiones en España y no crucé muchas palabras con él, así que será como empezar desde cero. Le sonrío a Julie, y ella, con esa sonrisa radiante que siempre parece llevar puesta, se marcha. Y allí me quedo yo, sola en ese gran despacho, sintiéndome extraña. Espero que mi jefe tarde poco en llegar, porque no me gusta nada esta sensación. Me marcho a mi despacho y miro por la ventana. Que digo ventana, ¡ventanal enorme! Demasiado para este despacho, no es como el del jefazo, y aún así me parece exagerado.

Eric

Increíble. ¡Qué puntualidad! Siendo amiga de Alba, ya me la imaginaba llegando a todo correr y despeinada, pero no. Definitivamente, no tiene nada que ver con ella. No me explico qué es lo que me ha paralizado en la acera de enfrente de mi edificio. Tengo que moverme, entrar al *hall* como cada mañana, lanzar algunas sonrisas maliciosas a las recepcionistas que me miran desnudándome con la mirada y me suben el ego, dirigirme al ascensor, encontrarme con varios redactores que me asaltarán con millones de preguntas y comentarios sobre los temas que estamos trabajando, llegar a mi planta y seguir aguantando redactores que no cejan en su empeño de amargarme desde primera hora de la mañana. Aún no entiendo cómo no hay gente que no comprende que hasta después de un primer café en mi despacho, no estoy operativo.

Después de tantos años y nada. En fin, intento andar, pero no puedo. La veo acceder al rascacielos tan elegante, portando con ese portafolios, tan profesional, tan... tan distinta a cómo se la veía ayer en el parque. Saco mi teléfono y mando a las *Tres brujas de Eastwick*, como las llama todo el mundo, que envíen a Elena con Julie. Ella se encargará de darle una buena bienvenida. Sin esa mujer en la revista, no sé cómo podría sobrevivir. «¡Dios!, ¡Eric, espabila!». No sé porqué soy incapaz

de dar un paso. ¿Por qué me impone tanto esa mujer? Sacudo la cabeza intentando despejar la mente y me dirijo a por mi primer café a la cafetería de al lado, pero hoy no lo subiré a mi oficina. Me lo tomaré allí. Así evitaré otro ratito a mi nueva ayudante. ¡¿En qué hora acepté que fuera mi secretaria?!

6

Elena

Estoy embobada contemplando la Gran Manzana por la ventana. Paseo la mirada del ventanal al interior del despacho donde me encuentro. Me parece increíble estar aquí. Mi mente quiere hacer memoria de todo lo que me ha ocurrido en los últimos meses, pero no se lo permito. A cambio, comienzo a dar vueltas por la oficina sin saber qué hacer. Entonces oigo un silbido a mi espalda y me quedo paralizada. ¿Quién será?

—¡Guau! No sabía que los ángeles se interesaran por la moda. —Oigo que me halaga un hombre. ¿Reconozco esa voz? No, definitivamente, no es el señor Reynolds. Me giro y veo a un hombre alto, de pelo corto y oscuro, con unos ojos azules intensos. Lleva una camiseta de manga larga en tonos oscuros a juego con esos ojazos preciosos, pantalón negro largo, y deportivas del mismo color también. Observo que en su mano izquierda sostiene una cámara fotográfica que debe valer una pasta. Vale, es fotógrafo de la revista y, por la pinta y lo que me ha dicho, un ligón de turno.

—Gracias por el cumplido, pero créame que soy una persona de carne y hueso —le digo, sin apartar la vista, no se vaya a pensar este tipejo que me intimida. Por favor, universo, otro Víctor no.

—¡Ja, ja, ja! No, si que eres de carne y hueso ya lo veo, ángel. Y vaya carne... —me piropea, mirándome de arriba a abajo empezando a hacer que me sienta incómoda.

—Bueno, ¿quieres algo en especial? —le pregunto sin achicarme, pero con ganas de que se largue.

—Vaya, ya me tuteas. Eso es buena señal. Te he visto con Julie, así que debes

ser nueva. Siempre que alguien llega, el jefe se lo encasqueta a la pobre. Lucas Hamilton —se presenta, acercándose y extendiendo su mano derecha para que se la estreche—, y como verás soy fotógrafo —me indica sacudiendo la cámara.

Le miro la mano y finalmente me decido a estrechársela. Error. En vez de darme el típico apretón, la coge y la besa como los caballeros de otra época. A ver si en cuanto le diga mi nombre y me suelte otra gilipollez de ese estilo se larga. Con una sonrisa más falsa de lo normal, ahora es mi turno.

—Diría «encantada», pero por ahora no lo estoy.

—¡Guau, ángel! Qué directa eres, me gusta. ¿Y tu nombre es?

—¿Por qué me preguntas por mi nombre si ya lo sabes? —le increpo dejándolo atónito. Entonces me acerco a la puerta y señalo la placa.

—Nos ha salido lista la nueva asistente... —bromea con sorna, posando sus ojos en la placa—. Elena... no está mal, pero casi que prefiero ángel.

—Muy original. ¿Algo más? —le inquiero, intentando echarle, pero ni con agua caliente se larga este tío.

—Hmmm... la verdad es que sí. Cada nuevo miembro del equipo debe tener una ficha completa con sus datos y, aunque eso ya te lo darán, de las fotos me ocupo yo, así que vamos allá —me explica, detrás del objetivo de su cámara, enfocando hacia mí.

—¿Es en serio? —le consulto sin salir de mi asombro—. No creo que para esas supuestas fichas, tengas que hacerlas en mitad de una oficina.

—Chica lista... pero primero hay que tomar unas previas a las definitivas, y quisiera ver cómo das en cámara, ángel.

—¿Si acepto, te marcharás y me dejarás en paz? —le escudriño con una paciencia infinita.

—Por supuesto, ángel. Tengo muchas cosas que hacer, aunque no lo creas —me aclara sin mirarme mientras está preparando su cámara.

—Está bien, como quieras —acepto resignada.

Lucas empieza a enfocarme a través de su cámara y dispara sin parar. Yo no sé qué hacer, puesto que, en mitad de un despacho que no dejen de tomarme fotografías para vete tú a saber qué, es un poquito raro y molesto. Perdiendo la paciencia, le pregunto de repente:

—¿Ya has terminado?

—Casi, casi... pero ahora apóyate en la mesa ligeramente.

Pero bueno... ¡éste qué se cree!, ¿que soy una modelo? Anonadada, empiezo a negar con la cabeza, pero debe parecerle raro, porque se para confuso apartando su ojo del objetivo y afirmando con la cabeza.

—Vamos, ángel, te prometo que son las últimas. Quiero que te apoyes en la mesa y que te pongas el pelo a un lado, por el hombro derecho por ejemplo. Dame ese gusto, ángel, y te juro que me voy.

—Lo haré si prometes que dejarás de llamarme «ángel» —le pido en tono de exasperación. Lucas se sonrío y sigue fotografiándome.

A pesar de ser una soberana estupidez, decido hacerle caso, porque sino este tío no se va a marchar de aquí. Ya tendré tiempo de eliminar esas fotos. Me pongo el pelo como me sugiere, dejando ver mis pequeñas perlas azules hasta ahora ocultas por mi larga melena. No sé la de veces que le da al disparador. El muy engreído no deja de sonreír, de reconocer que lo hago muy bien e insistir en que me plantee ser modelo, y bla bla blá. Seguro que con esta palabrería barata más de una modelo cae rendida a sus pies.

No es por lo que me dice, pero de alguna forma la situación se me ha vuelto cómica y me hace gracia, así que empiezo a sonreír abiertamente. Debe ser algo muy bueno, porque Lucas se anima y sigue disparando instantáneas, pero ahora se desplaza por la habitación buscando otros ángulos. Instintivamente, me giro hacia donde él se encuentra cambiando de postura. ¡No me puedo creer que esto me esté gustando! Lucas hace bromas y no deja de decir lo maravillosa que soy y que, desde

este momento, soy su modelo preferida. Este chico es total. Estoy tan abstraída en esta improvisada sesión, que no me percaté de que hay alguien observándonos en la puerta.

—Vaya, vaya. No sabía que ahora el despacho de mi asistente era tu nuevo estudio, querido Lucas. —Me paraliza, porque ahora sí que me es conocida esa voz. ¡No puede ser! A pesar de haber cruzado pocas palabras con él en España, reconozco la voz de Eric. ¡Dios!, ¡qué mala pata la mía! Ahora que trabajo para él, me ha encontrado haciendo esta tontería, así que ya me puedo ir despidiendo de comenzar con buen pie. Congelada como estoy, soy incapaz de girarme para mirarlo hasta que la voz de Lucas me saca de mi estado.

—Ya me conoces, Eric. Cualquier lugar es bueno para tomar unas fotografías y más cuando un tesoro como este me inspira. —Reparo en que le contesta de forma bastante amigable. Ahora hemos pasado de ángel a tesoro, como si el fotógrafo fuera Gollum y yo fuera el anillo codiciado.

—Una pena que pienses así. Me gustaría comenzar a trabajar y necesito a tu «tesoro» para ello, así que, si eres tan amable, vuelve a tu estudio con tus modelos y déjanos sacar adelante esta revista.

¿Su tesoro? No, no, no. Yo soy una profesional y esto no es lo que parece, me gustaría decir, pero creo que va a ser inútil. Bastante avergonzada, me vuelvo y, por primera vez desde que estoy en Nueva York, oteo al amigo de Esteban. Ya casi no lo recordaba. Lleva un traje negro, camisa blanca y corbata negra a juego. Su pelo oscuro, peinado hacia atrás, es impecable. Él parece perfecto. Ojos negros, y barba incipiente. Atlético, eso está claro, aunque con el traje lo disimula bastante. En España recuerdo que sonreía más... Claro que después de la estampa que se ha encontrado en su oficina, el primer día de trabajo de su nueva asistente, no me extraña que tenga esa cara de rancio.

—Señor Reynolds, yo siento esto... pero el señor Hamilton me dijo lo de las fotos para las fichas de los empleados nuevos y... bueno... como usted no llegaba... —¡Dios! Pero ¿se puede divagar más? Tierra trágame, es lo único que

viene a mi mente.

—Señorita Ferraez —se dirige a mí, analizándome como si me perdonase la vida—, en cuanto acabe con el *juegucito* este de modelo, la espero en mi despacho.

Atónita. ¿*Juegucito* de modelo? ¡Pero este hombre que se ha pensado! Vale que la situación no deje mucho a la imaginación, pero también podría ser algo más amable, aunque sea por nuestros amigos en común.

—Tesoro —me llama Lucas, sacándome de mis pensamientos—, será mejor que lo dejemos para otro momento. —¿Otro momento dice? Este tío ha perdido el norte.

—Lucas, ni ahora ni en otro momento. Ya me he dado cuenta que es una de tus estratagemas para ligar, pero atiéndeme un momento, chiquitín —le invito, haciendo el gesto de que se acerque con el dedo índice, cosa que es naturalmente un movimiento engatusador como él entiende, y accede al instante.

—¿Sí, tesoro? —Asiente, poniendo voz ronca como para crear tensión sexual, que he de aclarar que no aparece por ningún lado, aunque el chico lo intente, y esté como un tren.

—Conmigo no tienes nada que hacer, y además ya habrás notado la inexistente química entre nosotros, así que no te esfuerces tanto. —Tras decir esto, me dirijo a por mi portafolios y salgo de mi propio despacho muy digna. No voy a volver a cometer el error de dejar que un hombre como él, me engatuse. Con un Víctor en esta vida ya he tenido suficiente.

—Me partes el corazón, tesoro. Pero no te preocupes que no desisto. Ya sabes lo que dicen: «El que la sigue, la consigue».

Quiero seguir replicándole cuando se marcha con ese aire chulesco, dejándome con la boca abierta. Genial, Elena. Acabas de llegar a tu nuevo trabajo y ya tienes a un moscón que no va a parar hasta conseguirte — palabras de él —, y mi jefe está más que cabreado por haberte encontrado jugando a las *modeluchis*. Esto pinta fatal. Con toda la dignidad de la que soy capaz, hago varias respiraciones profundas y me

encamino al despacho del señor Reynolds.

—Siéntese, por favor —me pide sin levantar la vista. Yo obedezco, pero cuando quiero hacerlo, no hay sillas. Reviso cada uno de los lados y no sé dónde leñes quiere que me siente. Al ver que no lo hago, levanta la cabeza y me pregunta mirándome directamente a los ojos.

—¿Hay algún problema?

—No... verá, es que no sé dónde pretende que me siente.

—Pues en el sofá, señorita Ferraez, ¿o ve usted algún otro asiento disponible en este momento? —Cabreado es poco. Me siento en el sofá, algo incómoda, pero lo hago, no vaya a ir la cosa a peor.

—Normalmente nos reuniremos en su despacho para tratar los temas relacionados con la revista. Por eso, no es necesario tener otra silla en mi oficina —espeta mientras se le ve repasando varios documentos concienzudamente.

—De acuerdo, señor Reynolds.

Advierto que respira hondo, deja los papeles, se levanta y se dirige hasta el sofá. Se sienta a mi lado y, aunque sea un sofá cómodo, no es que sea muy grande, ¿o lo era? No sé qué pasa, pero entonces veo que el sofá... la habitación es demasiado pequeña de pronto. Le noto muy cerca y la respiración se me agita. Siento calor en las mejillas. ¡Por Dios!, que no me esté poniendo colorada... más vergüenza no. Saco un cuaderno de notas de mi portafolios y una pluma, regalo de mis padres para mi nuevo trabajo. Mientras lo hago, siento que me observa, pero no habla. ¿Cuánto tiempo se pasa así? ¿Ahora tengo que levantar la mirada y encontrármelo mirando?

Ya sé que acabo de decir hace unos minutos que no quiero otro Víctor en mi vida pero... ¿por qué me provoca estas reacciones? «¡No, Elena! No pienses así. Levanta la vista, porque eres valiente y vas a empezar de cero», me digo a mi misma tratando de infundirme algo de valor. Lo miro y me encuentro con unos preciosos ojos oscuros que me observan. ¡Guau! Este hombre es guapísimo. ¿Cómo

es que no me fijé en España? La respuesta ya la sé, pero prefiero no ahondar en ella.

—Creo que no hemos comenzado con buen pie, señorita Ferraez. Si le soy sincero no esperaba encontrarme a mi nueva asistente haciendo de modelo con Lucas. Especialmente, después de cómo Esteban y Alba me han hablado de usted. Entiendo el influjo que Lucas tiene en las mujeres de esta revista, pero pensaba que era usted, no sé... diferente.

Bueno, bueno, bueno... Como siga por ahí me va a importar un bledo quien sea y que de él dependa mi futuro, porque el guantazo se lo lleva.

—No sé qué idea será esa que se ha hecho hoy de mí, pero le aseguro que estoy más cerca de la de Esteban y Alba que de la que acaba de ver en ese despacho. No me gusta criticar a las personas, porque cada uno es como es, y mientras no interfieran en mi vida, me da igual, pero por lo poco que he podido ver ese Lucas es todo un Don Juan, y créame que estoy muuuuuuy lejos de querer mantener cualquier tipo de relación con ningún hombre. Yo he venido aquí a trabajar y a ganarme la vida, como llevo haciendo desde hace muchos años. Simplemente, estaba esperándole cuando él ha llegado y me ha dicho lo de las fotos. Se ha animado y ha empezado a hacerme cambiar de postura sacándome una sonrisa, cosa que creo no es ningún pecado. Así que si usted ve algún problema ahí, déjeme decirle que, a veces, las apariencias engañan.

¡Chúpate esa, *jefazo!* Si este tío se cree que me voy a amilantar, va listo. No me conoce a mí. Al mismo tiempo no puedo dejar de pensar que este hombre era completamente distinto cuando coincidí con él en España. Era sonriente, amable, le vi hacer varias bromas. No entiendo nada. Quizás en otro ambiente donde no dependa todo de él, se comporte así. Pero un poco de amabilidad, no creo que lo mate.

—Bien, me alegro que hayamos aclarado este punto. Y no es que me importe que usted tenga cualquier tipo de relación con Lucas, aunque no creo que a su amiga Alba le hiciera mucha gracia que tuviera que llamarla y contarle ciertas cosas...

—¿Pero qué está diciendo? —De la rabia me pongo de pie de un salto. ¡Quién

se cree que es para insinuar tal cosa!—. Ya le he explicado que no estaba ligando, aunque así lo pareciera. Yo no estoy aquí para liarme con nadie sino para sacar adelante un trabajo. Le agradezco la oportunidad que me ha ofrecido al contratarme sin saber nada de mí, simplemente, porque soy amiga de quien soy. Pero si piensa que eso le da derecho a hablarme así, prefiero marcharme y no volver más. No le voy a consentir que me trate de esta manera. ¡Ya lo he soportado durante años y precisamente por eso estoy aquí! —Esto último se lo grito. Fenomenal, ya puedo ir pensando en coger un avión a España. El hombre está pálido. Me he pasado tres pueblos y un par de aldeas.

—Elena, ¿por qué puedo llamarte así, verdad? —me pregunta dulcemente mientras se levanta y me agarra por los hombros. ¡Oh, oh! Un escalofrío me recorre entera. No me he dado cuenta que estoy temblando. Pensaba que era por la rabia, pero desde que ha puesto sus manos en mis hombros tiemblo más.

—Cla... claro, —consigo articular.

—Siento mucho lo que acabo de decir. No tengo perdón. No era mi intención provocar este enfrentamiento. Tu vida personal me es completamente ajena, y tampoco tengo ningún derecho a meterme en ella, así que vamos a empezar de nuevo si te parece.

Elena

Lo veo que me suelta, se gira y sale de la oficina. ¿Pero qué hace? Oigo que llama a la puerta y entra con una sonrisa esplendorosa. Esa es la que yo le conocí en España. Se acerca a mí y me extiende la mano.

—Buenos días, soy el señor Eric Reynolds. Dueño y señor de la revista *I love fashion*. ¿Y usted es? —No puedo evitar sonreírle y darle la mano.

—Encantada. Soy Elena Ferraez y mucho me temo que soy su nueva secretaria. —Esto le hace reír. Dios, ¡qué risa! Desde que me ha tocado, miles de corrientes se han apoderado de mí y una sonrisa tonta se ha instalado en mi cara. ¿Qué está

ocurriendo? Él tampoco deja de sonreír. De repente, una alarma luminosa se enciende en mi cabeza y soy consciente de que esto no está bien. Le suelto la mano. No sé qué hacer porque no habla. Será mejor que rompa yo el hielo, pero soy incapaz.

—Encantado, Elena. Y dime, antes de que empecemos con la vorágine del trabajo, ¿qué te parece Nueva York?

—Por lo poco que he podido ver, porque estoy como quien dice recién aterrizada, me fascina. Es todo colosal. Me recuerda a Madrid, que es mi ciudad de toda la vida, pero aún tengo mucho que explorar.

—Poco a poco. Si quieres puedo recomendarte sitios que visitar y restaurantes a los que ir.

—Eso sería genial. Gracias, Eric —le contesto con gesto bastante relajado. Pasado el mal trago, me encuentro bien en su compañía.

—¿Y cómo están mis amigos Esteban y Alba? Quiero llamarlos, pero desde que he vuelto he estado poniéndome al día y no encuentro tiempo ni para descansar.

—Pues bastante bien. A Alba ya se le nota la tripita. No he conocido a una pareja más feliz antes. Ayer mismo hablé con Alba por teléfono y parece ser que a Esteban se le ha ocurrido una idea alocada, bonita sí, pero conociendo a mi Alba se va a morir de la vergüenza. —Entre carcajadas consigo terminar la frase. Eric está sorprendido, así que le desvelo el misterio pronto—. A Esteban se le ha ocurrido que vayan a un estudio a hacerse un reportaje fotográfico de Alba embarazada.

—Es una idea preciosa. No es que me parezca mal, pero nunca antes había visto así a mi amigo y me tiene alucinado. Me alegro enormemente por él y por Alba. Ella es fantástica.

—Ya lo creo, sí lo es. ¿Qué te voy a decir yo? —le respondo con tono melancólico. ¡Ay, cómo echo de menos a mi gente!

—Bueno entonces ¿empezamos? Ya nos hemos entretenido suficiente —me

dice Eric sacándome de mi estado—. Vamos a sentarnos, Elena. Lo primero, quiero que hablemos un poco de tu experiencia profesional. Alba me dijo que has sido secretaria en un bufete de abogados durante años. —El bufete... El estómago se me encoge al recordar todos aquellos años. Pero eso ya no me afecta, ya no debe hacerlo, así que corro un velo sobre ello y me centro en el de ahora.

—Así es. Los últimos cinco años de mi vida los he dedicado a eso. No es que haya estudiado secretariado ni mucho menos, pero cuando terminé la carrera de Empresariales es lo único a lo que podía optar y me quedé cinco años. —«Sufriendo», me quiere recordar la mente, pero no es el momento de la autocompasión.

—Ya veo... Entonces no tendrás mucha idea de lo que hace una secretaria de dirección de una revista —afirma muy serio. Normal. Este hombre debe ser un santo para contratar a una persona que ha sido secretaria durante años, pero que tiene la suerte de tener los amigos idóneos.

—Sinceramente, no, Eric, pero aprendo rápido. Ya ves, yo estudié algo completamente distinto a lo que hice en los últimos años. Estudié Empresariales en la universidad, pero, de un modo u otro, no he podido ejercer mi carrera. El trabajo en España no es que abunde precisamente y al tener que buscarme la vida, pues encontré ese trabajo en el que, como ya te he dicho, he estado durante años y no es por echarme flores, pero creo firmemente que lo hice bastante bien.

—No lo dudo. Lo primero me gustaría explicarte cuáles van a ser tus funciones en la revista. Como mi secretaria, estaremos trabajando codo con codo. Soy muy exigente en mi trabajo, ya que esta revista depende solo y exclusivamente de mí. Soportarás mucha carga de trabajo, te lo advierto, pero creo que el resultado merecerá la pena.

—De acuerdo. —Voy tomando notas mientras me explica todo lo que tendré que hacer a partir de ahora, que se reduce a llevar prácticamente todo: hablar con redactores, editores, maquetación... Y en resumidas cuentas, sobre todo, ser la barrera ante Eric para que le lleguen las menos quejas y problemas posibles. ¿Pero

dónde me he metido?

—¿Lo tienes todo claro? Espero que así sea, porque tenemos que sacar adelante una revista y no podemos perder tiempo —me recalca con el semblante serio.

—Sí. Supongo que iré aprendiendo con el rodaje, pero lo esencial lo tengo. ¿Por dónde empezamos? —Y dicho y hecho. Vamos a mi despacho, donde nos reuniremos a partir de ahora como me ha informado hace un rato, y de una carpeta *megaenorme* saca varios papeles. Empezamos a pensar temas antes de la reunión con los redactores. No sé cuánto tiempo estamos allí hasta que suena su teléfono móvil. Se disculpa y sale del despacho dejando mi mesa llena de miles de papeles. No sé por dónde encentar.

Por suerte, tarda poco en volver. Se sienta de nuevo, y volvemos a ponernos manos a la obra. Deben pasar varias horas, porque, de repente, mi estómago ruge. Intento contraerlo hacia dentro, pero el sonido es inevitable. Espero que no se haya oído mucho, porque menudo día de pasar vergüenza que llevo. Si lo ha oído se ha hecho el sueco. A los pocos minutos, alguien llama a la puerta y abre. Es Julie.

—Buenos días, Eric —saluda con su habitual sonrisa.

—Hola, Julie —le responde cariñosamente.

—Vengo a rescatar a Elena de tu tormento, porque seguro que no le has dejado ni un momento para respirar. Mírala —revela Julie, haciendo un gesto con la mano que hace que Eric se gire y me mire—. Está abrumada, Eric. Déjala que se vaya a comer y a la vuelta sigues agobiándola. —Eric vuelve a mirarme muy serio. Cuando creo que va a mandarla a freír monas, me sorprende con su respuesta.

—Tienes razón, Julie. Elena, te pido mil disculpas, pero en mi trabajo soy muy profesional y, como te he dicho, soy exigente y mandón. Un tirano, vamos — se define con esa media sonrisa que debe derretir a medio Manhattan—. Así que por favor márchate a comer con esta dulce joven, y nos vemos a las cuatro en este mismo despacho.

—Gracias, Eric —le agradezco, sonriendo mientras recojo mi bolso y me

acercó a la puerta. Entonces me giro e instintivamente le digo algo que no es mi competencia, pero es el defecto profesional de tantos años —: ¿Te traigo algo de comer?

Sin alzar la vista, porque sigue enfrascado en los papeles que ocupan toda la mesa, me responde:

—Ese no es tu trabajo, Elena. No te he contratado como sirvienta sino como secretaria. —Me cae como un jarro de agua fría haciéndome sentir como una hormiguita. Adiós a la poca autoestima que empezaba a recuperar. No es por el tono que, ya que estamos, emplea bastante frío porque encima ni siquiera se ha dignado a mirarme, pero es por lo que me ha dicho. Me ha recordado a las palabras que Víctor me soltaba cada dos por tres. Ha dado en el clavo y, como él mismo ha dicho, no soy su madre ni su criada para traerle nada. Eso es lo que Víctor debería haberme contestado la primera vez que me ofrecí a traerle comida. Ese fue el primer paso hacia el desastre. Debo haberme quedado lívida, porque no me muevo. Eric levanta la cabeza y, al ver mi expresión, me contempla asustado, como si hubiese cometido un error al hablar e intenta arreglarlo.

—Ya he quedado para comer, Elena, pero gracias. Nos vemos a las cuatro —me profiere, levantándose como si la silla le quemara y sale despavorido de la oficina. Julie y yo nos miramos extrañadas. Ella me rodea con su brazo y me va preguntando cómo ha ido el comienzo del día. No sé por dónde empezar a contarle.

7

Eric

Escapar. Correr. Huir. Espero que no se haya notado demasiado, pero estaba empezando a asfixiarme en ese despacho. Menos mal que Julie ha entrado y se ha llevado a Elena, porque no podía seguir allí ni un minuto más. Desde que la vi entrar esta mañana en el edificio supe que el día iba a ser largo y complicado. Claro que lo que no me esperaba en absoluto era verla posando para Lucas. Ese tío le da lo mismo ocho que ochenta. Su primer día y, cual depredador ahí estaba, deseando comérsela viva. Normal por otra parte, porque yo también lo haría.

¡Dios!, ¿por qué me impresiona tanto esta mujer? A mí nunca me han importado estas tonterías y cuando he visto a Lucas con Elena con esa familiaridad, he sentido deseos de hacerle algo terriblemente malo al fotógrafo. Por si esto fuera poco, luego la he visto enfrentarse a mí como nunca nadie lo ha hecho. ¡Y en su primer día! Esta mujer los tiene bien puestos. Bien es cierto que no era mi intención hacerla enfadar de esa forma, al menos no conscientemente. No obstante, lo que no suponía para nada es lo que me ha dicho: «No le voy a consentir que me trate de esta manera. ¡Ya lo he soportado durante años y, precisamente, por eso estoy aquí!». ¿Qué habrá querido decir con eso?

Cuando Esteban me habló de que Elena precisaba un trabajo urgentemente, y posteriormente Alba me lo confirmó, no hice preguntas. Alba es ELLA y hace tan feliz a mi mejor amigo que no me planteé el por qué de esa urgencia. ¿Qué le habrá ocurrido a esta mujer para haber dicho semejante frase? No consigo quitármela de la cabeza. Y cuando se ha ofrecido con esa mirada tan transparente a traerme algo de comer, he empezado a atar cabos. ¿Quizás en el bufete algún tipejo pensaba que ella era algo más que secretaria y de alguna forma se traspasaron los límites profesionales que la han dejado marcada? En el momento que me hecho esa reflexión, no he sido consciente del daño que le he hecho sin darme cuenta. Al notar

que seguía en el umbral, he levantado la mirada y la he visto herida, por mí pero no por mí. He sentido que mis palabras tenían un efecto en ella como si otra persona se las estuviera diciendo y he tenido ganas de matar al que le hizo eso. Solo quería levantarme y abrazarla para evitarle más sufrimiento del que seguramente acarrea.

No sé por qué necesito protegerla. No es que Esteban no me haya advertido que la cuide como si fuera Alba por mi propio bien, pero es algo más que no consigo descifrar. Y solamente he pasado medio día con ella. ¿Cómo voy a hacer para sobrevivir a este torbellino de emociones que me envuelve? Joder, y ahora solo puedo decir *chorradas romanticonas* de esas que les gustan a las mujeres. No puedo seguir por este camino. Tengo que quitarme esto cuanto antes. No vaya a ser que... No, no, ni lo digo, porque no va a pasar. Esta misma noche tiro de agenda y me busco a alguna de las modelos que están locas porque las llame. Esto no va a ocurrir, no puede suceder, pero... ¿y si...?

Elena

Julie me lleva a comer a un restaurante cercano a la revista. Al ver que estoy casi muda, empieza a contarme cosas de la redacción. No salgo de mi asombro. Es cierto que no tenía que haberle dicho nada de llevarle comida, pero ¿esa reacción? ¿Qué ha pasado para que de pronto saliera como alma que le persigue el Diablo para salir echando leches literalmente? Pero lo que realmente me preocupa es por qué no dejo de pensar en él, en sus reacciones, su calidez, sus sonrisas... «No, no, Elena. Otra vez, no», me advierte mi mente, pero en el fondo sé que es inevitable, pues algo se está removiendo por dentro. Se avecina un desastre...

Eric me envía un mensaje de texto avisándome que debe salir con urgencia a una reunión y que no es necesario que vuelva al trabajo. Sin embargo, me acerco hasta mi despacho y recojo mis cosas, me despido de Julie y cojo un taxi camino a mi actual hogar. El día de hoy ha estado lleno de emociones, me doy un relajante baño y, tras beberme una copa de vino, pongo música de los años 60 de la que he

encontrado en los estantes del salón, más exactamente *Respect* de Aretha Franklin. Me tumbo en el sofá para relajarme y recobrar fuerzas, pues mañana volverá a ser un nuevo día de duro trabajo junto al jefe más irresistible que he tenido nunca. Víctor no cuenta, porque era un malnacido, pero Eric es... «Corta el rollo, Elena», me autoflagelo por empezar a tener esos pensamientos hacia mi jefe, por el que no debo más que sentir respeto y agradecimiento. Conciencia: 1 / Elena: 0.

A la mañana siguiente subo directamente al despacho, tras ver a las tres brujas de recepción mirarme recelosas y con algo de envidia. Me cruzo con Julie antes de subir al ascensor y, tras preguntarme qué tal fue mi primer día en la empresa, cada una seguimos nuestro camino. Dejo a la redactora jefe en el *hall* de la última planta. Ella se dirige a su despacho, y yo al mío. Vamos allá de nuevo. Al entrar en el despacho de Eric, no hay rastro de él. Espero que no esté esperándome en el mío, porque llegar después del jefe ya sería el remate de hoy. Abro la puerta despacio y no lo veo. Suspiro aliviada, pero entonces descubro un pequeño paquete en el centro de la mesa, encima de todos los papeles. Me acerco curiosa y le quito el envoltorio.

Dentro hay una agenda de trabajo en tonos vivos. Pone la fecha en la portada y, según la hojeo, caigo en la cuenta de que en algunas páginas hay mensajes. En una de ellas, justo por la que la abro, dice así: «Hay momentos en los que la vida te coloca a la misma distancia de huir o quedarte para siempre.»

¿Casualidad? ¡Uf!, prefiero no pensarlo. Debajo de la agenda, hay un sobre donde pone mi nombre. Lo abro y leo lo siguiente: «*Hazlo, comete errores, vuelve a intentarlo, falla, manda todo a la mierda y empieza otra vez. En serio, no pasa nada. Con esta reflexión no quiero desanimarte, al contrario deseo que te la grabes a fuego, porque te ayudará en este trabajo que vas a comenzar. Confío en tu capacidad. Sé que lo vas a saber hacer muy bien. He notado que no tienes agenda en ese portafolios que traes y, créeme, te hará falta una a partir de hoy. Con este detallito espero que podamos empezar de cero. Eric*». ¡Caray! Esto sí que es una buena disculpa tras su salida de tono. Sin darme cuenta, estoy sonriendo cuando

oigo un carraspeo a mi espalda.

—¿Te gusta? —Es Eric. Me giro sin poder evitar dibujar una sonrisa.

—Claro que sí. Es más, me encanta, pero no tenías que molestarte. Ya está todo aclarado, pero te agradezco el detalle —le digo, cogiendo la agenda de la caja de nuevo.

—No ha sido ninguna molestia, Elena. De veras que no, pero será mejor que empecemos con el trabajo para que podamos marcharnos a casa temprano. Ayer sería un día muy largo para ti con tantas emociones nuevas y tantísima información — me hace ver con una mirada tierna.

—Eh... sí. Sigamos con esto y así ambos podremos irnos a descansar antes. Porque mañana más, ¿verdad, *jefazo*? —le suelto sin parecer que esté coqueteando, pero al escucharlo, reparo en que suena tal cual. Me muero de la vergüenza tras semejante comentario, así que me pongo a simular que los documentos de la mesa me importan muchísimo como no dando importancia a la *perla* que acaba de salir de mí. Oigo que Eric se ríe bajito, tapándose la boca con la mano.

—Efectivamente, asistente. Acabemos con esto que mañana habrá muuucho más.

No puedo evitar reírme al escuchar ese «mucho» de Eric imitando a una vaca. Este hombre es el que yo conocí en España, el que recordaba. Aún me provoca carcajadas verle bailar *la Conga* haciendo el trenecito con algunos invitados en la boda de Alba mientras llevaba una servilleta en la cabeza. Y por si se nos olvidaba el momento divertido que nos hizo pasar, Jesús lo grabó todo en vídeo. Estoy deseando que Oli me envíe el documento gráfico. Es una buena baza para trabajar.

El sonido de su teléfono me saca de mis recuerdos. Lo veo levantarse mientras se disculpa por responder la llamada. Yo asiento con la cabeza y le hago un gesto con la mano negando con la cabeza como que no importa. Sigo revisando los documentos y apuntando fechas de citas que ya Eric me ha estado pidiendo. A los pocos minutos le observo con la vista puesta en el móvil.

—En cinco minutos tenemos una reunión en la sala de juntas con Julie y los redactores para tratar los temas de la revista. Coge tu agenda y el teléfono —me ordena mientras sigue escribiendo en el teléfono sin mirarme siquiera.

—Perfecto —murmuro mientras empiezo a recoger los bártulos.

Nos encaminamos hacia el punto de reunión. Yo voy tras él cual *geisha* con la agenda y el teléfono del despacho mientras no se despega del móvil ni un segundo y camina a la velocidad del rayo. Llegamos finalmente, y allí ya está Julie y el resto de redactores.

—¡Hola, Julie!

—¡Hola, Elena! —Me recibe con una sonrisa radiante. Esta mujer la tiene de anuncio constantemente—. ¿Preparada para tu primera reunión de contenidos de *I love Fashion*?

—Eso creo —contesto algo nerviosa, pues con tanta gente, pendiente de mí, tengo ganas de decir aquello de «Tierra, trágame».

—Antes de iniciar esta reunión, quisiera presentaros de forma informal a mi nueva asistente. —Me ofrece la mano para que me levante. No puede ser. Muerta de la vergüenza, le echo una mirada asesina, a la que no hace el menor caso y prosigue —: Ella es la señorita Elena Ferraez. A partir de ahora cualquier duda o consulta que queráis hacerme sobre cualquier tema, os ruego se lo digáis primero a ella. Es nuestra vía de comunicación. Ya sabéis todos que voy a involucrarme en otros proyectos, y no voy a poder estar tan pendiente de todo como antes, por eso os ruego que consultéis con ella como si fuera yo.

Veo los labios de Eric moverse, pero, desde que ha soltado la bomba informativa, mi mente se ha bloqueado y no consigo asimilar nada. ¿Qué confíen en mí como si fuera él? Pero si no me conocen de nada. Ni siquiera él sabe cómo soy en mi trabajo. ¿Esto qué es? Voy a tener que hablar muy seriamente con él, porque me estoy asustando bastante.

—Ehh... perdona, Eric, pero no entiendo nada de lo que acaba de ocurrir —le

susurro para que nadie pueda oírnos.

—Pues está bastante claro —me alienta mientras se acomoda en su silla, tecleando algo en el móvil sin hacerme caso. Bien, comencemos. Elena, siéntate a mi lado, por favor —me pide agarrándome del brazo, pues me he quedado como una estatua y soy incapaz de hablar o moverme. Como no tengo bastante ya con lo que ha soltado por su boca, las cosquillitas vuelven a aparecer. ¡Dios, qué día! Por fin consigo tomar asiento junto a él y empieza la reunión—: Cuéntame qué tenemos, Julie.

—Por ahora tenemos cerrada una entrevista con Martina Keyps, la nueva modelo emergente que arrasa por todas las pasarelas incluyendo Milán, París y Nueva York. Apenas lleva unos meses en el mundo de la moda, pero ha sido un *boom*, y todos los diseñadores la reclaman.

—Fabuloso. Quiero que vaya en la portada y que Lucas le haga unas fotos acordes. Y por cierto ¿dónde está nuestro fotógrafo estrella? —Todas se miran entre sí como si guardaran un secreto no revelado, y Eric debe pillar la indirecta porque no insiste—. De acuerdo, ya hablaré con él más tarde. Sigamos. ¿Qué más temas hay?

—Además disponemos varios reportajes sobre *blogs* de moda, maquillajes para seducir, mechas californianas y para nuestro rincón de lectura un vistazo a las novelas de más éxito de este mes.

—Efectivamente, yo he estado trabajando en un reportaje sobre los *blogs* de moda —explica una chica castaña—. Hay una proliferación de estos que dan consejos sobre ella. Me parece interesante que nuestras lectoras tengan una lista de los mejores donde puedan consultar sobre el tema.

—Buena idea, Eliza. —Oigo lo que dice Eric—. Pero me gustaría que incluyéramos en esa lista *blogs* de alguna famosa para darle más glamur al reportaje.

—De acuerdo, Eric —espeta la chica, haciéndole ojitos.

—Yo estoy preparando un reportaje sobre maquillajes. Las últimas novedades y quiero ir un paso más allá y aconsejar aquellos maquillajes estrellas para seducir — indica otra chica que obviamente también le pone morritos a Eric. ¡Madre mía! ¡Esto está lleno de *lobas babeantes* por el jefe!

—Bien. ¿Quién está con el de las mechas? Explicarme eso porque ya sabéis que yo intento estar al día, pero a veces ciertas cosas me superan. —Y todas estallan en risas atronadoras. Ni que hubiera dicho el chiste del año. Esto es increíble.

—Yo estoy redactando ese. Hace unos años surgió la moda de las mechas californianas y, desde entonces toda mujer a la moda que se precie, se las ha puesto. Ahora están en decadencia porque hay otros estilos más innovadores como las mechas *balayage*, pero aún persisten, así que he pensado en darle un empujoncito al tema montando este reportaje.

—¿Pero si están en decadencia por qué vas a hablar de ellas? —pregunto yo. Ahí va, sin filtro. Nota mental: pensar antes de hablar. Consecuencia: todas las redactoras, Julie y hasta el mismísimo Eric se giran hacia mí.

—Bueno... pues... porque a pesar de no llevarse tanto aún hay *celebrities* que las llevan y las combinan con otros estilos aclara la redactora con cara sonrojada sin saber cómo salir del jardín en la que la he plantado.

—Dale una vuelta a eso —rebate Eric—. No me convence del todo.

—Eso mismo hablábamos ayer. Tenemos que cerrar mejor ese reportaje, Daniela. Mañana trae un borrador con la idea mejor estructurada y lo vemos —le solicita Julie dejando a la pobre redactora chafada. Menuda tarde-noche le espera a la pobre.

—Fantástico, chicas. Y lo último es el reportaje para el rincón de lectura ¿no? — consulta Eric.

—Así es. En el número de este mes queremos incluir uno sobre las novelas digitales más vendidas y, aprovechando que estamos hablando de los *ebooks*, hacer otro colateral que hable de la importancia del libro en digital en estos tiempos

frente al papel —le comenta Julie.

—Perfecto. Además podemos sacarle partido inaugurando nuestra *web* con una encuesta a nuestras lectoras sobre el modo en el que prefieren leer: digital o papel —termina diciendo Eric a lo que Julie y demás redactoras asienten—. Julie, habla con Sebastien para que incluya esta encuesta en la página. E infórmale que esta tarde, sin falta, quiero ver la maquetación final de la *web*.

—Sin problemas, jefe —contesta una Julie encantadora. A esta mujer la presión le sienta divinamente, mientras que yo estoy sudando a mares, especialmente, tras mi desafortunado comentario que ha puesto en evidencia a la redactora. Y tampoco consigo olvidar el momento del principio cuando Eric ha anunciado a todo el equipo de redacción que me traten como a él. Sigo en *shock*.

Finalmente, la reunión se termina y es mi oportunidad de preguntarle sobre este tema. Nos levantamos mientras, una a una, las redactoras se van marchando y, tras charlar unos minutos con Julie, vemos cómo sale de la sala. Él vuelve a enfrascarse en su teléfono, así que aprovecho para resolver mis dudas.

—Esto... Eric. ¿Por qué le has comunicado a todo el mundo que, a partir de ahora, me consulten todo como si fueras tú? ¿De qué va todo esto? Porque hasta donde yo sé, soy tu asistente. ¿Y qué es eso de que vas a involucrarte en otros proyectos? Entonces ¿qué narices hago yo aquí? Te prometo que no entiendo nada. A mí, Esteban no me comentó nada de esto y, si tú ahora te vas a ir, yo... —Soy incapaz de seguir porque no sé de qué va nada de esto.

Eric se sonríe y hace un gesto con la mano para que tomemos asiento. Mirándome a los ojos, me habla.

—Elena, no te preocupes por nada. Si bien es cierto que hay otros proyectos que me interesan, no voy a dejar esta revista, pero conozco bien a la gente que trabaja para mí y necesitan oír que confío al cien por cien en ti para que ellos mismo puedan hacerlo. Ni mucho menos se me ha ocurrido abandonarte nada más llegar. Sería un estúpido sin saber cómo trabajas, aunque ya estoy seguro que lo haces muy bien. Y además sería cruel. —Posa una de sus manos en las mías que

mantengo entrelazadas encima de la mesa y de nuevo las cosquillitas y el estómago. ¡Ay, por Dios, qué aroma!

—Gracias, Eric. No sé de qué forma agradecerte todo lo que has hecho por mí en estos escasos días. Sin apenas conocerme, solo fiándote de lo que Esteban te haya dicho. Yo... no sé... me siento abrumada —consigo decir. No sé si realmente me siento así por lo que ha dicho o por lo que llevo experimentando desde ayer.

—De eso nada. Esteban es como mi hermano, y yo para él soy otro más. Él nunca haría nada que me perjudicara, así que confío en su consejo al pie de la letra. Y ahora vamos a ponernos manos a la obra. ¿Qué opinas? —Esto último me lo dice acariciándome la barbilla dulcemente con su dedo índice y pulgar. Uff... ¿así cómo voy a trabajar o simplemente respirar? Intento recomponerme cuando Eric se levanta y recoge todas sus cosas. Me indica que se va adelantando. Sin mirarle, asiento con la cabeza levantándome con muy poco equilibrio. ¿Cómo voy a ir ahora a mi despacho a reunirme con él durante horas con todo esto que me está pasando? «Vale, Elena. Intenta desconectarte de esta realidad que está queriendo asomar y a trabajar», me mentalizo mientras vuelvo a la oficina pensando únicamente en trabajar, trabajar y trabajar.

8

Eric

Menos mal que he salido de ahí. Tengo que hacer algo para solucionar lo que quiera que sea esto. No puedo trabajar así con ella. Desde que llegué esta mañana y la vi inmersa, concentrada con tantos papeles, buscando en el portátil, haciéndole comentarios a Julie... Vale, sí, lo reconozco. He estado espiándolas como cualquier adolescente. ¡Dios, soy patético! Por no hablar de lo guapa que está. Si ayer estaba sexi con ese *top* azul marino, hoy con esa sencilla ropa me ha dejado absorto. Su pelo suelto me vuelve loco y me entra de todo por el cuerpo, especialmente por mi parte masculina que no hace más que revolverse. Así no voy a poder aguantar mucho más.

Sin embargo, lo que me ha dejado sin aliento ha sido su mirada de «ayúdame», después de haber anunciado a la plantilla que ella es como yo a partir de ahora. Esa mirada de perrito abandonado, esa vulnerabilidad en esos ojos almendrados me hacen sentir algo que jamás antes lo había hecho. Y como soy masoquista no se me ocurre otra cosa que tocarla. Dios... Eso ha sido ya el no va más. Me encanta su piel tan cálida. Y solo podía pensar en besarla y en abrazarla hasta que todas sus partes rotas se recompusieran. Odio al tipo que le hizo tanto daño en España. Me alegro de haber hablado ayer con Esteban. Ahora sé todo lo que le ocurrió.

—Eric, en circunstancias normales no te diría esto, pero creo que es importante que sepas algo para entender mejor a tu nueva asistente —Steven deja de hablar un segundo antes de proseguir y la verdad estoy muerto de curiosidad—: Elena es una mujer trabajadora, muy leal a sus amigas. Daría un brazo por ellas, pelea con uñas y dientes por lo que quiere y es valiente. Sin embargo, hay un gran bache con nombre propio en su vida, su ex jefe. El típico seductor que se las lleva de calle y utiliza las mujeres en su beneficio personal; y, desgraciadamente, Elena cayó en sus redes.

A medida que Steven me cuenta todo, noto una furia tremenda y unas ganas locas de cogerme un avión y darle una paliza al cabronazo ese que le ha hecho tanto daño.

—Por lo que me dices, entiendo que Elena se enamoró de ese hijo de puta y que él se acostó con ella y la mandó a la mierda. —Un nudo de angustia me impide hablar con calma.

—Eso es, así que está bastante hecha polvo. Este trabajo es una esperanza para que ella pueda salir a flote como pide Albita. Por favor, encárgate de que se recupera y sale adelante o mi mujer nos matará a ambos. —Media hora después acabo la conversación con mi gran amigo y Alba que corrobora la versión de su marido.

Alba y Esteban me han contado tanto de mi secretaria que siento como si ya la conociera. Después de estar junto a ella y experimentar todas estas sensaciones... Más me vale que Dios o algo se apiaden de mí, porque mucho me temo que ya sé cómo voy a acabar...

Elena

Volvemos al despacho, y no dejo de atender el teléfono. Dios, ¡qué locura! Si parezco recepcionista. Solamente me falta que me pongan un aparatito de esos como las que te atienden en el *McAuto* con su micrófono incorporado. Tras apuntar varios mensajes para Eric que considero importantes, me dirijo a su despacho a dárselos. Cuando llego lo veo mirar el móvil fijamente con el ceño fruncido. ¿Qué habrá pasado? No sé si preguntarle. No creo que aún estemos en ese momento de confianza. Vuelvo a observarle dudosa.

—¿Sucede algo? —indago con curiosidad finalmente.

—Nada importante —le quita importancia volviendo su vista a los papeles sin

mirarme, pero el gesto le ha cambiado. Ha pasado de tener un semblante relajado a tener una cara de sieso que no puede con ella—. Por favor, contacta con Lucas y que se presente en mi despacho inmediatamente.

Dicho y hecho. Si la cara que trae es por algo relacionado con Lucas, que se agarre, porque le va a caer la del pulpo. Pobrecito. Vale que es un baboso, pero no me gustaría estar en su piel y sufrir la ira del jefe, pues algo me dice que no es muy clemente. En diez minutos Lucas se presenta para hablar con Eric. En ese mismo instante yo salgo de allí camino de encontrarme con Julie.

—Mi tesoro, ¡cuánto te he echado de menos! —empieza Lucas con sus palabras dulzonas, acercándose meloso. Este tío me pone de los nervios, recordándome a *Gollum* con el anillo.

—Yo que tú no me entretenía en tonterías y entraba rápidamente ahí dentro porque Eric está que trina —le sugiero intentando pararle los pies, pero tras ver la sonrisa burlona, que asoma a su cara, me doy cuenta que este es de los que siguen y siguen. ¡Dios, un cansino no!

—¡Ay, tesoro! ¿Estás preocupada por mí? Eso ya demuestra algo... —insiste, acariciando mi brazo. Pobrecico, todavía no se ha dado cuenta que ni chispas ni nada.

—Querido Lucas. Te lo diré las veces que quieras y que necesites. No tengo ni el más mínimo interés sentimental en los hombres, así que ahórrate toda esta palabrería. Dedícate a tus modelos que seguro ahí triunfas y por la puerta grande, ¿o me equivoco? —le recuerdo con sarcasmo, pero es que este tío ni con agua caliente. Ahí sigue tan pancho, sonriendo y venga caricia va y caricia viene al brazo, que lo tengo ya más *sobao* que un pasiego—. Hazme caso y entra. Yo tengo que ir a ver a Julie —termino de decirle mientras voy avanzando.

—Mi Julie. Dale recuerdos —me pide Lucas encaminándose al despacho de Eric no sin antes guiñarme un ojo.

En apenas unos minutos, llego al despacho de la redactora y me la encuentro

con sus gafas apoyadas en el puente de la nariz mientras mira concentrada la pantalla del ordenador.

—Ejem... perdona, Julie. ¿Puedo pasar? —le pregunto desde la puerta tras llamar con los nudillos.

—¡Elena! Por supuesto. ¿Qué te trae por aquí? Ya has huido de la cueva donde te tiene Eric. —¿Cueva? ¿Pero cómo puede llamar a eso «cueva»? Si ese despacho es un palacio. Ya me hubiese gustado que viera mi anterior trabajo, donde no disponía de ninguno, sino que tenía que trabajar en el de Víctor. Un día tras otro.

—¡Ja, ja, ja! No digas eso. He salido un momento a airearme, porque llevo una mañana muy intensa y cuesta hacerse a este ritmo. Como me propusiste que para cualquier cosa podía venir a verte, te he tomado la palabra. —Espero sin saber si le ha parecido bien o se ha molestado, porque ha vuelto a mirar su pantalla del ordenador.

—Por supuesto, Elena — afirma rápidamente, volviendo la mirada hacia mí—. Perdona que no te haga mucho caso, pero es que tengo que revisar estos correos electrónicos sobre publicidad para la revista y aún tengo que reunirme con los redactores para cerrar temas antes de hablar con Eric.

—Discúlpame. No tenía que haber venido, que tienes muchas cosas que hacer, pero es que además al salir del despacho me he encontrado con el fotógrafo de la revista, Lucas, y ahí sí que tenía que huir. —Ojalá que no sea muy amiga de él porque sino menuda bocazas.

—¡Ja, ja, ja! Te entiendo perfectamente. Y haces bien, huye de él. Es un seductor innato, un picaflor, un ligón empedernido... Podría enumerarte una lista inmensa de adjetivos de nuestra estrella, pero hasta que no lo vives, no sabes lo que es. Aún así es un gran tipo. Tienes que conocerle. —No sé si es un sexto sentido, pero esta mujer habla de Lucas con ternura. ¿Quizás ha tenido algo con él? ¿O simplemente es un gran amigo suyo y por eso lo defiende así? Aquí hay tema para investigar.

Abandono el despacho de Julie y vuelvo al mío pasando antes por el de Eric

con la esperanza de no encontrarme con Lucas. Por suerte ya no está, pero me hallo ante un Eric bastante furioso. Su cara es un poema. No hace más que mirar al móvil y hacer comentarios despotricando, aunque no lo consigo comprender porque solo son insultos inconexos. Aquí se ha montado una batalla campal por lo visto.

—Eric ¿está todo bien? —me preocupo con miedo.

—Sí... —me responde sin alzar la mirada.

—No quiero ser pesada, pero te ha cambiado la cara desde que hemos abandonado la sala de juntas. Solo quiero que sepas que puedes contarme lo que sea, si lo necesitas, aunque apenas nos conozcamos. Estoy segura que una secretaria tiene que hacer lo que tiene que hacer para que su jefe esté contento. —«Estupendo Elena, menuda frase para el recuerdo. Hoy te estás coronando. ¿No te acuerdas de la nota mental: pensar antes de hablar? ¡Pasa por el filtro, por Dios!». Muy serio debe ser, porque apenas sonrío tras mi comentario.

—Gracias, Elena. No quería agobiarte ya desde el principio, pero es que tenemos un gran problema —me comenta haciendo un gesto con ambas manos como abarcando algo—. Me ha llamado mi socia para recordarme la fiesta del X Aniversario de *I love Fashion*. No sé cómo se me ha podido olvidar. —Debe ser algo bastante gordo, porque está blanco como la pared.

—Bueno, pues nos ponemos con ella sin problemas. No te preocupes, Eric, que seguro que habéis organizado más fiestas de ese estilo y todo ha salido genial —le intento animar, pero veo que no da fruto.

—Elena, no lo entiendes. Se me ha pasado por completo. Con todo el lío de estar sin asistente no me he acordado. ¡Dios, Dios, Dios! ¿Qué voy a hacer? —Lo veo tremendamente angustiado llevándose las manos a la cabeza con la mirada perdida.

—Eric —le llamo, sujetándole las manos y obligándole a que me mire—. Me estás asustando. Es una fiesta. Sé hacerlo. En el bufete prepararé bastantes. Todo saldrá bien. —Desatiendo a las hormiguitas que me están recorriendo todo el cuerpo

mientras mantengo el contacto físico, pero lo que le he dicho debe de haberle gustado, porque al menos me mira, aunque sigue con una cara de espanto.

—Elena, te lo agradezco mucho, pero continúas en la inopia. No me preocupa la fiesta. He asistido a cientos de ellas. El problema es que es este sábado. Hay que preparar todo en cuatro días y, seguramente, habrá ya mucha gente que no pueda asistir. ¡Dios...! Marga me va a matar cuando se dé cuenta.

Ahora es a mí a quien el color abandona mi cara. No sé si porque tengo que preparar un auténtico fiestón glamuroso en cuatro días o por la tal Marga. ¿Será su novia? ¿Quizás es modelo? Claro que con tío tan *buenorro* como este, natural que haya una en su vida.

—Eso es. Eso es lo que quería, que te entrara el pánico y te unieras a mí. ¡Dios mío!, ¡qué vamos a hacer! Es imposible. Llamaré a Marga y le diré la verdad. Espero que de esta no quiera abandonar la empresa, y retire su dinero y sus acciones, porque son vitales para la revista.

¡Es la socia! Una tranquilidad me invade y salto como un resorte de la silla. Eric me mira extrañado.

—No he venido aquí para empezar rindiéndome y, por lo que tengo entendido, tú tampoco eres de los que se rinde, así que confía en mí. Vamos a preparar la fiesta en cuatro días sí o sí, como que me llamo Elena Ferraez —lo suelto con tal seguridad que hasta yo me lo creo—. Mañana a primera hora comenzaremos a organizarlo todo. Tendremos a las mínimas personas trabajando para sacar adelante el número mensual de la revista, pero el resto de la plantilla preparará la fiesta. ¿Cómo haces cuando quieres comunicarte con todos? ¿Un *email*? —Eric asiente—. Bien, dime cuál es la dirección de tu correo que ahora mismo envió un comunicado a todos, y mañana los cito a las nueve en punto en la sala de juntas.

Todo esto lo voy sugiriendo mientras me acerco a su mesa y voy hasta su ordenador. No sé qué o quién se ha apoderado de mí, pero estoy decidida a sacar esto adelante. Eric no sale de su asombro, pero al menos es resolutivo y me ayuda a abrir la cuenta de correo. En menos de veinte minutos ya está el *email* mandado a

todos los que necesitaremos para la fiesta y Julie ha llegado tomando buena nota de todo.

—Chicas, ya es muy tarde. Por hoy no podemos hacer mucho más, y os quiero mañana preparadas y muy despiertas. Vamos a vivir días de auténtica locura, así que iros a casa ya.

—De acuerdo, Eric —accede Julie—. Mañana nos vemos. —Y se marcha.

—Elena, sé que hoy es prácticamente el primer día que nos conocemos, ya que lo de España no cuenta, porque apenas nos vimos pero... gracias. Has actuado con una rapidez increíble.

—No me des las gracias aún. Espera al sábado —le insto mientras me acerco a la puerta, con mi portafolios—. Hasta mañana, Eric.

—Adiós, Elena.

Eric

No puedo creer cómo se me ha podido pasar esta fecha tan importante. Marga me va a odiar. Aunque intentemos preparar la fiesta de igual forma es imposible que muchos diseñadores, modelos, *celebrities*... acudan con tan poco tiempo de antelación. No consigo comprender cómo ha ocurrido. Mi vida siempre ha sido organizada al milímetro y ahora se me está yendo de las manos.

Solamente he estado ausente un mes. Entre la fiesta del aniversario de la empresa de Esteban, el accidente que casi se lo lleva, su recuperación, mi antigua asistente enamorándose de un voluntario y yéndose con él a África un año entero... Se me ha juntado todo.

Primero, Esteban me necesitaba y por eso he estado tan ajeno, pero ha sido demasiado tiempo y ahora me pasa factura. Un tremendo dolor de cabeza se está apoderando de mí. Adiós al plan *Olvidarse de la nueva amiga de Alba*. Nada de llamar a Niusa ni Helen. ¡Puff...!, más me vale mantener las distancias y evitar todo

contacto físico o lo voy a pasar muy mal. Lo mejor será que vuelva a casa, me dé una ducha fría, bien larga, y a la cama, porque a partir de mañana esto va a ser un caos.

9

Elena

Menudo comienzo que estoy teniendo. Llego agotada a casa y eso que no ha sido un día de mucha actividad hasta último momento cuando el *lumberas buenorro* de mi jefe se ha dado cuenta de que este sábado será la *megafiesta* de aniversario de la revista. Bueno no, rectifico.

Él no se acordaba, se lo ha recordado Marga al preguntarle por los preparativos, su supuesta socia. No sé cómo aún sigo en pie después de todo lo ocurrido en apenas dos días: las *rubias oxigenadas* que ya me miraran como si fuera un bicho raro, Lucas con su sesión de fotos improvisadas, la pillada de Eric con las fotos, la tensión sexual que se ha instalado entre nosotros desde que nos hemos visto y, para colmo, la fiesta que tengo que preparar como loca a partir de mañana. Porque no nos engañemos, Eric es el jefe y lo único que tiene que hacer es un discurso y sonreír a la gente como si todo hubiese estado preparado hace meses. Incluso dudo que sea el que escriba el discurso, sino yo. Ni siquiera tengo hambre, así que me meto en la cama y pongo el despertador. Ni ganas de mirar los miles de mensajes que tengo el móvil tengo. Mañana será otro día, afortunadamente.

Un nuevo día de trabajo que promete ser un caos. Con esta reflexión me despierto sobresaltada. Ni siquiera ha sonado el despertador, porque me he despertado media hora antes. No me quedo mucho más en la cama. Me preparo un desayuno fuerte para poder llevar a cabo el día, pero sin llegar a ser un desayuno americano. No soporto tomar *bacon* y huevos por la mañana. Solo de pensarlo me entran ganas de vomitar, pero lo que sí me como son varias piezas de fruta, un zumo, tostadas, alguna galleta y mi café obligatorio para ser persona. Hoy decido ir en plan más informal. Hechas las presentaciones formales y, tras ser consciente del día que me espera, me pongo un jersey de manga ancha en tonos *beige* con unos pantalones pitillo negros y unos zapatos de cordones en beige oscuro. Me echo el

bolso al hombro y me suelto el pelo. Me encanta ir de esta forma. Odiaba tener que llevar el moño, un día tras otro al bufete, y no creo que me pongan muchas objeciones aquí. Nada de pensamientos negativos.

Me dirijo a la puerta y, tras coger un taxi, abro la agenda. Mi agenda, la que Eric me ha regalado. No esperaba este detalle y mucho menos tras el encontronazo o malentendido del primer día que comenzamos a trabajar juntos. En el taxi me acuerdo del chico al que conocí de pasada en España. Allí fuimos dos extraños, simplemente cruzamos un par de frases de cortesía. Recuerdo verlo muy sonriente, coqueteando con todas y cada una de las invitadas en la boda y, sobre todo, muy atento a su amigo Esteban y su familia; y desde que vio a mi Alba, con ella también se desvivía. Hojeo la agenda sin buscar ninguna fecha en particular cuando otra frase me arrasa como un vendaval y me deja petrificada: *No eres lo que logras, eres lo que superas.*

¿Podrá ser verdad? ¿Por qué en esta bendita agenda no hago más que encontrarme con frases que cobran verdadero sentido? Es como si todas las que leo hubieran sido escritas para mí. Sonrío mientras acaricio los colores vivos que rodean a todas estas mágicas frases. El taxista me saca de mi ensoñación avisándome que hemos llegado a la revista. Llego a la última planta y aún hay mucha tranquilidad en las oficinas. Empezar la jornada laboral media hora antes es lo que tiene. Me acerco al despacho de Julie, pero aún no hay rastro de vida por allí, así que me dirijo a mi oficina. Dejo el bolso en un armarito pequeño de un lateral de la estancia y me siento en mi silla giratoria.

¿Y ahora qué? La verdad es que no tengo ni idea de por dónde comenzar. Aunque preparar una fiesta en una revista no debe ser muy diferente de hacerlo en un bufete de abogados ¿no? Un poco más de glamur quizá, famosos, *catering* más exclusivo, gente importante que conviene a la revista que esté y música más *chic*. Por lo demás, todo igual. Anda que no preparé fiestas en mi anterior infierno. «Todo va a salir bien, todo va a salir bien, todo va a salir bi...», no paro de repetirme este mantra en voz alta hasta que una voz femenina me sobresalta. Es Julie.

—¡Buenos días, Elena! —me saluda sonriendo sosteniendo varias carpetas.

—¡Hola, Julie! Ya veo que empiezas fuerte. ¿Qué es todo eso? —le pregunto mientras voy encendiendo el ordenador.

—Que va. En realidad todo esto es para ti —me anuncia mientras dejo de mirar la pantalla y lanzo un vistazo a todas las carpetas. ¡¿Pero cuántas lleva?!

—¿Cómo? —indago con un hilo de voz apenas audible.

—Tranquila, Elena —me dice acercándose a la mesa. Deja las carpetas y se acerca a mi silla. Me coge de las manos y me aconseja muy dulcemente—: Mírame y respira varias veces conmigo. —Nos ponemos a tomar largas respiraciones en mitad de la oficina como si estuviéramos haciendo yoga.

—No funciona, Julie — consigo hablarle—. ¡Pero cómo demonios piensas que vamos a solucionar todo este embrollo, toda esta super fiesta que hay que tener lista en cuatro días! ¡Es prácticamente imposible! —No recuerdo que más sale de mi boca, porque de pronto me pongo a hablar en castellano y, cuando me doy cuenta, ella me está observando con cara de alucine.

—De lo último que has soltado, no he entendido una palabra. Siempre me ha interesado aprender español, pero no creo que sea el momento. Tranquila, porque no estás sola. Yo te voy ayudar, aparte de Eric, y prácticamente toda la plantilla de la revista.

Tiene razón. Tras este efímero ataque de nervios, respiro una vez profundamente y vuelvo a mi asiento. El ordenador ya está encendido. Intento ponerme las pilas, y Julie se sienta en la mesa enseñándome las carpetas donde hay información de todo tipo: diseñadores, modelos, lugares de celebración, empresarios que deben asistir... Se centra en explicarme otras fiestas que se han hecho para que me haga una idea. Apenas estamos comenzando a meternos en faena cuando Eric llega a la oficina. Llama a la puerta y al abrirla siento deseos de morirme. ¿Qué es esto que me está pasando? Ha sido verlo y encogérseme el estómago. ¿Cómo puede estar tan guapo? Hoy lleva un *look* más casual: un polo en

tonos coral con un jersey de lana fino en azul marino acompañando unos pantalones *beige* clarito y unos zapatos marrones oscuros. Y ese pelo... ¡uf! Me encanta ese estilo de peinado desenfadado, sin ninguna forma específica pero tan sexi. ¿Ya estamos...! «¿Cómo hay que decirte que ese tipo de pensamientos están vetados, Elenita?». Conciencia: 2 / Elena -1.

—Buenos días, chicas —saluda con ese tono seductor que ya empieza a gustarme.

—Buenos días, Eric —le devolvemos el saludo a la vez.

Durante horas, Eric y yo nos encerramos en su despacho sin darnos tregua. La cabeza me va a explotar como no salga de aquí ya. Esto no es como preparar una aburrida fiesta para abogados. Aquí hay que organizar demasiadas cosas, estar pendiente de invitar a la agente adecuada, un *catering* especial, un lugar mágico, un tema... ¡Un tema! ¡Por Dios!, ni que estuviéramos en la típica fiesta americana de graduación del instituto. ¡Y en tres días! ¿Cómo demonios vamos a conseguirlo? Aunque toda la plantilla trabaje en ello, no lo veo.

—Y con esto por hoy creo que ya es suficiente. Hora de comer.

—¿Suficiente? ¿No lo dirás en serio? ¡Si apenas hemos avanzado, por el amor de Dios! ¡Nos queda todo por hacer y algo así como tres puñeteros días! ¡Esto es imposible! ¡Es un suicidio social para la revista!

De pronto, me doy cuenta que Eric me mira asombrado, pues me he puesto a maldecir en castellano, y, claro, no se está enterando ni del nodo.

—Elena —me llama cogiéndome la cara entre sus manos y acercándose a mí, peligrosamente—. Todo va a salir bien. Tengo a toda la revista trabajando en esta fiesta, y nosotros cerraremos los flecos que vayan quedando. Sé que esto es demasiado para tus primeros días aquí, pero se me pasó con toda la locura de los últimos meses. Solo te pido que confíes en mí. Sé que no es sencillo, porque acabas de conocerme, pero por favor, por favor, hazlo.

¿Pero qué te está pasando? Eric me susurra todas estas cosas y es como si

quisiera que dejara mi vida en sus manos, pero ¿no estamos hablando de trabajo? Algo me dice que hay algo más, aunque no quiero llegar a conclusiones precipitadas. Él no deja de mirarme a los ojos mientras me confiesa todas estas cosas hasta que de repente se fija en mi boca, y un cosquilleo repentino se apodera de mi estómago. Cuando creo que va a besarme, me suelta la cara y se levanta repentinamente. Sin mirarme, comienza a hablar.

—Dejemos todo esto así. Vamos a comer. Aún me siento en deuda contigo por nuestro primer encuentro en la revista, así que te invito —me propone sonriendo como un niño, cambiando totalmente su expresión. No entiendo nada. En un segundo siento que va a besarme y al siguiente ni siquiera me mira a la cara para despedirse de mí. ¿De qué va este hombre? En fin, acepto su invitación y me lleva a comer a un lujoso restaurante a unas manzanas del edificio.

Comemos una ensalada rápida para volver cuanto antes al lío. El tono es cordial, casi de amigos, y es un ambiente bastante relajado.

—¿Y cómo es que decidiste cambiar radicalmente de vida, Elena? No es que me quiera inmiscuir en tus cosas, pero has dado un giro de ciento ochenta grados, y me llama la atención.

—Bueno a veces es eso, «renovarse o morir» como se suele decir. Necesitaba un cambio. Vale que puede parecer desconcertante, porque lo he dejado todo atrás, pero me apetecía y esta era la oportunidad perfecta —le explico sin dar muchos detalles, pues no me parece el momento ni el lugar, y tampoco es que haya una confianza ciega para desvelar toda mi vida como si fuera mi mejor amigo.

—Eres muy valiente. Admiro a las personas como tú que os liais la manta a la cabeza, y cambiáis de vida de repente. Yo creo que sería incapaz de hacer algo así. Soy demasiado emocional y necesito mucho a mi gente alrededor. Mi familia es una piña y costaría horrores esas separaciones. No te digo más, aquí donde me ves una vez al mes, nos juntamos todos para pasar el día. Imagínate.

Y esto que me dice, me deja descolocada, pues no parece al típico hombre de familia. Esa fachada de tío bueno y de hombre de éxito es lo único que se ve, pero,

por lo que puedo apreciar, tiene su corazoncito. No puedo evitar sonreír ante esa imagen hogareña que quiere enseñarme, y claro que una, ya muy escarmentada, no se fía.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta.

—Nada, nada —niego mientras sigo recreándome en mi ensalada.

—Algo será. Venga, *secre*, dímelo.

—Que no es nada importante. Es que me gusta sonreír —intento salir del paso, pero por su mirada no lo convengo.

—Ya sabes que el jefe soy yo y puedo abusar de mi autoridad haciéndote echar horas extra hasta el fin de los tiempos — me advierte con gesto muy serio. Por un momento, me pienso que habla en serio, pero veo un brillo divertido en sus ojos. Este hombre es un seductor nato y ¡ay, lo que me pone!

—Solamente que me resulta extraño que te definas así. Perdona que te lo diga, pero lo que tú exudas no es precisamente el perfil de un hombre familiar y hogareño, sino todo lo contrario, un tipo seductor y picaflor del que es mejor huir como de la peste. —Observo que le ha cambiado la cara. Y un silencio de tensión se apodera del ambiente.

—No entiendo cómo puedes atreverte a hacer un juicio de valor sobre una persona que conoces desde hace un par de días, ya que en España apenas mantuvimos contacto. Eso no cuenta. Pero lo tengo merecido, por insistir. Gracias por tu sinceridad. —Mira su reloj mientras deja la servilleta en el plato ya vacío—. Debemos volver ya a la revista. Hay mucho que preparar todavía. —Ahora hace que me sienta peor aún, pero él mismo lo ha dicho ¿no quería sinceridad? Pues ahí lo lleva. Eric y yo nos levantamos a la vez y la tensión que se ha instalado no se corta ni con un cuchillo. Volvemos en ese ambiente tan incómodo. Afortunadamente, al salir del restaurante suena su móvil y eso nos da un tiempo.

Llegamos a la revista, y se encierra en su despacho, así que intuyo que me toca trabajar sola el resto de la tarde. Julie me telefonea varias veces para preguntarme

por temas de la fiesta. Y hablando de temas, por fin hemos dado con el tema ideal. ¡Los años 50 en América! Me pongo a buscar música de esos años como loca para tenerla lista para el sábado. Sebastien viene a mi despacho y me dice que se va a encargarse de tenerla grabada en un solo CD para que vaya saliendo porque aún no sabemos si algún DJ podrá venir. «Más vale prevenir que curar», como dice mi madre. El resto de la tarde se la dedico en exclusiva a la dichosa fiesta, que me tiene hasta las narices ya. No soy consciente de la hora que es cuando Julie viene a mi despacho a despedirse hasta mañana.

—¿Cómo es que sigues aquí cuando tu jefe ya se ha marchado? —me cuestiona Julie nada más entrar.

—¿Eric se ha ido ya? —indago con cara de boba. Menudo mosqueo que debe llevar que ni me ha dicho «adiós».

—Sí... hará una hora más o menos. Venga levanta de ahí o te vamos a tener que despegar de la silla.

Llego al apartamento como si me hubieran pasado diez trenes por encima. Agotada es poco y aún queda taaaanto por hacer que me dan ganas de cogerme un avión de vuelta a España. Pero, entonces, recuerdo mi razón de estar aquí y se me pasa. No quiero pensamientos negativos ni dolorosos después del duro día que he tenido, así que me preparo un baño con mi espumita, velitas y música relajante y me sumerjo en la paz que me proporciona, alejándome de todo lo malo.

Eric

No sé qué me está ocurriendo con esta mujer. ¡Casi la beso! ¡Por Dios!, ¡qué inconsciente! Herida como está es lo que menos necesita en estos momentos, pero no puedo evitarlo. Cuando la he visto tan desbordada por la situación, he sentido un deseo irrefrenable de consolarla. ¡Joder, Eric! Nunca antes me he sentido así por ninguna mujer. Es verdad que nunca he sido un santo, he tenido mis relaciones con las mujeres que me interesaban, como yo a ellas, pero nunca ha sido nada duradero,

ni mucho menos he tenido estos sentimientos de protección. ¡En qué hora me pidió Esteban este favor! Estoy cayendo en barrena y sin paracaídas.

10

A la mañana siguiente.

Eric

Las nueve de la mañana, ¡y tres minutos! ¿Pero dónde coño se ha metido esta mujer? Sabe perfectamente que tenemos una montaña de trabajo, que necesito que esté aquí y me ayude. Hace una hora que debía estar aquí. ¿Le habrá pasado algo? Los nervios empiezan a inquietarme. Busco en mi móvil su teléfono y la llamo. Un tono, dos, tres... y nada. Resoplo aflojándome el nudo de la corbata. Ahora mismo me preocupa más que le haya podido suceder algo más que la maldita fiesta y todo el follón que tenemos liado.

A los dos minutos no aguanto más esta espera y bajo corriendo en busca de un taxi. El camino se me hace largo, eterno, como si todos los semáforos hubieran confabulado para que el camino se haga interminable, pero a decir verdad el tráfico es fluido a esta hora de la mañana. De pronto, el taxista da un frenazo porque un coche de policía se ha detenido a medio metro de nosotros. ¿Qué hacen? ¿Por qué no avanzan? meto prisa al conductor, pero me hace una señal con las manos hacia el coche de policía. Entonces uno de ellos se baja y le grita algo a un transeúnte que al parecer le ha recriminado ir con el móvil al volante cuando está prohibido. ¿Pero qué cojones nos importa eso a los demás? El policía de dos metros y pico muestra el móvil al caballero que se aleja y le dice que es el teléfono del servicio. Muy bien, ahora metete en el puto coche y déjanos seguir de una maldita vez. Lo hace, y el taxista vuelve a conducir por las ajetreadas calles de Nueva York.

He vuelto a llamar a Elena, pero absolutamente nada. Imágenes terribles inundan mi mente: Elena tirada en el suelo de la cocina inconsciente porque se ha dado un golpe en la cabeza, Elena en el suelo tras ser asaltada en la escalera del

edificio, Elena golpeada por un violador... ¡Joder, Eric!, imaginación al poder. Finalmente, el taxi para, le lanzo unos dólares al conductor y salgo corriendo al apartamento. Por suerte, una vecina sale, y subo la escalera corriendo como si quisiera batir un récord mundial. Llamo al timbre y, por fin, aparece Elena, sana y salva pero medio desnuda. ¡Ay, Señor!, ¿por qué me odias tanto?

Elena

Poco a poco me voy despertando y me resulta raro que no suene el despertador. Si normalmente hasta que suena, no abro un ojo... Miro el reloj y entro en pánico. ¡Las nueve y veinte de la mañana! ¡Joder! ¡Cómo me he podido dormir tanto! ¿Ha sonado y yo no lo he oído? Salto de la cama, tropezándome con las sábanas y la manta con el consiguiente porrazo en el suelo. ¡Joder! Y ahora voy a tener un moratón en el muslo con lo que duele. Ni ducha ni nada. Me lavo un poquito, así por partes, y corro a vestirme cuando suena el timbre de la puerta.

¿Quién será a estas horas con la prisa que llevo? Solo me ha dado tiempo a ponerme la ropa interior, así que agarro la bata y, mientras voy por el pasillo, me la voy poniendo, pero se me resiste la muy jodía. Como puedo me la ato, pero dejo a la vista claramente los pechos, enseñando el sujetador de seda negro; sin embargo, voy tan histérica que ni me doy cuenta.

—¿Eric? —digo con la voz aún ronca, pues acabo de amanecer.

—¡Joder, Elena! —me suelta gritándome y al segundo tiene los ojos en mis pechos. Rápidamente, soy consciente del regalo que soy para la vista y me tapo con la escurridiza bata—. ¿Se puede saber por qué mierda no coges el teléfono? Llevo llamándote casi una hora. Con todo lo que hay que hacer, ¡por el amor de Dios! Elena, y tú, así. ¿Qué narices estás haciendo?

Por la cara que se le está poniendo y la vena del cuello latiéndole, me parece que no está muy contento, pero joder cómo está. Hasta cuando se cabrea, me pone un montón. «Elena, ¡por Dios! ¡Céntrate, que tu jefe te está montando el pollo del

siglo en el salón, y con razón!».

—Lo siento, Eric. Aún no se qué me ha pasado. Te juro que yo puse el despertador, pero no ha sonado, o ha sonado y lo he apagado... El caso es que anoche estaba tan muerta que no he sido capaz de llegar a la hora al trabajo. A la vista está... —Y sin darme cuenta, me he soltado la bata en pleno discurso, dejando todo mi cuerpo a la vista.

—A la vista hay muchas cosas por lo que parece —me indica sin quitarme ojo de encima, conteniéndose la risa con la mano.

—¡Maldita bata! Dame cinco minutos, que me termino de vestir, y nos vamos —le pido mientras avanzo por el pasillo.

¡No me lo puedo creer! Un poco más y le enseño hasta el *toto* como dice Oli. ¡Qué vergüenza! Si no estuviera tan apurada por vestirme y llegar a la oficina cuanto antes, me echaría en un rincón a llorar, roja como un tomate. ¡Valor, Elena! Tampoco es que no haya visto nada que no haya visto antes. Algo se me revuelve en el estómago pensando en Eric con otras mujeres en ese momento íntimo y prefiero no pararme a imaginarlo. En cinco minutos, estoy lista y salgo al salón donde me encuentro a Eric hablando por teléfono y apuntando cosas en una agenda. No espera. ¡En mi agenda! Menos mal que no tengo nada privado, porque para este hombre el significado de *privacidad* brilla por su ausencia. Se gira y, al verme lista, cuelga.

—Por fin la Bella durmiente está preparada para ir a trabajar —bromea con sorna mientras se guarda el móvil en la chaqueta y me entrega la agenda—. Aunque si te soy sincero, tal cual me has recibido no es lo más apropiado para la revista —me recuerda entre risas el muy gracioso.

—Bueno, quizá tengamos que preguntárselo a Lucas. Para una de sus sesiones, creo que estaba divina —le suelto manteniéndole la mirada. Si este se cree que a mí me va a achantar con semejantes comentarios, la lleva clara el chaval. Y, efectivamente, he dado en el clavo. Me mira serio y empieza a andar hacia la puerta.

—Vamos, Elena. Ya me has hecho perder más de una hora. Lleguemos cuanto antes y pongámonos a trabajar que aún queda muchísimo por hacer y, gracias a tu *sueñecito*, vamos muy retrasados.

Mejor me callo, porque por lo que le iba a soltar, me pone de patitas en la calle. En parte, tiene razón, pero ya tuve para toda una vida y parte de la siguiente, con un chulo. Este no sabe con quién está hablando. Bajamos en absoluto silencio a la calle. Entramos en su coche, hoy con chófer. Me dice que es Julio, uno de los chóferes de la empresa. Nada más sentarnos, me empieza a agobiar con millones de cosas de la maldita fiesta. Pero ¡qué asquito le estoy cogiendo a la puñetera fiesta! Intento aplacar mi mal humor y centrarme en el trabajo. Ya en la revista estamos durante horas reunidos con la plantilla: Julie, Lucas... haciendo llamadas telefónicas, mirando propuestas... Por fin, sobre las cuatro de la tarde, nos tomamos un respiro.

—Vete a comer algo, Elena. Yo sigo con todo esto —me propone mirándome muy serio.

—No. Si tú no te vas a comer, yo tampoco.

—No digas tonterías y ve, aunque sea cómete un sándwich. Si no me vas a demandar por *sobreexplotación* —me responde mirándome con una sonrisa divertida.

—Vale. Entonces nos vamos los dos a comer algo, aunque sea un sándwich como tú dices. ¿Dónde se ha visto que el jefe siga trabajando y la empleada se vaya a comer tan ricamente? —le sugiero acercándome a él y quitándole los papeles que lleva en las manos. Eric se levanta y se da la vuelta tan deprisa que nuestras caras se quedan a pocos centímetros una de otra. ¿Es cosa mía o la habitación es más pequeña? Puedo sentir su fresco aliento en mi cara. ¿Será asmático? Estoy notando que le cuesta respirar. Esos ojos... Como puede tener esos ojos tan intensos que te taladran cuando te mira tan profundamente. ¡Dios!, ¡qué cursi, Elena! No obstante, lo de este hombre no es natural ni por asomo. Tengo que alejarme de él, en todos los sentidos. Doy un par de pasos hacia atrás e intento sonreír, mas me sale muy forzado. Por favor, que diga algo, que diga algo...

—Si insistes, Bella, iremos.

—¿Bella? —le pregunto desconcertada.

—De Durmiente. A partir de ahora, te llamaré así. ¡Vámonos! —me insta agarrándome del brazo y saliendo del despacho a toda prisa. Aprovecho, que por el marco de la puerta no entramos ambos a la vez, para deshacerme de su contacto. Cada vez soy más consciente de que, si yo no pongo distancia, esto puede acabar muy mal. Entendiendo por muy mal, en la cama. «Recuerda, Elena, el motivo por el que estás aquí...», me dice mi conciencia que va ganándome por goleada. Por cierto, Conciencia 3 / Elena -15.

*

¡Dios mío!, tras la cagada monumental de quedarme frita — refrita más bien — , en los días previos a la fiesta aniversario de la revista, me pongo la alarma del móvil para que suene cada cinco minutos, aparte del despertador que hay en el dormitorio principal. Hemos seguido trabajando a destajo, *malcomiendo*, haciendo llamadas telefónicas a diestro y siniestro, incluso peleándome con agentes y asesores para poder conseguir a las *celebrities* en cuestión para el evento. Eric se ha vuelto majareta perdido reuniendo a la plantilla a cada rato para ver cómo iban las cosas. Algo me dice que la tal Marga es la culpable de ponerle histérico y, en la sombra, no ha dejado de atosigarle con la consecuencia de que él nos ha agobiado al resto a su vez.

Llegó un punto en el que se encerró en su despacho, negándose a hablar con nadie más. Ese momento lo recuerdo como una pesadilla, me dio de bruces con la puerta y me dejó alucinada. ¡Qué bien! A lo que iba, tras recibir la enésima llamada telefónica de su socia, cerró la puerta con pestillo por dentro y, por más que llamé llegando a aporrearla, fue inútil. Tuve que hacer de guardaespaldas y explicar a cada redactor y trabajador, los cuales acudían a su puerta, que todo pasara por mí primero. Por lo que me volví completamente loca, rozando el suicidio pero no el mío. Deseaba el de Eric o el de la socia que lo desquició.

Tres largas horas dieron su fruto y, gracias a Julie que me ayudó mucho, todo

salió adelante. Llegada la hora de irnos a casa, no salió del despacho, y yo no pensaba arrastrarme más tocando a su puerta. Cogí mi bolso y me fui a casa a descansar hasta que al día siguiente volviera a explotarme, dejándome sola ante el peligro. Un baño de espuma relajante después, me hizo ver las cosas desde otro ángulo. Quise comprender el estrés al que se vio sometido, no es plato de buen gusto que tengas a una mosca cojonera detrás de ti presionándote. Al segundo siguiente, pensé lo contrario, ya que el jefe es él y no puede bloquearse de esa manera ante una crisis. Llamaron al timbre, y para mi sorpresa un mensajero me traía una cesta de productos de baño de una marca bastante famosa y cara. Atónita, firmé el recibo y abrí la tarjeta que traía.

Siento que contigo lo he hecho todo mal desde el principio. Pensarás que soy el peor jefe del mundo y, aunque me gustaría explicarme, no creo que tengas ganas de escucharme. Espero que estos productos para el baño te ayuden a relajarte y vuelvas a ser mi Bella Durmiente.

Gracias por todo, E. R.

El suspiro que se me escapó de los labios pudo oírse en media manzana por lo menos. ¿El peor jefe del mundo? Qué poco sabía, esa categoría ya la tenía en su poder un abogado pijo y desvergonzado, que me había roto el corazón en tantos pedazos que no sabía a ciencia cierta si en algún momento podría recomponerlo de nuevo. Pensé en enviarle un mensaje para agradecerle el detalle, aunque quise dejarle con la duda y hacerle sufrir un poco más.

Esa noche creo que soñé con él, con mi jefe, con el amigo de Esteban, con la persona que me había brindado una nueva oportunidad para empezar de cero, el que desde el primer día llamó mi atención y me hacía reír sin darme cuenta. Y, entonces, supe que estaba empezando a ir cuesta abajo con los frenos fallándome. Poco podría hacer para no enamorarme de un hombre como él. ¡Dios!, estaba perdida.

Al día siguiente de recibir su regalo, lo evité un rato mientras Eric me miraba con la cabeza gacha. Cuando fui a darle el *ok* de unos empresarios tras los que llevábamos detrás los últimos días, supe que era el momento de mostrarle que no

estaba enfadada.

—Eric, los señores Macherade han confirmado su asistencia. Eran los últimos que estaban pendientes, así que puedo decir, con gran felicidad, que está todo preparado. —La sonrisa con la que le dije aquello fue clave. Él me devolvió la sonrisa, tranquilo y esperanzado, pero no hizo mención a su disculpa ni a lo que había sucedido. Yo volví entonces a mi despacho y, cuando llegaba la hora de irme a casa, se acercó hasta mi puerta. Tocó con los nudillos, y yo me giré al instante.

—¿Se puede? —Con el rostro cansado del día y de los anteriores en los que no habíamos parado, la calma se reflejaba en su rostro. Asentí con la cabeza dándole paso para entrar—. Hoy no cogerás ningún taxi, te llevo en mi coche.

Y poco más pude decir, porque se empeñó y no cejó en su intención hasta que me tuvo sentada junto a él en la parte de atrás de su BMW, llevado por uno de los chóferes de la empresa. Aspirar su olor corporal, su cercanía, y el calor, que desprendía su mano cerca de la mía, no fue lo mejor.

—Elena, quería pedirte perdón nuevamente por lo del otro día. Normalmente no soy así, pero Marga me tenía tan agobiado que tuve más que palabras con ella y llegó a amenazarme. No es que temiera por perder mi trabajo, pero no me gusta que se juegue con la vida de mis empleados y me cabree mucho. —Menuda pécora que debía ser la tal Marga. Me dio pena que se sintiera así, por lo que le quise quitar hierro al asunto.

—No tienes nada de lo que preocuparte y, por favor, no me pidas perdón más veces. —Eric negaba con la cabeza volviendo a disculparse, así que tomé medidas desesperadas. Le agarré la mano, la cual estaba a dos milímetros de la mía en el asiento, y le miré fijamente a los ojos—. Créeme que no tengo ningún trauma, entiendo que te encontrases en una encrucijada. Te agradezco tus disculpas, pero solo te pido una cosa: no vuelvas a hacerlo o entonces te daré motivos para pedirme perdón.

Conseguí mi objetivo, y mi jefe se echó a reír, aunque unos segundos después la tensión se palpaba en el interior del vehículo. Mantuvimos la mirada solamente

descendiéndola para observar los labios del otro. La respiración de ambos era agitada y juraría que me hubiera besado de no ser por el chófer, que nos avisó de nuestra llegada a mi apartamento. Les di las buenas noches a ambos y salí disparada, solamente dejé de correr cuando cerré la puerta tras de mí, sujetándome el corazón, que me saltaba en el pecho.

Al final de la fiesta de aniversario...

Y aquí estoy, parada de pie en una esquina, casi al final de la fiesta, con un dolor de pies considerable gracias a mis Stiletos negros, regalo de Julie. Como digo, por fin, parece que se acaba la fiesta. Parecía que no tenía fin, pero las últimas *celebrities* ya se están despidiendo de Eric. No me canso de contemplar lo guapo que está hoy. Todo le sienta de maravilla. Seguro que va en chándal y está divino. Termina de despedirse y se gira hacia mí, mirándome con esos ojos tan profundos. Camina hacia donde estoy mientras se deshace la pajarita. ¡Dios!, ¡qué sexi...!

—Bueno lo conseguimos —celebra feliz, acercándose a mí. La música de Louis Armstrong comienza a sonar.

—¿Y esa música? —le pregunto, sospechando que tiene algo que ver con eso.

—La he pedido para nosotros. Baila conmigo, Elena —me pide mientras coge mi mano y tira de mí.

—No podemos, Eric —le advierto intentando respirar mientras me aprieta contra él—. Tengo que ir a la cocina a felicitar al *catering* y hablar con el DJ por esas canciones maravillosas de los 50. La gente ha disfrutado mucho y...

No puedo seguir hablando, porque pone su dedo índice sobre mis labios. El corazón se me detiene en el pecho mientras, hipnotizada, no aparto mi mirada de la suya.

—Deja de hablar y bailemos —me susurra mientras me abraza, y Louis Armstrong nos envuelve con su ronca voz.

La letra de *A Kiss to build a dream on* nos seduce. Me está calando porque cada vez que Armstrong dice una frase, la hago mía y me dejo llevar por el suave vaivén de Eric.

Durante cinco minutos, bailamos sintiendo el cuerpo del otro y hasta el latir de los corazones. Incluso me da vueltas sonriéndome, y yo, como una boba, le correspondo. Nos movemos por la pista iluminada únicamente por la lámpara de cristalitos, reflejando en el suelo, y esa maravillosa música creando un momento mágico. Tanto que no es necesario hablar. Eric levanta mi barbilla para que lo mire, y conectamos las miradas. Y de repente ¡momentazo! Se acerca a mis labios y me besa.

11

Eric

Por fin, la besé. Lo hice, la besé. ¡Dios Santo!, no podía creerlo. Me moría por rozar sus labios, por sentirlos sobre los míos. Desde el primer día que la descubrí en el parque, experimenté ese impulso, ese hilo que me llevaba hacia ella. Nuestra cercanía trabajando no había hecho más que empeorar las cosas, la atracción había ido creciendo y, finalmente, me había atrevido a hacerlo. Disfruté el sabor de Elena en mi boca, suave, delicioso y sereno. Oía la respiración de ella agitándose, ahogándose, y entonces cometí el error de darle espacio y tiempo, aunque apenas fueran unos segundos. ¡Jodido error! Ella me miró confundida y aprovechó para escaparse de mis brazos. Dada su anterior situación en España con el gilipollas de su jefe, la dejé irse. No fui tras ella para no asustarla. Si algo me había quedado claro en los últimos días junto a ella, fue que era una mujer fuerte, aunque ella se negara a creerlo. Lo era, además de astuta y valiente. Aún no lo sabía, necesitaba tiempo y que la dejaran volver a ser ella de nuevo.

La aparición de Marga, sin embargo, no ayudó mucho. No sé por qué coño ha tenido que venir estropeándolo todo. Ella sabía que no podía negarme con los señores Faboni y que debía hacer teatro delante de ellos, fingir que nos llevamos bien y que la revista no corre peligro, aunque sus socios no se soporten. Corrijo, porque uno de ellos no aguante a la otra parte. Marga me pone enfermo, jamás he caído ante su encanto; sin embargo, ella se ha ocupado de ir dejando caer por ahí que hacemos un buen tándem en todos los sentidos.

No me he atrevido a mirar de nuevo a Elena, aunque ahí es donde he cometido el segundo error, dejar que ella viera cómo Marga se acercaba a mi cuerpo, obligándome a rodearle la cintura con el brazo. No he tenido el suficiente coraje para girar la vista y ver cómo le dolía aquello. Ahora mismo debe estar odiándome, y con razón; volver a encontrarse con un gilipollas de la talla de Víctor no es el

sueño de su vida, pero nunca me he rendido ante los retos y, sin duda, esta mujer lo es. No voy a dejar que crea que soy como ese *cabronazo*. No sé qué me ha hecho Elena, pero pienso averiguarlo y, sobre todo, voy a centrar todas mis fuerzas en ayudarla para que vuelva a ser la mujer de la que su mejor amiga presume.

Elena

No recuerdo bien cómo fue que me separé de los brazos de Eric, de mi jefe. Estoy llegando a pensar que tengo una atracción especial hacia mis jefes. Salí corriendo hacia la cocina donde pude calmarme mientras felicitaba al servicio de *catering*, que habíamos contratado, y a la chica que había preparado todo, pues estaba delicioso y exquisito. Durante la fiesta, me paseé siendo una sombra y asegurándome que todo saliera perfecto y que los invitados estuvieran realmente satisfechos con la comida. Unos minutos más tarde, salí de la cocina con cautela, pues no me atrevía a enfrentarme a Eric.

Julie me cogió desprevenida y me pegó tal grito que di un bote. Se agarró de mi brazo, ya que sus zapatos de tacón plateados de doce centímetros la estaban matando, pero *la condenada* estaba bien guapa. Con aquel vestido de firma, que olvidé cuál era al instante de decírmelo, con esa falda vaporosa hasta los pies y con ese corpiño, el cual se ajustaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel. Era una de las mujeres más hermosas que había allí, y eso que las modelos abundaban en aquel lugar.

—No puedo más con estos zapatos, son divinos pero infernales. Estaba pensando en quedármelos, aunque no sé si mis pies opinan igual. —No pude evitar reírme, aunque de forma nerviosa, pues disimuladamente buscaba por el salón a Eric. No había ni rastro de él. Apenas quedaban unos diez invitados, y Lucas, el célebre fotógrafo de la revista que se dirigió a nosotras en cuanto nos divisó a lo lejos.

—¿Es que no son tuyos? —le pregunto olvidando que el *ligón de turno* nos iba a dar la lata otra vez.

—No, yo no suelo gastarme tanto dinero en estas cosas: el vestido, los zapatos, el peinado... La revista contacta con muchas firmas diferentes para anuncios y, en este tipo de eventos, se ofrecen a prestárnoslas porque así les hacemos publicidad. De hecho, yo me enamoré de estos zapatos en cuanto los vi. Megan, la comercial de esta marca, me los enseñó y acabé completamente enamorada y rendida —me reveló sentada en una silla engalanada con telas blancas, la cual habíamos buscado bajo las piedras hacía unos pocos días.

—¿De quién te has enamorado tú y por qué yo no lo sé, rubita? —Lucas comenzó con sus frases manidas, y Julie puso los ojos en blanco ignorándole.

—Dejé a Megan un rato en la redacción mientras fui a rotativas a revisar cómo iba el nuevo número. Al volver, habían desaparecido. Yo sabía desde que los vi que eran inalcanzables, pero aún así no dejé de hacerle ojitos cuando aparecieron ante mis ojos. Me olvidé de ponérmelos, rebusqué entre todos los pares que Megan había dejado, y, nada, no estaban. Por suerte, la comercial los había guardado para mí, pues comprendió por mi mirada embobada que les había echado el ojo, y no quería que nadie me los arrebatase.

—Pues déjame decirte que hoy estás de escándalo, rubita. La mitad de hombres de esta fiesta te han estado devorando con los ojos, incluso a alguno he tenido que pedirle una declaración honesta de intenciones antes de dejarle acercarse a ti. —Lo que me faltaba por escuchar. Lucas era un tipo atractivo y con encanto, ¿por qué tenía que utilizar aquellas artimañas cutres para ligar? Julie, una mujer calmada y sosegada como yo, me sorprendió al levantarse sobre sus doce centímetros con cara de pocos amigos.

—Espero que lo que acabas de decir sea una broma, que por cierto es de muy mal gusto, Lucas. Siempre me río de tus chistes y tus absurdecos, pero en lo que a mi vida personal se refiere no tienes nada que decir o que hacer. Que yo recuerde nunca te he quitado de encima a las *modeluchis* que te babeaban encima. —Con los brazos en jarras, los dos empezaron a mirarse intensamente. Aquella pareja... no sé si se conocían desde hace años, no sé si eran dos amigos hablando o si era una

pareja de ex amantes reclamándose uno al otro.

—Todo lo que tenga que ver contigo, es de mi absoluta incumbencia, rubita. Me extraña que, a estas alturas, no lo sepas. —Aquello fue la confirmación de una de mis teorías. Julie parecía una olla a presión a punto de explotar, así que decidí que sobraba en aquella ecuación. Con disimulo, me alejé de ellos que siguieron discutiendo acaloradamente hasta que el fotógrafo la asió por el brazo y desaparecieron de la fiesta casi acabada.

Unas chicas de la redacción seguían con su fiesta particular y me invitaron a salir con ellas a una discoteca de la zona, bastante lujosa donde cientos de famosos de moda hacían acto de presencia. No es que consiguieran mucho con ellos, pero al menos presumían de haberlos visto o haberse rozado sin querer. ¡Pobrecitas!, menudas prioridades que tenían, y es que a veces la juventud nos afecta de mala manera. Les agradecí su invitación, pero les dije que estaba agotada de los últimos días y que me marchaba a casa a descansar.

Los últimos invitados estaban charlando a pocos metros de Eric, y una morena, que no había visto en toda la noche, estaba a su lado. Fingiendo que estaba hablando con los componentes del equipo de rotativas, los cuales me estaban informando de cómo marchaba la nueva edición, paseaba mi mirada sobre ellos de vez en cuando. Él me había visto llegar para hablar con los chicos, pero después puso su mano sobre la cadera de la mujer y no volvió a mirarme. No, no, no, por Dios. ¡Otro Víctor en mi vida, no! Apenas cinco minutos antes, me estaba besando como si no existiera nada más y ahora se arrimaba al cuerpo de una mujer despampanante. Si es que no hacía caso, no aprendía. Mis amigas me lo decían «con la cabeza tan racional que tienes y el corazón te manipula convirtiéndote en una maldita marioneta». No es que fueran las palabras que una espera recibir de sus amigas, pero Oli era así. Es cierto que no me gustaba lo que me insinuaba a veces, pero era la sinceridad en estado puro.

Cuando acabé de hablar con ellos y me harté de mirar cómo reían y se tocaban aquellos dos — ellale agarraba por el hombro y se acercaba a su oído con descaró

— , me dije a mí misma: «Ya has hecho suficiente la imbécil por una noche». Me fui a buscar un taxi con uno de los redactores y, en cuanto encontré uno, me despedí del chico.

De nuevo en la soledad del apartamento, no pensé en lo bien que había salido todo trabajando a un ritmo contracorriente, ni en lo mucho que había bailado con los compañeros destrozándome los pies, ni siquiera en las felicitaciones que recibí por parte del equipo. No. Yo, únicamente, veía a Eric agarrando a aquella mujer, después de haberme besado, haciéndome creer, por un instante, que quizá no sería el mismo jodido cabrón que Víctor. ¡Madre mía!, ¡qué malhablada me estaba volviendo! No puedo pensar mucho más cuando el sueño me vence y el que me envuelve en sus brazos, es Morfeo y no mi jefe. Conciencia: 4 / Elena: -20.

12

Julie

Lucas me mira como si no comprendiese mi enfado. Me parece increíble que a las alturas de la película siga actuando así. Las ganas de darle un guantazo debo contenerlas, pues no voy a dar un espectáculo, aunque como continúe contemplándome con ese aire de superioridad y, sobre todo, con ese poder, esa influencia que tiene sobre mí, se la lleva.

—No sé por qué te pones así. —Empiezo a temblar de pura rabia. ¿Quién se cree que es para decidir sobre mi vida sentimental?—. Tampoco es que haya evitado que conocieras al hombre de tu vida. Créeme, esos tíos son mucho de comerte la oreja y eso no te pone un anillo en el dedo, que es lo que tú estás buscando.

Ahora sí que se la había ganado. ¡Dios!, odiaba esa influencia que ejercía sobre mí. Odiaba desearlo, odiaba quererlo. Con Lucas, me debatía siempre entre el debo y el quiero. Nos conocíamos desde años y, desde hace mucho, ya ni recordaba cuando empezó todo, teníamos «encuentros», como él los llamaba. Me parecía una palabra tan fría y tan vacía de sentimientos que odiaba cuando se refería a lo nuestro de esa manera, siendo ese «nuestro lo que fuera». Sí, la culpa de todo la tenía yo, por dejarme embaucar por ese hombre y por aceptar el tipo de relación que él quería tener conmigo. No éramos pareja, ni amantes frecuentes pero tampoco simples amigos. Para Lucas sí que era su amiga, con la que se reía, soportaba sus chistes malos y coqueteos, y con la que tenía sexo, del mejor según él. Por desgracia, para mí era otra cosa, era sexo, sí, del bueno, del fantástico, del que te pone los ojos del revés, pero era un verdadero asco. Yo soñaba con el «más» que debía venir después del sexo: la relación, el amor para siempre, el vivir juntos, tener hijos... Menuda mierda era estar enamorada sin ser correspondida. Y por todo eso, que habitaba en mi interior y que me removía cada vez que llegábamos al límite como en esa ocasión, odiaba a Lucas, pues aquellos «enfrentamientos de

quiero decirte lo que siento y no me atrevo» sucedían de vez en cuando.

—¿Y tú cómo sabes lo que yo quiero? ¿Acaso has escuchado mis anhelos más profundos? ¿Sabes lo que me preocupa, lo que me agobia? Pero de verdad, lo que tengo aquí, en el fondo —le cuestiono, señalándome el lugar donde tengo el corazón hecho polvo gracias a él—. ¡Tú no sabes nada de mí! Solo soy la redactora que lleva años fingiendo que le importa una mierda que la folles y te vayas. No me conoces en realidad, así que no me juzgues tan a la ligera. —A Lucas se le empieza a hinchar la vena del cuello, solo se la he visto así cuando está dentro de mí, dominado por el deseo y la lujuria, aunque no es lo que le está sucediendo ahora mismo. Me agarra del brazo sin decir una palabra, creo que en parte se lo agradezco, pues mi jefe está a escasos metros de mí y miedo me da que haya podido oírme. ¡Dios!, ya me estoy viendo en la calle por armar un escándalo en la fiesta de aniversario de la revista. «Genial, Julie, no tenías otro momento para estamparle todos tus sentimientos en la cara al imbécil de Lucas».

Salimos fuera del hotel donde ha tenido lugar la fiesta y, por fin, me suelta. Joder, que daño me ha hecho, me ha apretado tan fuerte el brazo que por poco no me circula la sangre.

—¡Serás animal! ¡Me has hecho daño, subnormal! —La lista de improperios va creciendo, sin límite. Que alguien me ponga un bozal o esto va a acabar muy mal...

—¿Qué más soy, Julie? Venga, sácalo todo para que podamos volver a nuestras jodidas vidas de una vez. Nunca pensé que te lanzaras a expresar todo lo que llevas años conteniendo. —Fijo mi vista en él, sorprendida, no tenía ni idea de que fuera tan transparente—. No me mires así, ¿crees que por ser un tío no veo las señales? ¿Qué no sé que estás jodidamente enamorada de mí? Julie, me importas, no soy ningún cabrón hijo de puta que te quiera utilizar y tirarte como a un perro. Me molesta que tengas esa imagen de mí, ese Lucas no soy yo. —Vuelve a asirme por el brazo, y nos mete en un taxi.

Me he quedado muda ante sus palabras, no soy capaz de contraatacar en el trayecto, eterno por otra parte, hacia su apartamento. Tira de mí al llegar y me

arrastra literalmente hasta su casa. Nos mantenemos en silencio unos minutos, Lucas abre una cerveza y se la bebe delante de mí, sin hablarme, pero no aparta su mirada de mí.

—No quiero estar aquí, quiero irme a casa.

—Te estoy dando la oportunidad de que sueltes toda la mierda que llevas criando años, Julie. Dime todo lo que piensas de mí para que podamos avanzar en esta jodida relación, sea cual sea. —Lucas deja la lata de cerveza en la mesa que está junto a él y se acerca hasta mí—. Bien, visto que no vas a hablar, empleemos el tiempo en otra cosa. —Y con toda la seguridad del mundo, con esa voz que me desarma y esa sonrisa encantadora, vuelvo a caer como una imbécil en sus brazos. Él...

Al día siguiente en la revista.

—¡Julie! Tierra llamando a Julie. Llevo un rato llamándote. Casi te echas el café encima, ¡mira! —La redactora jefe mira hacia abajo y ve cómo ha derramado medio café sobre el suelo de la sala del café, que no es otra cosa que aquella donde los empleados desayunamos—. Si no llego a quitarte la cafetera de las manos ahora mismo estaríamos en Urgencias. ¿Se puede saber qué demonios te pasa? Llevas en Babia un buen rato.

—¡Uy!, perdona, ¡qué despiste! Es que estoy pensando en el número de la revista y me he ausentado unos momentos. —La observo con los ojos entrecerrados sin llegar a creerme la excusa barata que me acaba de decir.

—¿Estás segura? —Julie asiente y empieza a recoger el estropicio con unas servilletas. Yo la ayudo mientras observo cómo frunce el entrecejo, con la mente en otro lugar, pero no quiero presionarla, así que esperaré a que ella quiera contármelo—. Por suerte, la fiesta fue genial, ¿no crees?

—Un auténtico éxito, Elena. Y déjame decirte que si no llega a ser por ti, no sé cómo habría salido. Eric no se ha portado como el jefe que debería ser, y mira que

le conozco hace años. Es un sol, generoso, amable, extrovertido... No sé qué pudo pasarle, pero no tiene perdón de Dios. —Por un segundo pienso en confesarle lo de Marga, la cesta de jabones, el beso... Cómo desearía estar en Madrid justo ahora para poder desahogarme con mis amigas, pero no sé el tiempo que voy a pasar aquí. Julie es lo más parecido a una amiga que tengo, la cojo de la mano, y nos sentamos en una de las mesas.

—Tengo algo que contarte... —Quince minutos después, a Julie no se le ha desencajado la mandíbula de puro milagro. A la chica se le ha quedado una cara que es un poema.

—¿Qué te besó? ¡Dios mío, no puedo creerlo! Es el sueño de cada empleada de este edificio, a excepción mía que no es mi tipo. A juzgar por la descripción que me has hecho de la morena, esa debe ser Marga. Es un mal bicho, una mala persona. Aquí entre tú y yo, esa mujer está desesperada por los huesos de Eric desde que la conozco. No deja de insinuársele cada vez que tiene ocasión, pero él la ignora. Yo diría que no le atrae lo más mínimo, pero son socios y debe mantener las apariencias. —Ojalá fuera verdad lo que Julie me está revelando, pero agarrar de la cadera a una mujer de la forma en la que lo hizo él, no es pasar de la mujer en cuestión precisamente. Al menos en mi país es otra cosa.

—No sé, Julie, mi pasado sentimental no es que sea brillante precisamente. —La redactora muestra un gesto que me hace confiar en ella de nuevo—. Salir huyendo de un lío sentimental y meterme en otro no está en mi lista de prioridades ahora mismo. —A ella se le dibuja una sonrisa que me anima a seguir hablando—. En España viví anclada a una relación frustrante que no hacía más que dañarme, aunque siempre caía como una tonta. No quisiera repetir los errores, sino aprender de ellos.

Mi compañera aprieta mi mano con fuerza y, al mirarla a los ojos, veo que hay un brillo especial en ellos. Traga saliva y me sonrío vagamente. Apoyo mi mano sobre la suya agradeciéndole la mueca, pero lo que vino después fue lo que menos me esperaba.

—Ya somos dos tontas entonces, yo llevo años cayendo en los brazos del mismo imbécil.

—¿Tú? Imposible —le digo sin dar crédito. Una mujer como ella, fuerte y decidida, jamás se dejaría embaucar por alguien como Víctor.

—Si tienes tiempo, ponnos otro café que te vas a quedar de piedra.

13

Elena

Aún recuerdo el sabor de los labios de Eric, de mi jefe. Sé que lo repito mucho, pero es que tiene que entrarme en la cabezota que es MI JEFE. ¡Dios!, estoy horrorizada, no puede volver a pasarme lo mismo que con Víctor, no debo permitir que ocurra, ya no más, con una vez fue más que suficiente. Este es uno de los mantras que me persigue, pero al que parece que hago poco caso, por no decir nada. No sé cómo me las apañó, pero consigo evitar a Eric toda la mañana. Cada vez que viene a decirme algo, salgo por piernas o me cuelgo del teléfono, incluso simulando que hay alguien al otro lado cuando es mentira.

Antes de hablar con Julie, pensaba que mi vida se estaba yendo por el desagüe por empezar a colarme por mi *jefe-mejor-amigo-del-marido-de-mi-amiga*, pero una vez más estaba en un error. Lo suyo es peor. Jamás imaginé a Julie, la mujer cabal y segura de sí misma, completa e irrevocablemente enamorada de Lucas. Me recordó a mí misma hace unos meses cuando besaba el suelo que pisaba Víctor. Al menos, ha superado la fase de «vamos a superar esto, aunque sea a base de bebernos hasta el agua de los jarrones».

Voy ensimismada en nuestra conversación, llevo en una mano cinco carpetas y mi bolso, y el teléfono en la otra, cuando no me doy cuenta y, en vez de pisar suelo firme, me deslizo por las escaleras que hay antes de entrar en la redacción. Las carpetas, el bolso, el teléfono... todo se desparrama sobre el suelo provocando un gran estruendo. Claro que no es tan llamativo como mi caída, ruedo por un par de escalones cubriéndome la cabeza con los brazos a modo de protección. Y lo mejor de todo es que hoy no me he decantado por unos vaqueros, sino que me he animado a ponerme un vestido de manga larga blanco que me llega por las rodillas. Misteriosamente, no se me levanta del todo, así que las bragas de algodón del mismo color no son descubiertas. Enseguida, llegan a socorrerme y apenas puedo

abrir los ojos de la vergüenza que cubre mis mejillas.

—Ángel, no deberías llamar la atención de esta manera. —¡El que faltaba! Lucas se agacha para comprobar que estoy bien, y mi mirada lo fulmina de tal manera que se echa hacia atrás un momento. Tiro de sus manos y me pongo de pie con su ayuda mientras algunos redactores acuden a mi auxilio. Me encantaría decirle tres verdades al fotógrafo, pero pienso que no le haría ningún favor a Julie, así como mi culo y el muslo, sobre el que he caído, opina otra cosa.

—¿Elena? ¿Estás bien? ¡Por Dios santo! ¿Qué ha sucedido? Un momento te he visto con las carpetas viniendo hacia aquí y, cuando he vuelto a alzar la vista, no te he visto. —Rodeada de varios compañeros, algunos que reprimen las risas y no les culpo, sonrío dolorida mientras me ayudan a recoger todo lo que se me ha caído.

—No sé, he perdido el equilibrio o algo. —Lucas ayuda a los redactores, pero siento que su mirada no se concentra en la pobrecita que se ha comido las escaleras sino en la redactora jefa que lo ignora por completo.

—¡Hey, Jules! —Oigo que le llama mientras sacudo el vestido para limpiarlo. Alzo la cabeza con disimulo para ver su reacción, pero es nula. Julie coge mi bolso y el teléfono, y Cameron me lleva las carpetas, acompañándome a la redacción. Dejamos a Lucas allí plantado que parece tener el semblante triste, aunque poco puedo verlo, pues se marcha sin mirar atrás.

—¿Seguro que estás bien? —vuelve a preguntarme y, aunque malherida por el tortazo que me he dado, la vergüenza que he pasado ha sido peor.

—No te preocupes, el dolor de culo y de la pierna se irá. No creo que puedas decir lo mismo. —Julie me mira un segundo confundida hasta que sabe a lo que me refiero.

—He decidido pasar página, pero de verdad, dejarme de medias verdades, de medias tintas, dejar de sufrir por quien no se lo merece. Sé que no será sencillo y que voy a necesitar mucho helado y películas de Di Caprio, pero me olvidaré de él.

El impacto de las palabras de Julie me descoloca y no puedo más que admirar a

esta mujer. «Con dos ovarios bien puestos», diría mi Oli. Le sonrío y le aprieto la mano que descansa sobre el follón de carpetas, que he montado hace un momento, para darle mi apoyo, y ella me devuelve la sonrisa sabiendo que aquí me tendrá.

Me vuelvo al despacho donde me voy a aplicar un poco de hielo. «Joder, cómo duele», pienso y espero no haberme hecho nada. Con lo hipocondríaca que soy, estoy temblando de solo imaginarlo. Miro hacia la puerta que he dejado entornada por si Eric llega y me busca para algo, aunque su despacho está vacío. Dios quiera que hoy no aparezca en todo el día. Cojo el hielo envuelto en un trapo, que me han dejado, y levanto el vestido para aplicarlo en el muslo derecho que no tiene buen aspecto. Aquí me va a salir un moratón del tamaño de todo Manhattan.

«Maldita sea, hay que ver lo torpe que eres, Elenita», me regaño a mí misma sintiéndome estúpida. He recibido golpes peores haciendo deporte, no sé por qué demonios éste me preocupa tanto. Quizá sea que es el primero desde que dejé de boxear. ¡Dios!, me encantaba ir al gimnasio de Malasaña y golpear a los pobres chicos que pensaban que por ser mujer me darían una paliza. Sonrío ante ese recuerdo y me pregunto por qué dejé de hacer eso si era uno de mis *hobbies* favoritos. «Víctor», me respondo, cuando éste empezó a disponer de mí casi las veinticuatro horas del día fue el fin de aquello. Jamás volveré a dejar que nadie me quite lo que más quiero, por encima de mi cadáver.

Eric

No sé qué demonios le ha pasado, pero la imagen de la pierna de Elena estirada sobre la silla, con el vestido ligeramente subido, mostrando uno de sus muslos no es lo que me esperaba al llegar a la oficina. ¡Joder!, casi me caigo de culo ante semejante cuadro. Creo que se está poniendo hielo, aunque no tengo ni idea de por qué. Dudo en entrar, porque, desde que nos besamos en la fiesta, me ha estado evitando y descubrirla ahora seguro que le hará sentir vergüenza. Mejor me vuelvo a mi despacho y espero a que acabe, pero no soy capaz de moverme. Los ruiditos que emite cuando se pasa el hielo por el muslo van directos a mi entrepierna,

incrementando el deseo que nació en el momento en que posé mis labios sobre los suyos. Esto no es ético, no soy ningún *voyeur*. Sea lo que sea que le haya pasado, se merece ese momento de intimidad. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad y me doy la vuelta metiéndome en mi despacho, donde, sin duda, algo tendré que hacer para bajar la erección que me aprisiona los pantalones. ¡Dios mío!, con esta mujer he vuelto a la adolescencia.

14

Lucas

Esta mujer es la más impredecible que he conocido. La primera vez que la vi pensé que era una modelo y, como buen cazador, me acerqué para capturar su imagen en mi querida Nikon. Menos mal que no llevaba la cámara con la que trabajo habitualmente, porque estoy seguro que Eric la habría tirado al suelo. ¡Caray!, ¡cómo me miró el jefe ese día! No es que seamos amigos ni mucho menos, pero nunca le había visto tan cabreado conmigo. Para mí que aquí se está cocinando algo... y es que este Ángel es de las pocas que quedan. Estoy francamente hastiado de las mujeres de siempre: rubias, extra delgadas, con poco cerebro y mucha sonrisa. Pero Elena es aire fresco, si algún día quisiera cambiar de trabajo podría ser modelo sin problemas.

—Lucas. —Dejo de pasar las fotos que acabo de hacer con la cámara y me sorprende escuchar su voz aquí. Una sonrisa boba se instala en mi cara al verla y, a la vez, la culpa se apodera de mí al saber que soy el que le borra a ella la suya.

—Hola, Jules. —Conozco ese gesto, cuando se muerde el carrillo es que está nerviosa y tiene algo que decir, pero no sabe cómo. Me encanta.

—¿Tienes un momento? —Mira a mi equipo, y les pido que se tomen un descanso mientras lidio con lo que quiera comunicarme. Se acerca a mí, pero la barrera invisible sigue ahí, cómo me jode que haga eso.

—Tú dirás. —Me cruzo de brazos esperando a que empiece a hablar. Deja la carpeta que lleva en las manos y se pone en jarras un poco más cerca. Uy, uy, aquí va a haber movida...

—¿Qué ha pasado con Samantha Hawkins? Ha llamado bastante enfadada por el trato que le dimos en la sesión fotográfica. ¿A ti qué coño te pasa que no sabes

mantener a tu *amiguito* en los pantalones? ¡Joder, Lucas! Si tienes un problema sexual, vete a una clínica, pero no dejes que la revista se vea involucrada en tus rollos sexuales. —Julie está enfrente de mí, fuera de sí, gritándome como si no hubiera un mañana, y yo no puedo dejar de sonreír. ¿Qué coño me pasa?

—A ver, a ver, Jules, que me he perdido. ¿Quién es esa? Sabes perfectamente que para mí son solo un número más en mi carrera, no recuerdo sus caras. —Sus ojos comienzan a echar chispas y se acerca un paso más, señalándome con el dedo.

—¿Cómo se puede ser tan cabrón? ¿Entrenas o te sale solo? ¿Cómo no te acuerdas de las mujeres con las que te acuestas! —Se gira a un lado y murmura algo que no me gusta un pelo—. ¡Dios, cómo he podido caer tan bajo!

—Jules, ¿de qué estás hablando? Hace semanas que no me relaciono con ninguna de las que pasan por aquí. No recuerdo quién es esa, porque son demasiadas las que elige nuestra revista. No estoy mencionando a las mujeres con las que me acuesto y, por si no me has oído bien, hace semanas que no toco a nadie más que a ti. —Un atisbo de esperanza aparece en sus ojos, pero al siguiente segundo vuelve a ser la Julie fría y distante que no soporto.

—No quiero conversar de eso, de nosotros, o de lo que sea. Yo... —Y aquí está lo que no sabe cómo decirme, vuelve a morderse el carrillo y mira al suelo.

—Jules... —Alzo mi mano para agarrar la suya, pero ella se echa hacia atrás evitando todo contacto.

—Te he dicho miles de veces que no me llames así. Lucas, solo he venido a razonar contigo de forma profesional, puesto que a partir de ahora será lo único que hablaremos tú y yo. Esta va a ser la última vez que discutiremos de lo que ha pasado entre los dos. Sabes que me he enamorado de ti, ha sido mi error, lo sé. Pero no voy a dejar que eso me aniquile, ya no puedo más. Solo trataremos temas de la revista, nada de comidas de fin de semana, de cenas en la azotea de mi casa, de ver películas de terror juntos en la tuya, de contarme tus escarceos —hace una pausa para respirar con los ojos vidriosos. ¡Joder!, ¡cómo he podido ser tan cafre con esta mujer!—, nada más personal. Te deseo lo mejor. Yo voy a empezar a olvidarme de

ti y a buscar eso que decías el otro día que ansío: el anillo, la familia, el hogar, el amor definitivo, porque me lo merezco. No más migajas. El manager de Samantha volverá a llamar, espero que hables con él y arregles el desaguisado que hayas montado.

Estoy convencido que las lágrimas bañan su rostro al girarse y marcharse de mi estudio, sin darme opción a réplica. Julie es mi amiga, la que mejor me conoce, la que me hace reír y soporta todas mis gilipolleces, y yo lo he estropeado acostándome con ella, en varias ocasiones. No sé qué puedo hacer para evitar el dolor que le he provocado, ni yo mismo sé qué siento por ella. Haré lo que de siempre, trabajar, trabajar y trabajar. Ya se arreglarán las cosas con Jules, mi Jules...

15

Eric

Elena sigue en su despacho y necesito hablar con ella urgentemente. Se acabó que continúe evitándome, me importa poco que siga poniéndose hielo en la zona... ¡Joder, volver a pensar en esa imagen me mata! Me levanto y me dirijo a su oficina. Llamo con los nudillos y no obtengo respuesta. ¿Ha salido y no me he dado cuenta? Vuelvo a tocar y nada, abro la puerta con cautela para no ver su muslo lo primero...

—¿Elena?

—Ssssí. —Oigo un «sí» ahogado y voy hasta el lugar de donde procede ese sonido. Ella está pegada al escritorio agarrada a la silla.

—¿Pero qué demonios ha pasado? —Me agacho y limpio su rostro empapado por las lágrimas.

—Nada, nada, no te apures —me contesta mientras solloza y se toca la pierna donde se aplicaba el hielo.

—No mientas, Elena, porque puedo ver que has llorado, sigues haciéndolo, mira. —Le sigo limpiando las mejillas y le muestro mis dedos mojados. Su cara se ha tornado pálida al verlo y agacha la cabeza para que no la vea, pero no se lo permito y le sujeto la cara con las manos—. Vamos, Bella, dime qué ocurre. —El apelativo, con el que la he bautizado, le hace mostrar una sonrisa débil un segundo, que es como una flecha directa a mi pecho.

—Es que... me he caído hace un rato, y... no puedo andar. —Sus manos enmarcan el muslo amoratado y, de nuevo, agacha la cabeza sollozando más fuerte.

—De acuerdo, quizá te hayas hecho algo más en esa caída. Vamos, rodéame con los brazos el cuello. —Me mira sin entenderme, así que soy yo mismo el que la coloca. Alzo su cuerpo con mis brazos y salimos del despacho, la dejo sentada en el

sillón y llamo un taxi. Elena se agarra la zona dolorida y aprieta los labios tragando el dolor que debe sentir. A los cinco minutos, un taxi nos espera en la puerta. Cuando la veo hacer ademán de levantarse, niego con la cabeza.

—Nada de eso, yo te llevo.

—¿Estás de broma? ¿Pretendes que salgamos como Mayo y Paula en *Oficial y Caballero*? —No tengo ni puñetera idea de qué está hablando. Quizá se haya dado también en la cabeza.

—¿Eh?

—Nada, déjalo, intentaré andar. —Sé que no debería dejarla hacer eso, pero es tan cabezota que quiero ver cómo se arrepiente de plantar el pie en el suelo y caminar. Me cruzo de brazos y le hago una seña para que avance delante de mí. Elena se levanta con toda la dignidad posible y, al tratar de dar un paso, suelta un grito que corta el aire yendo en picado al sillón de nuevo. Lo bueno es que esta vez estoy yo allí para sostenerla.

—¿Lo ves? Y ahora no seas cabezona y hagamos el rollo ese de *Oficial y Caballero*. —Los ojos en blanco y su sonrisa vuelven a ser un impacto directo a mi corazón y ya no tengo ninguna duda de que estoy bien jodido.

Elena

No puedo creerme que vaya camino al hospital por una caída tonta en la revista y que Eric me encontrara llorando como un bebé en mi oficina. Me ha llevado en brazos hasta el taxi. ¡Dios, he llegado al nivel más alto de vergüenza!, no creo que en ningún momento sienta la cara más roja que un tomate que en la escenita de hoy. Ni cuando Oli bailó como una cuba en la barra de aquella discoteca tras haberla dejado el último chico de turno, y para bajarla de ahí, tuvimos que unirnos a su baile Alba y yo un par de canciones.

En el trayecto en taxi Eric no deja de examinar mi rostro, me pregunta cada dos

por tres si me duele mucho y le mete prisa al taxista como si estuviera de parto. Al llegar al hospital, vuelve a llevarme en brazos, pero ya no me niego. Y no lo hago porque sepa que es imposible luchar contra su empeño en que mis pies no rocen el suelo, sino que he descubierto que me gusta estar entre ellos. Sé que no debería pensar en esas cosas, ni gustarme el color de sus ojos, ni debería querer sentir su cercanía, que no debería... «Siempre el debería...».

—¿Elena Ferraez? —una enfermera me llama diciendo mi nombre y me acerca una silla de ruedas. ¡Ah no, no, no, no! Me niego a sentarme en esa cosa, ¡por Dios, qué mal rollo!

—Elena, venga —dice Eric a mi lado mientras mira a la enfermera que debe llevar la ristra de horas de guardia y está como para aguantar tonterías.

—No pienso ir en esa silla, prefiero ir por mi propio pie.

—Quiere decir usted que prefiere ir con ese pie que al apoyar le duele horrores por cargar el peso del muslo. —La enfermera, grande y de raza negra, que es de esas que te dan miedo con solo mirarte, está empezando a echar chispas.

—¿Nos da un momento? —suelta Eric, levantando el dedo índice, se gira hacia mí y niega con la cabeza—. Elena —dice mi nombre, mientras suspira y me agarra por los hombros provocándome un paro cardíaco al instante, y me pide—: No seas tan cabezota y súbete a esa silla. No te va a pasar nada, no pienses cosas raras. Yo no voy a permitir que te hagan daño, ¿entendido?

Quiero asentir con la cabeza para después lanzarme a sus brazos y besarle esos labios que lo hicieron en la fiesta y que no he podido olvidar, acurrucarme en sus brazos y olvidarme de todo, de que es mi jefe sobre todo...

—Pero, Eric, yo... —Entonces es él quien afirma con la cabeza y vuelve a cogerme en brazos.

—Se ve que te gusta hacer el numerito de Mayo y Paula. —Y a pesar de tener que sentir vergüenza, no lo hago. Solo lo veo a él y a los actos de hoy que me demuestran que Eric quizá no sea un «Víctor de la vida». Se acerca a mi oído y me

susurra para que yo solo lo escuche—: Y por cierto, ya me explicarás qué escena es esa.

Me río sin poder evitarlo. ¿Quién no ha visto esa película, por el amor de Dios? Eric me mira, me guiña un ojo y avanza conmigo ante la mirada atónita de la enfermera, que se queja a grito pelado; no obstante, Eric es más alto y avanza a paso rápido hacia la consulta de Traumatología. Vale que no sea el sitio más romántico del mundo, pero ¿qué importa eso? Quizá los «debo» se estén alejando poco a poco. Conciencia: 4 / Elena: 1.

*

El médico debe pensar que Eric es mi novio o mi marido, ya que al verme entrar cogida en brazos por él, ¿qué otra cosa se podría imaginar? Por eso, lo tengo aquí a mi lado mientras el doctor me pregunta qué me ha sucedido. Vuelvo a sentir la vergüenza de revivir el momento de la caída más tonta del mundo. Tras anotar todo en un ordenador, me invita a sentarme en la camilla, pero ésta se encuentra a varios pasos y no soy capaz. Ya de perdidos al río, dirijo la mirada de perrito abandonado hacia mi jefe, así que sabe lo que le estoy pidiendo. Eric, con gesto muy serio y formal, me ayuda a llegar.

El médico me hace ver las estrellas al palparme el muslo. Quiero tragarme las lágrimas de dolor que luchan por salir de mis ojos, pero es imposible. ¡Dios mío, qué me he hecho aquí! El doctor se aleja murmurando un «suficiente» que me pone aun más nerviosa. Eric aparece a mi lado de nuevo y, a decir verdad, no sé cómo ha llegado tan rápido. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano y me lleva, literalmente, a la silla de nuevo.

—Bien, señorita Ferraez, me temo que se trata de un desgarro muscular y, a juzgar por su reacción, no es nada leve. ¿Se ha aplicado hielo? —Yo asiento como una tonta sin saber qué contestar—. Perfecto, vamos a colocarle un vendaje compresivo en la pierna que le llegue hasta la ingle. Sin embargo, me temo que eso no será suficiente dada la lesión. —Quiero llorar, del dolor, por lo que me está diciendo el médico y por lo que supone el maldito desgarro muscular—. La buena

noticia es que es uno parcial.

—¿Y dónde está la parte buena? —salta repentinamente Eric haciendo que el doctor y yo le miremos, aunque él parece molesto.

—Pues señor...

—Reynolds.

—Señor Reynolds, al ser un desgarro parcial, la rotura es de algunas fibras musculares, no todo el músculo, ya que se rompen homogéneamente, no en forma dispareja. —Vuelve a mirarme y me explica el tratamiento—: Debe aplicarse hielo y calor de forma indistinta y, sobre todo, hacer reposo. —Una enfermera entra y me obliga a subir a la camilla de nuevo, pero esta vez es ella misma la que me ayuda. Me pide que me levante el vestido y creo que voy a morir. Miro a la puerta como si fuera la tierra prometida y pudiera escaparme, pero no nos engañemos. Es imposible que dé un salto y salga corriendo, por algo estoy aquí. Para mi alivio, Eric se gira mientras levanto mi prenda y me hacen el vendaje que me hace desear la muerte del doctor y de la enfermera, a ser posible de forma dolorosa. Precisamente, ellos saben que me duele, ¡joder, qué tirones!

No sé cómo demonios levantarme de aquí, quisiera irme corriendo o retrasar el tiempo para volver a estar a un paso de la infernal escalera, que me ha provocado un desgarro *parcial* al parecer. No sé qué más pasa en la sala cuando noto la mano de Eric en mi hombro, me vuelve a sentar en la silla, recoge el informe y la receta del médico de las pastillas antiinflamatorias para soportar el dolor.

«Esto no es real, no me está ocurriendo a mí», es el mantra que me repito desde que salimos del hospital. Volvemos en el taxi dirección al apartamento de Esteban en completo silencio, bueno rectifico, yo voy en absoluto silencio porque Eric no deja de hablar por teléfono y, cuando cuelga, se preocupa cada dos minutos cómo me encuentro.

Eric me ayuda a subir, de nuevo en sus brazos, y me deja en el sillón del salón. Me trae un vaso de agua y se sienta de rodillas frente a mí.

—Voy a ir por tus pastillas y volveré con algo de comida... ¿china?

—Vale...

—En seguida vuelvo. —Y sin más, se marcha. La cara de circunstancias que se me queda es de órdago. Si pudiera yo misma iría por ellas, pero es obvio que no es ni remotamente una posibilidad. Me quedo sentada, con la pierna estirada sin nada más que hacer. No tengo el mando de la televisión ni el móvil cerca, así que poco puedo hacer. Al cabo de media hora, Eric ya está aquí, pero cuando lo veo entrar palidezco de repente.

—He traído tus pastillas y comida italiana porque la del chino no me ha gustado nada. La verdad es que no soporto ese tipo de comida, espero que no te importe. — Sé que por la boca de mi jefe están saliendo palabras, pero estoy tan aturdida que mi cerebro no es capaz de procesarlas—. ¿Elena? —Deja las bolsas del italiano en la mesa de centro frente a mí y me observa con el ceño fruncido.

—Eh... ¿y esa maleta? —Con la voz ronca consigo hacer la pregunta que rondaba por mi mente desde que le vi aparecer por la puerta. Eric la mira y vuelve su vista a mí sonriéndome.

—Mía, por supuesto. Pienso trasladarme a vivir contigo hasta que estés completamente recuperada.

Eric

Al salir por la puerta del apartamento de mi amigo Steven, he tenido una revelación: «Elena necesita a alguien». Está sola en una ciudad nueva y tiene un desgarró que le impide moverse. En apenas diez minutos, mi asistente Hannah me ha hecho una pequeña maleta que he recogido en los siguientes cinco. He comprado las pastillas y he vuelto junto a Elena. No he podido evitar sonreír ante su pregunta por la maleta; creo que le estaba dando un síncope, pero me ha encantado su expresión.

—Puedo trabajar desde aquí, traeré mi ordenador y el tuyo de la oficina. Haré

que instalen una nueva línea de teléfono extra. Por supuesto, harás el reposo que ha prescrito el médico. Me instalaré en una de las habitaciones con baño que hay, así no te molestaré cuando me levante en mitad de la noche debido a mi insomnio. — Arrodillado de nuevo ante Elena, me muero de ganas por tocarla y sentir el calor que emana su cuerpo, pero suficientes emociones se ha llevado ya hoy. Ella me mira aún atónita, momento que aprovecho para ir por los antiinflamatorios y la comida. Preparo la mesa frente a nosotros y la arrimo para que pueda comer sin dificultades.

—Eric, creo que no has pensado bien en esto. Mira, yo te lo agradezco mucho, pero no necesito que te traslades aquí a vivir conmigo ni mucho menos. Haré el reposo prescrito y puedo trabajar desde aquí. —La duda en su voz comienza a irritarme. «Paciencia, Eric», me repito continuamente. Sé lo que ha sufrido y lo difícil que es confiar en alguien para ella, pero lo conseguiré.

—Mira, Elena, estás sola en este país y eres la mejor amiga de la mujer de Steven, que resulta ser mi mejor amigo. No pienso dejarte sola, a tu suerte, y sé que no estás lista para que te diga esto; de hecho, me has estado evitando toda la mañana para no hablar de lo que pasó en la fiesta. —Percibo cómo la sensación cálida de estrecharla entre mis brazos antes de besarla vuelve a mí—. Ya basta, hacía años que no sentía lo que siento por ti y me gusta. Me hace encontrarme bien y sé que a ti te sucede lo mismo, aunque presiento que hay algo que te frena. No te preocupes, tenemos todo el tiempo del mundo. —Puedo escuchar los engranajes en su cabeza moverse a la velocidad de la luz. «No la asustes». Ella me mira sin saber qué decir y, antes de darle tiempo a hablar, cambio de tema—: Y ahora, come antes de que descanses un poco.

16

Julie

—Deja de reírte ya, no tiene ni pizca de gracia. —Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no seguir riéndome, pero la cara de enfado de Elena es un aviso de que tengo que parar. Oculto un par de carcajadas más en una tos fingida, pero es que no es para menos. La pobre se sufrió una lesión de la manera más tonta al caerse por unas escaleras en la revista; y lo mejor es que Eric, su jefe, y el mío, se ha trasladado a su apartamento a vivir con ella. ¡La monda lironda!

—Mujer, no te lo tomes a mal, que bien cuidada vas a estar sin duda. —Con los brazos cruzados en el pecho, y el ceño fruncido, sigue bastante enfadada. Parece ser que el jefe no sabe aceptar un no por respuesta.

—¿Y qué me dices de ponerse a hablar de sus sentimientos? ¿Qué se ha creído que tengo tres años? Eso fue el calentón del momento y punto. ¡Como si no conociera a los hombres a mi edad! —Intenta ponerse en pie, pero, a pesar de haber pasado una semana, sigue sin tener demasiada movilidad.

—¡Para, loca! ¿Qué necesitas? Yo te lo acerco.

—Si puedes traerme el baño aquí perfecto, porque tengo que hacer pis. —Le dedico una mueca molesta, la ayudo a levantarse e ir al aseo. Al salir del mismo, volvemos al salón cuando la asistenta de Eric, que también trabaja ahora aquí, nos informa de que la comida estará preparada en breve.

—Gracias, Hannah —dice Elena aún sin acostumbrarse a esta vida de lujo con asistenta incluida.

—Julie, en serio, no te lo tomes a cachondeo, porque no sabes lo qué es. — Exhala un suspiro y me parece intuir que esta situación puede llegar a superarla. Me recoloco a su lado en el sofá, sin rozarle la pierna, y me lanzo a la piscina.

—Cuéntame cómo es. —Ella me mira y se encoge de hombros.

—Pues cómo va a ser Julie, ¡horrible! Sabes que desde que lo vi aquí, he sentido algo por él, quizá parecido a lo de Víctor, y eso me aterra. No puedo volver a pasar por aquello. Sí, vale que Eric me besase en la fiesta, y no soy tonta, antes de eso pude sentir que deseaba hacerlo, ¡pero no deja de ser un tío que se lía con todas!

—¿Y eso cómo lo sabes? —trato de fingir que no sé que nuestro jefe es un verdadero picaflor; de hecho, yo misma he sido testigo de sus actos depredadores, pero mi deber es animarla y ser un poco Judas.

—Vamos, Julie, tú sabes mejor que yo cómo es, pues yo me guió por lo que me contó Alba antes de venir a Nueva York. Esteban y él siempre han sido ese tipo de hombres.

—Pero tu amiga está casada con uno de ellos, ¿no? ¿Crees que Alba soportaría que Esteban fuera así? —Elena me dirige la mirada arqueando las cejas como si hubiera dicho una tontería.

—¡Claro que no! Antes le saca los ojos, menuda es Albita enamorada, y ahora con el embarazo las hormonas la tienen como loca. Pobrecillo... Lo que quiero decir es que antes de ella, él era así, como Eric.

—¿Y qué te hace pensar que no puedes tener una relación como ellos? Quizás Eric solamente necesitaba conocerte. —Le guiño un ojo, animándola, aunque veo que no está por la labor.

—Julie, no seas ingenua. A los hombres como Eric, los diferencio. Solo tengo que aguantar dos semanas más y se irá a su casa de nuevo. Yo volveré al trabajo de asistente de dirección otra vez, con las barreras bien altas y santas pascuas. —Me gustaría poder decirle aquello de «eso no te lo crees ni tú», pero entre la caída y el cacao *maravillao* que tiene en la cabeza, decido cambiar de tema.

—Yo he conocido a alguien —empiezo a contarle tímidamente. Elena abre los ojos como platos y aplaude como una foca —. Es un becario de la revista. Se llama Jared y se ha incorporado hace poco. Yo me he estado haciendo la loca con sus

flirteos y, porque bueno, ya sabes que estoy enamorada como una tonta de Lucas, pero eso se acabó.

—No sabes cuánto me alegro de oírte eso. Los lastres hay que soltarlos, Jules.
—Sus palabras me alientan, aunque dudo si no acabaré llorando.

—Hace unos días hablé con Lucas por última vez de lo nuestro. Le aseguré que se acabó, Elena. Fue lo más duro que he tenido que hacer, porque me encantan nuestros momentos a solas, esos en los que estamos los dos alejados del mundo. Pero me di cuenta que solamente sucedía en mi cabeza y no me merezco llevar esa vida. No sé, a veces llevamos tanto tiempo viviendo algo que nos daña, que no somos capaces de salir de ahí. Es como si algo o alguien de repente llegara a tu vida, te diera un bofetón y te hiciera ver la realidad, TU realidad. Y ésta es la mía: Lucas fuera de mi vida para dejarle sitio a quien sí lo merezca, ¿y quién sabe si lo será Jared?

—Me parece una muy buena filosofía de vida, es más, me la pienso aplicar. — Elena me agarra de la mano como si con ese simple gesto pudiera aliviar el peso de mi corazón que aún sigue cicatrizando. Reconozco que no es lo más ético del mundo, pero a lo mejor es cierto eso de «un clavo saca a otro clavo» y, por primera vez en mi vida, estoy a punto de descubrirlo.

Elena

Mi nombre es Elena Ferraez, tengo treinta y dos años. Soy una mujer alta, de pelo castaño en una melena que llega a los hombros, pómulos poco pronunciados, nariz fina y el color de mis ojos es el mismo que el de mi cabello. En Madrid siempre debía llevar un moño y ropa elegante en el bufete. Al llegar a Nueva York, incluso el atuendo fue una liberación. Ahora, simplemente, llevo el pelo suelto o en coleta, y la ropa es ligera: blusas, faldas cortas, pantalones pitillos...

Soy hija única, mis padres no tuvieron más hijos y en aquellos tiempos no se preocuparon por investigar si era problema de alguno de los dos, pues por más que lo intentaban no llegaba el hijo deseado. Pensaron que no estaba en su destino tener más hijos y se conformaron. Destino, qué bonita y jodida palabra. Siempre me imaginé que el mío estaba en España, donde mi familia y amigos viven, pero cada día lo tengo menos claro. Ya no sé si el mío está aquí, en Madrid o en la República del Congo.

Bueno... que me desvíó, a lo que iba, por suerte he sido de esas hijas únicas que ha mantenido una relación fabulosa con sus progenitores. Sí es cierto que hubo una temporada en el bufete en la que mi madre me veía ojerosa y triste y no cejó en su empeño de sacarme las palabras, a base de ser *cansina* un día sí y otro también. Me hallaba demasiado avergonzada para compartir lo que estaba ocurriendo. Recuerdo esa etapa de discusiones y recriminaciones como algo terrible, pero, como todo en la vida, pasó.

A pesar de no tener hermanos, jamás los necesité. Alba y Oli son mis hermanas. Oli vivió con sus padres en el piso de abajo hasta que se fue a su casa, y Alba se mudó a nuestro edificio cuando cumplí tres años. Desde entonces, hemos sido inseparables, ni que nos hubieran pegado con pegamento Loctite. Nos apoyamos y

nos contamos absolutamente todo, bueno, casi todo, pues cuando ocurrió lo de Víctor, se lo oculté un tiempo. La vergüenza, y que me dijeran eso de «te lo dije», me pesaba demasiado. ¡Puf!, aún recuerdo el momento en el que se abrió la caja de Pandora...

—¡Ay, Elena!, ¡por Dios! No puedo creerlo. —La voz de Alba es como un pitido al saber lo que ha pasado entre Víctor y yo.

—Lo sé... —consigo decir al rato—, ¿creéis que no sé el tremendo error que he cometido? Joder, ¡cómo puedo ser tan imbécil! Me siento tan humillada y tan despreciada que no soporto mirarme al espejo cada día. Ni siquiera sé cómo pasó...

—Pues tú abriéndote de piernas para empezar. —Alba le da en el brazo a Oli, que hace gala de su sinceridad brutal.

—No le des, Alba. Oli tiene razón, no soy más que otra de las muñequitas de Víctor al haberme acostado con él. ¡Ay, Dios! ¿En qué me he convertido? ¡Soy tan patética! —termino de explotar mientras me tapo la cara con ambas manos. Me avergüenzo tanto que noto cómo me arde la cara.

—De eso nada, Elenita —dice Oli, agarrándome de un brazo—. Si hay alguien aquí patético es el hijo de puta de tu ex jefe. Por fin, diste el paso y te alejaste de él, ahora tienes que comenzar otra vez, y créeme, te conozco, lo harás divinamente.

—Aquí nada de vergüenzas ni chorradas de esas, Elena. Somos nosotras, tus Marías, las que estamos siempre juntas, las que nos apoyamos sin descanso. Puede que hagamos algo que a las otras no les parezca bien o no estén de acuerdo, pero jamás dejamos de estar ahí para las otras, y ahora no va a ser menos. —Alba me abraza después de darme su discurso final. Oli nos observa desde el otro extremo del sofá, coloca la taza de café en la mesa y se une a nuestro abrazo, que me reconforta y me alivia, quitándome parte del peso que me oprime el pecho para respirar.

—Gracias, chicas —sollozando, les respondo antes de sonarme la nariz con un pañuelo que me ofrece Alba—. En este breve viaje, me he dado cuenta de que mi vida

no puede seguir aquí, no sé adónde iré, pero necesito ese espacio físico. —Ambas me miran con pena en los ojos, aunque sé que comprenden mi necesidad.

—Y ahora, Elenita, ¿por qué no nos cuentas cómo la tiene y sobre todo cómo es en la cama el tío más gilipollas del mundo? —Y ante la absurda pregunta de Oli, no puedo más que sonreír para acabar riendo las tres a carcajadas en el sofá de Alba.

Y así fue cómo decidí que mi filosofía de vida debía cambiar. Ya no iba a soportar más amarguras ni penas porque yo me merecía SER FELIZ. Sí, quizá no sea muy creíble después de haber aguantado años lo de Víctor, pero ya se sabe «Consejos vendo que para mí no tengo». Siempre presentí que el trabajo en el bufete tenía fecha de caducidad, aunque la alargué demasiado por culpa del seductor de mi jefe. Cuando dejé España, tenía un simple objetivo en mente: ser feliz sola, sin ningún hombre del que depender emocionalmente.

Necesito volver a encontrarme, quererme, volver a ser la Elena que buscaban mis amigas en toda esa debacle autodestructiva. Me he caracterizado por ser una mujer con confianza en sí misma, segura y, por eso, estoy decidida a serlo de nuevo. No quiero volver a ser esa Elena que perdió el respeto a sí misma, con la autoestima fragmentada e infeliz, esa quedó atrás. Pensar en mí y dedicarme a mi trabajo es mi prioridad porque...

—Hola, Bella. —Levanto la cabeza al escuchar el apelativo de Eric y, entonces, toda mi nueva filosofía de vida se ríe en mi cara al decirme que estoy volviendo a caer en los brazos de otro jefe. «Joder, Elena, cómo te lo montas».

Eric

Esta semana en el apartamento de Esteban, donde ahora vive mi nueva asistente de dirección, ha sido una auténtica pesadilla. No recordaba vivir tan empalmado desde que era un puto adolescente y me ponían todas las chicas que pasaban por mi lado. Me había tocado más que en toda esa maldita etapa. Sé que no era culpa de Elena,

pero tener que ayudarla a ir al baño me permitía estar cerca de ella y su olor a lavanda me mataba. ¿Cómo podía una planta oler tan bien? Pero no era solo el olor a lavanda, sino ese olor en su piel. Esa piel que me moría por degustar y saborear centímetro a centímetro sin dejarme un solo recodo vacío... Joder, ya me estaba empalmando otra vez de solo pensar en aquello.

Ella hacía lo posible por ayudarme en el trabajo, aunque la verdad es que le quité bastante, sobrecargando a otros empleados de la revista que, lógicamente, me odiaron en cuanto se lo pedí. Menos mal que era el jefe y nadie me chistaba.

—Ya estás en casa, perfecto. —Aquellas palabras, que sin duda Elena había pronunciado sin ser consciente del poder que tenían sobre mí, me dibujan una sonrisa en los labios.

—Siento haber tenido que salir, pero tenía una reunión con Marga y no podía faltar. —Solo en pensar en lo mal que me lo ha hecho pasar esta mañana mi querida socia, me da migraña.

Me tiro en el sofá junto a ella y, sin darme cuenta, casi me siento encima de ella. Incómoda, se remueve como puede, y yo me alejo deshaciéndome el nudo de la corbata. Cuando me giro y la miro estamos tan cerca que puedo sentir su respiración agitarse, ¿o me lo estoy imaginando? Elena se humedece los labios, paralizándome al instante. Soy incapaz de moverme a pesar de que sé que debería distanciarme un poco más de ella, pero siento que no puedo pensar con claridad y, ¡qué demonios!, me muero por volver a besarla. Lentamente, me incorporo y me acerco a su boca, a escasos milímetros de la mía. Me detengo un momento ante su negativa, que estoy seguro llegará, pero no lo hace, y entonces me lanzo. Enmarco mis manos en su cara, y ella me agarra por el brazo correspondiendo a mi beso. Mi lengua, enfebrecida, enciende a Elena que me atrae hacia ella y deja que busque su lengua para enredarla con la mía y prolongar el beso. Un instante de cordura me recuerda que tiene la pierna lesionada y que no puedo echarme sobre ella. Sigo besándola sin descanso. Por desgracia, no podré hacer mucho más por ahora. Elena enreda sus dedos en mi pelo y tira de él. ¡Joder, me está poniendo a cien! Separamos

nuestras bocas y un rastro de babilla sale de ellas.

—Opto por tener más bienvenidas como estas. —Le doy un tímido beso en la nariz y me levanto para descargar la erección, presa en los pantalones. ¡Jodido Eric, el adolescente!

Elena

«Genial», Eric entra por la puerta y lo primero que se me ocurre es decirle que me alegro de que esté en casa como si fuéramos una pareja de recién casados. Pero la cosa mejora, porque después se ha tirado en el sofá sentándose casi encima de mí, y no he podido dejar de babearle. Obviamente, se ha dado cuenta y me ha besado, ¡y Dios qué beso! Si hubiera un concurso de ellos, sin ninguna duda él ganaría, porque es el mejor *besador* que he conocido.

¡Buff!, se me está yendo la cabeza por momentos. Debería haberle separado de mí, apartado con delicadeza o con algún guantazo si eso no funcionaba, pero no agarrarle como si me fuera la vida en ese beso y necesitara que lo hiciera. Sí, mi filosofía de vida es muy bonita, esa de «ser feliz sin ningún hombre», pero me temo que no es más que una utopía. ¿Qué debería hacer? Por nada del mundo quiero volver a perder mi identidad por culpa del sexo masculino. Mi conciencia se está partiendo el pecho de mí al oír «sexo». ¿Por qué tiene que estar tan bueno y ser tan dulce, joder? Vale, llegados a este punto, requiero ayuda profesional. Alcanzo el móvil y, sin importarme la hora que sea allí, tecleo el número de la única persona que me puede aconsejar.

—¿Elena? —La respiración acelerada de Oli me hace pensar que quizá no haya sido buena idea llamarla.

—Eh... esto, ¿te llamo en mal momento?

—Tranquila, solo estaba echando un polvo con mi novio. —Dios, Oli y su sinceridad. Me imagino al pobre Jesús tapándose la cara avergonzado, aunque la risa que escucho de fondo me hace cambiar de opinión.

—Bueno, entonces hablamos en otro momento. —Vale, la que está muerta de la vergüenza ahora soy yo.

—No, no, no charlamos hace mucho, así que debe ser algo importante. Diiiiiiime —responde Oli, que me imagino sigue a lo suyo con Jesús.

—Pues verás, como os dije a Alba y a ti por el WhatssApp, mi jefe, o sea, Eric, pues... me gusta y eso, y yo no sé... —Un grito de «Jesús» me hace saltar en el sofá. Joder, no me puedo creer que esté teniendo esta conversación mientras mi amiga se tira a su novio.

—¡Para un momento, Jesús! ¿Y cuál es el problema, Elena? El chico no está nada mal, que Alba me ha enseñado fotos, a ti te pone, y encima se ha ido a vivir contigo por la lesión de la pierna. ¡Nena, títatelo ya! —Tendría que haber telefoneado a Alba.

—Oli, lo dices como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Nena, el sexo es lo más natural del mundo, además que da muuuuuucho placer y... ¡aaayyyy, Dios!

—Vale, vale, paso de seguir la charla contigo en este momento, pero no me refería a eso. —Como tenga un orgasmo mientras hablamos, no pienso volver a dirigirle la palabra en la vida.

—Lo siento, Elenita, en serio, cariño, ¿qué es lo que te preocupa? Tú eres una mujer atractiva, él te gusta y vivís juntos. ¡Vive el momento de una puñetera vez! No pienses en nada más, tampoco en lo que pueda venir, ni en lo que pasará mañana. Puede que salgas a la calle y te mate una cornisa que caiga de un rascacielos. —En el fondo, sé que tiene razón, pero me da miedo volver a perderme, aunque una alegría no viene mal de vez en cuando como ella me sugiere. «Claro que no, pero tú no eres de las que tienen relaciones sin implicarse emocionalmente». Conciencia: 5/ Elena: 0. ¡Vete a la mierda conciencia!

Estoy lejos de lo que Víctor me hizo, Eric me gusta, y mucho, y soy joven aún. Puedo hacer mi trabajo, ser Elena de nuevo y con una buena dosis de sexo que

seguro será bestial. Si lo hace como besa, ¡Eric, ven a mí! Cuelgo a Oli sin despedirme cuando me parece que está alcanzando el clímax y lanzo el teléfono con una mueca de asco. ¡Esta chica es increíble! Remuevo la cabeza riéndome por la situación que acabo de vivir y decido tomar cartas en el asunto. Por suerte, voy teniendo movilidad en la pierna y ya no me duele tanto. «Eric, prepárate para ver los fuegos artificiales», como dice mi amiga Alba.

18

Elena

Mientras me estoy poniendo de pie, Eric aparece recién duchado con una simple toalla en su cintura. Lo hace aposta seguro, ya no hay vuelta atrás, me acerco a él apoyando el pie ligeramente en el suelo. Caminar sexi con la lesión es imposible, así que espero que la mirada felina sea suficiente. Bon Jovi está en mi cabeza con su *You give love a bad name* y, cuando estoy frente a él, rodeo su cuello con los brazos y empieza el espectáculo. Esto no es más que deseo, sexo, voy a disfrutarlo, pero bien.

—Eric, sin preguntas, ambos sabemos que sentimos deseo por el otro. Vamos a solucionarlo de una maldita vez. —Él quiere hablar, pero le silencio con un dedo en sus labios—. No te imaginas cuánto anhelo que me toques y me hagas el amor.

La respiración de Eric comienza a ser irregular, momento que aprovecho para lanzarme a su boca y dejarle claro con hechos lo mucho que ansío que esto ocurra. Él me corresponde y me envuelve en sus brazos.

—Joder, Elena, dime que no estás bromeando. —Niego con la cabeza y vuelvo a atacar sus labios, que recorro con la lengua de forma atrevida. ¡Ay, Dios! ¿Quién es esta mujer que se ha apoderado de mi cuerpo?

No sé bien cómo acabamos en el dormitorio, en el que me instalé al llegar aquí. Estoy tumbada sobre la enorme cama mientras Eric está sobre mí, apoyado en sus manos para no aplastarme con su peso, aunque debo decir que no me importaría en absoluto. Se incorpora y deja caer la toalla mostrando una erección de caballo.

—Llevas mucha ropa, ¿no crees? —Lentamente me comienza a quitar la camiseta, y yo me desabrocho el sujetador en un acto inconsciente. Eric se acerca de nuevo hacia mí y devora mis pechos succionando con fuerza. Creo que, en ese

mismo momento, puedo morir del placer, pero me deja claro que solo es el principio. Se deshace de mis pantalones bajándolos junto a las bragas de algodón y se entretiene en contemplarme un rato.

La Elena insegura y tímida vuelve a aparecer diciendo «¡hola!» con fuerza. Me cruzo de brazos cubriéndome el pecho. «Claro, Elena, porque es la única parte desnuda de tu cuerpo», me recuerda esta jodida conciencia que me tiene hasta los ovarios.

—No te tapes, Elena. —Se inclina hacia mí descruzando mis brazos y vuelve a besarme, esta vez, sobre mi cuerpo. Siento cada músculo de su cuerpo en tensión. Baja su boca por mi cuello, y le agarro por los hombros echando mi cabeza hacia atrás en una nube de placer que se está gestando poco a poco—. Es un delito que cubras este cuerpo tan magnífico que tienes.

Sonrío mientras exhalo el aire que contengo sin darme cuenta, a la vez que mi cuerpo se estremece ante el roce de su piel con la mía. Eric recorre, ahora, mi cuerpo con su mano llegando al punto del placer más extremo y se entretiene allí provocándome el primer orgasmo.

—¡Ay, Dios! —Eric se sonríe y niega con la cabeza.

—Eric Reynolds, encantado. —Y vuelve a meterse un pezón en su boca mientras me mira divertido. Un fogonazo aparece en mi mente y lo aparto de un golpe tirándolo de la cama—. Joder, Elena, ¿qué pasa?

—¡El preservativo! Se nos ha olvidado, ya sabes que «antes de llover, chispea». —Al contrario de lo que esperaba, empieza a reírse en el suelo sujetándose el estómago. Su pecho tiembla en cada risotada y, cuando se digna a hablar, aún tiene la voz afectada por las carcajadas.

—En serio, Bella, eres de lo más impredecible. —No sé por qué tiene que reírse tanto cuando de todos es sabido que siempre, siempre, siempre hay que tener relaciones con protección, y que «antes de llover, chispea» de toda la vida de Dios.

—¿Vas a volver aquí o pretendes que me lo monte sola? —le gruño sentada

mientras sigue en el suelo carcajeándose. Eric por fin para al ver que me estoy cabreando, pero se marcha. ¡Eh!, ¿hola? Espero un rato en la cama a ver si se decide a volver, ¿o puede que se haya enfadado? Por suerte, regresa con una ristra de condones en la mano—. Muy optimista, te veo. —Vuelve a reírse, pero esta vez de manera más controlada—. Dile a tu *amiguito* que vamos a jugar, anda.

Se cierne sobre mí y me da un beso con su lengua llenando mi boca mientras se ríe. Solamente se separa para ponerse el condón, y yo siento el corazón en la garganta. *¡This is it, baby! Voy a acostarme con mi jefe, con Eric, con el hombre que besa de muerte y que detiene mi corazón cuando sonrío.* En vez de tumbarse sobre mí, lo hace de espaldas y me sube a horcajadas sobre él. Trago saliva sintiéndome de nuevo un poco incómoda. El pulso me va a toda velocidad y me zumban los oídos de la expectación.

—Eric, yo... no me siento muy cómoda en esta posición, sabes... —Él me agarra la cara con ambas manos y me vuelve a besar haciendo que me olvide de todo. ¿Qué estaba diciendo? Y antes de pensar en nada más, entra en mí de golpe y comienza a subirme y bajarme lentamente, notando cada centímetro de él dentro de mí.

—*¡Oh my God!* —Me tumbo sobre su pecho, ardiendo de la pura necesidad por sentirle al completo. Beso su torso, su cuello y su piel está tan caliente como la mía. Escucho los latidos de su corazón al estar echada sobre él, y me encanta. Alzo un momento la cabeza para mirarlo a los ojos, necesito ver si él también lo está sintiendo. Sus ojos verdes me hipnotizan a la vez que me aportan la calma que preciso, el intenso placer en sus ojos... Y de repente, los fuegos artificiales explotan colmándonos a ambos. Me dejo caer sobre Eric mientras el clímax va remitiendo. Las respiraciones buscan acompasarse mientras recuperamos el oxígeno que nos falta. «Genial, y ahora *Enamorada* de Malú inunda mi mente». Elena, estás jodida y bien jodida...

Eric

Tengo a Elena entre mis brazos, acaricio su pelo con suavidad y le doy un tímido beso en el hombro mientras percibo que su respiración comienza a relajarse. Se remueve un poco y la acerco más hacia mí. Si cree que ahora voy a dejarla marchar, está loca.

De repente, recuerdo la primera vez que la vi en el parque y el cuerpo se me paralizó. Sé que hace poco que nos conocemos, pero, cada vez más, tengo la sensación de que esa unión ha estado ahí desde siempre. No puedo entender que un hombre, si es que puede llamarse así, la rechazara y tratara como lo hizo aquel cabrón desalmado. Me tenso al pensar en ese tipejo, así que vuelvo a rozar mis labios por el brazo de Elena para calmarme. Es una mujer valiente, fuerte y segura de sí misma, aunque ella se niegue a reconocerlo.

Su espalda caliente y suave pegada a mi pecho acompasa mi respiración y me relaja, me tranquiliza. Abrazado a ella, mi cuerpo encuentra una paz que me hace olvidar las mil historias que me agobian del trabajo. Y a la vez, es el mismo cuerpo que me hace perder al autocontrol y me ha dejado completamente tocado. «Joder, cómo me pone esta mujer». Mi *amiguito* —como ella lo llama— vuelve a animarse ante la calidez de su piel. Un suspiro escapa de su boca y se acomoda aferrándose a mis brazos. Creo que es el movimiento más encantador que he visto en toda mi vida. Yo no tengo miedo a reconocerlo como ella, porque no estoy herido. No temo confesar lo que ella me hace sentir, ni tampoco decir que estoy enamorándome de esta mujer como un auténtico loco.

A la mañana siguiente.

La luz que entra por la ventana me despierta y poco a poco voy siendo consciente de que no estoy en mi casa, ya que nunca me olvido de bajar las persianas automáticas y anoche no era momento de acordarme. Alargo el brazo, pero estoy solo en la cama. Me restriego la cara con las manos para despertarme del todo, aunque mi *amiguito* ya está más que levantado en plena tienda de campaña. Me incorporo para localizar la ropa interior y el pantalón, tras ponérmelos salgo de la habitación en

busca de Elena.

Llego a la cocina y la veo preparando café mientras controla las tostadas que tiene en el tostador para que no se quemen. Después de eso, sacará el zumo de la nevera y lo servirá en un vaso medio alto; se ocupará de asegurarse que los manteles individuales estén limpios del día anterior para ubicarlos en la isleta de la cocina donde desayuna. Le dará al botón de *play* de su MP3 y canciones de todo tipo de gusto musical comenzarán a sonar, incluidas las españolas que no tengo ni puñetera idea qué dicen. Éste es su ritual cada mañana. Llevar una semana conviviendo con ella, me ha enseñado a conocerla un poco más.

—Ah, hola. —Apenas me mira a los ojos y sigue haciendo el desayuno cojeando muy poco. ¡Mierda!, está casi recuperada. Me acerco al taburete de la cocina y me siento mientras la observo moverse tarareando la canción que ha empezado a sonar. Al ser en castellano, no sé qué significa su letra, pero el ritmo es alegre.

—Buenos días. —Soy incapaz de dejar de sonreír como un bobo. Coloca ambos manteles y me sirve el zumo. Toma la cafetera y hace lo mismo con el café, pero a diferencia de otros días se ha sentado al otro extremo de la isleta. Está poniendo distancia, maldita sea—. ¿Has dormido bien? —Sus mejillas se ruborizan y no es necesario adivinarle el pensamiento para saber que está recreando lo ocurrido anoche entre los dos.

—¡Eh...! Sí. Gracias. —La canción *A kiss to build a dream on* suena, y contiene el aire por un instante. Con esa música, nos besamos por primera vez en la fiesta de la revista. Seguro que lo está recordando al igual que yo. La diferencia es que yo lo hago sonriendo, y ella está ruborizada, sin levantar la vista del plato.

—¿Hay algún problema, Elena? —Me mira como si no pasara nada y niega con la cabeza, frunciendo el ceño. Bien, voy a tener que presionarla un poco más—. No lo hagas, no te vayas.

—Por si no lo recuerdas, este es el apartamento de tu amigo en el que vivo, así que eh... no pensaba irme —me contesta confundida. Está visto que lo mío no es

hablar con metáforas. Me acerco a ella y agarro su cara con mis manos.

—Lo que quiero decir es que no quiero que tu mente se vaya de aquí, que los posibles remordimientos te hagan huir de nuevo. Yo no soy ese hombre que te hizo daño en el pasado, Elena.

—¿De qué gilipolleces estás hablando? —Se suelta de mis manos e incluso se levanta, tambaleándose. Echo mano a sostenerla, pero se agarra a la encimera de la isleta evitando que yo pueda rozarla. La estoy cagando pero bien...

—Elena, por favor, sé sincera conmigo. —Puedo ver cómo le tiembla la mandíbula. Está crispada y mucho. Si va a responderme como el primer día en la oficina ya puedo ir poniéndome a cubierto.

—A ver, a ver, que me parece que nos estamos liando aquí. —Mueve las manos en el aire antes de sujetarse de nuevo a la isleta—. Eric, anoche te lo dejé claro y cristalino, más que el agua, majo. Sexo, ¿entiendes lo que eso significa? Si quieres te doy la definición del diccionario: «En [biología](#) es el proceso mediante el cual los humanos y cualquier especie se aparean conduciendo a la reproducción de las mismas. En los humanos, el acto del sexo es más complejo, ya que no comprende el simple hecho de la reproducción, es una de las pocas especies que practica el [sexo por placer](#)». ¡Y punto! Nada de mimos ni de chorradas de esas, cuando simplemente se tiene sexo por el sexo, por darnos puro placer uno al otro. Y eso es lo que pasó «anoche» entre nosotros, nada más. Tú eres mi jefe, yo soy tu empleada, te agradezco estos días que me has ayudado por mi lesión, pero eso no quiere decir que vaya a agradecértelo acostándome contigo a cada rato, ¿vale?

—Entendido, o sea, que lo que pasó anoche fue simplemente que follamos y nada más. Tú por tú lado, yo por el mío, ¿es eso lo que me quieres decir? —Me ha cabreado mucho lo que ha revelado. ¡Joder!, ni que fuera yo un chulo que se la tira en su propio beneficio. A las mujeres les vuelven locas los mimos desde siempre, ¿pero esta mujer de dónde ha salido? Cruzado de brazos, noto que se acelera su respiración y continúa cabreada.

—Ahora lo has cogido, perfecto, *campeón*. —Me guiña un ojo, vacilándome.

¡La madre que la parió! Inspiro y me toco el puente de la nariz cerrando los ojos un instante antes de volver a hablar, pero decido no ponérselo fácil, y voy hacia ella. Me sitúo a dos milímetros de su cara y la bomba implosiona.

—Puedes engañarte como quieras, pero a mí no me la das, Bella. Lo de anoche no fue solo sexo para ti, por mucho que intentes hacérmelo creer. Si pretendes erigir los muros de contención entre los dos, perfecto, aunque estoy convencido que, en algún momento, Dios querrá que sea antes que después, te flaquearán las fuerzas y no podrás sostenerlos por más tiempo. No importa el tiempo que hace que nos conocemos, llámalo flechazo, atracción a primera vista o lo que sea, pero sé que sientes lo mismo que yo. Estás demasiado atemorizada para reconocerlo y lanzarte a la piscina. Quiero, no, necesito que sepas algo... Corazón, ahí estaré yo cuando derribes esos muros para recogerte como Mayo y salir por la puerta contigo en brazos a vivir la vida.

19

Lucas

No aguanto más, la próxima hostia se la lleva. No sé cómo ni por qué he aceptado la invitación a esta ridícula cena con Julie y su *novio*. ¡Joder!, Jules con novio, ¿pero cómo ha pasado esto? En serio, no esperaba que esto sucediera, ni siquiera la última vez que vino al estudio y me cantó las cuarenta. Y el tal Jared no deja de tocarla, ¡Dios mío!, la manosea más que un panadero la masa del pan. «¡Contrólate, Lucas!», no me puedo creer que esté celoso de un baboso como éste. ¿Celoso? ¡Qué demonios! Yo no estoy celoso... Mejor será que me centre en mi cita antes de que mande a la mierda. Paso mi nariz por su cuello y ella ni se inmuta, no como lo hacía Jules... ¡No, no, no, no! Ella ya no está en mi vida, no de esa manera. Joder...

—¿Os apetece que vayamos a un garito donde ponen música de los 90 y de la primera década de este siglo? A mis colegas y a mí nos encanta, vamos mucho. —«A mis colegas y a mí nos encanta, vamos mucho», ¡bla, bla, blá! Dios, es que no aguanto al chaval este de tres al cuarto.

—¡Me parece una idea fantástica! —contesta Julie antes de unir su nariz junto a la suya como tantas veces ha hecho conmigo. Una rabia extraña me quema las entrañas y quiero darle un puñetazo al tal Jared para que se aleje de ella. Mi acompañante tira de mí, y salimos del restaurante camino al sitio ese. En el trayecto no deja de agarrarla de la mano y rodearla con la cintura dejando besos pequeños por su cuello. ¡Dios, Dios, Dios! Mi cita me agarra del culo y, ni fu ni fá, es más, me deshago como puedo de sus zarpas antes de entrar al local. Ellos van a la barra directos, y nosotros les seguimos. Tras pedir las copas, vamos a una mesa cerca de la pista de baile, pero apenas nos hemos sentado cuando Julie y el becario salen disparados a bailar. ¡Y cómo baila mi Jules!, está tan relajada, tan espontánea, tan feliz... Cuando se cansan, él va al baño, y ella vuelve a la barra a pedir otra copa. Aprovecho ese instante para hablar con ella.

—Se te ve muy cómoda con ese chico para conocerlo de hace dos días como quien dice. —Jules está apoyada en la barra meciéndose al ritmo de la música y me ignora—. Nunca te había visto así con un tío, debe ponerte muchísimo. —Y entonces se gira. Sé exactamente qué tecla tocar para atraer su atención.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda, Lucas? Ni siquiera entiendo por qué accediste a venir esta noche. Vete con tu modelo de turno y olvídate. —¡Y una mierda la voy a olvidar! La sujeto de la muñeca, y ella se resiste. Me acerco más a ella y no sé de dónde coño salen las palabras.

—Jules, por favor, deja de bailar con él, de acercarte a él, de besarle, porque no lo puedo soportar. —Hago una pausa para tomar aire, tenerla tan cerca es indescriptible. ¡Dios, se me va a salir el corazón por la garganta!—. El corazón se me desboca cuando te pienso, solo con oler tu pelo, mi vida es mucho más... No sé, joder, Jules. No como, ni duermo, se me llevan los demonios al verte con él, no puedo, Jules, no puedo. —Y por fin, la verdad explota y sale a la luz. Julie me mira asombrada antes de ver su reacción, que no es para nada la que esperaba. Se suelta de mi agarre y me arroja su copa, empujándome, provocando que dé a un chaval de casi dos metros, pero poco me importa que me pegue una paliza ahora mismo.

—Muy bonito, Lucas, ¿lo traías ensayado de casa? Jamás me imaginé que pudieras ser tan cruel y tan rastroso, riéndote de mis sentimientos. Por suerte, escapé a tiempo y ya ves, puedo ser feliz con alguien.

—¡Qué cojones me estás contando, Jules! No es nada preparado, ni siquiera yo sabía que eso iba a salir, pero joder es la pura verdad. ¡Créeme!

—O sea que ahora me quieres, Lucas. ¿Qué eres como el perro del hortelano...? —Yo la observo sin entender una puta mierda, y añade—: Que ni come ni deja comer. Es un refrán español que me ha ensayado Elena, aunque dudo mucho que sea aplicable a ti. ¡Basta! Vete con la chica y olvídate de una santa vez. No vuelvas a hablarme así, nunca más.

Y se marcha, dejándome con la cara de tonto y el *danger* en grande al ver cómo me mira el chaval al que he empujado sin querer. Sin embargo, creo que se apiada

de mí al haber escuchado toda la conversación y se gira hacia su chica gruñéndome. Vuelvo a la mesa con la modelo, esta... Joder, no recuerdo su nombre, aunque ¿qué más da? Suena la balada de Bon Jovi *Thank you for loving me* y pongo los ojos en blanco sin dar crédito. ¿Desde cuándo ponen baladas en estos garitos? Miro a la pista buscando a Jules y, entonces, sí que noto cómo me sacan el corazón y lo pisotean. Jared ha vuelto a la pista de la mano de mi Jules, se aferra a su cintura, mientras que ella rodea su cuello con los brazos. No puedo aguantarlo, siento como si me estuvieran abriendo un agujero en el pecho. Separarlos no es una opción, por lo que opto por la segunda que aparece en mi mente...

—¿Qué es eso? ¿Por qué suena así la música?

—¡Ay, Dios! ¡Lucas! —Oigo la voz de Jules, amortiguada por los golpes que me está propinando el DJ. De repente, la veo ante mí. Se agacha al suelo, donde me han tumbado entre el pinchadiscos y el *segurata* de la puerta, y me toca los hombros y la cara—. ¿Pero se puede saber qué demonios has hecho? ¡Te has vuelto loco de remate!

—No, Jules, no podía dejar que bailaras esa canción, no esa. No le des las gracias a él por quererte, dámelas a mí. —Me arrodillo con su ayuda y un corrillo se forma a nuestro alrededor.

—Lucas, ¿cuánto has bebido? Levántate, por Dios Santo, que estamos dando el espectáculo. —Tira de mi brazo, pero no quiero hacerlo, tiene que oírlo todo, otra vez, hasta que me crea.

—Gracias por amarme, Jules. Es difícil para mí decir estas cosas y he querido confesártelas miles de veces, pero me frenaba. Ya se acabó. Escúchame, Julie, mi mayor sueño siempre ha sido ser fotógrafo de prestigio, vivir la vida loca y disfrutar al máximo, con la adrenalina a tope. No sabía que tenía otro sueño: TÚ. Tú que nunca me has juzgado como los demás, que me miras y ves dentro de mi corazón, que reconoces mis estados de ánimo con solo poner tus ojos en mí. Te juro que no estoy fingiendo, Jules. Te quiero.

Cuando creo que voy a llevarme un buen bofetón por su parte, se acuclilla, fija

su vista en mi labio partido por el mamón del DJ, y me besa suavemente. ¡Dios, cómo quiero a Julie!

—Al fin, te has dado cuenta. —Y no necesito escuchar nada más, aunque no es lo único que dice—: Yo también te quiero, Lucas. —Y, entonces, descubro cómo se siente uno al estar pleno de felicidad. No hay nada mejor en esta puta vida que tener a la mujer de tus sueños junto a ti y saber que te quiere de la misma forma que tú a ella.

20

Elena

«Puedes engañarte como quieras, pero a mí no me la das, Bella. Lo de anoche no fue solo sexo para ti, por mucho que intentes hacérmelo creer. Si pretendes erigir los muros de contención entre los dos, perfecto, aunque estoy convencido que, en algún momento, Dios querrá que sea antes que después, te flaquearán las fuerzas y no podrás sostenerlos por más tiempo. No importa el tiempo que hace que nos conocemos, llámalo flechazo, atracción a primera vista o lo que sea, pero sé que sientes lo mismo que yo. Estás demasiado atemorizada para reconocerlo y lanzarte a la piscina. Quiero, no, necesito que sepas algo... Corazón, ahí estaré yo cuando derribes esos muros para recogerte como Mayo y salir por la puerta contigo en brazos a vivir la vida», recuerdo sus palabras.

¡Jodido Eric! Se suponía que iba a ser la alegría que me llevaba para el cuerpo, pero, en cuanto estuve encima de él y lo miré a los ojos, todo se fue a la mierda. ¡Madre mía!, ¿cómo he podido equivocarme tanto? La maldita conciencia sabe que tenía razón y que no soy ese tipo de mujer que mantiene relaciones esporádicas, ni sexo casual ni echa canitas al aire. Encontrarme con él en la cocina esta mañana ha sido vergonzoso a más no poder. Eso de «Tierra, trágame» era la expresión perfecta para ese momento. Y cuando ha comenzado a observarme y a acercarse, ya sí que se ha acabado del todo. He tenido que hacerme la dura y la mujer de hierro cuando me estaba muriendo por besarlo, porque ¡cómo lo hace este hombre! ¡Mamma mía! Y la canción de Louis Armstrong, claro recordatorio de nuestro primer beso, no ha ayudado una mierda. Me ha dejado paralizada cuando me ha soltado ese monólogo antes de dejar la cocina. Se ha duchado y ni siquiera ha desayunado. Lo he visto, porque le he estado espiando, coger el móvil y tras hablar un par de veces se ha ido con su maleta musitando un simple «adiós». ¿Y tengo derecho a cabrearme? Pues no, porque yo misma he sido la culpable de su reacción.

Y ahora estoy en la consulta del médico esperando que me vea, aunque no he pedido hora. Me da lo mismo quedarme aquí todo el santo día, pero no pienso marcharme hasta que me reciba. Tengo la pierna casi al cien por cien y necesito volver al trabajo, distraer mi mente o me va a dar algo. Por suerte, finjo que estoy peor de lo que es la realidad y, al cabo de un par de horas, el traumatólogo me atiende.

—La felicito, señorita Ferraez. Ya está casi recuperada, y puede volver al trabajo, si lo desea. —Dar saltos de alegría se queda corto con la emoción tan grande que me recorre ahora mismo. Podré salir de nuevo del apartamento, aunque mantener aún más las distancias con Eric va a ser complejo.

—Muchas gracias, doctor, y sobre todo, por atenderme sin cita previa. —El médico de sonrisa Profident me mira y me sonrío, aunque no siento nada, ni un mísero escalofrío.

—Hoy no le acompaña el señor Reynolds por lo que puedo apreciar. —Buen observador, este quiere algo más que recetarme antiinflamatorios. Quizá no pueda tener sexo casual con Eric por las razones obvias relacionadas con Esteban y demás, pero ¿y el doctorcito? ¡Vamos allá!

—No, tenía que trabajar. Además es solo mi jefe. —La mirada del médico abandona las recetas y me observa con expresión congelada antes de volver a sonreír de medio lado.

—Vaya, cualquiera lo diría después de cómo la trató en la consulta. Parecían pareja.

—¡Oh, no!, por favor, solo jefe y empleada —intento flirtear, pero hace tanto tiempo, que no recuerdo bien cómo se hace. ¿Una caída de ojos al estilo Daisy? Vale, Elena, pensar en dibujos animados no es nada sexi.

—Pues celebro escucharlo. —Me hace un guiño y yo le dedico una sonrisa como una idiota.

—¿Puedo realizar ejercicio físico? —Nada más pronunciarlo, me acuerdo que

eso ya lo he hecho aun sin saber si estaba bien del todo, porque la noche que viví con Eric no fue tranquila precisamente. Genial, y ahora se me encenderán las mejillas, cual bombillas de la feria. ¡Ay, Dios...!

—Siempre que sea controlado y no se exceda en los primeros días. —La sonrisa de idiota no se me quita. Recordar los acontecimientos de anoche sí que me ha provocado un escalofrío—. Ahí tiene las recetas para las nuevas pastillas, son más suaves que las anteriores, dada su mejoría. Y por detrás está mi número de teléfono personal. —El doctor vuelve a guiñarme un ojo y se levanta para acompañarme. Me coge por la cintura y me guía hasta la puerta—. Estaré encantado de hacerle una visita a domicilio, si lo desea, Elena—. Una estúpida risa nerviosa se escapa de mis labios mientras salgo de allí, más espantada que excitada. ¡Jodido Eric!, ¿por qué me has hecho esto?

*

Salgo de la consulta del médico más atractivo que he visto nunca antes y no he sentido absolutamente nada. Resoplo y tomo un taxi camino a la revista. En quince minutos estoy allí dispuesta a volver a la rutina de antes de la caída absurda. Las brujas de la recepción no se alegran mucho de mi regreso, pero me importa un bledo. Subo en el ascensor y llego a mi despacho. ¡Perfecto!, mi ordenador está en el apartamento, pues Eric lo llevó allí hace una semana. Ya no me acordaba. No me queda otra más que ir por él. Todavía medio cojeando llamo al ascensor y diviso a lo lejos a Eric hablando con un chico de Recursos Humanos. Dios, que no me haya visto. Ley de Murphy: no quieres caldo, pues toma tres tazas. Esta oficina está siempre plagada de gente, sobre todo los ascensores. Pues bien, el karma ha decidido que no haya una maldita persona más que yo, lo que me hace bastante visible. Pulso insistentemente el botón como si así consiguiera que subiese con más rapidez, pues oteo a Eric despedirse del chico y venir hacia mí.

—¿Elena? ¿Qué haces aquí? —«No mires, Elena, sé fuerte». Pero qué más da si ya lo he atisbado en la distancia, con ese traje negro oscuro que realza un cuerpo de rediós.

—Trabajar —le contesto sin dirigirle la mirada, rogando porque aparezca en la pantalla de arriba de las puertas el número de nuestra planta de una maldita vez.

—Se supone que tienes que estar de baja, ¿o es que ya se te ha olvidado?

—¿Qué eres, mi padre? —le respondo hecha una furia, mirándolo por primera vez. ¡Oh, oh, error! Una traviesa sonrisa se dibuja en su cara.

—Claro que no, pero aún así puedo darte alguna cachetada para que aprendas a obedecer. —¡Ay, Dios mío! ¿Cómo puede haberme excitado semejante frase?

—¿Ahora te va el rollo sado? —Al ver cómo fija su vista en mí, prefiero no saber la respuesta—. Déjalo, anda.

Y por fin, decide el ascensor llegar tras largos minutos de espera. Sin mirarlo de nuevo, entro, pero no soy lo suficientemente veloz para darle al botón para que las puertas se cierren. Eric entra junto a mí y, por primera vez desde que llegué a esta oficina, no hay nadie más en este cubículo. Karma, ¿yo qué te he hecho?

—Vuelvo a repetir mi pregunta, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo he contestado, trabajar. Algunos tenemos que hacerlo para comer, ¿sabes? —No entiendo por qué estoy tan irritada con este hombre, si he sido yo misma la que le ha mandado a freír monas. Niega con la cabeza y resopla, cruzado de brazos a mi lado. Vale, suavizaré las palabras un poco—: He ido al médico y me ha dado el alta, vuelvo a ser una persona independiente.

—No sabía que tuvieras cita, no me lo has recordado. Podría haberte acompañado. Seguro que ahora te duele más la pierna. —De nuevo, aparece el Eric cabreado que tan poco me gusta, pero no consiento que me trate como a una niña en apuros. Aunque esa preocupación me llega al alma. «No, no, Elena, tienes que ser fuerte».

—No la tenía, pero tampoco te habría avisado. No necesito que estés detrás de mí a cada paso que doy. Sé cuidarme sola, no sé cómo decírtelo. —Vuelve a negar con la cabeza y se pasa la mano por el pelo nervioso. Nunca, jamás, he dependido

de nadie para hacer nada en mi vida. Mucho menos de un hombre, por muy tío bueno, generoso, amable, detallista y considerado que sea éste. ¡No, no, no, Elenita, así no!

—Me ha quedado claro, Elena. Hace tiempo que lo sé, pero no está de más contar con una mano amiga en una ciudad, en la que no conoces ni al portero de tu casa. ¿Y ahora dónde se supone que vas?

—Al apartamento, a por el ordenador que llevaste allí.

—¿Y no se te ha ocurrido mandar a un mensajero a por él? ¡Por Dios!, que sigues convaleciente. No creo que el doctor te quiera dando tumbos por la ciudad sin parar. —Otra vez sale el jefe controlador. Me dan ganas de aclararle dónde me quiere el médico, pero me muerdo el labio antes de soltar otra frase que siga aumentando esta tensión, que podría cortarse con cuchillo.

—No todos hemos nacido millonarios, o nos han sacado las castañas del fuego siempre o estamos más mimados que los hijos de Jennifer López. —Menuda chorrada acaba de salir de mi boca, aunque creo que he dado en hueso, porque los ojos de Eric se encienden y no precisamente de lujuria. Se acerca a mí, y el cosquilleo, que hace que se me erice la piel, me sacude entera.

—Mira, Bella, por desgracia, no sabes nada de mí. No tienes ni puta idea si soy un niño mimado o si estoy aquí por méritos propios, así que no te formes una opinión de mí. —Sé que ha dicho algo de que no le juzgue, pero lo único que he escuchado claramente ha sido mi corazón latir frenéticamente y saltar en mi pecho como un tentetieso. Eric sabe lo que me está pasando, pasea su mirada por mis labios y creo que tiene tantas ganas de besarme como yo. Me acerco a él dando un paso, y él hace lo mismo, pero antes de poder volver a sentir sus labios sobre los míos, la puerta se abre.

Un corro de personas entra, y ambos salimos desorientados por la tensión del momento. Camino un par de pasos cuando oigo un grito a mi espalda.

—¡Eric! —Me giro y reparo en una pelirroja de cabello largo, enroscada en el

cuello de mi jefe, de ese mismo que anoche dio pie a los escalofríos que recorrían mi espalda, del que encandila mi corazón con una sola sonrisa y del que me suelta un monólogo de impresión cuando menos lo espero.

—¡Para, para! —Oigo a Eric quejarse mientras trata de separarse de los labios rojos de la mujer, que se ha agarrado como una lapa a él. Y digo «labios rojos» porque, a pesar de no ver la cara a la chica, sí que puedo contemplar la boca de él manchada de su carmín. Eric me observa cuando consigue quitarse de encima a la rojiza y echa un par de pasos hasta mí, pero levanto la mano para que se detenga.

—No se moleste, señor Reynolds. Ya le he dicho que soy perfectamente capaz de hacer mis tareas sin su ayuda. Ocúpese de su... visita. —El rostro se le desencaja al mismo tiempo que se le apaga, y remato la faena—: Y, en el caso de necesitar ayuda, tengo el teléfono de cierto médico que acudirá raudo a mi encuentro.

Eric

Lo reconozco, no he conocido a una mujer más testaruda en toda mi vida. Cuando la he visto en la oficina, se me ha acelerado el pulso, de tal forma que tenía miedo de quedar como un gilipollas delante del chico de Recursos Humanos, debido al suspiro que se me ha escapado al divisarla. Después he tenido deseos de besarla y acurrucarla en mi pecho durante todo el día, pero, en cuanto he contemplado sus ojos, he percibido que nuestro futuro es cada vez más utópico. Pero lo peor de todo ha sido saber que el jodido doctor que la atendió cuando fuimos a Urgencias, le ha tirado los trastos. ¡Será cabrón! Seguro que es uno de esos tipos que va dejando un reguero de mujeres despechadas a su paso. No voy a permitir que él ni nadie se acerquen a ella, ya nadie más le hará daño, ni siquiera yo. Sé que no cuento con muchos puntos a mi favor, pues verme con Jessica agarrada a mi cuello como un mono no ha ayudado, ni tampoco conocer por mi amigo Steven las correrías que vivimos juntos. VI-VI-MOS, en pasado. Ni él ni yo somos ya los mismos. Él encontró el amor en su amiga, y yo haré lo mismo en ella. Cada vez estoy más convencido de que me estoy enamorando como un tonto de ella. «Elena», solo

pensar su nombre ya se me pone cara de tonto.

Mi teléfono suena y es la ocasión perfecta para deshacerme de la pesada de Jessica. ¿Por qué habrá mujeres que a pesar de explicarles bien, al detalle, sin trampas que solo quieres sexo no lo aceptan? Te dicen que sí con la boca pequeña mientras sueñan que en algún momento te enamores de ellas. No consigo entenderlo.

—Dime.

—Menudo saludo, hijo. ¿Qué te pasa? —Resignado inspiro profundamente, pues mi madre no tiene culpa de nada.

—Nada, mamá, es que me pillas ocupado. Cuéntame.

—Solamente quería felicitarte por la fiesta de la revista. Cielo, siento mucho no haber podido asistir, pero ya sabes que estábamos en Las Bermudas con Harris y nos era imposible. —Mi madre y sus múltiples excusas para no acudir cuando hay un evento. Si bien es cierto que no suele dejarme desamparado, nunca cuando se trata de fiestas glamurosas los obvia por completo. Parece mentira que sea la esposa de uno de los empresarios más reconocidos del país, con el que debe personarse en infinidad de ellos. Quizá sea eso por lo que no acude a las mías últimamente, debe estar harta después de tantos años.

—No te preocupes, mamá, y gracias. Por suerte, fue un gran éxito —evito contarle a mi adorada madre que se me olvidó por completo y que días antes la revista fue un caos absoluto—. ¿Y qué tal está Harris y su familia? —Harris es uno de los mejores amigos de mi padre y socio en varias revistas que lleva porque sí, nuestra familia dirige varias publicaciones. Mis hermanos mayores Sean y Elizabeth están al frente de un periódico con gran éxito también. La nuestra es una familia de emprendedores.

—Aun así, estamos muy felices por ti, cielo. Harris, Sue y los chicos están fenomenales. Tu padre y él estaban tratando de negocios, para variar, y no pudimos ir. Pero te llamo para la comida que hacemos cada mes y que te has perdido los

últimos dos meses. —Su tono reprobatorio me hace sentir culpable, pero entre el trabajo, el viaje a España, todo lo de Steven... he abandonado un poco a mi familia y, para mí, es sagrada.

—Prometo ir a la siguiente. Solo dime hora y lugar, y estaré allí el primero. Antes de que llegue Elizabeth y los niños. —Mi madre se ríe y, tras darme los datos, alargo un poco más la conversación mientras vuelvo al despacho. Ya allí me despido de ella enviándole saludos para mi padre y demás, y me concentro en el trabajo. Horas después me levanto para irme a casa, pues estoy agotado. No he visto a Elena de nuevo, a pesar de saber que llegó con el ordenador como ella misma dijo. ¡Será cabezota! Por ahora no creo que esté de humor para hablar después de lo de Jessica. Cojo la chaqueta y me voy sin despedirme.

En casa de regreso, acomodo mi ropa que traje en la maleta al irme del apartamento de mi amigo y me tiro en el sofá con una Budweiser. Suena mi móvil y veo que es un mensaje de Fred, uno de los chicos del gimnasio con los que boxeo. Hace días que no paso por allí y, tras llamarme cosas como *gallina* o *nenaza*, me saca la sonrisa y voy a por la bolsa del gimnasio dispuesto a darle una paliza. Tras machacar a mi amigo, vuelvo con energías renovadas a casa. Hannah me ha dejado la cena preparada en el horno lista para recalentarla un minuto. ¿Qué estará haciendo Elena? Sé que no debería hacerlo, pero el impulso de llamarla me vence.

—¿Dígame? —Dios, con tan solo escuchar su voz se me sube el corazón a la garganta.

—¿Qué tal estás?

—Pues igual que esta mañana en la oficina. ¿Hay algún tema de trabajo que quieras tratar? —Me parece increíble que después de haber compartido momentos tan increíbles en la cama, se haya vuelto tan fría.

—Me alegra oírlo. Verás, Elena, la chica que viste esta mañana, no es...

—No me importa en absoluto quien sea, Eric. Tú puedes acostarte con quien quieras, no es asunto mío. Ya te dije que lo que pasó entre nosotros solo fue sexo,

nada más. Lo mejor será que lo olvidemos y comencemos de cero. —Pero ¿qué cojones me está contando? La vena del cuello se me empieza a hinchar de la rabia. No entiendo por qué sigue negándose a lo que nos está ocurriendo. Pude sentir su deseo de besarme en el ascensor, así como reparar en el sentimiento más allá del sexo en la cama. «No nos hagas esto, corazón».

—Está bien, Elena, haremos como tú quieras. Buenas noches.

21

Elena

¿Sabéis esas ollas a presión que cuando cocinas echan humo y suena un shuup, shuup? Pues es la imagen perfecta para explicar cómo tengo mi cabeza, hecha un puñetero lío. No me puedo creer que me haya vuelto a suceder y que me haya acostado con mi jefe cayendo en el mismo error otra vez. Dice el refrán que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Esperemos que no haya más piedras. «¡Vaya *carrerón*, Elenita!» Cuando me siento así, hablo con las chicas, pero las tengo a quilómetros de distancia. Me muerdo el labio impaciente y, por primera vez, me salto a la torera esperar a enviarles un mensaje, así que hago una Llamada a Tres. Todo sea que no lo cojan o me manden a la mierda.

—¿Elena? ¿Pero tú sabes qué hora es? ¿Te pasa algo? —La voz grave de pillarla dormida como un tronco me hace sentirme un poco culpable.

—No, no, bueno, nada físicamente. Del desgarró estoy casi perfecta ya.

—¡Joder, Elena! Lo tuyo es ser inoportuna —me grita Oli al otro lado de la línea. No me puedo creer que la haya vuelto a pillar en pleno maratón sexual.

—Prefiero no saber qué estás haciendo. —Alba se ríe mientras oímos música atronadora de fondo.

—No seas malpensada, estoy en la discoteca con Jesús y sus amigos. Espera, que salgo afuera. —A los pocos minutos volvemos a estar las Tres Marías en una de nuestras conversaciones a tres—. A ver, qué es lo que pasa hoy.

—¿Hoy? ¿Ha pasado algo y no me lo habéis contado? —se queja Alba. ¡Puf!, se me había olvidado que no le he mencionado nada de lo de Eric, allá vamos.

—Nada, que a esta le mola su jefe y no sabía si tirárselo el otro día. Por suerte,

me llamó y la saqué de dudas —se me adelanta Oli, dejándome con la boca abierta y a Alba, por lo menos, se le deben de haber vuelto los ojos hacia atrás.

—¿¡QUÉ?! ¿Qué Eric y tú? ¡Madre mía, Elena! ¿Cómo no compartes esa información tan jugosa?

—Vale, vale, tranquilidad las dos. Por partes, Oli, gracias por ser tan «delicada» y adelantarte. Y Alba, siento mucho no habértelo dicho, pero tenía miedo por Esteban, ya sabes, como son amigos. No sabía cómo explicártelo...

—Pero Elena, ¿no confías en mí? Jamás le insinuaría nada a Esteban, si tú me lo pides. En fin, ¿y qué ha pasado? —Inspiro profundamente y me lanzo al abismo emocional.

—Pues que me acosté con él, intentando hacerle ver que se trataba solo de sexo, y antes de que me digáis nada, ya sé que yo no soy de ese tipo de mujeres. Si he mantenido relaciones sexuales con Eric es porque me gusta, lo reconozco. Desde que lo vi aquí, en Nueva York, es como si lo acabase de conocer por primera vez y estoy fascinada, sí, al igual que con Víctor. Por fin, me ha dado el alta el médico, así que se ha ido a su casa, no sin antes discutir, porque él dice que fue algo más, que él siente lo mismo que yo, pero no sé... Estoy hecha un lío. —Las lágrimas se agolpan en mis párpados. Las tengo tan lejos y las necesito tan desesperadamente a mi lado, sentadas una a cada lado del sofá, con sus cabezas apoyadas sobre mi hombro y comiendo litros de helado de caramelo, que nos encanta.

—Lo que a ti te pasa es que tienes miedo, vamos que estás cagada. Y con él no se va a ninguna parte. ¡Joder, Elena!, parece mentira, con lo que tú eres y, en cuanto a relaciones se refiere, estás hecha una cría.

—Oli... —oigo que dice Alba, aunque sé de sobra que lleva más razón que un santo.

—No me digas «Oli...», Alba, que es verdad. Víctor te dejó tan marcada, fue demasiado para ti y no quiero pensar que te haya dañado algo dentro de ti para no poder estar con nadie más, porque tú te mereces a un buen hombre a tu lado, y Eric

lo parece, por lo que me ha contado Esteban. —¡Qué cabrita es cuando quiere, diciéndote verdades como puños a la cara!—. Manda el miedo a la mierda, Elena, enfréntate a él, averigua qué puede ser eso con Eric. ¿Y si te estás perdiendo la mejor experiencia de tu vida? Aunque se quede en eso, y por Dios Santo, olvídate de una puta vez de Víctor o jamás avanzarás.

—Oli tiene razón, Elena. Víctor es el pasado y quedó atrás. Ya no puede hacerte daño, al menos no debería, solamente si tú le dejas.

— Pero es que esta mañana una pelirroja se ha lanzado sobre él y no dejaba de besarle, ¡en mis narices! —indignada y con un ataque de celos del quince, dejo salir la rabia que me tiene cabreada desde esta mañana.

—¿Y qué te ha dicho él? ¿Es su novia?

—No, Alba. Bueno, yo me fui dejándole plantado allí con la otra cuando quiso hablar conmigo, y luego me ha llamado para darme explicaciones, pero no he querido escucharle. Entonces me ha dado las buenas noches, y hemos colgado.

—Joder, ese tío ya me está cayendo bien. Tiene el cielo ganado el hombre. Me imagino la altanería con la que lo has tratado y lo digna que te has puesto. Tu solita te estás cavando el hoyo, guapa. —Amigas sinceras, un regalo para tus oídos.

—Aparte del miedo, al que se refirió la bruta de Oli, lo que sucede, Elena, es que te sientes vulnerable, porque has permitido que Eric llegue hasta ti y te has abierto a él.

—Pero literalmente...

—¡No seas bestia, Oli! —se queja Alba mientras la otra se parte de risa—. Es cierto que en el sexo hay que confiar en la otra persona, y tú lo has hecho con Eric. Sin embargo, cuando has sentido que puede ser otro Víctor, te has sentido fatal, porque has vuelto a ser vulnerable con un hombre. Pero, Elena, no todos son él. Déjate llevar, a dónde sea que te lleve esto, y disfruta sin pensar qué pasará después. Date una oportunidad y dásela a él. Disfruta la vida, ríete con él, sonríele, acurrúcate en el sofá junto a él, sal a bailar, a cenar, a correr... ¡Ve a ser feliz!

—¡Y fóllatelo! —Ya tenía que poner la guinda al pastel nuestra querida Oli.

«Déjate llevar» es el eco que resuena en mi mente cuando colgamos cuarenta y cinco minutos más tarde tras ponernos al día con el embarazo de Alba, lo pesado que está Esteban y la «relación sexo-emocional», término acuñado por la propia Oli, que vive esta última con Jesús. Y por un momento, vuelvo a sentir las cerca, a revivir esa conexión que nos unió hace tantos años y que nos hace ser especiales las unas para las otras. «Date una oportunidad y dásela a él. Para no repetir», ¿sería tan malo darle una oportunidad a Eric? Y entonces sin esperarlo, noto que estoy sonriendo al pensar en él y en la posibilidad de confiar en él. ¿Quién dijo miedo? Mi conciencia quiere replicarme que yo, pero, antes de eso, la acallo mandándola bien lejos. Conciencia: 5/ Elena: 2.

22

Julie

Me siento la peor de las amigas. Desde que Lucas hizo aquella declaración de amor en mitad del pub, no he vuelto a hablar con Elena, ni siquiera por mensaje. Sé que no es ninguna excusa, pero no soy capaz de despegarme del fotógrafo de *I love Fashion*. La primera noche que se quedó a dormir en mi cama fue como zambullirme en un sueño del que no quería despertar. Aún lo recuerdo con una sonrisa en la boca...

El pecho de Lucas sube y baja tranquilo, sosegado bajo mi mejilla, que parece haber cohabitado con él toda una vida. Quiero saborear este dulce momento, impregnarme de su olor, de su calidez y no olvidarme jamás de esta sensación. Millones de veces soñé con vivir esta estampa con él en mi cama, donde se quedaría para siempre, pero hasta entonces fue una utopía. Abro los ojos y lo contemplo dormir como un bebé, plácidamente. Unos mechones le caen sobre la frente que se alzan en cada respiración suave y prolongada que emite. Me fijo en la expresión de su rostro que parece esconder una sonrisa. Es curioso cómo ese sentimiento extraño y maravilloso nos cambia la visión de las cosas. Hasta hace unas horas lo odiaba, por no quererme, por no elegirme, por buscar a otras en las que dejar migajas; y esta mañana, es el hombre de mi vida, acostado a mi lado, ese que se ha pasado la noche entera llenándome de promesas con besos y sueños con lentas caricias. Suspiro profundamente, y él frunce el ceño un par de veces hasta que abre sus ojos, y entonces veo, por primera vez algo que jamás vi en ellos, amor.

—Buenos días, mi Jules. —Y ahí está de nuevo, su forma de llamarme, el tono con el que me habla. ¡Dios mío!, voy derecha a convertirme en «una moñas del amor».

—Hola —le digo tímidamente, agachando la cabeza sin apartar mis ojos de él. Lucas me sonrío y me da un beso en la nariz arrimándose más a mí.

—No te escondas de mí, nunca. —Y ante otra nueva frase de esas que impactan en mi corazón y me dejan KO, Lucas se pone encima de mí y empieza a besarme, repitiéndome una y otra vez lo mucho que me quiere. Y este es el principio de su primera relación madura, y es conmigo. No quiero saber nada más del mundo, porque él es todo mi mundo.

Llamo a Elena y en apenas dos minutos estoy en el portal de su casa, preparada para recogerla y llevarla al trabajo. Esperemos que con acciones de este tipo, sepa perdonarme y no me eche en cara que la he abandonado estos días, justo cuando más necesitaba una mano amiga. El trayecto en coche es distendido y relajado. Una Elena diferente se ha subido a mi coche, está jovial y relajada. No quiero preguntarle nada al respecto ahora, ya hablaremos en la revista a la hora de la comida tranquilamente. Llegamos veinte minutos tarde porque el tráfico hoy ha sido espantoso. Cada vez que graban películas o series en alguna zona de Nueva York, la ciudad se colapsa y hemos tenido la «suerte» de pillar una zona de grabación, por lo que nos han tenido que desviar enviándonos a tomar viento fresco.

Ya en la oficina, la noto inquieta en el ascensor, pero ella sonrío como si no pasara nada. No deja de parlotear y de morderse el labio inferior. Al salir, en mi planta nos encontramos con Lucas al abrirse las puertas. ¿Qué demonios hace en la redacción? Y en los siguientes tres segundos lo descubro. Doy un paso fuera, y mi fotógrafo favorito envuelve mi cintura en sus brazos dándome el beso más apasionado y de película del que he disfrutado nunca. Cuando consigo despegarme y respirar, me giro al ascensor, que sigue allí porque Elena lo ha parado ahí. Me encojo de hombros sonriendo, y ella me guiña un ojo dándome la enhorabuena mentalmente. Me vuelvo hacia él, que también mira a mi amiga con la sonrisa en los labios, y lo abrazo cual lapa. Y así es mi nueva vida, yo pegada casi todo el día a

Lucas, y él expresándome sus sentimientos a cada segundo; y siendo él, ¡eso es un mundo entero! Como me gusta mi vida junto a él.

23

Eric

Hoy vengo decidido a la oficina a hacer borrón y cuenta nueva, a olvidarme de lo que me hace sentir, a dejar de pensar en ella a cada segundo, a no recordar en mi mente su sonrisa ni escuchar otra vez esa risa que provoca el mariposeo en el estómago, del que Steven me habló al enamorarse de Alba. No sé cómo cojones lo haré, pero mi objetivo es dejar de pensar en Elena como algo más que mi secretaria.

Repaso todo el trabajo que tenemos acumulado desde antes de la fiesta, empezando por los *emails*, y resoplo ante la cantidad que hay. Oigo jaleo fuera de mi despacho, supongo que Elena ya habrá llegado y se habrá encontrado en el pasillo con algún redactor. «No pensar más en ella», me repito una vez más, pero cuando accede a mi oficina, y la veo sonriéndome, la frase se desvanece. Cierra la puerta tras de sí y vuelve a girarse, mirándome con el mismo gesto alegre que suele utilizar cuando está despreocupada y nada le incomoda. Hoy está más alta, seguramente debido a los tacones de infarto que lleva, y qué decir de ese cuerpazo... Esas piernas perfectamente adaptadas a esos vaqueros azules desgastados y esa blusa *beige* que realza su busto... Y aunque parezca mentira, su sonrisa me eclipsa, dejo de admirar su cuerpo para centrarme en sus ojos castaños iluminados gracias a esa mueca preciosa que brilla en su rostro. Se dirige hacia mí, rodea la mesa y apoya las manos en los reposabrazos de mi silla acercando su cara a la mía. Curva sus labios haciendo que mi corazón me reviente en el pecho y, antes de poder hablar, acaricia mi mejilla con su mano y me besa. ¡Elena me está besando! No es un sueño, no me lo estoy imaginando y por primera vez no parece arrepentida del beso. Me besa, me explora, lo profundiza acariciándome con su lengua, y estoy a punto de explotar cuando se separa de mí.

—No hagas preguntas. —Vuelve a rozar sus labios con los míos y, tras

separarse de mí, vuelve a sonreír y se va. No puede dejarme así, no entiendo nada, ¿a qué viene esto? Respiro hondo un par de veces mientras trato de mantener la compostura y bajar la excitación que presiona mi pantalón.

Cuando consigo estar sereno, salgo de mi despacho y veo la puerta del suyo abierta. Está concentrada, aparentemente, con la mejilla y la barbilla apoyada en una mano, sin apartar la vista de la pantalla, pero de vez en cuando sonrío y exhala una risa agitada. Apenas me da tiempo a hablar cuando noto que su mirada asciende para encontrarse con la mía, vuelve a sonreír y se levanta. Camina hasta mí, tira de las solapas de mi chaqueta y cierra la puerta acercando sus labios de nuevo a los míos, aunque solo por el efecto de acerrojarnos buscando intimidad.

—No intentes entenderme porque no lo hago ni yo. Voy a hacer uso, por una vez en mi vida, de aquello que se dice: «Dejarse llevar». No pensaré en nada más que en ti y en mí, en ceder a la atracción que sentimos, la complicidad que existe y voy a disfrutar cada momento, cada experiencia, sin reflexionar concienzudamente adónde vamos, como suelo hacer siempre. No me pidas más porque no puedo ofrecerte más que esto. —Es lo que cualquier hombre quisiera escuchar de boca de una mujer, aunque en el fondo percibo un pellizco al recordar que yo ansío más. De acuerdo, jugaremos con sus reglas... por ahora. La atraigo hacia mí agarrándola de la cintura y, por primera vez desde que irrumpió en mi despacho sorprendiéndome, le sonrío.

—Será como tú digas, Bella. —Y ya no hay tiempo de pensar, de arrepentirse o de decir que no. Solo hay tiempo para deleitarnos con el sabor del otro y perdernos en un beso que se nos figura eterno.

Elena

Alucinante. Brutal. Sensacional. Bestial... No sé cómo puedo describir el momento en el que he entrado en el despacho de Eric, ni tampoco cuando en el mío le he confesado a él que me iba a dejar llevar sin pensar en nada más. Según se dice, es el sueño de todo hombre. Lo que ellos entienden con esas palabras es: sexo sin

compromiso, pero es que estoy dispuesta a eso y nada más. ¿Soy un tío? ¡Dios mío, soy como Oli! «Déjate de chorradas, Elena». He hecho caso a mis chicas, me he dejado llevar y le he aclarado las cosas a Eric. Y por supuesto, él ha reaccionado como era de esperar. Apenas ha tardado diez segundos en entrar en mi oficina mientras disimulaba que trabajaba —a decir verdad, estaba cotilleando por una página web de zapatos recomendada por Julie—. Aún estaba bloqueado y no sabía qué hacer, así que le he puesto las cosas fáciles y he ido hacia él. Lo que ha venido después me da un poco de vergüenza reconocerlo, pero la típica escena porno en la oficina de la secretaria se asimila bastante a lo que ha sucedido aquí dentro.

Después de eso hemos vuelto al trabajo o al menos lo he intentado. Eric ha estado reunido con algunos empresarios mientras la coctelera de sentimientos se ha agitado sin descanso en mi cabeza. He comido con Julie, aunque no le he contado nada. Tampoco es que haya podido hablar mucho, porque ella está peor que yo y no deja de hablar de Lucas, de lo cambiado que está, y no quiero yo bajarla de la nube, pues me temo que en breve le haré compañía. «La nube de la gilipollez», como la llama Oli. Y ya es la hora de irse a casa, aunque no lo he vuelto a ver y no sé si esperarlo o marcharme ya.

—¿Se puede? —Llama con los nudillos a la puerta, aunque ésta se encuentra abierta de par en par. Eric entra con paso ligero y mira de soslayo la mesa donde hace unas horas lo hemos dado todo. Su mueca picarona me hace ponerme roja, pero yo niego categóricamente con la cabeza, recojo mi portafolios y tiro de él hacia fuera.

—¿Qué te parece si salimos a cenar esta noche? —le propongo en el camino a mi apartamento. Eric me mira riéndose y me responde dejando un beso fugaz en mi cuello que provoca un suspiro ahogado en mí.

—Ya lo había planeado, tenemos reserva en uno de mis locales favoritos a las ocho. Te recojo a las siete y media, ¿de acuerdo? —Asiento con la cabeza antes de salir del BMW con las manos de Eric por todos lados.

Es increíble cómo nos agilipollan esas mariposas u hormigas que se apoderan

de nuestro estómago cuando la atracción se hace palpable y no podemos más que rendirnos ante ellas. Elijo ponerme una de las camisetas lenceras que traje de España, regalo de mis chicas, con bastante escote la verdad. Me aliso el pantalón negro una vez que me lo he puesto y subo a esos tacones de vértigo, a los que escasas veces lo hago. Recuerdo en este momento una frase inolvidable de una de mis amigas porque ella adora este tipo de zapatos: «Siempre que me subo a unos tacones puedo ver la vida de forma diferente. A veces es en color, otras veces en blanco y negro, pero siempre de la mano de gente que me sujete por si pierdo el equilibrio». Y eso es lo que voy a hacer yo a partir de ahora, ver la vida en color de nuevo. El timbre me aleja de mis pensamientos. Saco el perfumero de *roll on* del bolso y tras aplicarlo detrás de las orejas y por el cuello, cierro la puerta con llave y bajo a encontrarme con Eric.

Sonríe al verme y su sonrisa me deslumbra una vez más. Está esperándome con un traje negro impecable y un clavel rojo en la mano. Bajo con cuidado de no caerme por los escalones que nos separan, y él al ver que me agarro a la barandilla fuertemente, viene a mi encuentro y me ofrece una mano. Me aferro a él y, cuando ya vuelvo a pisar tierra firme, me besa con pasión. Me enseña de nuevo el clavel al separarse de mí tras dejarme sin aliento y no puedo evitar ruborizarme como una colegiala.

—Me he fijado que en el apartamento siempre tienes claveles rojos. —Se lo agradezco con un gran beso y después huelo el clavel. ¡Hmmm, me encantan! Me recuerdan tanto a España que me hacen sentir un poco más en casa.

El restaurante podría decirse que es uno de los más *chic* de Nueva York. En la puerta el *maitre* nos recibe con un saludo y nos lleva hasta nuestra mesa. El ambiente es el de la clase alta norteamericana, lámparas de luces blancas a la última moda cuelgan del techo y todo está decorado en tonos oscuros que rompen con colores blancos. La música es una colección de *soul* de los mejores, según me explica Eric, ya que en cuestiones musicales americanas ando bastante pez.

—¿Te gusta? Es mi lugar preferido. Mi familia y yo venimos aquí

frecuentemente. —Le sonrío antes de darle un trago a mi copa de vino, pues me acabo de dar cuenta que no sé absolutamente nada de este hombre que acaricia mi mano con un dedo suavemente.

Cenamos entre risas, anécdotas banales y ambos nos ponemos al día con la vida familiar del otro. Eric tiene un par de hermanos y dos sobrinos, y de sus palabras extraigo que es una familia muy cercana entre sí, son una piña.

—De hecho tengo una comida familiar esta semana, ¿quieres unirme? — Petrificada es poco. Trago saliva haciendo un ruido poco femenino acompañado de mis ojos abiertos como platos. Él se ríe y agarra mi mano con delicadeza—. No te preocupes, no tendríamos que dar ninguna explicación, aunque ya veo lo que te parece la idea.

Eric cambia de tema sin darme tiempo de soltarle que es una insensatez y una completa locura. El momento incómodo pasa gracias a que no deja de hacer chistes y me cuenta anécdotas de su infancia que me dan dolor de estómago de las carcajadas tan estruendosas que suelto. Tras el postre, tenemos una pequeña lucha a la hora de pagar, y es que no voy a consentir que él abone la cuenta de todo, ¿estamos en la Prehistoria? A Eric no le gusta mi actitud, pero a base de unas pocas carantoñas y besos furtivos consigo que se olvide de ello.

De vuelta a mi apartamento no tardamos nada de tiempo en quitarnos la ropa uno al otro mientras vamos tanteando hacia el dormitorio. Cuando quiero deshacerme de los zapatos, preciosos pero a la vez infernales, Eric ronronea y me pide que no lo haga.

—¿Qué es esto, una película porno? ¿No has tenido suficiente con el momento encima de la mesa de esta mañana? —Con solo recordarlo las mejillas me arden. Él se ríe revolcándose por la cama, riendo sin parar.

—Anda, solo esta vez... Bella... —Y no sé por qué narices le hago caso, pero no me los quito. Dios, el dolor después de llevarlos toda la noche ya es insoportable. En cuanto se despiste, me deshago de ellos. Pero ya se sabe lo que dicen: «Una cosa es lo que tú pienses y otra diferente lo que ocurra», y es que Eric

no me deja en toda la noche llegar a ellos. Me mantiene ocupada, saboreando, besando, adorando, maldiciendo, sintiendo; y para ser sincera, yo también me olvido de ellos.

*

Rozando el amanecer, salgo de la cama y me pongo la camisa de Eric, que aún huele a él. Su fragancia sigue impregnada en la tela. Voy hasta el salón y cojo el bolso donde está mi teléfono móvil. Con la mano calculo la franja horaria y, aún así, les envío un mensaje.

Operación Dejarse llevar comenzada. Entré en el despacho de Eric, le besé y le pedí que colaborara en esta operación, a lo que ha accedido gustosamente.

Le doy a la cámara y me hago un *selfie* agarrando el cuello de la camisa mientras intento poner cara sexi. Le doy a mandar y les digo que pronto tendrán más noticias.

—¿Qué haces? —Un Eric adormilado se restriega la cara mientras me mira a lo lejos. Dejo el móvil en la mesa y estiro las piernas en el sofá, él se acerca y se sienta a mi lado con mis piernas sobre él. Las acaricia de arriba abajo, como hace unas horas hizo sensualmente, sin dejarse un solo espacio por lamer. La respiración cambia de ritmo al recordarlo y juraría que estoy roja como un tomate. No soy capaz aún de reconocer a esta Elena, pero allá vamos. Paso mis dedos por su brazo consiguiendo que se despeje del todo y me mire con los ojos arrebolados de deseo. Me subo a horcajadas sobre él y comienzo a seducirle besando su cuello, los párpados, las mejillas, el pecho... Y de pronto Eric está dentro de mí, los jadeos inundan el salón mientras el deseo nos consume y nos hace explotar en una absurda nube de felicidad que nos deja atontados durante un buen rato.

24

Elena

No sé si os sonará aquella canción infantil que decía: «los pajaritos cantan, las nubes se levantan»; es muy parecido a esa tontería del famoso anuncio ¿a qué huelen las nubes? Pues bien, en ese estado de gilipollez suprema me encuentro desde que entré en el despacho de Eric y tomé las riendas de mi vida de nuevo. Y ya ha pasado un mes desde entonces. Alba y Oli respondieron a mi mensaje al día siguiente. Ambas me dieron la enhorabuena junto a millones de emoticonos, llenándome de millones de mensajes el chat.

*

Parece mentira que estemos en otoño ya. Aún creo que fue ayer cuando desembarqué con mis maletas en este gran país sin conocer nada ni nadie. Y meses después aquí estoy, integrada en mi trabajo, instalada en un apartamento de lujo, con gente que se preocupa por mí y, sobre todo, con Eric. Nunca pensé que lo lograría, pero Víctor se está convirtiendo en una sombra, lejana y oscura, que no me acecha cada día, no me quita el sueño ni me persigue siendo una pesadilla como lo fue durante años. Por fin, estoy superando todo aquello. Una sensación reconfortante se adueña de mí y sonrío mientras los rayos del sol calientan mi cara.

Desde que me recuperé de mi absurda y vergonzosa caída, he venido a Central Park a hacer yoga siempre que he podido, aunque lo que de verdad me encanta es ir al gimnasio donde Eric está apuntado. Hace unas tres semanas lo acompañé y me inscribí. Cuando vi el *ring* de boxeo no lo dudé un instante y, mientras él se cambiaba de ropa, hice mi matrícula y pagué el primer mes. Y no es que quisiera ocultárselo adrede, pero sé que en el fondo él cuenta con un lado sobreprotector y no le haría gracia. Entonces cuadré las horas para no encontrármelo, y por ahora ha sido un éxito rotundo. Los chicos con los que suelo pelear son bastante flojos y

acabo metiéndoles una paliza de campeonato. De hecho, uno de los entrenadores me ha propuesto participar en algunas peleas que organizan, pero me he negado solo de pensar la cara que se le quedaría a *mi jefe*.

—¿Lista para volver a casa? —Eric me agarra por la cintura, desliza su nariz por mi cuello ascendiendo hasta la parte de atrás de mi oreja y deja diminutos besos que me vuelven loca. Alzo mis manos y alboroto su pelo en respuesta.

—Ya va siendo hora de un corte por aquí, ¿no crees? —Me giro y su sonrisa calienta mi corazón más que los rayos de sol. Los brazos de Eric me acercan a su cuerpo y nos sume en un balanceo lento y delicioso. Lo rodeo con los míos y me dejo llevar, como hice hace un mes, sin pensar en nada más que en percibir miles de sensaciones que provoca en mí, en sentirle a él, en experimentar lo que quiera que sea este sentimiento. Seguimos caminando en dirección a mi apartamento, unidos de la mano y soy incapaz de dejar de mirar ese punto de unión mientras sonrío.

—Este fin de semana tenemos una reunión especial en Palm Springs. —Lo miro extrañada, pues no recuerdo ninguna y soy la que lleva su agenda.

—No me acuerdo que hayamos programado nada.

—Porque no lo hemos hecho. Es el evento social de la empresa. Cada año hay una con los empleados que quieren asistir, para socializarse entre ellos. Normalmente, va Marga o yo, damos un discurso de apertura, con el que les agradecemos su presencia allí y les felicitamos por su excelente trabajo, antes de disfrutar de un fin de semana a gastos pagados. —Con tan solo escuchar el nombre de Marga en boca de Eric me pone celosa. Aún recuerdo la forma tan posesiva cómo trataba a su socio durante la fiesta de la revista. ¡Menuda debe ser! Por lo poco que pude ver y lo poco que sé de ella, debe ser altanera, narcisista, elitista y muy zorra—. ¿Oye?

—¿Hmmm?

—Te has quedado en Babia. ¿Qué? Dime que te apetece ir, por favor, porque yo me muero por tenerte un fin de semana entero para mí, más de cuarenta y ocho

horas. A ser posible con poca ropa y en posición horizontal. —La sonrisa picarona enciende sus ojos y le doy un puñetazo en el brazo, a lo que responde con una mueca fingida de dolor. Me rodea y tira de mí subiendo las escaleras de la entrada mientras me besa en la coronilla, y yo me dejo llevar por ese bonito sentimiento que, sin duda, ha renacido en mí de manera brutal y descontrolada.

*

La semana se ha pasado casi volando desde que Eric mencionó el evento del fin de semana y nada menos que en ¡Palm Springs! Dios mío, la de veces que oí hablar de ese sitio cuando era pequeña, cuantas veces lo vi en la televisión y otras tantas que soñé en alguna vez poder estar allí. Cada vez creo más en eso de que las cosas suceden cuando menos lo esperas.

—Vamos, Bella, que no llegamos. ¿Tienes todo? —Eric, nervioso y ansioso, coge su cartera, se la guarda en el bolsillo trasero del pantalón y revisa por el salón que no nos dejemos nada. Agarro mi maleta y voy hacia él dando saltitos. Me da un breve beso en los labios y me lleva de la mano con rapidez.

También es cierto aquello de que nunca te acostarás sin saber algo nuevo, y yo hoy he descubierto cómo se pone Eric con los viajes. ¡Totalmente inaguantable! Empecemos por el principio. Eric Reynolds odia hacer maletas, y a mí me encanta. Se queja diciendo que es materialmente imposible que todo cuadre, así que es un *show* verlo guardando la ropa en la odiosa maleta, según palabras suyas. No pude evitar reírme cuando lo observé en ese plan, pero cuando me miró muy serio, sin comprender cómo me carcajeaba, reprimí las risas teniendo incluso que abandonar la habitación, pues ver cómo se le hinchaba la vena del cuello por el enfado no era agradable. Mejor evitar la discusión. Después de maldecir casi media hora, volví a ayudarlo con la maleta y más de una vez perdió los nervios. Le pedí que me dejara hacerla a mí, pero lo tenía pegado a mi cogote quejándose de que no se arrugaran sus polos o que eso ahí no iba a caber, etc. Por supuesto, acabamos enfadados peleándonos por su impaciencia.

Pero no acabó ahí la cosa. En cuanto terminamos de comer en su apartamento,

vinimos al mío para hacer la mía y coger el vuelo, ¡con tiempo de sobra! Pues bien, Eric no ha dejado de recibir llamadas, de hacerlas, de gritarle a gente por el teléfono, mientras que a la par me iba metiendo prisa cada dos por tres de muy malos modos. Comenzamos bien el mágico fin de semana...

—Sí, ¡ya te he dicho que lo hagas! ¡Joder! —Suelta el teléfono sobre el asiento y se pasa las manos por el pelo. La azafata, que le ha pedido ya cinco veces que apague el móvil y se abroche el cinturón de seguridad, lo mira cabreada negando con la cabeza. Madre, ¡qué vergüenza estoy pasando!

—Eric, ¿quieres hacer el favor de hacer caso a la azafata que le van a estallar las sienes? —Le agarro de su camisa para sentarlo y cae de culo encima del teléfono que vuelve a sonar—. Pufff... —resoplo cansada de escuchar la musiquita de Justin Timberlake salir del aparato. La primera vez pensé que se trataba de una broma, pero no. A mi novio le gusta Justin. «Oh, oh, ¿acabo de decir “mi novio”?».

—Señor, si persiste en su actitud, me temo que voy a tener que retirarle el móvil hasta que despeguemos. —La azafata ya se ha hartado de su actitud, y Eric por fin cede y lo apaga. Con un suspiro lo guarda en la bolsa de mano que lleva y se vuelve a sentar a mi lado tras dejarla en el compartimento de arriba.

Sé que la auxiliar irritada pasa revisando que todo el mundo tenga los cinturones puestos y repasa que los compartimentos estén bien cerrados, pero no me fijo en ella sino en él. Lo único que ocupa mi mente es Eric, los resoplidos que emite porque algo le preocupa, sus dedos repiqueteando el brazo del asiento, su olor que me recuerda a cada instante porque me era imposible resistirme... Quiero ser fuerte, lograr ser esa mujer independiente que no necesita a un hombre para tener en equilibrio su vida y su autoestima, pero él está ahí, cada vez con más fuerza y, a pesar de todo, no lo lamento en absoluto.

—¿Estás bien? —Eric sube su vista hacia mí con aspecto cabreado, aunque sé que con tal de no preocuparme no me dirá nada. Coge mi mano y me da besos suaves y tiernos mientras me sonrío fingiendo que todo va bien.

—¿Cómo no voy a estar bien si estaré contigo a cada segundo del día? —Su

voz vuelve a estremecerme, llenando de hormiguitas mi estómago al ver la intensidad con que sus ojos me miran. No puedo evitarlo y le sonrío, olvidando por ahora, que algo ocurre.

Despegamos y continuamos todo el vuelo con las manos entrelazadas. Eric me habla de su familia, de sus hermanos y sus sobrinos, y lo unidos que están todos. Yo le hablo de Alba y Oli, de mis padres, de mi vida en Madrid, y por primera vez no siento dolor sino simple melancolía.

Llegamos al hotel tras un trayecto plagado de confesiones y verdades, momentos en los que nos hemos conocido un poco más. El hotel es enorme, con gente entrando y saliendo, varios botones ocupándose de las maletas, y los compañeros de la revista pululando por allí en traje de baño. Saludo a algunos de ellos que, a juzgar por su atuendo, se disponen a darse un chapuzón en alguna de las piscinas del hotel, pues estoy segura que en un lugar como este habrá más de una.

Después de coger la llave de la habitación, Eric me pide que suba sola, pues tiene que hablar con algunas personas. Yo asiento con la cabeza y, antes de poder darle un beso en los labios, él lo hace en la cabeza rápidamente y se marcha veloz como un rayo. Frunzo el ceño, pues está claro que algo pasa, aunque se niega a contármelo. Dejo las maletas en la *suite* donde nos alojaremos durante dos días y bajo a buscarle de inmediato.

Paseo por el *hall* del hotel y descubro un cartel donde se indica el lugar de la recepción que se celebrará en un par de horas. Entro al enorme salón, pero solo veo a los trabajadores preparando el sitio. Ni rastro de Eric. Voy a la piscina y encuentro a mis compañeros redactores pasándose la bomba. Estoy un buen rato charlando con ellos hasta que decido subir a prepararme, aunque quede más de una hora. A Eric se le ha tragado la tierra, pues tampoco responde mis llamadas ni mensajes. No quiero parecer una novia controladora e histérica, así que tras arreglarme bajo a la recepción. Y de nuevo esa palabra taladra mi mente: «novia». Ni siquiera sé que opina él o qué quiere. Vale que me ha dicho muchas veces que tiene sentimientos por mí y que esperará lo que haga falta a que yo esté segura, pero, una vez que lo he

hecho, desaparece sin dejar rastro. ¿No es sospechoso?

Llego al salón y, por fin, lo oteo junto a una mujer de larga melena oscura. Desde la distancia se ve que están bastante juntos, ella le agarra por el antebrazo, y ambos ríen por algo que ella ha dicho. Entonces ella se gira y puedo observar quién es. Marga, la *querida* socia. Hoy puedo contemplarla con más claridad y a la vista queda que es una mujer guapísima y elegante, con unos impresionantes ojos azules, perfectamente ataviada para la ocasión con un vestido de fiesta oscuro. ¿Pero esto no se supone que es una reunión para animar a los trabajadores? ¿Algo casual e informal? Me miro a mi misma, con el vestido *beige* por las rodillas y el pelo suelto, y deseo morir en ese instante. Sin embargo, me pongo recta, toda digna y me encamino a su encuentro. Será muy guapa, pero Eric no es nada suyo, y, según él mismo me ha comentado, no le interesa en absoluto. Acaricio el hombro de Eric que se gira y me mira embelesado como suele ser habitual.

—Elena, aquí estás. —Rodea mi cintura con su brazo y me acerca a su cuerpo dejándole claro a la socia que no está en el mercado—. Margaret, ella es mi asistente, Elena Ferraez. —La mujer me mira subiendo la cabeza, con condescendencia y altanería, pero finalmente me sonrío y estrecha mi mano con firmeza.

—Encantada, Elena. Ya me ha informado Eric que eres un valor seguro para esta empresa y que nos estás ayudando mucho. Me alegra saber que contamos con gente *así*. —El *así* del final me hace dudar sobre sus buenas palabras. Su mirada desprende odio y ganas de eliminarme si pudiera, pero yo le sonrío y le doy las gracias.

Un par de hombres trajeados se acercan a nosotros y, tras una breve charla, Eric pide disculpas para retirarse. Nos alejamos de allí y salimos fuera del salón camino al ascensor. Él sigue reteniéndome contra él, y yo no quiero despegarme de él. No me ha importado que su socia y toda la plantilla allí congregada hayan visto nuestra cercanía, y si son inteligentes tras sumar dos y dos, ya sabrán lo que pasa.

En el ascensor nos mantenemos en silencio, aunque no deja de darme besos en

la sien mientras me mantiene aferrada a él. Yo sigo rodeada a él por su cintura y poso una mano en su pecho sonriendo como una boba. En el interior de la *suite* me pide que espere que se asee y se cambie de ropa. Lo hago sentada en la enorme cama rozando la suave tela de seda que la cubre. Eric sale con el pelo mojado envuelto en una toalla, y la Elena pasional desea arrancársela y tumbarle, pero consigo contenerme observándole feliz.

—Gracias por haber sido tan tolerante con Marga, a pesar de la forma en que te ha hablado. No se lo tengas en cuenta. —Me da un beso en los labios en cuanto me suelta aquello y entonces me entra la duda.

—¿Te has acostado con ella? —Eric se congela y se da la vuelta mirándome muy serio con las manos en las caderas.

—¿Lo preguntas en serio? ¿Crees que soy de esos que siguen el rollo de solo sexo, sin compromisos?

—Hasta hace poco lo eras al menos. Alba me contó tus correrías con su marido, así que ahora no te hagas el santo. Además que esa mujer o se toma muchas confianzas o simplemente vuelve a tocar lo que una vez fue suyo por derecho. —No entiendo por qué me meto en este jardín, pero ya no puedo parar. Es recordar la cara de autosuficiencia de la socia y, como dice Eric, su forma de dirigirse a mí, y la furia me inunda.

—Que yo sepa, Steven ya no es nada de eso, y yo desde que te vi por primera vez aquí, no he vuelto a posar mis ojos sobre otra mujer que no seas tú. Bella, ya sabes que soy paciente, que esperaré todo lo que tu corazón necesite para sanarse y vuelvas a confiar en que nadie te hará daño. Yo no te lo haría, antes preferiría hacérmelo a mí mismo. No sé cómo decirte ya las cosas, cariño. —Parece desesperado, se pasa la mano derecha por el pelo alborotándose más y salpicando del agua de la ducha. Se pone en cuclillas frente a mí y fija en mí su mirada más serio que nunca negando con la cabeza. Si en este momento me dice que todo se acabó, no sé si seré capaz de salir de esta habitación con el dolor atenazándome el pecho, pues eso me dolería una barbaridad—. Elena, mi Bella, corazón... te quiero.

Eric

No ha sido el mejor momento para declararme, pero era vital. No puedo con la Elena huidiza, la cabezota, la que se menosprecia, la que niega la realidad. Si no llego a confesarle que la quiero, como jamás he hecho con nadie, creo que iba a explotar. Por el brillo de sus ojos he percibido que ella pensaba que iba a dejarla. Tan frágil y a la vez tan fuerte. Es débil en cuanto a lo que ella es capaz de ofrecer y dar. El hijo de puta de Víctor la convirtió en ese pajarillo quebradizo e indefenso en el amor, pero cuando se trata de trabajo es dura como una roca y puede con todo. Como con la fiesta de aniversario, si no llega a ser por ella, todo habría sido un desastre.

Se ha quedado mirándome perpleja, ni siquiera sé si respira. Me acerco a ella, agarro su cara con mis manos y la llamo dulcemente.

—Elena, Elena, ¿me oyes? —La zarandeo un poco y, tras negar con la cabeza cerrando los ojos un momento, se deshace de mis manos y salta sobresaltada con tanta mala suerte que se cae de culo. Me acerco a ayudarla, pero encoge sus manos como si quemaran. Se levanta sonrojada por la caída y lo que le he revelado, aunque sigue sin reaccionar. «Paciencia, Eric».

—Eh... yo... llegaremos tarde si no bajamos a la fiesta, y eh... esto, que yo llegue tarde vale, pero el jefe de la revista, no lo veo. —Se ríe entrecortadamente y va dando tumbos hacia atrás pegándose con la puerta en la espalda. Debe haberse hecho realmente daño por su gesto. Hago ademán de ir hacia ella, pero noto que tiene miedo, así que la dejo irse. Se gira rápidamente a abrir la puerta y sale huyendo, una vez más.

25

Marga

Aún no sé qué demonios hago yo aquí, una persona de mi categoría entre tanta *chusma* y clase obrera. Al llegar, me he quedado horrorizada al ver a los redactores de la revista gritando y saltando camino a la piscina como si fueran universitarios borrachos. Increíble, tener que mezclarme con esa gentuza. Odio con todas mis fuerzas las estúpidas ideas de Eric. Solo a él se le ocurre organizar un evento como este, «para que fluyan las relaciones entre jefe y empleados», dice. ¡Menuda tontería! Que trabajen que es lo que deben hacer y se dejen de comportarse como animales en celo. Por suerte, he llegado con tiempo de sobra para tomar un relajante baño en mi *suite* y prepararme para él. Eric lleva años rechazándome, sutilmente, pero eso se acabó. He traído toda mi artillería pesada conmigo y nada ni nadie evitarán que, por fin, lo meta en mi cama.

El salón de la recepción está casi vacío cuando entro, pero a lo lejos diviso a mi amado socio charlando con los trabajadores del hotel. Siempre tan sencillo, poniéndose a la altura de aquellos que están por debajo de él. Me acerco caminando lentamente, clavando mi tacón de doce centímetros en el suelo firmemente, con el único objetivo que los que me rodean se giren a mi paso y posen sus miradas en mí, en especial Eric. Objetivo conseguido. Mi socio me mira con la sonrisa en sus labios y eso me hace crecerme aún más. Los empleados vuelven a sus labores mientras él se aproxima a mí. ¡Dios, sí! Como desearía aplastar mi boca contra la suya y llevarlo a mi habitación para hacerle todo lo que llevo años soñando.

—Marga. —Giro la mejilla para que deposite su habitual beso de bienvenida y me besa la mano, que le ofrezco, como un auténtico caballero.

—Sabes cuánto detesto estos eventos para gente necesitada, querido Eric.

—¿Entonces por qué has venido? Sabes que lo tengo todo bajo control.

Sinceramente, me ha sorprendido mucho tu mensaje de esta mañana diciéndome que vendrías. —¡Já! Ni loca me pensaba perder una nueva oportunidad de asaltar al joven Eric, al hombre de negocios exitoso. ¡Ni muerta! Permanecemos en silencio unos instantes, nos miramos mientras me contoneo un poco incitándole a hacer lo que llevo tanto tiempo deseando; no obstante, para mi desgracia, lo único que aprecio en sus ojos es temor e incomodidad.

— Parece que no estás muy contento de que esté aquí, Eric, me decepcionas. Siempre he considerado que nos llevamos... bastante bien, tú y yo, ¿no es así? — Me acerco a él y acaricio su antebrazo atacando con mi sonrisa lasciva, a lo que responde riéndose.

—Y así es, pero sé lo mucho que aborreces estos sitios y tener que mezclarte con tus empleados. Solo quería evitarte ese mal trago. —Antes de contestarle, una chica alta y castaña se agarra a él, y Eric rodea su cintura. ¡Qué demonios está pasando aquí!

—Elena, aquí estás. Margaret, esta es mi asistente, Elena Ferraez. —Observo a la chica alzando mi barbilla, la escruto minuciosamente hasta que finjo una sonrisa y estrecho su mano con firmeza.

—Encantada, Elena. Ya me ha informado Eric que eres un valor seguro para esta empresa y que nos estás ayudando mucho. Me alegra saber que contamos con gente *así*. —Ojalá pudiera desintegrarla con la vista, esa que desprende odio y ganas de eliminarla como si fuera una hormiga. La chica, muy educada, me da las gracias y me sonrío. Pobre infeliz, ni siquiera se ha dado cuenta que para mí no es más que un número más en la plantilla de personal; y para Eric, es otra de sus *zorritas*. No tengo nada de lo que preocuparme. Jonas y Duncan se acercan a nosotros y la conversación deriva en cifras de ventas y el último escándalo político. Estos hombres son tan aburridos que hasta los muertos resucitarían para pedirles que cerraran la boca. No sé por qué me tengo que asociar con gente como ellos.

Eric sigue rodeando la cintura de la mujer que se ríe con los comentarios de nuestros socios y sonrío como si le faltara un hervor. La miro de soslayo, de arriba

abajo, y entonces vuelvo a sonreír abiertamente al descubrir que no es más que un bichito al que disfrutaré aplastando con mi tacón de Dolce. Eric y la *zorrita* se retiran y me dejan con los aburridos número uno. Jonas sigue hablando del golf, del alcalde, y Duncan se une a sus comentarios. Por favor, no aguanto tanto ego, con el mío ya sobra. Me disculpo con ellos y me retiro buscando una copa de champán antes de que dé inicio el evento, pero aún no han sacado nada. Veo a una camarera y me acerco a ella.

—Eh... tú.

—¿Es a mí, señora? —me pregunta sin que haya nadie alrededor.

—¿Tú ves a alguien más por aquí? —Llevo mi mano izquierda a mi cintura y la poso ahí, mientras que zarandeo la otra en el aire. La chica niega con la cabeza, más asustada que una gacela a punto de ser apresada—. Necesito una copa de champán.

—Lo siento, señora, pero hasta que comience el evento no podemos sacar nada. —Coloco la otra mano en mi estilizada cintura de nuevo y me acerco fulminándola con la mirada. Pobrecita, va a ser el blanco de mi furia contenida.

—¿Qué no podéis sacar nada? ¿Tienes acaso la más remota idea con quién estás hablando? —La chica niega con la cabeza y veo cómo le empiezan a sudar las manos, bien...—. Soy Margaret Collins, una de las socias que organiza el evento que tiene lugar este fin de semana en este hotel, además de ser dueña de varios medios de comunicación escritos y tener más contactos que el Papa con Dios. Si quisiera podría hablar con tu jefe y, en menos de lo que chasqueo los dedos, estarías en la calle. Soy poderosa, vengativa y siempre me salgo con la mía, así que ahora mueve tu gordo culo y tráeme una copa de champán si no quieres que mis deseos se hagan realidad para ti. —Disfruto viendo cómo suda y se retuerce de miedo, con la respiración agitada más asustada que un pajarillo encerrado.

En apenas un minuto regresa con una copa temblando, se la quito de las manos y con un gesto le indico que se marche. Doy un trago a la bebida y hago una mueca ante mi objetivo recién cumplido. Consigo todo lo que anhelo, lo que me propongo y siempre, siempre, tengo éxito. Eric me ha llevado más tiempo del que esperaba,

pero será mío. Vuelvo a beber imaginando el apasionado fin de semana que me espera en cuanto le abra los ojos a esa zorrilla y la aleje de él. Alzo la copa y brindo ante mi inminente plan. «Me encantan que los planes salgan bien».

26

Elena

«Te quiero», son las dos palabras más hermosas que una persona puede escuchar, pero al mismo tiempo son las más aterradoras. No esperaba que Eric me las dijese, al contrario, después de mi ataque de celos creía que me iba a dar puerta y si te he visto no me acuerdo. Y ahí estaba yo, petrificada en la cama mientras él se me declaraba y agarraba tiernamente mi cara con sus manos, con sus ojos brillando de puro sentimiento. ¿Y yo qué sentía por él? ¿Estaba enamorada de Eric como él aseguraba estarlo de mí? Nunca antes nadie había sido tan paciente ni había aguardado con tanta paciencia a que me decidiera, me lanzara y avanzara en la relación. Mi subconsciente llamaba a Eric «novio», además cuando lo tenía cerca se me aceleraba el corazón y no podía dejar de mirarlo embobada cada vez que entraba en la misma habitación. También estaba convencida que quería contemplarlo mientras dormía y despertarme a su lado con su respiración haciéndome cosquillas. ¿Pero estoy realmente preparada para proferir esas dos palabras? Antes las pronuncié con demasiada facilidad, sin preocuparme ni analizar nada, y fue un estrepitoso fracaso. Sé que debo dejar el pasado atrás, que se puede volver a amar y sentir, y eso me lo estaba demostrando Eric, pero el pánico aún se apoderaba de mí, como en la *suite*, y mi única reacción fue alejarme y poner excusas tontas.

He bajado al salón de nuevo cuando queda poco tiempo para que comience el evento. Ni rastro de Jules, de Lucas o de algún redactor. En la distancia veo a los hombres trajeados con los que Eric estuvo charlando antes de irnos, pero salgo de allí y, cuando estoy dando una vuelta por el *hall*, me encuentro de bruces con la socia.

—Hola, Marga —le saludo con la mayor falsedad del mundo, pero ella me mira levantando una ceja como si no me conociera.

—Disculpa...

—Elena.

—Oh, claro, Elena. Me gustaría que mantuviéramos claras las distancias. Yo soy una de las socias de la empresa; por lo tanto, tu jefa, así que llámame señorita Collins. —La altanería de esta mujer no conoce límites. En el fondo tiene sentido lo que me ordena, me trago la rabia que siento al ver cómo quiere hacerme sentir inferior a ella y obedezco.

—Disculpe, señora Collins, no era mi intención. —Al escuchar «señora» se le hincha la vena del cuello y curva los labios en una sonrisa maligna.

—Bien, querida Elena, veo que vas a por todas, así que vamos a hablar claro tú y yo. —Asiento con la cabeza, irguiéndome recta con toda la dignidad de la que soy capaz de demostrar—. Olvídate de Eric. No sé qué ha sucedido entre ambos, aunque es obvio que algo hay por la manera en la que te trató antes...

—No creo que eso sea de su incumbencia —le corto antes de que termine la frase, provocando que se enfade mucho más.

—No vuelvas a interrumpirme nunca más. —Me señala con el dedo, desprendiendo un halo de pura rabia—. No te molestes en estar con él este fin de semana, pues va a estar conmigo.

—¿Cómo dice? —No se me salen los ojos de las órbitas de puro milagro.

—Ya sabes a que me refiero. Seamos claras, tú simplemente eres una de las *zorritas* con las que se lo pasa bien, se desfoga y si te he visto no me acuerdo. Quizá porque trabajas junto a él, día a día, sea algo más intenso, pero no te hagas tontas ilusiones. No pertenecéis a la misma clase social, no te montes películas de princesas en la cabeza. —¡Boquiabierta es poco! Pestañeo un par de veces antes de exponerle mi opinión con la misma meridiana claridad.

—A ver si lo entiendo, Eric es tuyo y lo será este fin de semana. Me tengo que olvidar de él porque simplemente me está utilizando para desahogarse, sexualmente

hablando, ¿voy bien? —Ella sonríe y asiente con la cabeza—. Quiz a «lo nuestro» dure algo más porque trabajamos juntos, pero no debo esperar un anillo ni una casa con valla blanca.

—No pensaba que fueras tan inteligente, pero has captado el mensaje a la primera.

—¡Guauuuu! Nunca imagin  que pudiera toparme con gente tan cabrona como usted, aunque las hay, al parecer. —Marga aprieta los puños, casi clavándose las uñas de la fuerza que hace.

—Vuelve a insultarme y tu despido será imminente. —Le dedico una sonrisa ante su furia con más coraje en el cuerpo que un legionario.

—Oh, no se equivoque, no la he ofendido. Sencillamente, he reflejado una realidad. Usted es una cabrona hija de puta, que est  celosa porque Eric la ignora. Lo lleva haciendo años, lo sé.  l me lo ha contado. Respecto a mí, s  que no soy una de esas supuestas *zorritas* con las que se acuesta y desecha como un cl nex. Eric no es de esa clase de tíos, afortunadamente. —Y de repente, la nube que nublaba mi mente, esa que me hacía dudar de Eric, de la veracidad de sus sentimientos, que me había bloqueado para no captar la frecuencia en la que lat a mi corazón, se disipa. Me regocijo ante la verdad que aparece en mi mente. Estoy enamorada de Eric Reynolds, amo a ese hombre con toda mi alma y estoy cien por cien segura de él. Muestro una nueva sonrisa a la socia y me marcho escaleras arriba a buscar a mi hombre para hacerle saber lo que lleva tanto tiempo esperando.

Eric

Menuda cagada, aquella estaba en el *top ten* de las peores declaraciones de amor. Yo conocía a Elena perfectamente, me importaba una mierda el tiempo que hacía que nos conocíamos. Yo estaba al tanto realmente de cómo es por dentro, qué siente, qué teme, qué pasado arrastra, pero lo único que se me ha ocurrido ha sido decirle que la quiero. «Estupendo, Eric; si antes no había corrido más rápido que la pólvora

estaba a punto de presenciarlo, y todo gracias a mi boca». Me pongo la camisa blanca a juego con el pantalón *beige*. Odio profundamente los trajes, si no fuera porque debo llevarlos en la empresa y porque me hacen aún más irresistible, me vestiría cada día de forma informal.

Suenan unos golpes en la puerta, debe ser ella. Me acerco y, tras inspirar profundamente y hacer todo lo que esté en mi mano por hacer que se quede, la abro. Antes de poder emitir palabra, Elena se lanza a mis brazos y me besa con profundidad, ancla sus brazos en mi cuello y enrosca las piernas en torno a mi cintura. La rodeo abrazándola por la cintura y le devuelvo el beso con la misma intensidad. «Dios, ¡amo a esta mujer!».

—Elena... —jadeo una vez que separamos nuestras bocas buscando el aire necesario para devolver a nuestros pulmones.

—Hola. —Le brillan los ojos y su boca es pura sonrisa.

—No sé de qué va esto, pero tienes que saber que me encanta. Respecto a lo de antes... —Niega con la cabeza y pone un dedo en mis labios.

—Eric... olvida todo lo que te he dicho siempre. No puedo evitar que cada día mis sentimientos por ti se vuelvan más intensos y más fuertes. Por fin lo he comprendido, nunca ha sido solo sexo. Soy tuya, por entera, desde el primer día en tu oficina. No puedo negar que un pequeño recodo de miedo me acompaña, creo que siempre estará ahí. —Baja la vista ausentándose, pero no se lo permito. Alzo su barbilla con mis dedos volviendo a conectar nuestras miradas. Ella vuelve a resplandecer. Me costó mucho entender el comportamiento de Elena, a punto estuve de dejarlo, pero siempre que iba a hacerlo, ella volvía con la fuerza suficiente como en este instante—. Amar me asusta, porque duele, o al menos es lo que yo he vivido. Pero esta sensación tan maravillosa que inunda mi pecho cada vez que me miras, me rozas o simplemente sonrías, no puede ser nada malo. Eric, yo también te quiero.

El susurro de sus últimas palabras es un impacto directo a mi corazón. Entonces comprendo el temor de Elena porque en ese momento siento miedo a

hacerle el mínimo daño. Ese que ella ha temido que yo pueda infringirle, y percibo por qué ha dudado tanto y ha sido tan reacia a dejarse llevar y afrontar sus verdaderos sentimientos. Amar de esta manera produce un pánico atroz.

—¿Eric? —Su voz es apenas un murmullo. Está esperando mi respuesta, pero el impacto ha sido tan brutal que tardo unos segundos en asimilar todo. Elena me quiere y no hay nada en este mundo que me importe más que eso. Me deleito en esa felicidad a la que me han llevado sus palabras y vuelvo a besarla con intensidad, con pasión y con devoción. La llevo hasta la pared de un extremo de la habitación donde se deshace en mis brazos suplicando que no deje de colmarla de besos.

—Bella, tengo tantas ganas de ser tuyo que no sé ni cómo se respira. —Elena emite una risa mezclada con un jadeo mientras besa mi cuello acelerando el ritmo de mi corazón.

«*Eric, yo también te quiero*», cuando Elena ha pronunciado esas palabras ha hecho añicos mi autocontrol. Deslizo mi lengua en su boca donde me entretengo un rato hasta que volvemos a separarnos para respirar. Elena está perdida en una nueva nube de placer alejada del mundo real, instante que aprovecho para acariciar uno de sus pechos antes de bajarle el vestido y los acaricio con ansia. En cuestión de segundos me desprendo de su ropa y la mantengo enroscada a mi cuerpo. Escucharle decir que me quiere es música para mis oídos a pesar de saber que su miedo no va a desaparecer sin más, por mucho que le repita que la quiero, que es la única importante en mi vida, que todo irá bien.

Regreso a su boca, fuera de control por completo, meciéndome hacia delante y atrás al sentir su sexo sobre el mío. Ella no deja de susurrarme, perdida en la fiebre de los besos que no cesan, mientras yo reverbero en mi pecho sus dulces palabras, que hacen que la ame, enamorándome aún más.

—Nunca ha sido solo sexo. —Muy despacio me hundo en ella tras quitarme la ropa a trompicones, envuelto en el calor de la pasión que nos devora. Mi confesión provoca que Elena niegue con la cabeza, tratando de dejarme muy claro lo que siente. Presiento que no va a dejar de asegurarme que esto es real, es de verdad y no

es ningún oasis en medio del desierto.

—Jamás, corazón. —Elena empieza a gimotear, rogando que no deje de moverme, acercándose a ella aún más, aplastándose contra su cuerpo enfebrecido. Succiono sin descanso la curva de su garganta mientras sigo embistiendo sin piedad, sumido en ella, en su calor, en su amor, su olor, en toda ella. Con todo el placer y la emoción del momento no he sido consciente que estamos follando sin protección de por medio. La miro a los ojos deteniéndome y contemplándola con auténtica devoción. «¡Dios, es demasiado intenso!» No sentir nada entre ambos, podría acostumbrarme a esta sensación plena. Me estremezco y quiero decirle que tenemos que parar, pero ella demanda más y más, y me pierdo por completo.

—No pares, Eric, tomo la píldora desde hace años. —Increíble, con solo una mirada sabe qué cruza por mi mente. Las sensaciones colapsan mis sentidos, todo es tan abrumador que creo que podría morir en aquel justo instante—. ¡Dios, Eric!, no puedo más, estoy a punto... —Sacude la cabeza, aferrándose a mis hombros, abrazándose con fuerza y volviendo a deleitarme con las palabras que se han convertido en mi himno personal—: Te quiero.

—Lo sé, corazón, yo también te quiero. Déjate caer, yo te sostengo. —Con un gemido sonoro Elena se deja ir; y en un par de embestidas más, me uno a ella en esa caída sin paracaídas que nos deja completamente extasiados e inmersos en el limbo entre el placer y el amor más profundo.

Eric

El teléfono no ha parado de sonar, pero estoy tan concentrado contemplando a Elena que no me importa el resto del Universo. Ya puede haber una catástrofe natural, un incendio o que las fans de Justin Bieber echen abajo el edificio que no me inmutaría. Ella está tumbada sobre la cama con la sábana enrolada desde el pecho y el cabello cayendo sobre la almohada. Mi dedo índice no deja de recorrer su brazo moviéndose suavemente en una lenta caricia, y ella no para de sonreír mientras se remueve inquieta de hito en hito, pues le hace cosquillas.

—Deberíamos bajar al salón y hacer algo así como acto de presencia, sobre todo tú —murmura sin mirarme a los ojos. Creo que tiene la vista fija en mi pecho, aunque no sabría decir si quizá le distrae algo más abajo.

—O podríamos seguir aquí olvidándonos del evento y teniendo sexo de todo tipo durante horas. —Mi frase le interesa y por fin alza la cabeza dirigiendo su mirada pícaro hacia mí.

—¿De todo tipo? ¿Y qué tiene en mente el jefe? —Apoya el brazo en la cama posando la palma de la mano sobre ésta—. No, déjalo, no puedo hacerlo. —Se tapa la cara con la otra mano, ruborizada por el cariz que iba a tomar la conversación.

—Corazón, las relaciones se forjan en base a dos pilares: la sinceridad y el sexo. —Ella estalla en una estruendosa carcajada y me siento tremendamente feliz por estar en este lecho. De hecho, no necesito nada más que lo que yace en él.

—Ya, ¿y qué hay de divertirse juntos o el amor? —Hago una mueca con la cara y alzo las manos en señal de duda. Elena se levanta entonces y me agarra de ellas forcejeando mientras se ríe de mi estupidez. Aprovecho para tumbarla encima de mí y me lanzo a atacar su boca de nuevo. El teléfono suena por millonésima vez y ella,

con más cordura que yo, se despega de mí, coge el móvil y me lo pasa. No quiero salir de esta habitación ni enfrentarme a reprimendas o malas caras.

—Sí, lo siento, se me ha ido el santo al cielo. Claro, enseguida bajo. —Vuelvo a dejarlo en la mesita de al lado, pero, cuando me giro, mi secretaria ya no está junto a mí. Oigo el agua de la ducha correr y, por mucho que lo desee, no puedo meterme en ese baño o jamás saldremos de aquí. Recojo mi ropa y la esparzo sobre la cama. Elena sale envuelta en la toalla y me guiña un ojo antes de vestirse. Si permanezco en ese pequeño espacio junto a ella, esto será mi perdición, así que ahora entro a la ducha y en apenas tres minutos estoy ya fuera, preparado para vestirme y bajar al evento que ya ha empezado. Bajamos en el ascensor, unidos por la mano, pero, al abandonarlo, Elena la suelta. Me giro y la miro desconcertado. ¿A qué viene eso ahora?

—Entra tú solo, es a ti a quien están esperando. Yo me quedaré por la sala. — Dudo ante su propuesta, pero los chicos de la revista empiezan a corear mi nombre cuando me ven y me veo obligado a entrar. Busco a Marga por la sala, aunque no hay ni rastro de ella. Duncan me está esperando en la tarima desde donde tendré que dar mi típico discurso antes de que la diversión y el desenfreno se apoderen de mis empleados. Busco a Elena con la mirada y la vislumbro a lo lejos, acercándose con las manos a la espalda, sonriente y radiante.

—Gracias a todos y a todas por estar aquí un año más en el evento de confraternización de *I love Fashion*. Por suerte, cada vez sois más los que os animáis a disfrutar de este fin de semana donde nos conoceremos más unos a otros y podremos estrechar lazos entre nosotros. —Julie agarra por detrás a mi chica, y ella se aferra a su brazo a la vez. Lucas merodea por allí sin perder de vista a mi redactora jefe. Nunca pensé que vería al fotógrafo más prestigioso de Nueva York enamorado de una mujer. Las dos chicas cuchichean mientras sigo con el discurso y se marchan antes de que acabe.

Veinte minutos más tarde, consigo salir del salón donde he dado la alocución de bienvenida y el pistoletazo de salida al mejor fin de semana del año. Salgo al *hall*

y tras un rato me zafo de empleados, socios y empresarios, que no se pierden este evento por nada del mundo. Me acerco a la zona de la piscina y, tras echar un vistazo, veo a Elena mojándose los pies junto a su inseparable Julie.

—Os habéis perdido el mejor discurso del año.

—Llevo años escuchándolo y, sin ofender, jefe, está algo trillado. —No puedo evitar reírme ante el comentario de Jules, que se levanta y se marcha al bar donde está Lucas charlando con otros redactores.

—Siento habérmelo perdido, pero ellos querían salir de allí. —Elena sale del agua y, sonrojada por haberse perdido el discurso, se disculpa. Es adorable.

—No te preocupes, Jules tiene razón. Es más que repetitivo. Oye, te propongo algo, ¿aceptas? —Elena frunce el ceño de manera interrogativa, pero asiente con la cabeza demostrando que su confianza en mí es totalmente ciega y absoluta.

Diez minutos después estamos paseando por la playa. Ella ha enganchado sus tacones al bolso y camina descalza por la orilla agarrada de mi mano. Está silenciosa, pensativa. No me atrevo a preguntarle en qué piensa, pues no quiero que este día tan perfecto se estropee.

—Tengo miedo —me suelta de repente, y yo me congelo ante esas dos palabras. Nos detenemos en seco un instante, pero entonces sé a qué se refiere y tiro de ella para seguir caminando.

—Lo sé. —No me mira, pero sigue hablando. Creo que quiere sacar fuera poco a poco todo aquello que le perturba y no le deja avanzar.

—Miedo a que te canses de tirar de los dos, de ser la persona positiva de esta relación. —Me detengo y le doy media vuelta para que vea mis ojos.

—Entonces no me dejes solo aquí, aléjate del lado tenebroso de la fuerza —bromeo para destensar el momento, pero enseguida la observo muy serio—. Bella, tienes que confiar en que no te romperé el corazón. Pocas veces he expresado con tanta seguridad y firmeza esas dos palabras que han provocado tu huida de la *suite*.

Cuando te digo que te quiero, no es que desee que te encargues de todos mis anhelos en la revista, que accedas a todo lo que te pida, no me refiero a que quiera hacerte el amor y marcharme. Con ellas te declaro que te quiero a ti, a Elena, mi corazón. Adoro verte sonreír, esa entrega en tu trabajo, tu generosidad, la paz que buscas en momentos de estrés. Amo a la persona fuerte y segura de sí misma que yace aquí dentro —le aclaro señalando donde está ubicado su corazón—. Pero también es cierto que odio a la otra, a la débil, la frágil e insegura, que solamente hace daño a la verdadera Elena. Odio a esa que vive en el lado oscuro, escondiéndose y martirizándose por algo que sucedió hace tiempo, por alguien que no merece la pena. —Sus ojos brillan a punto de romperse por la dureza de mis palabras, pero necesita escucharlo de una vez por todas—. No dejes que esa Elena venza a la otra, a mi Bella, mi corazón. Esa preciosa mujer me hace feliz cada mañana, es la persona en la que confío plenamente, que no me hará daño y que me hace quererme aún más cuando estoy con ella.

—No me sueltes, por favor.

—Jamás, corazón.

La beso antes de que se rompa ante la verdad de la que lleva tiempo escondiéndose. El rumor de las olas es la melodía perfecta para acompañar el momento en el que solo somos dos personas, una frente a la otra, prometiéndose amarse sin trabas, obstáculos ni heridas del pasado que puedan empañar el presente. Solo somos dos personas enamoradas rogándose la una a la otra que el otro no rompa su corazón, dispuestas a cuidarse y quererse como si no hubiera un mañana, aunque en el fondo una de ellas sea más fuerte que la otra. Solo por el momento...

Elena

No sé por qué ni cómo me he negado tanto tiempo este sentimiento, a Eric, a lo que podemos tener juntos, o ser... Solo llevamos un día en Palm Springs y parece como si llevara con él toda una vida. Realmente todo ha comenzado aquí, en el lugar donde nos hemos enfrentado a lo que sentimos y lo hemos aceptado. Bueno, lo he

asumido yo, porque Eric creo que lo tenía claro desde el minuto uno. Ayer, después del discurso de apertura, nos fuimos a la playa y estuvimos paseando junto a las aguas tranquilas y brillantes. Y le confesé mi miedo, el que me hace un nudo en la garganta muchas veces y no me deja seguir. ¿En qué maldita hora aparecí por ese bufete? No puedo dejar que esa sombra me persiga por el resto de mis días y me pare ante todo lo que puedo amar.

¡No, no, no! ¡Se acabó!, es hora de poner el punto final a esa etapa de mi vida sombría y dolorosa. Para mí, ya no hay hombres engreídos, soberbios y mujeriegos; solamente, los tiernos, pacientes y generosos. ¿Qué es lo que digo? Solo está él, con sus abrazos, sus palabras, su enorme paciencia y ese increíble amor que me regala cada día. Parezco la reina del *moñismo*, pero me importa un bledo. Amo a Eric Reynolds y no voy a dejar que me venzan los celos por Marga, o los fantasmas del pasado, ni mi gran miedo a que él me abandone. Sin embargo, eso está muy alejado de la realidad, pues si pues para verlo y ser objetiva solo tendría que recordar la noche pasada...

—¡Estoy exhausta! No sabía que estos eventos fueran tan divertidos —grito en cuanto entramos en la habitación y me bajo de la espalda de Eric que está enfurruñado. Me tiro en el sofá de la suite mientras el jefe se sacude la arena de la ropa murmurando cosas sin sentido—. Vamos, Eric, no sabía que tuvieras tan mal perder. Me mira y se detiene fulminándome con la mirada. Me acerco hasta él para suavizar la tensión del momento. De puntillas rodeo su cuello y le doy suaves besos que van desde los labios hasta la parte posterior de la oreja pasando por la mandíbula, donde dejo algún mordisquito. ¡Y mano de santo! Eric se «activa» y, sin dejar de besarme con profundidad, nos lleva hasta el baño, donde tardamos en ducharnos más de dos horas.

—Me quedaría en esta cama para siempre —susurra cerca de mi oído en esa fase en la que deambulo entre el sueño y la vigilia. Me saca una sonrisa, pero tengo todos los músculos fatigados y poco puedo hacer antes de quedarme dormida. Me

despiertan lentas caricias con sus manos por encima de la sábana, recorriendo cada centímetro que acompaña con suaves besos.

—¿Qué hora es? —musito desperezándome.

—Hora de levantarse, tenemos planes. —Posa un beso en mi cadera y sigue avanzando hacia arriba hasta que nuestras miradas se encuentran.

—¿Y qué toca esta noche? ¡Dios, llevamos aquí desde que vinimos después de comer!

—Exacto, así que arréglate que la sorpresa te va a encantar. —Miro el móvil, pero Julie no me ha escrito ni me ha llamado. Entiendo que para ella y Lucas es otro fin de semana especial y romántico como el de Eric y el mío.

—Dime que no iré Marga a lo que tienes planeado. Bastante tuve ayer y hoy no me ha quitado los ojos de encima en la distancia con su Martini en la mano. De hecho, creo que si las miradas matasen, ya no estaría viva. —Me siento en la cama, observando a Eric levantarse y buscar su ropa.

—No le hagas caso, por favor, Bella. Además nuestros planes no tienen nada que ver con la gente de la empresa. —Lo miro sorprendida y curvo los labios en una amplia sonrisa al ver cómo me contempla. Me guiña un ojo y le veo encaminarse a la ducha. Me hago la remolona un rato más hasta que decido acompañarle debajo del agua. Quizá lleguemos tarde a ellos, pero habrá merecido la pena sin duda.

Suelto la sábana antes de entrar y abro la puerta sin poder ver mucho con el vapor del agua caliente del baño que lo inunda. Con paso decidido me acerco y abro la mampara que me separa de Eric. Cierro tras de mí y beso los hombros de Eric, abrazándole por delante. Él acaricia mis brazos impregnándose con el jabón que cubre su piel. Se da la vuelta al instante y de nuevo está ahí esa mirada, cargada de amor, que me detiene el pulso y me deja sin respiración. Lo abrazo y nos besamos correspondiéndonos uno a otro.

El agua caliente sigue saliendo de la alcachofa fija de la ducha efecto lluvia empapándonos. Subo las manos a su pelo y lo enredo entre mis dedos mientras no

dejo de besarle y Eric me aprieta más contra él. Las respiraciones se entrecortan y estoy a punto de morir de un ataque de calor que me posee cuando me mira a los ojos, con las pupilas dilatadas reflejando en ellas el amor que siente por mí. Me alza en sus brazos y yo le rodeo con las piernas, segundos antes de que me posea por completo. Me agarra por la cadera y comenzamos un ritmo pausado y apasionado que nos deja sin aliento. Únicamente se escuchan nuestros gemidos y palabras que no consigo descifrar, pues lo único que quiero hacer es sentir.

Tengo miedo a caerme de sus brazos dada nuestra posición, así que antes de alcanzar la cima, le susurro de nuevo las palabras que más me aterrorizan.

—No me dejes caer, Eric —le suplico aferrándome a su cara con fuerza.

—Jamás, corazón. —Y entonces el placer estalla y los fuegos artificiales aparecen con más fuerza que nunca.

Cuando conseguimos salir de la ducha, nos vestimos y salimos en un taxi destino a un planazo, aunque no sé cuál es, ya que se niega a revelármelo. La mano de Eric sujeta la mía mientras me acaricia el dorso con la otra. Bajamos del taxi y llegamos a un lugar repleto de carpas, donde vislumbro que hay una gran cantidad de gente haciendo cola. Nosotros pasamos directos sin esperar y él me guía hasta unas sillas en primera línea de escenario. El emplazamiento es espectacular, a pleno aire libre, con un lago detrás del escenario y palmeras y buganvillas decorando el ambiente.

—Bienvenida al Festival de Ópera de Palm Springs —me dice al sentarme junto a él. La siguiente hora es una delicia de cantantes entonando diferentes extractos de óperas archiconocidas. Al finalizar, aplaudimos como locos, emocionados.

Tras el magnífico espectáculo vamos a cenar a otro sitio impresionante, también al aire libre, y es que aunque sea otoño la temperatura en Palm Springs es muy agradable.

—No puedo comer más o voy a reventar —bromeo, tras la cena exquisita que acabamos de degustar. Eric me ofrece su mano y nos marchamos de allí, pero no

volvemos al hotel aún. Rodeamos el restaurante y llegamos a un jardín con fuentes y músicos en él. Hay varios bancos donde algunas personas, sobre todo parejas, están hablando. Nos adentramos en los jardines hasta donde llega la música de los violines. ¡Se podrá ser más pasteloso!

—Sé lo que estás pensando, que todo es demasiado dulzón, pero, de vez en cuando, soy un romántico sin remedio. —Me río mientras seguimos andando unidos por nuestras manos. Junto al sendero vemos un banco de piedra donde nos sentamos permaneciendo en silencio, ese silencio solamente roto por las notas de los músicos.

—La ópera ha estado genial. Nunca había ido a una, aunque tenía muchas ganas. —Eric asiente y pasea su dedo índice por mi frente bajando por la mejilla. Exhalo un suspiro largo y vuelve a mirarme con esos ojos que me traen loca.

—He dudado mucho en traerte aquí, porque, cuando ayer te dije que te quiero, saliste huyendo; a pesar de esa reacción, no soy capaz de cerrar las puertas a estos sentimientos que se han apoderado de mí y no quiero más que expresarlos, joder. —Trago saliva ante semejante declaración y me acerco un poco más a él en el banco —. Elena, te amo desde el momento en que te vi en ese parque, cobijada a la sombra de los árboles, ocultándote, buscando la paz. No sé si estoy en lo cierto, pero creo que tienes miedo a que esto se rompa o se acabe, que termine abandonándote. Sé que estás herida, porque amaste a alguien con todo el alma y no te supo corresponder. —Me gustaría explicarle en este momento toda la historia con Víctor, pero posa un dedo en mis labios para acallar mis palabras—. Todos no somos él —me argumenta y me sonrío antes de seguir—: Yo jamás pensé que estaría tan colado por los huesos de una mujer. ¡Qué ironía! Tras años de evitar compromisos sentimentales, aquí estoy decidido y deseoso a hacer el mayor de todos: envejecer a tu lado. —Eric toma fuertemente mi mano que descansa en mi regazo y con otra limpia mi mejilla de lágrimas.

»Steven me dijo muchas veces, tras conocer a Alba, que cuando un hombre ama a una mujer lo hace desde el primer día en que la ve. Como si su corazón estuviera dormido creyendo que late, pero en realidad no lo hace. Me reí de estas estupideces

muchas veces, hasta que te vi en Central Park. No pienses más que te voy a soltar, que te dejaré caer, que te haré promesas incumplidas. —Las sensaciones son tan abrumadoras que me tapo la boca con la mano, hipando con el rostro plagado de lágrimas. Debo estar divina con todo el rímel corrido...—. Corazón, soy tu certeza, tu bastón, el pintor que dará color a tu vida, tu principio, tu locura, tu pasión enloquecida y, en especial, toda tu felicidad. Esa que te mereces y que llevas años esperando. —Y con sus últimas palabras las lágrimas emborronan mi visión y solo soy capaz de sentir el amor de Eric en mis labios, ese que yo misma siento y que le voy a demostrar cada día.

Lucas

«Uno no sabe lo que es el verdadero amor hasta que madura». Jamás me imaginé diciendo semejantes chorradas románticas, pero, desde que Julie se apoderó de mi vida, no soy el mismo de siempre. Yo nunca he creído en el amor, todas esas memeces de pasear de la mano de la chica, dormir abrazado a ella y aspirar el olor de pelo sin apenas darte cuenta. Pues bien, he caído en la trampa del amor y tengo que comerme todas las advertencias que hice a mis amigos cuando me reía de sus relaciones. ¿No es irónico? Y aquí estoy en el *hall* del hotel de Palm Springs, donde he disfrutado de un fin de semana alucinante junto a la mujer de mi vida. ¡Guau!, aún me impresiona soltar este tipo de cosas y que no me dé urticaria.

—Ya estoy aquí. —La voz de Jules es un susurro apenas a mi lado. Alzo la cabeza y la veo demasiado seria. Espero que sea algo relacionado con el dolor de cabeza que sufrió anoche y no sea por las mujeres que no han dejado de acercarse a mí. Joder, cuando vi a Phoebe meterme la llave de su habitación en mi bolsillo, casi sufro un ictus en ese momento. Confío en que Julie no se diera cuenta, o es capaz de hacer una escenita a lo Lorena Bobbit.

—Debería ser un pecado estar tan preciosa a estas horas de la mañana. —Ella sonrío y balancea nuestras manos entrelazadas con la mirada perdida. Espera un segundo, ¿o es tristeza lo que cruza su cara?—. ¿Aún te duele la cabeza, cariño?

—Sí, creo que es más bien una migraña. —La rodeo con el otro brazo y deposito un suave beso en su coronilla. Ojalá pudiera evitarle el dolor con ese abrazo, con una simple caricia o un roce de mi piel. Confirmado, soy Lucas Hamilton, *el Moñas del Romanticismo*.

—... y la diva del momento, esa tal Michelle no sé qué... Joder, soy malísimo para los nombres, Jules. Pues esa...

—Hay que pelear con uñas y dientes por el amor de tu vida, por tu alma gemela
—Julie interrumpe mi monólogo. Dado que ella solo asiente con la cabeza y finge alguna sonrisa, para soltarme semejante frase, frunzo el ceño y sacudo la cabeza por instinto sin saber a qué se refiere. Entonces se gira y me mira muy seria. ¡¿Pero qué coño...?! Abro la boca, pero ella niega con la cabeza mientras acaricia mi mejilla y me sonrío como solo ella sabe hacer—. Con uñas y dientes, Luke, con uñas y dientes...

29

Elena

Maldito domingo que nos acecha y nos hace ser conscientes de que mañana volvemos al trabajo. Maldito domingo que termina con el fin de semana de ensueño con Eric. Maldito domingo que acaba con la diversión que he pasado junto a mis compañeros de trabajo. Eric se ha levantado pronto para ver cómo van las actividades, pero yo me he hecho la dormida para no acompañarle. No vuelvo a dormirme, la cama vacía me recuerda a que él no está aquí, así que me levanto y salgo a buscarle. En el comedor me encuentro con Julie, pasa por mi lado y no me dice nada. ¡Qué raro! La sigo con la mirada y veo que está sentada sola en una mesa. Cojo mi café y galletas de fibra y me siento a su lado.

—¡Oh, hola, Elena!, no te había visto —me saluda mientras remueve su café sin ganas. Me fijo en su cara y puedo ver algunas ojeras marcadas debajo de sus ojos. ¡Oh, oh, aquí huele a problemas con nombre propio!

—Jules, ¿estás bien? —Mi mano se posa sobre la que tiene encima de la mesa, y para de remover el café.

—Claro, ¿tú qué tal? Anoche no te vi por la cena.

—Luego te cuento, ahora me vas a explicar qué demonios te ha pasado y si tiene que ver con Lucas Hamilton te juro que me lo cargo. —Se pone nerviosa al escuchar su nombre, ya no me queda ninguna duda. Se tapa la cara con las manos y, por los temblores de sus hombros, veo que está llorando.

Resoplo y la ayudo a levantarse. Salimos al exterior y rodeamos el hotel sentándonos en el bordillo de la acera, cerca de una de las puertas de la zona de carga y descarga. Julie sigue llorando desconsolada, me mantengo en silencio dejando que se desahogue un poco más, sin llegar al límite de deshidratación.

—¡Ya basta! Para de llorar que pareces una fuente. Dime con pocas palabras qué te ha hecho, antes de que vaya a matarle de forma lenta y tortuosa. —Me mira con los ojos enrojecidos y se limpia las lágrimas que dibujan un rostro triste y cansado.

—Nada, eso es lo peor que no ha hecho nada, al menos que yo sepa. ¡Me voy a volver loca si sigo así! —Se levanta de un salto y pasea de un lado a otro.

—Jules, por favor. Sé más explícita que no te sigo. —Se para y fija la vista en mí con la mano en la cabeza negando. La baja y agacha la cabeza un momento antes de mirarme otra vez a los ojos.

—No puedo seguir con él, no puedo, simplemente es superior a mí —hace una pausa para recomponer sus ideas y tras un suspiro ahogado, prosigue—: No puedo ver como otras se lo comen con los ojos, cómo flirtean con él. ¡Por Dios, si hasta le dan llaves de sus habitaciones! ¡Pero dónde demonios me he metido yo! Y no es que tenga remedio, porque ya no lo tiene. Elena, ¡no lo tiene!

—Vale, tranquilízate. A ver, por lo que me cuentas algunas chicas de la revista han intentado ligar con Lucas. —Noto que su nombre le produce dolor al ver cómo se descompone su cara—. E incluso alguna de esas zorras le ha dado la llave de su habitación. Y ahora viene lo peor, ¿y él qué hizo?

—No lo sé, no me quedé a ver cómo me mataban lentamente. No soy tan sádica. —Se cruza de brazos, enojada ahora conmigo. Inspiro con paciencia y me acerco a ella, me aferro a sus brazos y la observo.

—Entonces, ¿por qué te estás haciendo esto? —Julie se zafa de mis manos y se da la vuelta, camina unos pasos y vuelve hacia mí echa una furia como la de la mitología griega.

—No lo entiendes, ¿no? Esas mujeres siempre van a revolotear a su alrededor, van a tentarle y, en alguna de esas, flaqueará y me hará polvo. Se irá con ellas y de mí no quedarán ni los restos. ¿No comprendes que amo a ese hombre más que a nada? No puedo dejar de sentir esto, pero sí retirarme antes de que el daño sea

irreversible. Anoche volvió a la habitación, después que yo, oliendo a perfume de mujer. Me dolió más que saber si se había liado con alguna de esas pelandruscas. No me pidas que reflexione, que espere, que lo hable con él. Nada de eso va a suceder. He tomado una decisión y es en firme.

Quiero reconfortarla, hacerle entrar en razón, que despeje la mente y sea realista. ¡Por Dios, ese hombre bebe los vientos por ella! Pero, por experiencia propia, sé que nada de lo que diga será beneficioso para Jules ni me hará caso. Simplemente, puedo estar a su lado, apoyándola, como Alba y Oli lo estuvieron al mío cuando les confesé mi tremendo error con Víctor.

—Shhhh, está bien, tranquila. —La abrazo y de nuevo vuelve a llorar aferrándose a mí, pues se ha dado cuenta que el amor ha sido su perdición y que ninguna herida le dolerá más que ésta.

*

Eric está terminando de recoger sus cosas mientras yo sigo pensando en la pobre Julie. Me siento tan identificada con ella que sé exactamente cómo es su dolor en este momento. Perdida, hundida, patética... Quisiera hablar con Lucas, pero, tras hablarlo con Eric y darme su percepción, sé que no debo meterme en una relación.

—¿Estás lista? Bajemos a hacer el *check out*. —Lo miro y no puedo alegrarme más al saber que soy afortunada al tenerlo en mi vida. Asiento con la cabeza, pero entonces su teléfono suena y me pide que vaya bajando a hacer las gestiones para marcharnos.

En el *hall* veo a lo lejos a Julie con Lucas y no me parece que él esté precisamente ignorándola. Sostiene su mano y la acaricia con la otra, y esa mirada... Es la misma con la que Eric me mira a mí. Jules afirma con la cabeza y, de vez en cuando, finge algunas sonrisas, pero, ¡por Dios!, la tristeza es patente en ella. ¿Cómo no puede verlo? Ese hombre está tan enamorado que sería incapaz de ver tres en un burro. Julie me mira entonces y me ruega con la mirada que no me acerque, así que me doy la vuelta y voy a la recepción.

—Perfecto, ya está todo, señorita Ferraez. Muchas gracias, esperemos que haya disfrutado de su estancia aquí —me espeta la recepcionista cinco minutos después.

—Vaya, vaya, mira quien tenemos aquí. —A mi espalda oigo la voz sibilina de Marga y, haciendo acopio de toda mi paciencia, me giro.

—Señora Collins. —Paso por su lado golpeándola en el hombro, pues no se aparta de mi camino. Me agarra del brazo y, con la mirada llena de odio, me amenaza para variar. ¡Dios santo!, ¡qué fuerza tiene esta mujer! Me está haciendo polvo el antebrazo.

—Habrás ganado una batalla pero no la guerra. No cantes victoria tan pronto. Eric no es para ti, no es de tu ambiente y no se quedará a tu lado mucho tiempo. — Me suelto forcejeando con ella, que no oculta una sonrisa maligna.

—¡Elena! ¿Todo listo? Hola, Marga. —Eric le da un beso en la mejilla y yo alucino al verlo. Me rodea por los hombros con su brazo y me pega a él—. Espero que no hayas sufrido mucho este fin de semana —bromea con ella, que no desaprovecha la oportunidad para ligar con él, ¡incluso conmigo delante!

—Hubiera deseado que hubiera sido de otra forma, pero no te preocupes. Todo a su tiempo, querido Eric. —Le da un beso en la boca que dura una eternidad mientras yo pongo los ojos en blanco deseando aniquilarla—. Nos volveremos a ver —dice con un tono autosuficiencia, mirándome a mí antes de sonreírle de nuevo a él. Se marcha contoneándose y entretanto Eric niega con la cabeza.

—Espero que no haya sido muy desagradable contigo, esa mujer es única. — ¿Única? «Único es el guantazo que te estás ganando», me dan ganas de decirle, pero no quiero que crea que me afecta. Le dedico una sonrisa y salimos en busca de un taxi.

Con la excusa de estar cansada, me dice que prefiere dejarme sola en mi apartamento para que descanse. En el viaje vuelta en el avión no nos hemos dirigido la palabra. Rectifico, yo no se la he dirigido. Después de que permitiese que Marga le diera ese beso eterno en la boca, un socavón ha aparecido en mi pecho. ¿Cómo lo

ha permitido? Y ni siquiera se ha disculpado por ella. Quizá le guste y yo esté en otra vida paralela viviendo una relación que no me lleva a ninguna parte, más que al infierno del desamor. No dejo de darle vueltas a lo que ha dicho la socia: «Habrás ganado una batalla pero no la guerra». Está visto que no es de las que se cruzan de brazos o se rinden cuando no cumplen su objetivo.

—Bella, me marchó ya y así descansas. —Me guiña un ojo y no se acerca a darme un beso. La furia se va apoderando de mí y necesito explotar. Cojo un cenicero mínimo de Swaroski de la mesa del comedor y lo estrello contra el suelo con el pecho subiendo y bajando. Eric se da la vuelta suspirando y mirándome como si estuviera esperando esta explosión—. ¿Y bien?

—¿Y bien, dices? Bueno, esto es increíble... ¿De veras no vas a decir nada de nada de nada? —bufo entre enfadada e indignada.

—No sé a qué te refieres.

—¿No lo sabes? No sabes que estoy hablando del beso que tu *socia* te ha dado en mis narices y del que no has dicho absolutamente nada. ¡Joder, Eric! —busco con la mirada otra cosa que romper, pero Eric se adelanta y en dos pasos lo tengo delante de mí cogiéndome las manos.

—Elena, si no lo he hecho ha sido porque no ha significado absolutamente nada para mí. Ya sabes cómo es esa mujer, no puedo hacer nada por adivinar sus pensamientos o por evitar sus acciones. Corazón, yo te quiero a ti, te adoro con toda el alma. Creo que todo lo que siento por ti ya lo sabes, ¿o no? —Me observa dudando que sepa que me quiere. Pero ¿en realidad lo sé? ¡Dios, estoy empezando a hacerme un lío tremendo! Me suelto de sus manos y, muy enojada, me aparto unos pasos hacia atrás.

—¿Qué no puedes hacer nada? ¡Cielo santo, Eric! En cuanto ha posado sus labios sobre los tuyos podías haberte apartado, ¡qué menos! Esa mujer me ha dejado bien claro que serás suyo en algún momento. ¿Dónde me coloca eso a mí? Y si permites que te bese, le estás dando la razón, ¿es que no lo entiendes?! —El tono de mi voz se eleva a alturas estratosféricas. Eric resopla y se cruza de brazos sin dejar

de mirarme.

—¿Cómo quieres que te haga ver que no siento nada por esa mujer? Que ni la miro, Elena, que no me interesa de ninguna forma más que en el terreno profesional. ¡Joder, parece que te guste hacerme cabrear! —para un segundo para tomar aire mientras trata de controlar su respiración—, si sigues dudando de mis sentimientos por más que yo haga o diga no va a servir de mucho. Solamente, te pido que recuerdes cada momento especial que hemos vivido, cada beso, cada caricia, cada palabra que te he profesado, porque esa es la única verdad.

Se da la vuelta y me deja en el apartamento sin volverse a mirar atrás. Se ha instalado un terrible dolor de cabeza, me tomo una aspirina y me voy a la cama sin pensar en nada, al menos por hoy.

Al día siguiente me visto para ir a la redacción, sigo las mismas rutinas de siempre y subo en el ascensor con mi portafolios para llegar a mi oficina. Hoy las *brujas oxigenadas* de recepción no me molestan; al revés, les sonrío con la felicidad reflejada en mi cara, aunque la procesión va por dentro. Llego al despacho, pero, antes de entrar en él, me detengo en la puerta entornada de la oficina de Eric por unas voces que me alarman. La muevo con lentitud, abriéndola, y diviso a un Lucas sentado en el sillón como nunca lo he visto antes: llorando. Miro a Eric que no sabe qué decir para volver a observar al fotógrafo. Doy un paso adelante y Lucas se levanta rogando por respuestas desesperado.

—Elena, tú eres amiga suya, por favor necesito alguna respuesta. ¿Qué demonios ha pasado? Pensaba que este había sido uno de los mejores fines de semana de nuestra vida, ¿por qué...?! —Niego con la cabeza sin saber a qué se refiere. Entonces me enseña un trozo de papel, el cual consigo quitarle después de tirar de él con fuerza, mientras que Lucas vuelve a sentarse hundiéndose en el sofá y yo leo la nota de mi amiga: *No me busques, no me llames, no intentes encontrarme. Se acabó. Te querré siempre. Tu Jules.*

Eric

Por mucho que me lo hubieran dicho nunca, jamás habría esperado ver a uno de los hombres más seductores llorando a lágrima viva por una mujer. Elena se ha quedado petrificada al entrar en mi despacho. Otra que estoy convencido no pensaría ni por asomo ver a Lucas Hamilton desconsolado con la nariz más roja que un pimiento.

—Lucas, yo...

—Dime algo, Elena, por Dios. Tú eres amiga suya, de las mejores. En muy poco tiempo os habéis hecho inseparables. Tú debes saber algo, ¿qué coño le ha pasado? ¿Por qué se ha ido? ¿A dónde? ¡Joder, no entiendo una puta mierda! ¡Qué mierda ha pasado! —Se levanta desesperado al inicio de su monólogo y se acerca a Elena increpándole, aunque sabe que la culpa no es suya. Hago ademán de pararle los pies, pero pienso por un instante que Elena me hiciera a mí lo mismo y creo que estaría aun peor que él.

—Lucas, por favor, cálmate. Elena no tiene culpa de nada, tranquilízate, amigo. —Se pasa la mano por el pelo, inquieto, sujetando la nota de Julie en la otra.

—Yo no sé mucho, sinceramente. La vi algo rara ayer y le pregunté qué pasaba. ¿Tú hablaste con ella?

—¿Hablar? ¿Hablar de qué, Elena? ¿Acaso te dijo algo?

—Bueno... —Por la mirada de ella veo que sabe algo, pero Lucas habla antes de que pueda seguir.

—Hablar, hemos hablado muchísimo. Ha sido un fin de semana perfecto, surrealista para mí. Nunca antes había vivido algo así con alguien. Joder, es toda mi puta existencia. No sé, no puedo vivir sin ella, yo... —hace una pausa para tragarse las lágrimas, que le están asolando, antes de poder continuar—: A decir verdad, ayer me dijo algo muy extraño. No sé por qué lo dijo...

—¿Qué fue lo que te dijo? ¿Pasó algo más? —Elena le presiona para que hable, más que un policía de los del foco en la cara. Lucas la mira y se sienta de nuevo. Lo veo pálido como la pared, juraría que está a punto de darle un vahído.

—Jules dijo: «Hay que pelear con uñas y dientes por el amor de tu vida, por tu alma gemela». —Elena asiente con la cabeza y se sienta junto a Lucas. Yo me apoyo en la mesa, apartándome un poco mientras soy testigo de la escena. Coge la mano de Lucas que sujeta con fuerza el papel y, tras un leve forcejeo, Elena consigue quitárselo. En otras circunstancias le partiría la cara, pero sé que ella está haciendo lo correcto con un amigo.

—Fíjate en las últimas palabras de esta nota y en lo que te dijo en Palm Springs. Julie está aterrada, «pánico» sería la palabra que se ajusta más a su estado de ánimo ahora mismo. Te ha pedido que luches por ella, con uñas y dientes, porque te quiere y siempre lo hará. —Le muestra la nota a un Lucas desencajado, que abre la boca un segundo como si hubiera descubierto América. Le quita el papel a Elena y, tras apretarle la mano una vez más, le da un beso en la mejilla sonriéndole por primera vez desde que entró en mi despacho hecho una furia.

—No sé qué coño ha cruzado por su mente o a qué le tiene miedo, pero cuando la pille se va a enterar. Es ella o nadie. —Lucas se va aferrándose a la nota, y yo no puedo dejar de contemplar embobado a Elena mientras le sonrío desde el sofá. Se gira hacia mí y entrecierra los ojos, confundida por cómo la miro, pero no le dejo hablar.

—Te quiero.

30

Elena

Ver a Eric observarme embobado y las dos palabras que pronuncia a continuación son el colofón a un fin de semana maravilloso y una pelea de órdago. Después de mucho meditar cuando Eric salió de casa, me he dado cuenta que él no tuvo nada que ver, aunque habría agradecido que le parase los pies. Entiendo además que es su socia y llevan este negocio, juntos, a pesar de odiarla a muerte. Pero entonces le miro y se me encoge el corazón. La sonrisa absurda se dibuja en mis labios, me levanto del sofá y voy hacia él soñando con cada instante que hemos disfrutado en Palm Springs. Me abrazo a él y reposo la cabeza en el hueco de su cuello, feliz y relajada.

—Gracias, Eric. Gracias por ser el hombre que necesito, gracias por quererme, gracias por tu paciencia. —Alzo la cabeza y lo miro a los ojos, que le brillan por lo que le acabo de decir—. Gracias por ser tú. —Y le beso, con seguridad, con fuerza, con decisión, con todo ese amor que llena mi alma desde que él empezó a hacerse hueco en mi ajado corazón.

—Perdón, señor Reynolds. Siento molestarle. —Me giro, pero ya no me separo de Eric como si quemara, pues después del fin de semana todos saben que estamos juntos. Es inútil, además que no tenemos nada de lo que avergonzarnos.

—Pasa, John. ¿Qué sucede?

—Estaba buscando a la señorita, a decir verdad. —Me alejo de Eric algo avergonzada, pensando que uno de los becarios necesita mi ayuda para algo y, desde mi nube del amor, no me he dado cuenta.

—Dime, John.

—Han llamado de su edificio. Al parecer, ha habido una pequeña —hace el

gesto con los dedos— inundación y debe ponerse en contacto inmediatamente con los bomberos.

—¿Qué?! —Mi grito resuena en la habitación y el pobre chico frunce el ceño molesto por el agudo sonido de mi voz. Me giro hacia Eric que está tan sorprendido como yo. Él le da las gracias y el chico se marcha dejándonos solos de nuevo en el despacho.

*

—No te preocupes, Elena. Esto no ha sido culpa tuya. Si lo que te preocupa es cómo se lo pueda tomar Steven no es necesario esa cara. Ya le he llamado y le he explicado lo sucedido. La casa tiene seguro a todo riesgo, ellos se encargarán de todo. —¡Ay, Dios! Ni siquiera había pensado en telefonar a Esteban. Al menos, me reconforta saber que no se lo ha tomado muy mal. ¡Maldita vieja la vecina de arriba! ¿A quién se le ocurre dejarse el grifo de la bañera abierto durante horas mientras veía la telenovela de turno?

—Gracias, Eric, no lo había pensado.

—No te preocupes, vamos a recoger lo poco que queda a salvo de tus cosas y nos marchamos. Parece que volvemos a vivir juntos —dice esto último más esperanzado que otra cosa y su buen ánimo me hace sentir algo mejor, aunque ahora mismo me encuentre en un país extranjero sin ninguna pertenencia, ni siquiera las no materiales. Mis fotos, mis libros, mis recuerdos... Eric tira de mi mano y subimos a rescatar lo que esté seco y podamos recuperar.

*

—Sígueme —Eric, que tiene una manta en la mano, me pide que vaya con él.

—Eric tengo que preparar cosas del trabajo. Después de estar fuera todo el fin de semana, hay cosas atrasadas, tenemos que ponernos al día. Me faltan horas al día, me falta tiempo. —Él niega con la cabeza y me quita los papeles de las manos y la *tablet* con la que suelo trabajar. Enfurruñada, me levanto y le sigo, quejándome que voy en pijama, pero, al parecer, no es un impedimento.

Subimos a la azotea y, al salir, me quedo fascinada por la vista. Miles de luces adornan el lugar creando un ambiente mágico. Nos sentamos en un balancín que hay en un extremo, Eric, junto a mí, nos echa la manta por encima y nos cobija bajo ella, me pone un gorro de lana y unos guantes que me compré hace unos días, justo después de mudarme y tras el incidente en mi apartamento. Nos mecemos lentamente con las mejores vistas de Nueva York ante nosotros.

—La Gran Manzana se rinde ante ti, corazón. —Me arrebujó en la manta pegándome más a él. Los acordes de una canción resuenan en el ambiente junto a unos aplausos. Miro a Eric que me señala con el dedo hacia el frente donde se encuentra el Maddison Square Garden—. Hoy hay concierto, tributo a Frank Sinatra. He hecho todo lo posible por conseguir entradas, pero me enteré tarde y ha sido imposible.

—Vaya, vaya, así que el gran empresario Eric Reynolds no lo puede todo — bromeo, sacándole una de sus tiernas sonrisas que me remueven por dentro.

—No todo, corazón. —Me abraza aún más mientras la canción *New York, New York* comienza a sonar al ritmo del movimiento del balancín. Escuchamos la canción en silencio disfrutando de la letra en el mismo lugar al que hace referencia, el sueño de la mitad de la población mundial, vivir en aquel lugar que tantas veces hemos visto en las películas y series. Eric canta bajito la canción, pero poco a poco se emociona. Se levanta, a pesar de mis advertencias que va a coger un enfriamiento, canta bailando, lanzando los brazos e imitando a las cabareteras de los años 50, y yo me desgañito de la risa que me entra. Yo tampoco hago caso del frío y me uno a él haciendo un dúo de lo más cómico. Dos locos cantando y bailando la canción más famosa de Sinatra en pijama bajo un frío asolador—: ¡New York! ¡New York!

Y cuando la canción termina y suenan los aplausos, saludamos como si fueran para nosotros. Eric recoge la manta de nuevo y nos arropa con ella a ambos mientras vamos recuperando la respiración que se nos ha agitado del magnífico espectáculo que acabamos de hacer.

—Estás loco, mira las cosas que me provocas a hacer —Eric se hace el ofendido abriendo la boca en asombro y se encoge de hombros.

—¿Yo? Ha sido todo cosa de *La voz* —sugiere muy serio.

—Claro, anda, vámonos antes de que algún vecino suba y haya que explicarles que la culpa es de Frank Sinatra. —Salgo corriendo hacia la puerta cuando una nueva canción ha comenzado. Eric agarra mi mano y se deshace de la manta. Lo miro tiritando, pero el calor de su mirada me calienta, y sé por ese brillo pícaro de sus ojos que algo está tramando. Me acerca a él, y bailamos *I've got you under my skin*, me da un par de vueltas mientras sigue cantando y acabamos representando la escena de *El beso* más famoso en Times Square, el de la enfermera y el marine, besándonos apasionadamente.

31

Elena

Así como hace apenas dos días vivía el mejor de los momentos, el más dulce y hermoso junto a Eric, desde ayer vuelvo a estar en una pesadilla. Aguantar a Eric, el jefe, es terrible. No solo se ha vuelto inaguantable en la oficina, sino que en casa sigue dándome la lata. No sé qué demonios ha sucedido exactamente, pero me parece que la socia tiene algo que ver.

—¡Elena! ¿Dónde está mi cargador? —Y ahí está de nuevo el estrés de Eric hablando por él. En su despacho oí que mantenía una conversación telefónica bastante agresiva. Los gritos resonaban fuera de su despacho a puerta cerrada y sé que él no tiene nada que ver con el ogro en el que se ha convertido, aunque cada vez se me está haciendo más insoportable—. ¡Eleeena!

Y aquí lo tengo frente a mí, mirándome mientras echa chispas por los ojos, y veo perfectamente como se le dilatan las aletas de la nariz. Encantador sin duda.

—¿Qué tripa se te ha roto, Eric? —Cuento hasta diez antes de ponerme igual de histérica que él.

—¡Joder, Elena! ¡El cargador! ¡El puto cargador! ¿Dónde coño está? Anoche lo cogiste en casa para cargar tu teléfono, ya que has perdido el tuyo. —Cuento hasta veinte a partir de ahora mientras sigo con la vista en mi pantalla de ordenador fingiendo que trabajo—. ¡¿Y bien?! —Se acerca a mi mesa y apoya las manos, echando humo como una cafetera. Cuento hasta treinta a ver si la calma no me abandona, pero me lo está poniendo francamente difícil.

—Eric, primero, mi cargador no se perdió, se estropeó en la inundación del apartamento de Esteban, causa principal que me llevó a convivir contigo en tu casa. Segundo, anoche cuando acabé de cargar mi teléfono, te lo devolví y lo guardaste

en un cajón del dormitorio, y, tercero, no vuelvas a hablarme de esa manera. — Aparto mi vista de él y me levanto para buscar unos documentos en el archivo. Afuera escucho golpes sordos que entiendo son el resultado de la frustración del señor Eric Reynolds.

—Elena, necesito el cargador y lo necesito ya. Espero una llamada muy importante y estoy con un dos por ciento de batería. ¡Haz algo y hazlo ya! —Me giro y lo atisbo apoyado en la puerta del archivo contemplándome como jamás lo ha hecho antes. Me recuerda tanto a como lo hacía Víctor, con desprecio, sin importarle nada mis sentimientos, como si fuera una auténtica porquería. Cierro de golpe el archivador en el que estoy buscando, provocando que se tambalee. Camino hacia Eric y le pego con el dedo índice en el pecho un par de veces mientras le obligo a salir de allí.

—¿Tú quién te crees que eres para hablarme así? Mira, Eric, no sé qué o quién se ha apoderado de ti, pero dile que se marche, porque no me gusta nada, ¡no te soporto! ¿Dónde está el Eric adorable y cariñoso de hace tan solo unos días? —A pesar de estar cabreada, respiro buscando la calma que necesito para seguir esta conversación—: Entiendo que diriges una revista, que eso conlleva responsabilidades, que tienes mucha gente a tu cargo y mucho que sacar adelante, y, por tanto, una gran cantidad de estrés, pero no lo pagues conmigo. Yo no soy un trapo con el que te puedes limpiar y lanzarlo a la basura cuando te dé la gana. No voy a consentir ese trato nunca más. Jamás debería haberlo hecho. —A Eric le cambia el semblante en cuanto pronuncio las últimas palabras, esas que incluso a mí me hacen daño decir. Se pasa la mano por la frente y se da la vuelta saliendo de aquí. Perfecto, si no quiere que hablemos no lo haremos. No pienso ir tras él.

Oigo los pasos de Eric salir de su despacho, cierra la puerta, vuelve a andar, se detiene un segundo y, cuando creo que va a entrar en mi oficina, vuelvo a oír cómo se aleja. Desde que discutimos esta mañana por décima vez en tres días, no ha vuelto a venir al mío. Ha evitado hablar conmigo y, por supuesto, no ha tenido ni la intención de disculparse. Y aunque he estado todo el día evitándolo, rompo a llorar como una niña por su indiferencia, por su trato de estos días que no me merezco y

que nunca jamás debí sentir por parte de Víctor, en el pasado. ¡Dios, Víctor! Me ha recordado tanto a él, a esa etapa de mi vida en la que no me valoraba y que está más cercana de lo que parece. ¡No, no, no! Ya es suficiente, no voy a volver a llorar más por nadie, y menos por un hombre. Cojo el bolso y me marchó a por la bolsa de deporte del gimnasio para desfogar toda la rabia acumulada contra el saco de boxeo.

*

El local está hoy más lleno que ningún día. No suelo venir los jueves, pero hoy estoy tan furiosa que necesito darle golpes a cualquier saco o a cualquiera que desee una pelea. Por suerte, Eric no estaba en casa cuando he ido a por la ropa de deporte. Salgo a la sala enfundada en los guantes y me dirijo directa al saco, con el que suelo boxear cada día que vengo. Tras chocar los guantes entre sí un par de veces, comienzo a darle al saco, una, dos, tres, cuatro veces; y estoy tan fuera de mí que incluso en algún momento lo acompaño con un gemido casi grito. Patadas, golpes, adrenalina, y, poco a poco, siento que la calma vuelve a entrar en mi interior.

—¿Elena? —No puede ser, con el pecho subiéndome y bajando debido a la respiración acelerada me encuentro con Eric. Con un Eric sudoroso en camiseta de tirantes y con unos guantes de boxeo negros. ¡Mierda, me ha pillado! Se supone que vengo al gimnasio a hacer aeróbic, después de todo es lo que se espera de una chica en Nueva York—. ¿Qué coño haces con esos guantes?

—Genial, ¿ahora me hablas? —¡De perdidos al río!, me vuelvo al saco y sigo dándole golpes certeros, profesionales que provocan un «¡wow!» a mi alrededor. Desvío la mirada un momento y vislumbro cómo los chicos se alejan alertados por Eric que, al parecer, está meando para defender su territorio.

—Elena, te he hecho una pregunta. ¿Qué se supone que haces con esos guantes y así? —Paro al escuchar de nuevo su pregunta y ese así no me gusta un pelo.

—¿A qué te refieres con «así»? ¿Acaso una chica no puede boxear? ¡Dónde pone que esté prohibido! —La calma que estaba sintiendo de nuevo se ha desvanecido con las insistentes preguntas de Eric. Como no se vaya ahora mismo,

juro que le pego un puñetazo y me quedo como Dios.

—Se suponía que venías a hacer aeróbic. No creo que el boxeo se parezca mucho a eso —espeto irritado mientras veo como su respiración sigue agitada y le brillan los ojos de pura rabia.

—Mira, Eric, si no te dije que boxeaba es porque tú no estás acostumbrado a las mujeres como yo, sino que eres más de modelos delgaduchas y sin cerebro que se preocupan en cuidar la línea. Ya sabrás que yo no soy ese tipo de mujer, todo lo contrario. Me encanta la comida basura, y, aunque me cuide por salud, dame un perrito caliente de la Quinta Avenida bien grasiento antes que una ensalada. No me gusta el aeróbic ni los deportes que se suponen son básicamente femeninos. Desde pequeña he vivido el boxeo en casa, veía partidos con mi padre y lo he practicado siempre. Así que ésta es la Elena de verdad, si te gusta... perfecto; y si no, puerta. ¡Ya me tienes más que harta!

Eric

No puedo creer que esa mujer que está peleando contra el saco, como si le fuera la vida en ello, sea Elena. ¡Joder, ¿desde cuándo boxea?! No sé si estoy más enfadado que excitado. Verla pegar de esa manera y ese gesto duro que tiene me está volviendo loco. Entiendo que esté tan cabreada porque no le he dado tregua desde hace días y, aunque sé que no es excusa, no puedo más. Marga no hace más que presionarme e insinuarse tan abiertamente que no sé cómo coño la voy a detener. Si se lo digo a mi padre, me acusará de no saber lidiar con estas situaciones, pero, ¡joder!, no sé cómo salir de ésta.

Por desgracia, Marga es la socia mayoritaria y no puedo negarme demasiado a sus «deseos». Siempre la he tanteado, pero esto ya ha pasado de castaño a oscuro...

—¿Dónde has dejado a tu «zorrita»? —aprieto los puños a ambos lados del cuerpo. No he venido al apartamento de Marga a pelear, tengo que arreglar las

cosas, aunque aún no tengo la más remota idea de cómo lo haré.

—No esperaba que quisieras una visita de los dos, pero si quieres puedo llamarla. —Mi socia levanta la cabeza de la revista que está leyendo mientras una asistente le pinta las uñas de los pies sin inmutarse—. Si te pillo en mal momento, puedo volver otro día. —Por muchos años que haga que nos conocemos, no creo que ver a Marga en albornoz sea del todo decoroso. Le hace una señal con la mano a la joven esteticista y ésta se marcha en un abrir y cerrar de ojos. Se abre un poco más el albornoz mostrando una de sus piernas bronceadas y musculosas provocándome. Joder, hace unos meses creo que habría cedido al chantaje sexual al que me tiene sometido. Uno no es de piedra, pero, a día de hoy, la única piel que quiero acariciar es la de Elena.

—Y dime que te trae por aquí, querido Eric. —Apoya la base de la mano en la barbilla y tamborilea los dedos en la mejilla. No va a achantarme, voy a zanjar este tema de una puta vez, cueste lo que cueste.

—Sabes por qué estoy aquí, Marga. No sigas presionándome, no continúes amenazándome con retirar todo tu capital si no cedo a tu chantaje porque sabes, perfectamente, que eso no va a suceder nunca. —A Marga no le gusta escuchar una negativa, la conozco y su mirada está empezando a nublarse de rabia. Se pone en pie y camina hacia mí. No me gusta nada ese gesto de confianza en sí misma y esa sonrisa ladina. Cuando está frente a mí, su albornoz cae al suelo quedándose completamente desnuda ante mis ojos.

—No es tan difícil, Eric. ¿Se te ha olvidado cómo se hace? No te preocupes, yo puedo guiarte. —Me quita la chaqueta lentamente acercando sus labios a los míos—. Es tan delicioso, tan placentero, podemos disfrutar de experiencias fascinantes juntos, si quieres no se lo decimos a tu zorrita, está bien... —Cual viuda negra pasea sus manos por mi pecho y empieza a besarme el cuello...

*

—Elena, ¡por Dios santo!, deja de decir semejantes tonterías Yo jamás pensaría eso de ti y ese tampoco es mi tipo de mujer. Creo que deberías saberlo a estas

alturas. Elena... Elena, te estoy hablando. —Sigue boxeando mientras los chicos del gimnasio no dejan de observarla y babear por ella mientras tanto. Les gruño y les miro de forma tan amenazante que se terminan yendo, aunque molestos—. ¿Quieres dejar de matar a ese saco?

Me devuelve una mirada furiosa mientras busca el aliento que le falta tras semejante paliza. Quisiera ser totalmente sincero con ella y decirle lo que ha pasado con Marga, pero en ese mismo instante podría mandarme a la mierda. Lo mejor será tenerla distraída.

—¿Vamos al *ring*? No me mires así, estás deseando machacarme. Es tu gran oportunidad —la reto para empujarla un poco más al límite.

—No creo que quieras pelear conmigo —contesta seria, sin pestañear siquiera.

—No te preocupes, no te haré daño —le advierto con franqueza para que no se preocupe y acepte el duelo.

—No lo digo por mí, no creo que quieras acabar la noche en el hospital y estoy tan cabreada que seguramente ese sería el final de tu día. —Tras decir esto, se acerca a mí y me da una suave bofetada en la mejilla, aceptando la pelea. Camina hacia el cuadrilátero y yo la sigo divertido.

Cinco minutos después debo reconocer que Elena tenía razón. ¿De dónde saca esta mujer esa fuerza? Reconozco que pensaba que iba a ser tarea fácil y que acabaría rendida, pidiendo una tregua, pero, ¡joder!, como siga pegándome así, el que va a terminar rogando voy a ser yo.

—¿Te rindes, Reynolds? —me inquiera mientras me retuerzo en el suelo del último golpe que me ha dejado nocaut. De un salto me pongo de pie recogiendo mi dignidad del suelo y muevo los hombros y la cabeza crujiéndome los huesos—. Creo que no tienes mucha idea de esto. Te lo explicaré: tienes que relajarte, si lo haces la energía fluirá a través de tu cuerpo cuando lances un golpe. Si estás tenso, bloqueas el flujo. —Se mueve de un lado a otro dando saltos y yo la observo tratando de averiguar su siguiente movimiento. ¡Zas! Nuevo golpe que me tira hacia

un lado, me agarro a las cuerdas y busco el resuello—. Segunda ley vital en el boxeo: apunta. Debes concentrar tu visión en el oponente, no mirar más allá o a un lado; siempre los ojos en la cabeza o los hombros.

No puedo creerme que Elena me esté dando una paliza brutal de boxeo. Esta mujer es un titán luchando. Jamás habría dicho que es una profesional en esta disciplina. Respiro una vez más y ando por el *ring* buscando despistarla, pero está tan concentrada que es imposible hacerlo.

—Tercero, expulsa el aire en cada golpe. Con una simple expiración será suficiente, así ahorrarás energía y el golpe será más fuerte. —Vuelve a embestirme con un nuevo golpe certero, pero esta vez reacciono y se lo devuelvo. Ella cae hacia atrás y voy a ayudarla a levantarse cuando ya está en pie. A nuestro alrededor los chicos del gimnasio gritan nuestros nombres y nos vitorean, incluso el jodido dueño, amigo mío desde hace años. Elena se recompone y se protege la cara mientras estudia cual depredador a su víctima.

—Cuarto, golpea con fuerza y con todo tu cuerpo a la vez. El impacto debe ser lo más coordinado posible. Y por supuesto, mantén el equilibrio, jamás debes dejar la cabeza más adelantada que tus rodillas. —Elena me lanza un puñetazo, que esquivo cubriéndome, y respondo con un fuerte gancho alcanzando su mejilla.

—Joder, lo siento, no deberíamos haber empezado con esto. ¿Estás bien, corazón? —Aun con el guante puesto, se masajea la cara, pero está girada y no la veo bien. Me acerco y apenas tengo tiempo de reaccionar cuando un nuevo puñetazo vuela a mi cara—. Sexto, cuando golpees con una mano, protégete con la otra. La mano que no golpee debe estar siempre defendiendo. —Su pecho sube y baja, gotas de sudor perlan su escote. Joder, así no hay quien se concentre. ¡Maldita sea!—. Y por último, recoge el brazo que golpea lo más rápido posible. —Le lanzo un nuevo gancho que evita, ella comienza un baile de golpes que me lleva contra las cuerdas y, por fin, me deja fuera de combate en el suelo. Se sube encima de mí buscando el aliento que necesitan sus pulmones y mi respiración acelerada se une a la suya, aunque ahora es otra parte de mi anatomía la que está perdiendo el control—. No te

preocupes, el entrenamiento y la experiencia te harán aprender.

Me sonrío, a pesar de lo jodidamente cabrón que he sido estos días con ella, y se va. Los aplausos de los chicos resuenan por toda la sala y veo cómo la felicitan y simulan que boxean con ella. Elena, con esa trenza que me ha hecho suspirar en cuanto la he visto, con esa fuerza que esconde, es capaz de derribar muros de cemento. Elena, mi Bella, mi corazón, la que me vuelve cada día más loco y a la que más amo sobre todas las cosas. «Marga, no sé qué coño voy a hacer, pero ten por seguro que no la vas a apartar de mi lado».

*

Elena

La adrenalina sigue zumbándome en los oídos cuando los compañeros del gimnasio siguen felicitándome por la estupenda pelea con Eric. Siento la sangre correrme tan rápido que creo que el corazón se me vaya a parar. Quiero girarme y buscar la mirada de Eric, saber que se encuentra bien, pero mi orgullo aún se siente demasiado vejado como para hacer eso. Ya en el vestuario me siento algo mejor después de cómo Eric me ha tratado estos días, hoy le he dado su merecido, ¡y qué bien sienta! Me deshago la trenza y revuelvo mi pelo para entrar a la ducha. Canturreo una canción que se me ha vuelto pegadiza y busco la toalla y el gel en la bolsa de deporte. Un grito ahogado se me escapa al sentir unas manos abrazarme desde atrás; y el deseo invade mis venas, cada terminación nerviosa, cada fibra de mi cuerpo...

Me envuelve en sus brazos después de darme la vuelta, apoya su frente sobre la mía y siento su aliento sobre mi cara. El anhelo, las ganas de sentirle, de deshacerme en ellos me desquicia por completo, me hace sentir de nuevo vulnerable y deseada, amada. Sostiene mi cara entre sus manos antes de encajar sus labios con los míos, con delicadeza al principio hasta que empieza a besarme con profundidad y fuerza bruta. Su piel está tan caliente y húmeda como la mía, desesperada por rozar la mía. Eric se separa un momento de mí y yo me siento vacía. Se quita la camiseta y se desprende de mi *top*. Me coge en volandas, y nos

mete en uno de los aseos, donde podamos contar con algo de intimidad.

La lujuria y el amor se mezclan en mi interior y apenas soy capaz de distinguir donde empieza una y acaba la otra. Enredo mis dedos en su pelo presionando mi pecho desnudo contra el suyo. Eric pasea su lengua por mi cuello, la mandíbula y regresa a mi boca besándome con ansia. Millones de sensaciones se apoderan de mí y no soy capaz de contenerlas dentro de mí. Quiero gritar, quiero decirle lo mucho que le quiero y, a la vez, lo mucho que odio que me trate así. Se separa de mí un segundo, veo su pecho subir y bajar lentamente mientras se quita el pantalón de deporte y la ropa interior. Ambos completamente desnudos, anhelantes, excitados, deseosos, pero ninguno da el primer paso para continuar con aquella pasión febril que nos enloquece.

La respiración de Eric se acelera aun más, yo noto los latidos de mi corazón zumbiar fuertemente, ardo por él, entre mis piernas, en mis pechos, en la piel, en mi corazón... Y ya no lo soporto más, agarro su nuca y tiro de él, salvajemente, bebiéndome cada beso que le robo, cada caricia que tomo como mía. Se aferra a mí con esa misma fuerza y estoy totalmente segura de que él siente lo mismo que yo. El calor de su boca me hace rozar la locura aún más si eso es posible, gimo, muerdo, chupo, ¡estoy desatada!

—Dios, Elena, yo... —No le dejo hablar, no es momento de hablar, de pedirse perdón, de confesar sentimientos. Es momento de percibir en cada fibra de nuestro ser lo que puede hacer el amor, el bonito, el que nos hace desvariar sin razón, ese que se adueña de nuestras vidas y nos desata una sonrisa con saber simplemente de la existencia del ser amado. Es el momento de demostrarlo, de volverse loco con la lengua del otro, con un beso, un roce, con toda esa pasión que nos asola. Eric nos gira y se sienta sobre la taza del WC conmigo encima. El anhelo de sentirlo en mi interior es tan potente que creo que voy a morir si no lo hace ya.

Nos recolocamos buscando la posición perfecta que nos haga ver los fuegos artificiales en tres dimensiones. Coloca su erección entre mis piernas, y apenas con un roce me quejo de insatisfacción por la impaciencia, dando lugar a que nos

miramos frotándonos con urgencia mientras los jadeos llenan el cubículo. Poco nos importa que alguien entre en el vestuario o que escuchen nuestros deseos ahogados desde fuera. Debo haberme vuelto completamente loca, en este instante parezco más Oli que Elena.

—Eric... —No necesita nada más para llenar ese espacio que se sentía tan vacío hace un segundo. Empuja firmemente dentro de mí, temblamos, rugimos, nos besamos con ansia, y yo echo la cabeza hacia atrás ida del placer que me está proporcionando. Él aprovecha esa postura para besar y lamer mi cuello a traición, lo que dispara el placer aún más. Se mueve dentro de mí con rapidez, con descontrol y amarra mi cabello tirando de él para que vuelva a mirarlo a sus ojos.

—Aquí me tienes, completamente a tu merced, toma todo lo que quieras de mí. Soy todo tuyo, corazón. —Y poco más me hace falta, sus palabras y la forma en la que fija sus ojos en mí como si fuera una diosa a la que adora y venera. Unas cuantas embestidas después me hacen gritar de placer, estallo al instante, su calor me convulsiona, y el más bello de los placeres nos sacude a ambos, el de hacer el amor con la persona que amas.

*

Desde que hemos salido del gimnasio no nos hemos separado de la mano, Eric no me suelta ni para abrir la puerta del coche. En el camino a casa hemos estado escuchando las canciones de la radio sin dirigirnos la palabra. Ha sido todo demasiado intenso, la pelea, el sexo, los sentimientos encontrados... En el apartamento Eric se ducha y yo leo los mensajes de las chicas en el móvil. Alba está a punto de dar a luz y me envía fotos de la habitación de la niña mientras que Oli me manda fotos de las fiestas a las que va con Jesús. Después de tantos años, las tres hemos encontrado a esas personas que nos completan, nos entienden, nos aceptan como somos, nos hacen reír, soñar, sentir y, sobre todo, nos aman por completo.

—Elena. —Eric aparece en el salón recién duchado con el pelo aún mojado y una sonrisa encantadora. Se acerca a mí, me agarra por la espalda y me da un beso largo, dulce y apasionado al mismo tiempo, de esos que te hacen exhalar un suspiro

al separarse de ti. Apoya su frente en la mía con los ojos cerrados mientras niega con la cabeza un momento, y se disculpa—: Lo siento, siento haberte hablado así, lo siento muchísimo. Yo... te quiero.

Paso mis manos por su pelo húmedo y tiro de él para que me mire y vea que en mis ojos no queda un ápice de rencor ni de dolor por estos días. Lo acerco más a mí y nos besamos de nuevo sellando el trato de la paz de este modo.

—No vuelvas a hablarme así nunca más, me trae recuerdos dolorosos de un momento de mi vida bastante oscuro. No quiero estar enfadada así contigo, de esa manera tan fría y distante, no vuelvas a comportarte como un jodido gilipollas. —Esto último le hace gracia y me sonrío antes de responderme de esa manera en la que provoca que mis pulsaciones se disparen.

—Jamás, corazón.

—¡Hola, cariño! —La voz de una mujer en el apartamento de Eric nos sobresalta, aunque, a decir verdad, soy yo más la sorprendida. Una mujer de unos sesenta y poco años entra por la puerta como Pedro por su casa. Miro a Eric, pero no parece nada alarmado. ¿Quién es esta mujer que tiene llave de su casa?

—Mamá, no te he dicho miles de veces que llames antes de entrar. —¡¿Mamá?! ¡Ay, Dios mío, la madre de Eric! ¡Y yo sin haberme duchado!

—¡Oh, lo siento, cielo!, ¿os he pillado en mitad de algo interesante? —Me escondo tras las anchas espaldas de Eric que tiembla de la risa que le está dando. ¡Perfecto, Elena, ante todo valentía!

—Eres única, mamá. —Se adelanta a darle un beso a su madre y recoger su chaqueta.

—¿Y tú quién eres? —Se me congela el rostro. ¿Después de tantos meses no le ha hablado a su madre de mí? Bueno yo tampoco lo he compartido con los míos, así que no puedo quejarme en demasía. Sin embargo, un pellizco me hiere por dentro.

—Yo... —carraspeo indecisa e insegura, pero Eric se adelanta. Vuelve a mi lado y me agarra la mano.

—Mamá, esta es Elena. —Contengo el aire en los pulmones tanto tiempo que creo voy a ponerme azul.

—¡Oh, por fin! La famosa Elena. —Abro los ojos como platos y la estúpida inseguridad me abandona. Por supuesto que le ha hablado a sus padres de mí. Soy una idiota. Se acerca a mí y, para mi sorpresa, me da un enorme abrazo alejándome de la mano de Eric que me sujeta a la realidad—. No te imaginas las ganas que tenía de conocerte, pero este hijo mío es demasiado reservado con su intimidad —le echa una mirada reprobatoria de madre que me provoca una pequeña risa. La madre de Eric me mira y entonces descubro de dónde ha sacado Eric su encantadora sonrisa.

—Encantada, señora Reynolds.

—Oh, ¿no es adorable? Bueno no quiero quitaros mucho tiempo, solo quería pasar a ver a mi hijo y me quedaba de camino a las tiendas. —Asiento con la cabeza mientras Eric vuelve a subir su mano a la mía, aportándome la seguridad necesaria. La señora Reynolds no deja de observarnos embobada, lo que me resulta un poco incómodo.

—Mamá, tus tiendas favoritas están en la otra dirección —le replica Eric pillando a su madre con las defensas bajas.

—De cualquier modo quería verte. Cielo, hace mucho que no nos vemos. Entiendo que ahora estás más ocupado que de costumbre —responde, señalándome a mí—, pero tu familia te echa de menos. No sabes lo pesados que están Mike y Alice con ver a su tío. ¿Qué os parece venir el sábado a la comida familiar del mes?

—Genial, ahora si no te importa...

—Naturalmente, cariño. Elena, un placer conocerte de nuevo. —Toma su chaqueta y el bolso y me abraza de nuevo. Por Dios, con lo sudada que estoy, ¡menuda primera impresión!

—Vale, vale, mamá, estás abrumando a mi novia. Nos vemos el sábado. —Su madre lo mira un instante con auténtico orgullo en los ojos y pellizca su barbilla, le da un fugaz beso en la mejilla, y ambos desaparecen tras despedirse de mí de nuevo. Me hundo en el sofá tratando de acoplar todo lo que he vivido en un corto espacio de tiempo: mi llegada a Nueva York; el flirteo absurdo de Lucas; mi atracción y sentimientos por Eric, que se han descontrolado sin remedio; mis amigas lejos; Julie destrozada por algo que aún no ha sucedido; la loca de Marga amenazándome con quedarse con mi novio; ese que se ha convertido en Mr. Hyde durante unos días y que me ha vuelto loca en un baño público tras una pelea de boxeo de infarto; y, para rematar, conocer a su madre que nos ha invitado a una comida familiar. Creo que es el momento de reconocer que la vida es esa pequeña caja de sorpresas que de un momento a otro se pone patas arriba. ¡Karma, vete a la mierda!

32

Julie

Hacía tanto tiempo que no volvía a casa que había perdido por completo la sensación de lo bien que me hace sentir estar en ella. «En casa». Lucas era mi hogar, me había convencido de ello y hasta habría puesto la mano en el fuego por él. Maldito Lucas y maldito amor que tan pronto te hace estar en las nieves como te baja a los infiernos, con el corazón cubierto de tiritas y sangrando sin parar. Sé que no he sido valiente, que debería haber seguido en mi trabajo, pero me fallaban las fuerzas. Solo verle ya me dolía. Cierro los ojos y aspiro de nuevo el aire de este lugar, de estas montañas que me han visto crecer y que me aportan la calma necesaria en mis peores momentos. Me fascina admirar el paisaje desde la ventana de casa de mis padres, las áreas montañosas del estado son principalmente forestales, así que desde que nació el follaje de las colinas ha sido un referente en mi vida. Cuando llegué a Nueva York, echaba de menos todo eso; por eso, el otoño de la Gran Manzana es mi estación preferida del año.

Enfundada en un anorak con el gorro de lana, salgo de casa a dar un paseo por los alrededores, cerca del lago Champlain. Necesito que el aire frío de la mañana me congele la cara, al menos tendré algo más en lo que pensar que en Luke. Mis padres me han acogido con los brazos abiertos. Por suerte, siempre estamos ahí los unos para los otros, somos como una piña. Al principio no entendieron que me marchara a buscar mi sueño en Nueva York, aunque la cosa mejoró cuando empezaron a ver que el éxito me acompañaba. No pueden estar más orgullosos de su hija, y yo sonrío cada vez que sus ojos lo expresan. Aunque a una madre no hay quien la engañe y no ha dejado de indagar a qué se ha debido que, de repente, abandone mi carrera, tomándome unas largas vacaciones. No obstante, me he hecho la loca desde que lo preguntó por primera vez, así que, por ahora, he conseguido distraerla del verdadero motivo.

Sigo caminando pateando las hojas que hay en el suelo, que está repleto de éstas, encogiéndome con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de dudas. ¿Cómo se habrá tomado Lucas mi marcha? ¿Estará afectado o le habrá dado igual? ¿Estará ya acompañado de varias mujeres? A decir verdad, no me ha vuelto a llamar tras más de cuarenta llamadas y mensajes, se habrá hartado de que le ignore. Quizás esperaba otra cosa de él, deseaba que removiese cielo y tierra para encontrarme y que luchase por mí, como en las películas. Que pronto se nos olvida que las películas son ficción y que poco o nada tienen que ver con la vida real. Me muevo en círculos mientras mi mente sigue divagando hasta que, en la soledad que me rodea, noto que hay alguien cerca de mí. Levanto la cabeza y no sé si es mi subconsciente que me está traicionando o realmente Lucas se encuentra a unos pasos. No recuerdo haberle visto con esa pinta tan demacrada ni en sus mayores fiestas de desfase. Contengo el aire aspirando que dé un paso sin saber bien qué decirle. Abro la boca para hablar, pero apenas puedo hacerlo cuando lo tengo frente a mí, sujetándome con fuerza por la cintura con una mano y la cara con la otra. Me mira a los ojos con tanto dolor y desesperación que anhelo que me saque el corazón del pecho y no volver a sentir nada nunca más.

—Este lago tiene mucha historia, desde la primera ocupación de la región por parte de los nativos americanos, pasando por las Guerras coloniales, la Revolución estadounidense y la Guerra de 1812, hasta la era comercial del siglo XIX. El museo Maritime Museum ofrece visitas a barcos naufragados. Plymouth fue la casa de la infancia del presidente Calvin Coolidge; y también es el lugar donde asumió como el 30.º Presidente de los Estados Unidos y donde implementó la Casa Blanca de verano. Tu habitación tiene vistas a las montañas forestales que son toda tu vida. Cuando estás triste acudes a Central Park porque es el lugar que más se asemeja a ellas. La fotografía en tu casa de este mismo paisaje de montaña es tu talismán — Lucas me deja impactada con toda la información que acaba de soltar sin parar a respirar.

—¿Me escuchabas? —No sé si es una pregunta adecuada, pero que Lucas, el ligón empedernido, haya almacenado toda esa información sobre mi vida, mis

raíces, me para el corazón.

—Todo el tiempo. —Los ojos se encharcan de todas las lágrimas que llevo reteniendo desde que abandoné Nueva York. Los cierro negando con la cabeza y Lucas me acerca aún más a su cuerpo, apretándome en su pecho y limpiando las lágrimas que resbalan por mis mejillas. Enmarca mi rostro con sus manos alzando mi cara para que me encuentre con sus ojos llenos ahora de esperanza—. «Hay que pelear con uñas y dientes por el amor de tu vida, por tu alma gemela». ¿Recuerdas tus mismas palabras? Pues aquí estoy, Julie Harris, demostrándote que eres tú o ninguna. No sé qué es lo que te hizo irte, dejándome solo y tan a oscuras que me has impedido seguir sin ti. Tampoco sé cómo hacerte sentir plenamente mi amor. Aún no te has hecho a la idea de que ya no es tú y yo, es nosotros, Jules. Jamás te haría daño de forma consciente, antes me lesionaría a mí mismo. Desde que llegaste a mi vida, no ha habido nadie más y yo que soy mucho más torpe que tú, he tardado más en darme cuenta, pero, por suerte, lo hice. Y aquí estoy delante de ti, abriéndote mi corazón, soñando con que vuelvas a Nueva York, a nuestra vida de uno, a ser mi hogar, a fundirte conmigo y poder continuar el camino.

Lucas termina la declaración de amor más conmovedora de la historia y no me deja tiempo de réplica. Me besa trasladándome a Nueva York, a nuestros momentos juntos, nuestra vida, las charlas, la frustración del trabajo no conseguido, las risas, los sueños compartidos, las esperanzas, los fracasos, el amor que nos unió y que sentimos cada día aun estando separados...

—Gracias por pelear con uñas y dientes. —Una vez más sonrío de nuevo antes de quedarme a vivir en él para siempre.

33

Eric

No me gusta nada ver a Elena tan tensa, está rígida y en tensión. De camino a casa de mis padres apenas mantenemos una conversación coherente, sino una carente de sentido. Por parte de ella, solo recibo monosílabos por lo que prefiero dejar que se relaje y mantenernos en silencio. Media hora más tarde, llegamos a nuestro destino. Bajamos del automóvil y, antes de rodear el coche, la puerta de la casa se abre y mi hermana Elizabeth aparece con los pequeños correteando detrás de ella.

—¡Hermanito! —Antes de poder reaccionar, tengo a Mike y a Alice echándome los brazos dando saltos delante de mí.

—Vale, vale, dadme un momento, muchachos. —Me agacho, poniéndome a su altura, y ambos me abrazan tan fuerte que a punto estoy de caerme al suelo.

—Tú debes ser Elena, encantada. Yo soy Elizabeth, la hermana de Eric. —Mi hermana mayor estrecha la mano de una Elena confundida por semejante recibimiento. Solo asiente con la cabeza y sonrío tímidamente.

—Vamos, chicos. —Consigo soltarme de los dos monstruitos que tienen conquistado mi corazón y entramos en la casa. Mi madre aparece con un par de copas de vino en el salón y se ríe ante algún comentario jocoso que habrá hecho mi padre, que la sigue de cerca—. Hola, mamá. Papá...

Mis padres nos reciben con un abrazo cálido, pero Elena simplemente les da un apretón de manos. Creo que han intentado ser más cariñosos de lo habitual en su «bienvenida a la española», aunque sospecho que ella no está muy por la labor. Me acerco a mi novia y acaricio su espalda mientras le presento a mi padre.

—Encantada, señor Reynolds.

—El placer es todo mío, querida. —Sean y George entran por la puerta de la

casa con Mike y Alice cogidos en brazos cada uno a uno, respectivamente, mientras vienen riéndose y jugando con ellos.

—Vamos, chicos, que hoy es el gran día en el que conoceremos a la tía Elena. —Las palabras desafortunadas de George, el marido de mi hermano Sean, congelan a una Elena que empezaba a tranquilizarse mientras charla de negocios con mi padre. El codazo de mi hermana no llega a tiempo y éste se queja sin saber qué demonios ha dicho.

—Hola, chicos. Ya estamos aquí, vosotros como siempre impuntuales —bromeo para destensar el momento y hacer que Elena sonría un poco. Doy un abrazo a mi hermano y cuñado y ofrezco mi mano a Elena para que se acerque—. Ésta es Elena. Cariño, te presento a mi hermano Sean y su marido, George. —Mi Bella se yergue ante ellos y les saluda afectuosa, más que a mi padre, y les dice lo mucho que le gusta conocerlos.

—A comer, familia —mi madre nos reúne en la mesa rectangular del salón, esta vez ataviada con flores azules y velas blancas. Eli enciende las velas del otro extremo y aúpa a mis sobrinos a sus sillitas para que empecemos a comer.

—¿No esperamos a Peter? —pregunto a Eli por su esposo mientras intenta que sus hijos no peleen y acepten los sitios en los que su madre ha decidido sentarlos, aunque ellos quieren estar al lado de su *tía Elena*.

—No, ni siquiera sé si podrá venir a comer. El negocio con los Ford le trae por la calle de la amargura y ha tenido que reunirse urgentemente hoy. —Mira a Elena ahora y se dirige a ella con verdadera educación—: A mi marido le habría encantado conocerte, pero ya sabes cómo son estas cosas.

Tanta atención y halagos le están agobiando demasiado, pero no sé cómo insinuarles que paren. Después de todo, solo quieren ser agradables con ella. Sean juguetea con Alice y George bromea con el pequeño Mike de cinco años, que ya es todo un hombrecito.

—Elena, nos ha dicho Eric que vivías en Madrid, ¿cierto? —Ella asiente a la

pregunta de mi hermano Sean entretanto bebe de su copa de vino blanco—. A nosotros nos encanta viajar y España es uno de nuestros lugares favoritos. Madrid y Barcelona son las ciudades que más visitamos, ¿verdad, George? —Éste asiente, queriendo meterse en la conversación, pero Mike no deja de acaparar su atención.

—Deberíamos volver pronto. Quizás Elena pueda hacernos de guía en la próxima ocasión. —Por el rabillo del ojo observo la respiración de Elena agitarse mientras come sin apenas pronunciar palabra. Mi padre vuelve a la carga con el tema de los negocios, la revista y lo orgulloso que está de sus tres hijos empresarios de reconocido éxito.

—Papá, ¿nos vas a aburrir de nuevo con los logros de tus hijos que, para ser sinceros, ya los conocemos más que de sobra? —Por fin, mi Bella ríe tímidamente y veo cómo se ilumina su cara.

—No seas así, Eric. A mí me interesa, señor Reynolds, prosiga si es tan amable. —Me guiña un ojo, pícara, y respiro tranquilo finalmente al presenciar cómo ella se va acomodando a la situación y deja de estar tan retraída. El resto de la comida transcurre entre risas, anécdotas vergonzosas de mi infancia, juegos con los niños y comida como para parar un tren.

Me ausento del salón un rato para ir al cuarto de los niños que quieren enseñarme sus nuevas bicicletas, las cuales Eli ha tenido que llevar a casa de los abuelos, pues mis sobrinos amenazaban con montar una escena si no lo hacía. Elena aparece por allí al poco. Se une a nuestros juegos, y los cuatro disfrutamos de unos momentos muy agradables. Sé que es demasiado pronto, pero me imagino a Elena y a nuestros hijos como en esa estampa de familia feliz y mi pecho quiere explotar de tanta felicidad. Mike y Alice no dejan de llamarla *tía Elena*, y ella, aunque sé que le encanta, no deja de contener el aire de vez en cuando. Logramos salir de mi habitación, que es ahora el de los niños, y volvemos al salón con todos.

—¡Vaya... el empresario del año! —ironizo con Elena de la mano al ver a Peter charlar con mis padres en una esquina del salón.

—Menos bromas, cuñado, que no estoy para tonterías. —Se afloja el nudo de la

corbata y bebe del *whisky* que le ha servido su mujer.

—Cariño, ella es Elena —Elizabeth le recuerda a su marido, señalándola.

—Oh, lo siento, vaya modales los míos. Disculpa, pero es que el estrés me va a volver loco —se excusa Peter, estrechándole la mano mientras ella le quita importancia asegurando que no hay nada por lo que disculparse.

—¡Aquí lo tenemos! —George aparece de nuevo y, tras haber salido a la terraza a fumarse un cigarro después de comer, llega hasta nosotros y nos muestra la *tablet* donde vemos la página de una web de compañías aéreas—. Ahora solo hay que concretar fecha. ¿Cuándo vamos a Madrid, querida cuñada?

La cara de Elena es un poema. El día ha sido demasiado intenso para ella y, a juzgar por su rictus, está a punto de sufrir un colapso nervioso. Bromeo con George indicándole que aún no podemos mirar fechas, porque estamos hasta arriba, pero éste insiste. Es muy pesado en ocasiones, sobre todo, cuando se trata de viajes, una de las mayores pasiones de mi cuñado y mi hermano.

—Ya lo veremos más adelante. Nos tenéis que disculpar, pero nos tenemos que marchar ya a casa —nos despedimos de todos y tardamos una vida entera en dejar la casa de mis padres, pues los pequeños comienzan a gimotear y pedir irse con sus tíos.

Por fin, quince minutos después, y casi medio engañándoles, logramos entrar en el coche y poner rumbo a mi apartamento. Si en el camino de ida en el coche viajaba una Elena taciturna y seria, en éste es aun peor. No responde a nada de lo que le pregunto. Quizá se sienta abrumada por todo lo sucedido, por lo que opto por callarme hasta que pase un rato.

—Corazón, sé que ha sido mucho para ti en un solo día, pero háblame. Mi familia es así, espontánea e imprevisible. Solo querían que te sintieras bien. Después de todo, no han hecho nada. —Su actitud empieza a cabrearme. Se cambia de ropa escuchando cada palabra que sale de mi boca, sin responder, hasta que nos sentamos en el sofá, y Elena explota.

Elena

¿Cómo puede tener el morro de decirme que no ha sido para tanto? ¡Dios santo!, un poco más y me hacen el escaneado completo. ¿Y eso de viajar a Madrid como si nos conociéramos de toda la vida? Entiendo que es su familia, que se adoran, pero en ningún instante se ha parado a pensar en cómo me estaba sintiendo yo.

—¿Qué no ha sido para tanto? ¿Te parece poco la radiografía que me han hecho? Solo les ha faltado saber cuál es mi grupo sanguíneo. Vale que sea tu familia, que os queráis con locura y seáis así de efusivos, pero, ¡joder, Eric!, me has dejado sola en cuanto hemos terminado de comer. ¿Cómo te sentirías tú si te dejase solo con mis padres y mis amigas?

—Pues bien, soy mayorcito para defenderme solo. —Su pose chulesca «a mí no me hace falta nadie» puede con mis nervios y me levanto del sofá enfadada.

—¿En serio? ¿Con Alba y con Oli? Como se nota que no las conoces. Pero ese no es el tema. No has visto que me estaba ahogando desde que hemos llegado. Tanta pregunta, tanta amabilidad, esa efusividad, esos planes de viajes como si nos conociéramos desde hace meses. ¡A la gente hay que darle un espacio y un tiempo!

—Considero que estás sacando las cosas de quicio. Mi familia, únicamente, ha querido darte una buena acogida a nuestra familia. George adora viajar y, simplemente, ha visto una oportunidad para visitar de nuevo una de sus ciudades favoritas, y si puede ser contigo mejor, para iros conociendo.

—¡Increíble! No puedo creer que no me comprendas, que no te pongas en mi lugar. ¿Y eso de llamarme *tía Elena*? ¡Wow, wow! Para el carro, amigo.

—Elena, son niños de cinco años, ¿qué esperas?

—Por supuesto que es comprensible que son niños, pero nadie les ha cortado y les ha explicado que soy simplemente Elena, nada de tía —sigo discutiendo, dándome contra un muro llamado *Eric*.

—¿Y entonces por qué demonios hemos ido a comer con mi familia si no esperas que en algún momento te llamen *tía*? ¿Qué más da que te lo digan hoy que dentro de unas semanas? De veras, Elena, no puedo interpretar para nada este comportamiento tuyo tan absurdo. —Me contengo para no lanzarme sobre él y darle un «guantazo de los de mano abierta», como dice mi amiga Oli. Quiero gritarle que aún no se ha dado cuenta de que esto va demasiado deprisa para mí, que necesito ir a veinte por hora y sentir como tengo los pies en el suelo, pero Eric no me escucha.

—Pues, si no eres capaz de empatizar con los sentimientos de tu novia, poco más puedo hacer. —Voy hacia el dormitorio, cojo una de las almohadas y me marcho a la otra habitación a dormir. No tengo ganas de verle más ni de seguir peleando.

—¿Qué coño haces, Elena? Vuelve al dormitorio. —Eric aparece en el umbral de la puerta con gesto cansado y muy enfadado. Sin girarme, desde la que será mi cama a partir de hoy, le contesto.

—Lo siento, pero no tengo ningunas ganas de compartir colchón con alguien que no es capaz de ponerse en mi piel y comprenderme. Prefiero estar aquí, lejos de ti, así te ahorro tener que dormir junto a una persona absurda.

—Por Dios santo, yo no he dicho que seas absurda, Elena. Las cosas hay que hablarlas y no huir, aunque, por lo que parece, es tu solución para todo. —No puedo creer que me haya recriminado eso, después de todo... Tengo ganas de soltar las lágrimas de desolación, pánico y rabia que me atenazan la garganta, pero soy más fuerte. Me doy la vuelta y le tiro la almohada con todas mis fuerzas gritándole como nunca antes lo he hecho—: ¡Vete! ¡No quiero verte nunca más!

Por suerte, es suficiente y, tras dejar de nuevo la almohada sobre la cama, se marcha sin dejar de mirarme con los ojos echando chispas. Cierra la puerta suavemente, lo que me hace sentirme más rabiosa, y vuelvo a lanzar la almohada contra la puerta profiriendo un nuevo grito de rabia. Tras este momento de enajenación mental transitoria, me echo a llorar hasta que me quedo dormida.

Perfecto, vuelvo a llorar con desesperación hasta que el sueño me encuentra como hacía meses atrás, y todo gracias a otro hombre. Maldita piedra que no me abandona.

34

Elena

Domingo por la mañana. La casa está en silencio. Tras varios intentos consigo levantarme y agarrarme al coraje que me queda para salir del cuarto de invitados, donde me he pasado la noche dando vueltas, dormitando a ratos. No hay rastro de Eric, quizá se haya ido al gimnasio a descargar toda la furia que anoche vi en sus ojos. Estoy cansada de pelearme sin sentido con él, de soportar las amenazas de Marga, de enfrentarme a fantasmas que aún siguen vivos en mi armario...

Yo tampoco quiero encerrarme en casa, así que me ducho y me visto para salir a desayunar a una de mis cafeterías preferidas cerca de Central Park. No tengo ningún mensaje de Eric, ni siquiera una llamada una hora después. Solamente un mensaje de Julie diciéndome que, por fin, ha arreglado las cosas con Lucas y que se quedan en casa de sus padres a disfrutar de unas merecidas vacaciones. Sonrío porque a alguna de las dos le vaya bien al menos. Paseo por las calles atestadas de gente y visito el MoMA, pero no sé a quién quiero engañar. Vuelvo al apartamento de Eric con la esperanza de que haya regresado y podamos solucionar las cosas, aunque el orgullo siga luchando por mantenerse firme.

Nada más abrir la puerta un olor a flores me alerta de que ha comprado flores y, cuando llego al salón, me llevo una sorpresa mayúscula. Está todo lleno de claveles rojos, de esos que llenaban mi casa a diario y que me hacen sentirme un poco más cerca de mi tierra. Me acerco a la mesa de centro y cojo uno, aspiro su olor cerrando los ojos sin darme cuenta de nada hasta que una voz me saca de ese mágico momento.

—Espero que a mí no se te ocurra olerme igual. —No-puede-ser. Me doy la vuelta y suelto el clavel con un grito ahogado al ver a Oli delante de mí. Me tiro a sus brazos y le aprieto tan fuerte que la voy a romper. Estamos abrazadas tanto

tiempo que es como si fuera una eternidad. En estas últimas horas son tantas las emociones que las lágrimas se derraman sin mi consentimiento.

—¡Dios mío, Oli! ¿Qué estás haciendo aquí? —Veo a Eric asomarse por una esquina, aún con el semblante serio, observando cómo nos miramos mi amiga y yo, cómo nos sonreímos y nos tocamos la cara como si tratáramos de descubrir que todo sigue en su lugar.

—De vacaciones y que mejor que en Nueva York que no la conozco. Este hombretón me dijo que estaba invitada y aquí me tienes. —Eric le sonrío, pero sigue mirándome muy serio. Quisiera acercarme y pedirle que olvidemos lo de ayer, aunque no creo que sea lo mejor.

—Gracias... —musito ante un Eric que asiente con la cabeza con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Yo os dejo un rato, tendréis mucho de lo que hablar. Oli, una vez más, encantado. —Le guiña un ojo con una sonrisa enternecedora, a las que sucumbe mi corazón, pero de mí no se despide.

—Ese hombre es una maravilla, has cazado a uno de los buenos, Elena. Mira como te ha llenado el apartamento de claveles rojos. Por Dios, si no fuera por lo satisfecha que me tiene mi Jesusito, me colgaba del cuello del tuyo. —Su comentario me hace alegrarme de tenerla aquí conmigo—. Parece que he llegado en el mejor momento. Apenas os habéis hablado, ¿ha pasado algo? Elena, como la cagues con éste, te mato. Me llamó hace días pidiendo que viniera a haceros una visita y, aquí estoy, más feliz que un regaliz. ¡Dime qué coño has hecho!

—No sé, Oli. Últimamente, hemos tenido más discusiones y ayer, después de la comida con su familia y, al llegar a casa, fue todo un desastre, nos dijimos cosas muy hirientes. Bueno él me las dijo y me fui a dormir a otra habitación. No hemos vuelto a hablar desde entonces... —Mi amiga me reprende con la mirada y empiezo a pensar que tengo bastante parte de culpa en todo esto.

—Vale, tranquila, amiga. Vamos a hacer una cosa, deshacemos estas maletas,

que sé que a ti te encanta, y hablamos largo y tendido frente a un kilo de helado, ¿te hace? —Suspiro agradecida de tenerla justo en este momento, en el que más la necesito, y me lanzo a sus brazos por segunda vez en cinco minutos, asintiendo con el nudo de la garganta ahogándome. «Dios, Elenita, la que has liado».

Olivia

A cada paso que doy, esta ciudad me parece más grandiosa. Los rascacielos, la muchedumbre cual robots deambulando por las calles, los policías negros y obesos, el humo saliendo de las alcantarillas... Desde luego, aquí la comida basura es la reina de todas, pues a la vista está. Elena me va explicando por qué calles vamos andando y me comporto como la típica turista, hasta me he comprado un banderín con la bandera del país y la corona de la Estatua de la Libertad, a la que tampoco hemos fallado. Después de pasar aquí dos días, he visto el cambio de mi amiga desde que se marchó de España y, en parte, estoy contenta. Ha crecido profesionalmente por lo que me cuenta de su trabajo y, obviamente, me siento muy orgullosa de ella. Además ha vuelto a creer en ella y a valorarse después de que el cabronazo de Víctor la humillara tanto que dejó de saber quién era y lo mucho que valía. No obstante, el fantasma de su ex jefe sigue deambulando por su mente y ese es el principal problema en su relación con Eric, que no son dos si no tres. Y todos sabemos que tres son multitud. Al jefazo no lo he vuelto a ver demasiado, pues estos dos andan peleados. Por más que he intentado que Elena hable con él, he conseguido más bien poco y tampoco me quiero meter mucho en una pareja que el que se mete en medio sale escaldado como el gato.

—Oli, ¿te apetece ir a patinar al Rockefeller? —¡Dios santo, patinar en el Rockefeller Center! Como en las películas que llevo viendo desde que era una mocosa.

—¡Por supuestooooooooo! —le grito en plena calle y la gente se me queda mirando, pero a mí me importa un bledo. Agarro de la muñeca a mi amiga y corremos en busca de un taxi que nos lleve a ese lugar de ensueño. Veinte minutos

después, estamos a punto de llegar. El taxi nos deja entre la calle 49 y la 50 y, tras bajar unas escaleras, la enorme pista de hielo nos saluda. Elena tira de mí al no moverme, pero es que estoy sobrecogida. No me puedo creer que estemos en la auténtica pista de hielo del Rockefeller Center, esa que he visto tantísimas veces por televisión, algo tan lejano de mi realidad, ¡y la estoy pisando!

—Venga, Oli, que nos toca. —Compramos las entradas y alquilamos los patines para unirnos a la gente que se desliza por el hielo con caras sonrientes, después de un largo rato de cola. Elena se adelanta y comienza a patinar esquivando a la gente como una verdadera patinadora. Yo mientras tengo que esperarla en la entrada, porque hace años que no patino y soy un pato andante. La dejo un rato desfogarse, da vueltas, recorre la pista en pocos segundos hasta que llega a un extremo y se sujeta a la barandilla. Observo cómo sus hombros se agitan por lo que pienso que está llorando. Aferrándome a la barandilla, me acerco como puedo, evitando un par de personas, y en el intento casi me caigo unas tres o cuatro veces. En una de esas parezco Lina Morgan espatarrada, pero un grupo de adolescentes me ayudan a incorporarme y me llevan donde se encuentra mi amiga. ¡Dios santo, qué bajo he caído!

—Elena... —Poso mi mano en su hombro y deja de moverse violentamente. Me mira con los ojos llenos de tristeza, brillantes por el llanto, y niega con la cabeza—. Le echas de menos, ¿verdad? Desde que he llegado, apenas lo has visto y no porque yo esté aquí. ¡Joder, Elenita! Él mismo fue el que insistió en que yo viniera aquí, ese hombre merece la pena. No todos son el gilipollas de Víctor. Por suerte, tenemos aún a algunos hombres fantásticos como él, Jesús o Esteban, y no únicamente en la cama. Porque déjame decirte que por la cara que tiene seguro que lo hace de muerte. —Esto último consigue sacarle una sonrisa.

—Me dijo cosas horribles y yo, aún, no sé si estoy preparada para una relación tan seria.

—Vamos, Elena, si estás que te mueres por no verlo. —Me mira frunciendo el ceño y entiendo que esto va a ser una nueva charla de las largas y no es plan

discutirlo de pie mientras miles de cuchillas nos amenazan. Le pido que nos sentemos en uno de los asientos que hay fuera de la pista y ella me lleva, repitiendo los momentos Lina Morgan en los que casi la tiro al suelo.

Nos sentamos finalmente mientras observamos cómo las parejas se deslizan por el frío hielo, cogidos de la mano, sonriendo y danzando. Hijos con sus padres, niñas con nivel experto-profesional, a las que odio un poquito bastante, y hombres *guapérrimos*. ¡Dios santo!, esta ciudad tiene más hombres buenos por kilómetro cuadrado que Suecia.

—A ver, Elena, ¿a quién crees que estás engañando? ¿A mí? Que te conozco desde que no levantamos un palmo del suelo. Vamos por partes. —Le echo la mirada seria de cuando sabe que está haciendo algo mal y asiente con la cabeza soportándola—. Víctor es el mayor cabrón del reino. Estamos de acuerdo en que te enamoraste de él y caíste como una más. Un error lo puede cometer cualquiera, pero no puede anclarte para siempre en un momento de la vida. La vida no es eso, no es pararse ni estancarse; es avanzar, evolucionar. Te hemos permitido que te detuvieses en seco cuando aquello ocurrió, te dimos tu espacio y el tiempo que fue necesario. Incluso te fuiste lejos de tus mayores apoyos; pero, de acuerdo, «aceptamos barco» —utilizo esa expresión de un conocido juego de mesa y consigo que sonría que es lo que quería—, porque volviste a respirar, a ser nuestra Elena poco a poco y debes volver a caminar.

»De hecho, estoy convencida que estás completamente recuperada de ese desengaño al cien por cien, aunque te viene bien anclarte a ese clavo ardiendo para no ir más allá en tu relación con Eric y que te defraude, que te engañe y que te destroce como hizo el otro. Y ahí es donde vives engañada, Elena —hago una pausa, en la que aprovecho para acariciarle un mechón de su castaño cabello que se escapa del gorro de lana rojo que lleva. Tomo su mano y prosigo—: Yo he aprendido que en una relación debes desear que tu pareja comparta momentos con otras personas, como irse de cervezas con los amigos, emborracharse, ver cómo otras mujeres lo miran y le sonrían, pero al final del día con el que te acurrucas en el sofá es con él. Cada uno debe y puede tener su espacio para hacer otras cosas, lo

que no significa que, por ello, vaya a engañarte. Conozco poco a Eric, pero estoy segura que quiere reírse contigo mientras os miráis embobados en una fiesta, quiere hablarte de su familia, de sus problemas, de lo que le agobia y le preocupa, quiere escucharte a ti hablar de tus sentimientos, de tu gente y compartir sueños. Y créeme cuando te digo que un hombre que no busca un compromiso no hace ese tipo de cosas. Si Eric fuera otro Víctor nada de eso pasaría por su mente.

—Joder, Oli, cuando hablas, sentencias. —La veo que se lleva la manga del abrigo a la nariz mientras se sorbe los mocos. Saco un pañuelo del mío y se lo paso.

—Eric es el tipo de hombre que quiere disfrutar con sus amigos, correrse una buena juerga y, al día siguiente, todo resacoso, contártelo. Anhela que lo vuestro sea sencillo para volverse complejo, desea decirte lo mucho que te ama, pues se le ve en la cara, y trata de ser sincero siempre contigo, porque necesita ser tu amigo y amante al mismo tiempo. Ansía viajar a España, conocer a tus padres, pasar tiempo con tus Marías, conocerte a través de tu gente, como tú has hecho con su familia, y quiere ser esa persona imprescindible y prescindible a la vez. Pretende estar en tu vida sin ahogarte, sin absorberte, estar y ser, a partes iguales, sin aniquilarte. Elena Ferraez, te conozco, sé cuáles son tus miedos, irracionales por otra parte; no obstante, si continúas comportándote así, lo perderás. Tienes que dejar que el fantasma de lo que fue y lo que un día soñaste que podía ser con Víctor se marche para siempre, para que puedas vivir tu relación con Eric como ambos os merecéis.

Los jipidos de Elena se escuchan a metros de distancia a pesar de que ella se tapa la boca para acallarlos. No deseo que mi amiga sufra, pero a veces es necesario ese bofetón de realidad y quién mejor para dárnosla que las personas que mejor nos conocen. La rodeo con el brazo y ambas permanecemos unos minutos abrazadas, en silencio.

—Tienes toda la razón, pero este pánico es tan grande, Oli, que me ahoga y no sé reaccionar. —Niego con la cabeza y le obligo a alzar la barbilla para mirarme.

—Con el miedo no vamos a ninguna parte. Tú siempre has sido fuerte y

valiente, más que nadie que conozca. No dejes que algo tan absurdo como el pánico te quite a un hombre como ese.

—¿Elena? —Las dos nos giramos al escuchar la voz de Eric a nuestro lado. El mensaje que le envié hace rato surtió su efecto después de todo, ya estaba pensando que no era una buena Celestina.

—¿E... Eric? —Me levanto y, tras darle un apretón en la mano a mi amiga y guiñarle un ojo, camino hacia Eric y aprieto también su hombro sonriéndole. Vuelvo a la pista para intentar patinar mientras les dejo sentados juntos.

Por unos segundos permanecen en silencio sin mirarse hasta que Elena acerca su mano, posada en el banco, hacia la de Eric, y éste la sostiene con fuerza. Un instante después se miran a los ojos y no hay nada más que decir. Este momento moñas de una de mis mejores amigas me hace tan feliz que me recuerda el gran amor que he dejado en España. Ya es hora de hacer una llamada a casa.

Elena

Después de nuestro reencuentro en la pista de hielo del Rockefeller Center, gracias a la intervención de mi querida, y al parecer sabia Oli, las cosas han ido mejorando, aunque no del todo. Eric me ha vuelto a llevar a la azotea, la cual se ha convertido en nuestro lugar especial donde los dos dejamos de pensar, solo nos sentimos uno al otro. Sin embargo, sigo sin sentirme al cien por cien de nuevo conectada con Eric y sé que es mi fallo. No logro entender qué me sucede, no sé por qué sigo dudando de nuestra relación cuando él se deshace en gestos y detalles conmigo. ¡Dios mío, ni siquiera con Roberto fue así!

Roberto fue mi primer amor, lo conocí estudiando en la universidad. El primer día que llegué a la biblioteca, al tratar de alcanzar unos libros, los tiré al suelo dándole en la cabeza al pobrecillo, me enamoré de él. Mientras yo esperaba una respuesta airada y una mirada de enfado, recibí todo lo contrario. Roberto me miró riéndose mientras se tocaba la zona de la cabeza, donde hicieron impacto los libros y eran de los gordos.

Con él fue todo sencillo, relajado y tranquilo. Nuestra relación avanzó muy despacio, pero de manera encantadora. Conocimos juntos las primeras cosquillas en el estómago, los primeros nervios al esperar la llamada telefónica del otro, la primera pasión que te hace enloquecer y pensar que puedes morir de placer... Nuestros padres estaban tan radiantes de felicidad como nosotros. Sin embargo, aquello evolucionó y, de sentir el amor más maravilloso, pasamos a sentir simplemente un gran cariño, el de dos amigos que se querían con locura pero en otro sentido. Roberto se fue a trabajar al extranjero una vez que decidimos que aquello no nos llevaba a ninguna parte. Ambos nos merecíamos algo mejor, volver a conectar con ese amor grandioso que una vez nos arrasó.

Reflexionando sobre los hombres que han pasado por mi vida, creo que de cada uno he aprendido algo. De Roberto, aprendí a que soñar no tiene límite, que podemos hacer todo lo que nos proponamos mientras veamos la vida desde el lado positivo, incluso hasta las cosas negativas que pretenden aniquilarnos. De Víctor, aprendí que jamás una mujer debe sentirse denigrada por nadie, muchos menos por ningún hombre. Nunca debes perder tu autoestima ni tu valía porque eres una persona que merece la pena simplemente por ser tú. Y de mi amado Eric, he aprendido que las nuevas oportunidades surgen cuando menos lo esperas y que son los momentos sencillos de la vida los que más nos hacen disfrutar de la misma. Estoy segura de que él es el verdadero hombre de mi vida, al que llevo toda la vida esperando, con el que envejeceré, y seré dichosa en una vida cargada de amor, con hijos y anécdotas que se quedarán para el recuerdo. Y a pesar de saber todo eso, aún hay una sombra que me hace dudar de que pueda conseguir la felicidad absoluta con él.

—¿Diga? —contesto rápidamente mi teléfono móvil, que vibraba hace un segundo en mi bolsillo.

—¡Hola, Elena! —La jovial voz de mi amiga Alba me llena de alegría. La pobre no ha dejado de mandarnos mensajes quejándose de todas las fotos que le hemos mandado Oli y yo desde Nueva York, pero apenas queda un mes para que la pequeña nazca, así que era imposible juntarnos aquí Las Tres Marías.

—¿Cómo está mi gordita? Ya queda nada para ver la carita de esa niña, ¿cómo te encuentras?

—Fatal es poco. Apenas puedo dormir y me canso enseguida estando de pie. No te imaginas las ganas que tengo de verle la carita ya. Pero cuéntame cómo estás tú. Espero que la loca de Oli no te esté haciendo pasar mucha vergüenza y se esté portando como una adulta. —Me río ante sus palabras, pero, por suerte, ella está siendo una niña buena.

—A decir verdad la noto distinta. Nuestra Oli ha madurado, es otra desde que está con Jesús. Nunca creí que diría algo así de ella. —Alba se carcajea de lo que le

comento, aunque sabe que es bien cierto—. Si la oyes echarme un monólogo sobre la vida y el amor, alucinarías.

—Tienes razón, ha cambiado y para mejor. Pero vamos, Elena, no puedo creerme que no haya hecho ninguna de sus locuras, ni siquiera que lo haya intentado.

—No puedo engañarte. Ha madurado sí, pero sigue haciendo de las suyas. El otro día salimos de fiesta a una discoteca bastante conocida y ya la conoces. Se subió a un escenario a bailar. Los de seguridad, que son armarios de tres por cuatro, la bajaron no sin forcejear con ella que estaba desatada. Yo me quería morir... —Alba se ríe a mandíbula batiente, recreando esa escena en su cabeza que a mí me provocó taquicardia.

—¡Ay, por Dios, calla, calla, que rompo aguas! Esta mujer no tiene remedio. Cambiando de tema, ¿cómo van las cosas con Eric?

—Ahí van. Hay algo que no me deja volver a estar con él como antes. Es cierto que el fin de semana en Palm Springs fue maravilloso hasta que antes de volver, su *querida socia* le dio un beso en la boca en mis narices. Imagínate el cabreo que me llevé, y más cuando él no dijo nada. ¡Ni siquiera se disculpó por ella! No sé..., Alba.

—Por lo que siempre me has contado de ella es un zorrón de los peores, Elena. Sé de buena tinta, es decir, por mi marido, que Eric está enamorado hasta el tuétano de ti. Sé que aún tienes miedo a sufrir un desengaño cuando has dado tanto, pero no puedes vivir en ese coma eterno. —Y una vez más otra de mis amigas me quita el antifaz y me hace ver la realidad.

—¿Crees que no lo sé? ¡Maldita sea, Alba! Todo se ha complicado y ha ido en picado. Después de eso, su madre nos invitó a comer en su casa y fue todo tan abrumador, tan rápido que... yo...

—Te dio un ataque de pánico, como si lo viera. Ay, Elena, ¿cuándo aprenderás a controlar ese miedo absurdo? Por Dios, que tienes a un hombre a tu lado que te

venera, que poco le queda para ponerte en un altar. Esteban habla con él, y me lo ha transmitido así. Como tú me animaste una vez, sigue a tu corazón y sé feliz. —La conversación deriva en los últimos momentos de embarazo de mi amiga y un par de regañinas más por pensar, constantemente, que este hombre me va a abandonar y a dejar hecha polvo.

—¡Hola, Bella! —Eric aparece en la habitación, donde me ha pasado dos horas hablando con Alba. Se sienta en la cama a mi lado y posa su mano derecha en la parte alta de mi espalda. Echo la cabeza en su hombro y me pierdo en su delicioso olor—. ¿Cómo estás? ¿Aún sigues de bajón tras dejar a Oli en el aeropuerto? Créeme, me ha encantado conocer a una de tus mejores amigas, pero, cariño, esa chica está como una puñetera cabra.

—Así es ella, pero ha cambiado mucho. Está más mayor, más madura. Por un momento no la reconocí hasta que salió su verdadera esencia a la luz con momentos verdaderamente bochornosos. —Me río recordándolos y Eric se carcajea conmigo, abrazándome por completo. Nos tumbamos en la cama y charlamos en esa postura durante un buen rato hasta la hora de la cena. Él se ha empeñado en salir a cenar para que me anime, aunque poco me apetece—. Eric, ¿y tu reloj? Hace tiempo que no veo que lo llevas.

—¿Cuál? —me pregunta sin mirarme mientras se pone los gemelos en la camisa.

—¿Cuál va a ser? El negro, el que no te quitas nunca, el que te encanta. Eric, ¿Eric? —Le cojo del brazo para que alce su vista hacia mí, porque se ha puesto nervioso de golpe y ha derramado su colonia por el tocador del dormitorio.

—¡Dios, qué patoso estoy! No sé dónde lo habré dejado, cariño. A lo mejor me lo quité en la comida familiar y se quedó en casa de mis padres. Preguntaré a mi madre. —Me da un beso en la cabeza y sale a toda prisa. No le doy más importancia y acabo de arreglarme antes de disfrutar de la mágica velada que nos espera.

*

El despertador suena repetidas veces y deseo lanzarlo por la ventana. Eric me da un cachete en el culo instándome a levantarme, pero me remuevo gruñona. Me deja besos por el brazo bajando dulcemente. Sé que quiere, y a decir verdad me muero por repetir los fuegos artificiales de anoche, pero llegaremos tarde. Eric no cesa con sus caricias empezando a hacer que pierda la razón. ¡Y qué demonios! El jefe es él y si llego tarde seguro que sabrá comprenderlo.

Una hora y media más tarde, estamos entrando por la puerta del edificio de *I love Fashion*. Las *brujas oxigenadas* de recepción nos miran envidiosas, de forma altanera a mí, y babeantes a Eric. Él, que se percata de esto, besa mi mano delante de ellas desafiándolas con la mirada. Niego con la cabeza al ver el tipo de actitudes que tiene a veces, un poco infantiles, y en el ascensor se acerca a mí recordándome la noche y el buen despertar que hemos tenido. La mañana se sucede sin grandes problemas, aunque con grandes cantidades de estrés. Le llevo un par de cafés a su despacho y cuál es mi sorpresa al ver a Marga allí para acabar de ponerme de los nervios.

—Vaya, si está aquí la secretaria número uno —me suelta la muy zorra. Ganas no me faltan de derramarle el café hirviendo encima, pero no quiero meterme en ninguna demanda, aparte que Eric se enfadaría muchísimo.

—Marga... sé buena —le reprende mi novio, echándole una mirada enojada—. Gracias, Elena, puedes retirarte. No me pases llamadas en un rato. Marga y yo tenemos asuntos serios que tratar. —Sé perfectamente que se trata de negocios, pero no puedo evitar sentir un pellizco dentro. Salgo de allí directa a mi oficina, aunque apenas me concentro el resto de la mañana pensando e imaginando cosas horribles en el interior de ese despacho.

Tras mucho aguantar, decido espiar. Por suerte, la puerta se quedó entreabierta, así que me quito los tacones y ando despacito hacia su oficina. Llego hasta allí y me asomo con sigilo sin hacer ruido. Lo que veo en su interior es lo que tanto tiempo llevaba temiendo y que se ha hecho realidad. Marga está sentada sobre el regazo de Eric y le está besando con pasión. ¿Cómo puede haberlo hecho? Le he dado mi

cuerpo, mi alma, mi corazón, ¡se lo he dado todo! La visión de aquellos dos amantes me hiere tanto que apenas puedo emitir algún sollozo. Me doy la vuelta y camino a mi oficina desolada. Me siento en la silla, aún en *shock*, y no soy consciente del tiempo que pasa mientras mi mente trabaja a mil por hora.

—Hola, querida. —Marga entra en mi despacho y cierra la puerta tras de sí con la blusa desabotonada un par de botones—. Creo que ya ha sido suficiente, no hagas más el ridículo. Eric ya es todo mío. —La miro noqueada, sin poder decir nada, las palabras se han quedado atascadas en mi garganta. Saca de su bolso el reloj negro de Eric que hace tiempo no veía—. Este reloj se lo dejó en mi casa hace unas semanas cuando estuvo allí haciéndome el amor durante horas.

¿Sabéis eso que dicen que todo tu mundo se puede romper en mil pedazos en un solo instante? Puedes rozar el cielo con la yema de los dedos y al segundo siguiente todo se viene abajo. Mis ojos no me han engañado al ver cómo estaba besándolo y que ella tenga su reloj es demasiado obvio. De hecho, Eric se puso muy nervioso cuando le pregunté por él. Blanco y en botella. Las piernas no me responden, siento un fuerte dolor en el pecho y me cuesta respirar. Estoy teniendo una crisis de ansiedad de las fuertes. Marga, que sabe perfectamente que todo esto me está afectando, sonrío sibilina y, tras dejar el reloj en mi mesa, se gira hacia la puerta.

—Ya te advertí que ganaste una batalla, pero te he vencido en la guerra — profiere por su venenosa boca antes de marcharse. Me agarro a la mesa presa del ataque de pánico tan tremendo que me está asfixiando. ¿Cómo ha podido hacerme esto a mí? ¿Acaso no le hablé de mis miedos cientos de veces? ¿No le confié lo que pasó con Víctor y todos sus jodidos demonios que me persiguen? Inspiro y expiro varias veces, pero no consigo calmarme. Alcanzo el bolso y salgo de allí temblando mientras llamo a la única persona que puede ayudarme en ese momento.

36

Julie

Sobre mis piernas tengo a Elena tumbada, le acaricio el pelo suavemente intentado aplacar su airado llanto. Desde que me ha telefoneado hace un rato, he estado muy preocupada por lo que le había podido suceder. Si alguna vez me hubieran insinuado que Eric Reynolds era un hijo de puta de primera, no lo habría imaginado. Muchas veces creemos que conocemos a las personas, pero no es así. No se puede poner la mano en el fuego por nadie.

—Shhhh, cálmate, Elena. —¡Es imposible! Llevamos en esta posición más de dos horas. Mandé a Lucas al trabajo de nuevo, a pesar de haberse pedido la tarde libre, ya que en este momento mi amiga me necesita.

—¿Cómo ha sido capaz? No dejo de pensarlo, de sentirme estúpida y humillada. —A veces deja de llorar para expresar cómo se siente, aunque, con tan solo ver sus ojos rojos y la nariz colorada, es obvio.

—Deberías hablar con él, al menos darle el beneficio de la duda. —Se incorpora de golpe, mirándome con un odio profundo que nunca antes le he conocido.

—¿Una oportunidad? No puedes estar diciéndolo en serio. ¿Una oportunidad a ese cabrón que me ha destrozado? ¡Él! ¡Él que sabía cómo sufrí con Víctor porque me enamoré como una imbécil! Joder, aún no puedo creer que todo esto esté pasando. No lo entiendo, si no me quería, que me hubiera dejado, pero ¿engañarme? —Esconde el rostro entre las manos y sigue llorando. Me acerco a ella y la abrazo, recorriendo su espalda con mi mano de arriba abajo para reconfortarla.

Por fin, consigo que coma un poco de sopa y que se eche en la cama. Su

teléfono está que echa humo con llamadas y mensajes de Eric. A Lucas le he prohibido tajantemente que le mencione dónde está Elena, mucho menos que le cuente lo que ha pasado. Mi móvil suena entonces y es mi jefe el que llama. Tras dudar unos segundos, respondo.

—¿Dígame?

—¡Julie! ¡Al fin! ¿Se puede saber dónde se ha metido Elena? Llevo horas llamándola y mandándole mensajes. ¡Joder, ¿dónde coño está?! —Eric me grita furioso, fuera de sí.

—No tengo ni idea, siento no poder ayudarte.

—No me jodas, Julie, sabes qué está pasando y te exijo como tu jefe que me informes si no quieres que te despida. —Está desesperado utilizando artimañas de lo más bajas.

—Vale, sé donde está, pero ni por lo más remoto te lo voy a revelar. Ella no quiere verte, déjala hoy. Mañana hablaréis.

—¿¡Pero qué cojones está pasando?! Julie, explícame algo más porque te juro que voy a morir si no sé dónde está y cómo. —Su tono lastimero me apena, pero debo ser fuerte y defender a mi amiga.

—Eric, lo siento mucho, pero jamás traicionaría a una amiga. Ella necesita estar sola ahora mismo, no tenerte cerca. Mañana te prometo que haré todo lo posible para que habléis. No puedo decirte más —me despido amablemente y le cuelgo.

Voy a la habitación de invitados, donde se ha tendido Elena, y aún la siento sollozando. Me tumbo junto a ella y la abrazo, aportándole lo único que puedo hacer en estos momentos: consuelo.

Elena

Me despierto sobresaltada al sentir un cuerpo extraño a mi espalda. No es el de él, no es el calor de Eric. De forma automática, viene a mí el recuerdo de la pesadilla que viví hace unas horas: la sonrisa autosuficiente de Marga mientras me decía que se había acostado con Eric; el reloj; la presión en el pecho; y el dolor... Retiro el brazo de Julie que me rodea la cintura y salgo de la cama sigilosamente. Camino hacia el salón y me echo en el sofá con la manta por encima. Me quedo contemplando la nada un rato con el nudo en la garganta, recordando los buenos momentos que vivimos y la traición se siente de nuevo como una puñalada directa al corazón. Entonces, recuerdo a Alba y el duro momento que atravesó cuando Juan la dejó. Rememoro cómo actué yo y cómo saqué las garras por mi mejor amiga, ese coraje que sé que sigue en algún lugar. Nadie va a hacer de nuevo que me sienta menos de lo que valgo. Me incorporo y encojo las piernas abrazándome las rodillas.

—Buenos días. —Julie aparece restregándose los ojos y estirándose. Se sienta a mi lado bajo la manta, y permanecemos en silencio unos minutos—. Anoche me llamó Eric, parecía bastante desesperado y muy preocupado por ti.

—Seguramente porque su amante le aviso que lo sé todo. No va a poder conmigo. Ha llegado la hora de volver a casa. —Miro a Julie que me observa apenada, pues sabe que eso significa separarnos.

—¿Estás segura?

—Sí, mi amiga Alba está a punto de dar a luz y quiero estar a su lado cuando eso suceda. Ya nada me retiene aquí. Vine huyendo de un fantasma que me había hecho pedazos y ahora un demonio ha terminado de rematarlo. —Me quedo embobada mientras paso, concentrada, mi dedo por los cuadros de la manta

dibujándolos imaginariamente y suspirando con angustia.

—Sabes que me tienes para lo que necesites, cuando sea y cómo sea. No te creas que, por irte a tu país de nuevo, vas a deshacerte de mí. —Julie consigue sacarme una breve sonrisa y me abrazo a ella una vez más, llorando sin poder remediarlo. Es hora de iniciar un nuevo cambio, de levantarme del suelo, sacudirme las penas y el dolor y volver a mirar la vida de frente, orgullosa de lo que soy, con toda la dignidad posible.

*

Vuelvo a mi apartamento con las insistentes llamadas de Eric agobiándome. Al menos no se ha atrevido a presentarse aquí, porque si lo hace lo mato. Empiezo a empaquetar todas mis cosas y los recuerdos que tengo de esta magnífica ciudad que me ha dado tanto, y me lo ha quitado de golpe. No hablo con Alba ni Oli, mucho menos con mis padres. Saco el billete de avión con una única ida. La radio emite una canción verdaderamente triste, en la que habla de lo difícil que es olvidar a alguien cuando se ha amado tanto y me derrumbo. Me tiro al suelo abrazada a una de las camisas de Eric que se dejó aquí en una ocasión. El teléfono de la casa me saca de ese duro momento, me limpio las húmedas mejillas y lo cojo.

—Señorita Ferraez, el señor Reynolds se encuentra aquí y desea subir. —El corazón se me acelera y tiemblo nerviosa de pensar que está abajo. Aún no quiero verle, no estoy preparada.

—Dígale que se marche...

—Eso intento, señora, pero es inútil, El señor insiste que debe hablar con usted, ya que es muy importante. Oiga, ¡no, no! ¡No puede hacer eso! —Distingo la voz del conserje en la lejanía en lo que supongo es un forcejeo entre ambos.

—¡Elena! ¡Deja de comportarte como una cría y habla conmigo! Si no me cuentas qué te pasa, ¿qué quieres que haga? ¡Por favor, no sé de qué va todo esto! Necesito verte. —Aquellas palabras, pronunciadas con su susurrante voz, me hacen flaquear por un instante. Por fortuna, el coraje y el orgullo reaparecen antes de

tiempo.

—Eric, vete, no voy a hablar contigo, hoy no. No quiero verte ni saber nada de ti, te odio. —Y cuelgo con el pulso zumbando en mis oídos. Continúo haciendo las maletas con el corazón pisoteado y las lágrimas derramándose por mis mejillas a cada rato.

Pasadas unas horas, Julie vuelve a llamarme para saber cómo me encuentro y charlamos un poco por teléfono haciéndome pensar en otras cosas. Tras colgar, el conserje pica en mi puerta para disculparse por el altercado con Eric, al que la policía se ha acabado, al parecer, llevándose de allí. ¡Dios mío, espero que esté bien! A pesar de haberme roto el corazón, no le deseo nada malo. El conserje me entrega unos claveles rojos que él llevó cuando quería verme, y los acepto con los ojos brillantes y el nudo a punto de reventar. Los pongo en un jarrón con agua mientras sigo llorando. ¡Maldito Eric!

Eric

Nunca me ha gustado el alcohol en demasía. No voy a negar que me he emborrachado en mis días de juerga con mi amigo Steven, pero hacía años que no bebía tanto. Agarro el vaso, que he dejado vacío en el suelo hace un momento, y vuelvo a llenarlo de *whisky* con la mano temblando. Quiero reprimir las lágrimas, pero, con solo pensar en que Elena esté sufriendo por algo que yo haya hecho me parte en dos el alma, y comienzo a llorar de nuevo. Me limpio las lágrimas con rabia y bebo de un trago el líquido amargo que apenas me alivia la angustia que siento mientras sostengo en la otra la foto que nos hicimos en Palm Springs. Estábamos bailando como dos locos y nos dimos uno de tantos besos, solo que en ese momento Lucas la immortalizó con su cámara. Al volver, le puse un marco y la dejé en la mesita de noche, donde puedo verla cada día al levantarme y me recuerda el amor tan especial que hemos encontrado, o que él nos ha encontrado a nosotros.

¿Qué cojones ha pasado? Repaso mentalmente el día de ayer desde que salimos de casa y no consigo descifrar el misterio. Es cierto que Marga estaba en mi

despacho cuando llegamos y ella nos trajo un café. Como siempre fue desagradable con ella, pero se marchó a su oficina y, por suerte, no vio cómo se me echaba en los brazos. No sé qué pudo suceder, ¿acaso Marga habló con ella y le dijo algo? Porque si es así, rompo el puto contrato con ella sin importarme nada más. Mi mente va trabajando y casi puedo oír los engranajes funcionar en mi cabeza. ¿Y si Elena presencié cómo Marga me metía la lengua hasta la campanilla? Joder, pero fue apenas unos segundos. ¡Dios, Dios, Dios! No debe haber otra explicación. Me levanto a trompicones y me voy derecho a darme una ducha que me espabile. Es hora de ponerme en acción pero de verdad. Poco me importa que la policía vuelva a arrestarme por escándalo público, pero esta mujer no se va a ir de mi lado.

*

—¿Eric? —Julie me saluda en la puerta de su casa, o quizá Elena se haya quedado en su casa, pero por algún lugar debo empezar.

—Julie, necesito hablar contigo con urgencia. —Entro sin importarme que mi redactora jefa me invite o no—. No sé qué ha pasado y estoy bastante seguro que tú... sí. Cuéntamelo antes de que muera de un colapso.

—No soy yo la que debe hacerlo. Ya te dije que Elena te llamará, pero es muy cabezota y no quiere hacerlo, no se encuentra bien. Lo mejor es que le des tiempo, que esperes...

—¿Esperar? ¿A qué? ¿A qué se le cruce el cable y deje todo! No lo consentiré, Julie. Sencillamente, no puedo hacerlo. —La voz se me quiebra al imaginar que Elena pueda irse y dejarme.

—Cálmate, Eric. —Me agarra del hombro y me sienta en el sofá junto a ella—. Nadie mejor que tú la conoce, sabes que sufrió en el pasado un desengaño fuerte y siempre ha vivido con ese miedo, a que tú la engañes, a que la dejes y le rompas el corazón...

—¡Joder, Julie! Llevo meses luchando contra esos fantasmas. Ya no sé qué coño debo hacer para que deje de pensar así. Yo la amo con todo mi corazón. ¿Cómo no

hacerlo? Es una mujer fuerte, valiente, inteligente, divertida, me hace reír como nadie; sus amigas están enamoradas de ella porque es increíble, dulce, sensible, generosa... —me detengo, pues estoy hablando más de la cuenta.

—Es bueno que sientas todo eso por ella; sinceramente, me alegro, pero te va a resultar muy difícil conseguir que vuelva. No puedo decirte qué ha pasado, aunque creo que, con esta pista que te voy a dar, lo adivinarás tú solito. —Julie me mira seria un instante, tanto que da miedo, y pronuncia solo un nombre—: Marga. Ahora ve a buscar a Elena y no cejes en tu empeño hasta que hables con ella.

Me echo sobre el sofá y me tapo la cara con las manos. Sabía que esa mujer no iba a parar hasta que esto sucediese. Inspiro un momento antes de levantarme y salir de allí corriendo en busca de la única mujer con la que deseo envejecer hasta expirar mi último aliento.

Elena

—Elena. —La voz ronca de Eric me saca del ensimismamiento en el que me encuentro. No sé cómo se me ha ocurrido venir a la azotea de su apartamento, pero, dentro de toda esta vorágine en la que me hallo, es el único lugar que me aporta un poco de paz y de calma. Armándome de fuerza, me doy la vuelta y lo veo, pálido y con ojeras, como si portase un peso enorme en sus espaldas.

—¿Qué... qué haces aquí? —No puedo creerlo, los astros, las estrellas y el puto karma están aliados contra mí. En este momento, justo en este preciso momento, tenía que aparecer. Dios, estoy a punto de morir...

—Ésta es mi casa y es mi azotea, ¿lo recuerdas?

—Hola. —Víctor aparece ante nosotros y a Eric se le queda la boca abierta. Todo esto es de locos. Cuando Víctor apareció en mi puerta esta mañana, no podía creerlo. Me sentía tan abrumada, mi cabeza no podía pensar con claridad y necesitaba un descanso. Verle sin el traje fue extraño, aunque da exactamente lo mismo lo que se ponga, porque está *buenorro* de cualquier manera. Él ha estado

paseando por la azotea y, por eso, Eric no lo ha visto al llegar. Eric carraspea y entonces reacciono.

—Eric, éste es Víctor; Víctor, él es Eric, mi jefe. —¿Por qué coño he dicho jefe? Al instante de haberlo pronunciado, me estoy arrepintiendo tras ver la cara de Eric. Éste le tiende la mano y asiente con la cabeza mientras Víctor musita un «encantado».

—¿Podemos hablar un momento, por favor? —Y para variar asiento con la cabeza como cuando trabajaba para él en España y hacía gala de aquel «si tú me dices ven, lo dejo todo». Se aparta un poco, y yo me giro a Eric con ojos suplicantes, aunque comprensión es lo último que encuentro en ellos.

—Eric...

—No, Elena, no me digas que vas a hablar con él. —Yo dudo por un momento y me encojo de hombros—. Joder, esto es increíble. Haz lo que te dé la puta gana. —Yo quiero gritarle que no es lo que me dé la puta gana, que necesito que lo entienda, que ha venido hasta aquí, que se merece al menos que escuche qué quiere de mí. Tampoco ha hecho méritos para que le escuche a él después de haberme traicionado con su socia, pero, en su lugar, me callo y me acerco a Víctor. Y le pido que nos retiremos unos metros para saber qué me tiene que decir.

Diez minutos después, Víctor se despide de Eric y nos deja solos en la azotea, que parece más fría que nunca. Eric espera que le diga algo, pero solamente soy capaz de mirar al suelo, esperando que él se pronuncie.

—¿Elena? No sé qué cojones ha pasado exactamente, aunque me parece que Marga ha tenido bastante que ver. Sin embargo, creo que tengo derecho a defenderme. —Alzo la cabeza dispuesta a enfrentarme a este momento tan doloroso que llevo días evitando.

—Adelante, pues —le apremio, esperando esa supuesta versión que me partirá aún más el corazón con una mentira tras otra.

—Marga lleva años detrás de mí por un supuesto enamoramiento, aunque más

bien sospecho que es un simple capricho. Aquel día en Palm Springs me dio ese beso para ponerte celosa. Me dio un ultimátum hace unas semanas, o me acostaba con ella o retiraba su capital que es vital para la empresa. Por eso, estaba de tan mal humor, porque estaba en un callejón sin salida. —No puedo aguantar más, miro la puerta como si fuera la entrada al paraíso y salgo corriendo hacia ella. Eric me retiene por la cintura y forcejeo para soltarme de él.

—No, no, no, no quiero escucharte. Yo no tengo por qué seguir aquí. —Eric trata de hacer que me quede sujetándome por los hombros, pero volvemos a forcejear y me echo hacia atrás, cruzándome de brazos, con la mirada fija en el suelo.

—Elena, termina de escucharme, por favor. Fui a casa de Marga y le aseguré que me daba igual que retirara su capital. Ya encontraré la forma de salir adelante. Me quitó el reloj y se quedó allí. Discutimos y, por eso, me olvidé de él. No he vuelto a hablar con ella hasta el otro día en la oficina. No sé si presenciaste cuando me besaba, pero fueron solo unos segundos, te lo juro, corazón. Me la quité de encima y le anuncié que era yo el que zanjaba nuestro contrato. Ya no quiero tenerla como socia. Ahora debo hablar con mis padres para ver cómo salimos adelante, pero me importa un bledo. A mí solo me preocupas tú, solo tú eres la que me importa porque...

—¡Basta! No más mentiras ni más excusas. Has estado jugando conmigo desde el principio. No eres mejor que Víctor, pero si me dejas elegir, más vale conocido que malo por conocer. —Y con esto le insinúo que ya he elegido. Se le congela la cara mientras aprieta los puños a sus costados.

—No sé cómo has podido creerle, Elena. Te juro que he tratado de entenderte desde el principio, y tú le has traído a este lugar, en el que tantas veces habíamos estado juntos, un lugar nuestro, que te cedí, y que ya no será especial nunca más. Te prometo que he querido pensar que necesitabas una última explicación, una despedida, sacarte la espinita y poder cerrar esa puerta de una puta vez. Pero ahora que estás aquí, delante de mí, con esa mirada de culpabilidad y de dolor, sé que no

ha sido nada de eso. No puedo dejarte más claro lo que ha pasado con Marga, ésta es la única verdad. Y me jode, y me duele, y quiero odiarte, mandarte a la mierda y tratar de entender por qué me dueles tanto, porque te juro que no sé por qué te quiero, pero lo hago, corazón. Hay mil millones de formas de querer, ¿sabes? Se puede amar bien, hacerlo mal, no hacerlo y recibirlo, o amar sin ser correspondido. Yo creía que nuestro amor era ese del que hablan que es puro, total, el increíble, eterno... Siempre he sido yo el que he tirado de esta relación y jamás me he arrepentido, te di tus espacios, tu tiempo. Fuimos despacio para que no te mareases y huyeras de nuevo.

»Joder, creí que estábamos hechos el uno para el otro, he sentido que estando juntos el tiempo se detenía y volvía a ponerse en marcha cuando nos separábamos. He pasado horas enteras mirándote, admirando cada centímetro de ti, de Elena, de la única, la que activó mi corazón para amar como un loco, la que con cada beso, cada caricia me hacía experimentar la emoción pura, al desnudo. La que cuando me besaba, me dejaba sin aliento y me hacía olvidarme de todo, hasta de mi propio nombre. Bella, no esperaba enamorarme de ti, sentir el amor maravilloso que sólo sucede una vez, el que se graba a fuego en tu corazón y en tu alma para siempre. Fui un iluso al creer que podríamos conseguirlo todo, con tan solo estar juntos y mirarnos. Si tú ahora dejas de creer en mí y no confías en mí, yo ya no puedo hacer nada más.

—Yo... podría decirte que lo siento, pero ahora mismo no es así... Me has hecho tanto daño que no podría explicarte cuánto. Me entregué a ti por entero, aun con demonios persiguiéndome, te creí, fui tuya en todos los aspectos, y, en cuanto esa mujer aparece, todo se va a la mierda. No lo soporto, no puedo seguir aquí, no puedo verte ni sentirte cerca. Necesito respirar... —Y todo queda dicho. Las lágrimas se han vertido por mis mejillas sin ser consciente. Doy un paso, luego otro y, poco a poco, voy avanzando hasta pasar por su lado. Eric roza mi mano con la suya ligeramente, pero hasta eso me produce dolor e instintivamente la aparto de forma brusca. Me detengo un instante a su lado, aspiro por última vez con su olor, me deleito con su calor y aprieto muy fuerte los ojos. Ya no me quedan palabras que

decir ni tengo la fuerza suficiente para pronunciarlas. Vuelvo a dar un paso adelante, alejándome del hombre de mi vida, para siempre.

Un mes después.

Elena

—Hola.

—¡Hola, Elena! —Esteban me saluda al entrar por la puerta de la habitación del hospital, donde mi amiga Alba ha dado a luz. Me da un beso y un gran abrazo con una sonrisa con la que podría iluminar una ciudad entera—. Ven —Rodeada por su brazo nos acercamos a la cama donde se encuentra la feliz mamá con la pequeña en sus brazos. Llego a su lado y me enamoro al instante al ver esos ojos oscuros, iguales a los de su padre.

—Hola, saluda a Sofía. —Mi amiga está resplandeciente a pesar de haber pasado quince horas de parto desde que rompió aguas.

—Es preciosa, Alba. —No dejo de admirarla mientras su madre le da suaves golpecitos en el pañal.

—¿Verdad? No me canso de mirarla.

—Normal. Es una muñequita. ¿Tú cómo te encuentras?

—Cansada pero feliz. —Entre Esteban y Alba me cuentan cómo fue el parto. A pesar de todo el cansancio que acumula mi amiga, puedo ver en sus ojos que merece la pena. Esteban se ocupa en todo momento de que ella esté cómoda mientras acaricia la cabecita de la pequeña. Su teléfono suena y sale de la habitación dejándonos solas.

—No te imaginas cuánto me alegro por ti, Alba.

—Lo sé. —Me mira meciendo a Sofía, que duerme ahora en brazos de su madre—. Eric ha estado aquí.

Desde que regresé de Nueva York nadie ha vuelto a pronunciar su nombre y he sentido un gran alivio. Es como si el problema hubiera desaparecido al estar tan lejos. Poco a poco he ido recomponiéndome, gracias a mis amigas, a estar con mis padres, y a volver a esta ciudad que un día fue mi hogar, aunque ya no lo siento así.

—Ahora lo importante es Sofía, ¿puedo? —Le pido cogerla en brazos, y Alba me la pasa encantada mientras sigue observándome con pena.

—Elena, negar que Eric existe no es la solución. Esteban ha hablado mucho con él. Dista mucho del hombre que yo conocí, es increíble. No quiero hacerte más daño, pero estoy segura que jamás pasó nada con esa mujer. ¿Por qué no le llamas?

—Alba... —le reprendo, sonriendo a esa pequeñita cosa que abre los ojos al oírnos.

—No lo haría si no creyera en él. Tú lo hiciste por mí, me ayudaste cuando Juan me dejó, me animaste a dejarme llevar con Esteban cuando apareció en mi vida. Ahora es mi turno. —Dejo a Sofía en la cunita mientras se remueve inquieta. Su madre hace un pequeño sonido con la boca y se calma al instante. Vuelve a mirarme y me pide que me siente a su lado. Toma mi mano y vuelve al ataque—: Se quedó con nosotros mucho tiempo, disfrutando de la niña, hablando con Esteban, conmigo, preguntándonos por cómo te encontrabas. Cada vez que alguien abría esa puerta su gesto se alteraba. Juraría que estaba esperando que aparecieses. Se va a quedar unos días más en Madrid. A mí no me engañas, tú no has cerrado capítulo. Necesitas hablar con él y zanjarlo todo o daros de nuevo una oportunidad. —Suspiro observando las manos unidas en la cama. El nudo de la garganta me aprisiona y a duras penas consigo hablar.

—Alba, no me hagas esto. Permite que se vaya, que haga su vida con su socia y que sea feliz engañando a más mujeres, pero de mí no se va a reír de nuevo. —Volver a pensar en ellos dos juntos me revuelve el estómago y sigue doliendo, muy profundo.

—¿Por qué piensa que estás con Víctor? Si vieras el dolor en sus ojos al hablar de ti y del capullo de tu ex jefe, dirías otra cosa. —Un halo de culpabilidad aparece

en mis ojos, trago saliva y dirijo la mirada hacia mi amiga.

—El último día que nos vimos estaba en la azotea de su casa con Víctor. Él apareció en el apartamento de Esteban y me sentía tan dolida, abrumada, herida... que solo conseguía paz en ese lugar. Lo llevé allí, donde nos encontramos con Eric, pero aún no habíamos hablado. Víctor quiso aclarar todo lo ocurrido conmigo, me pidió mil perdones, se sentía muy culpable de lo que me hizo y le dije que ya hablaríamos tranquilamente. Eric pensó que me marchaba a España con él y no le saqué de su error. Quería que sufriera, tanto o más, como yo estaba haciéndolo. No he vuelto a verle desde entonces. —Respiro en cuanto acabo de confesarle todo lo sucedido. Nunca les expliqué lo que pasó exactamente.

—Elena, tú no eres así, al menos se merece saber que no estás con Víctor. Tienes que ser sincera con él. Además por lo que sabemos Marga ya no es su socia, ahora tiene uno que es amigo de su padre. Ha perdido más poder en la empresa, pero está satisfecho. No ha vuelto a ver a esa mujer. Si no me crees, rastrea *I love Fashion* en Google y verás que no te miento. —Cambio de tema, aguantándome las lágrimas. Sofía reclama atención haciendo un sonidito que no llega ni a puchero. La cojo en brazos y se la paso a su madre que la calma al segundo. ¿Qué tendrán las madres que son capaces de tranquilizarnos en un simple arrullo?

Salgo del hospital tras estar con los nuevos padres durante un largo rato. Alba me ha dejado pensando y quizá tenga razón. Dicen que el tiempo lo cura todo, deseo que así sea, porque llevar esta herida de por vida es muy doloroso. Al llegar a casa, me noto inquieta; el portátil que descansa sobre la mesa del salón me mira y, cada vez que quiero acercarme a él, me obligo a mí misma a irme lejos.

—Dime, Oli —respondo el teléfono fijo de casa sin dejar de contemplar el portátil mientras mi mente no desiste de recordar a Eric otra vez. Había conseguido no pensar a cada momento en él, pero saber que está aquí, que ha ido a ver a Alba y Esteban, que les ha dicho que no tiene nada con Marga... Dios, mío, me va a explotar la cabeza.

—¿Has visto que niña más preciosa?! Tenías que haber visto a Jesús, se la

comía con los ojos. De hecho... —se para un momento, en el que creo que va a confesarme que está embarazada.

—¿De hecho...?

—Jesús me ha pedido que tengamos un bebé. —Se hace el silencio.

—¡Ala! Eso es fabuloso, Oli.

—Sí, todo lo fabuloso que quieras, pero yo antes quiero casarme, así que le he dicho: «Cuando nos casemos, tendremos un hijo», y me ha preguntado que cuándo es la boda.

—¿En serio? ¡Madre mía, Oli! Una boda y un bebé, tú no pierdes ritmo. —Mi amiga se ríe al otro lado de la línea y yo ya empiezo a imaginarla en la despedida de soltera, eso va a quedar para el recuerdo.

—Al principio, parecía que estaba bromeando, pero, cuando se ha puesto de rodillas y me ha soltado un monólogo de los de personajes de novela romántica, me lo he empezado a creer.

—Le habrás contestado que sí al instante ¿no? —¡Qué emocionante! Otra de mis mejores amigas que pasa por el altar.

—Bueno, primero me he echado a reír como una idiota, aunque era por los nervios. Después lo he besado y le he respondido que cuanto antes —afirma muy segura de sí misma.

—Ya me imagino lo que ha venido después, un gran maratón de sexo de los tuyos.

—Oye, guapa, que no todo el monte es orgasmo. —Las carcajadas que me provoca a veces esta chica no tienen precio. Seguimos un rato al teléfono hablando de Sofía, de Jesús y sus proezas sexuales, de su trabajo... hasta que llega el tema del día—. ¿Ya sabes que Eric está en Madrid?

—Sí, me lo ha contado Alba. —Se hace de nuevo un silencio, aunque éste es algo incómodo.

—¿Y...?

—Y nada, Oli. Él por su camino y yo por el mío. Parece que no os queréis enterar —le replico irritada por sacar el tema de nuevo.

—A ver, Elenita, yo ya no sé cómo coño decírtelo. Ese hombre es EL HOMBRE. No sé por qué continúas negándotelo. ¡Espabila de una puñetera vez!

—Si vas a gritarme y a hablarme de esos malos modos, te voy a colgar, Olivia. —Mi amiga se calla al escuchar su nombre completo, pues sabe que, cuando la llamamos así, debe echar el freno o queremos animarla en sus momentos bajos.

—Vale, tú misma, pero perder al amor de tu vida por una simple cabezonería es absurdo. Solo espero que no te arrepientas algún día. —Y me cuelga. Resoplo cansada mentalmente. No me apetece seguir pensando en ello por lo que voy al gimnasio a golpear el saco o a algún compañero que se deje. Horas después me doy cuenta de que ha sido un tremendo error, ya que no he parado de recordar aquel día en el gimnasio con Eric.

Me rindo y enciendo el ordenador. Con dedos temblorosos escribo el nombre de *I love Fashion* en el buscador y aparece lo que Alba me ha explicado por activa y por pasiva.

Eric Reynolds asiste a un acto social junto a su nuevo socio, Harrison Kelder, amigo de su padre desde hace años. Fuentes cercanas a la familia aseguran que el señor Kelder ha sustituido a la anterior socia del joven empresario, Margaret Collins. Las malas lenguas comentan que la disolución de su sociedad se debió a problemas personales con la señorita Collins, aunque el entorno de Eric Reynolds lo niega rotundamente.

Prosigo buscando más enlaces relacionadas con esta noticia con el corazón latiéndome a mil por hora.

Eric Reynolds, el empresario más seductor del panorama empresarial, asistió anoche a una cena de gala a favor de una sociedad benéfica con la que su revista colabora. Allí le preguntaron si eran ciertos los rumores que aseguraban que

Margaret Collins se había enamorado de él y habían vivido un apasionado romance durante meses. El empresario negó categóricamente dicha información y habló de otra joven con la que había mantenido una relación.

El corazón se me sube a la garganta y se detiene por un instante al imaginar que estaba hablando de mí. Dios mío, tengo la cabeza a punto de estallar. Leo algunas noticias más relacionadas con la salida de Marga de la revista, pero no puedo más. Me tomo una aspirina y me marchó a la cama a intentar conciliar el sueño, pero Eric se apodera de ellos y aparece en ellos sin darme tregua.

*

—Hoooolaaaa. —Entro en la habitación del hospital de mi amiga Alba que se encuentra de pie junto a la ventana. Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro y se gira hacia mí. Nos abrazamos, y me dice que se ha levantado por primera vez desde hace día y medio. Las enfermeras se han llevado a la pequeña Sofía para hacerle las típicas pruebas tras el nacimiento y Esteban ha ido con ella.

—¿Cómo sigues? —Alba se pone una mano en los riñones y la otra en la tripa aún hinchada.

—Aún cansada, pero Sofía se porta bastante bien, y nos deja dormir unas cuantas horas seguidas. —Continuamos hablando de la niña, de cómo ha cambiado su vida y la felicidad que la embarga, de lo enamorado y embobado que está Esteban de las dos mujeres de su vida, de Oli, su vida y futuro bebé... y, por suerte, evitamos el tema de Eric. Entonces se abre la puerta y la sonrisa se me nubla al ver entrar a Esteban con la cuna de Sofía, y Eric. Me quedo petrificada, los músculos del cuerpo me pesan y, como si fuera una estatua, soy incapaz de moverme. Alba disimula yendo hacia su pequeña preguntándole a su marido si todo está bien. Esteban asiente con la cabeza y le pide que se siente a descansar un rato. Eric se queda fijo con su mirada en mí, pero, cuando ve a Alba acercarse a la cuna de la niña a hacerle monerías, la observa sonriendo, con esa mágica sonrisa que derrite corazones.

—¿Qué tal, Elena? —me pregunta Esteban y finjo una mueca de «aquí no pasa

absolutamente nada, aunque el amor de mi vida al que he perdido esté en la misma habitación que yo». Alba se sienta en el sillón con la cuna de Sofía junto a ella y Esteban lo hace en la cama observando a ambas. Eric se une a ellos mientras yo me quedo como un pasmarote en el otro extremo de la habitación. Los miro interactuar entre ellos un rato, Alba me mira pidiéndome que espabile e intervenga, pero me cuesta reaccionar. Por fin, no sé de dónde saco las fuerzas y agarro el toro por los cuernos.

—Eric, ¿podemos hablar? —le pido, y los tres giran su cabeza hacia mí. Mi ex jefe me observa con seriedad, no me ofrece ninguna de esas miradas enternecedoras por las que moría hace poco. Creo que se va a negar, pero entonces asiente con la cabeza y sale de la habitación, le sigo y, tras cerrar la puerta tras de mí, camino unos pasos hasta llegar a él que se ha apartado a una esquina del pasillo, procurándonos algo de intimidad.

—Tú dirás. —Se apoya en la pared, cruzado de brazos, está en posición defensiva rompiéndome un poco más el corazón. ¿Tanto le costaría mostrar un poco de amabilidad? Claro que después de la despedida que tuvimos, entiendo que no le apetezca.

—¿Cómo estás? —con la voz susurrante le pregunto semejante idiotez.

—¿Me has hecho salir de ahí para saber cómo estoy? ¿En serio, Elena?

—Bueno, no sé cómo empezar... —Trago saliva, pero no me da un respiro.

—¿Cómo te va a ti con tu novio, el maltratador psicológico que te humilló durante años? —Cuento hasta diez antes de gritarle, aunque sé que lleva razón.

—De eso quería hablarte. Aquel día, cuando me viste con él en la azotea, acababa de verlo. Fue a buscarme al apartamento de Esteban, pero no me sentía preparada para hablar con él. Entonces pensé en el lugar donde más calmada y que más paz me aportaba, ese era tu azotea. Fuimos los dos allí y, cuando llegaste, él estaba inspeccionando la azotea mientras yo buscaba algo de tranquilidad. —Hago una pausa investigando sus facciones, pero es imposible ver un atisbo de

cordialidad—. Cuando Víctor habló conmigo, simplemente, me pidió perdón, solo quería redimirse tras haberme hecho sufrir de aquella manera, pero jamás hemos estado juntos.

Eric se descruza de brazos y coloca ambos en sus costados donde aprieta los puños con fuerza y respira con dificultad. Su pecho sube y baja preso de la rabia que debe estar sintiendo tras saber la verdad. Permanecemos en silencio, analizándonos unos minutos hasta que él se lanza a gritarme.

—¡Joder, Elena! ¡Estás como una puta cabra! No puedo creer que me dejaras pensar que te venías con él para iniciar una relación. No podía comprender cómo deseabas estar a su lado tras el sufrimiento que te hizo pasar, tras saber cómo te humilló y te minó psicológicamente. Eres una auténtica egoísta que no le importan los sentimientos de nadie. ¿Cómo pudiste hacerme creer eso sabiendo lo mucho que te quería? —¿Quería? Esa última palabra le da la vuelta a todo y, de nuevo, el miedo se apodera de mí.

—Yo estaba sufriendo por tu culpa y la de Marga, deseaba que sintieras el mismo dolor que me embargaba a mí o incluso más. —Eric, furioso, echa chispas por los ojos, y esa mirada me duele muchísimo más que sus palabras hirientes.

—Increíble, Elena, ¿y qué sacaste con eso? Sufrir tú, sufrir yo, penar durante el último mes como almas sin rumbo, ¿para qué, Elena? Creí conocerte una vez, pero cada día me doy más cuenta que nunca lo hice. —Suspira fuertemente y se pasa la mano por la frente. La culpabilidad me asola, aunque no sé qué hacer para cambiar su opinión de mí en este momento—. Que te vaya muy bien, Elena. —Se aleja de allí, pero no entra en la habitación de Alba. La angustia, que sentí al saber que se acostó con Marga y después de nuestra última despedida en su azotea, me golpea de nuevo y me derrumbo en una de las sillas que hay a mi lado. Me quedo allí sin saber por cuánto tiempo hasta que Alba aparece y, al verme con las mejillas húmedas y la mirada perdida, se sienta a mi lado. Toma mi mano y nos quedamos calladas en la soledad de aquel pasillo que desborda felicidad, esa que yo rocé con mis dedos, que inundó mi pecho y que he perdido para siempre.

Eric

De vuelta en el hotel tras pasar tres días junto a mi amigo Steven, su esposa y la pequeña Sofía, acabo de empacar mis cosas para regresar a casa. Una vez soñé con que Elena fuera mi hogar, así lo sentimos ambos una vez, pero hoy he sido consciente de que lo nuestro es más que imposible. Jamás pensé que llegara a dejarme creer que volvía con Víctor, la persona que más daño le ha hecho y por el que más ha sufrido. Las borracheras de poco han servido al saber esto. Los días penando por ella, llorando por haber perdido al gran amor de mi vida, a la que sería la madre de mis hijos... Joder, verla ha sido mucho peor que imaginarla. El teléfono de la habitación suena y me avisan que el taxi está abajo esperándome.

El camino al aeropuerto se me hace eterno. Hoy no me apetece ser sociable y el taxista que me lleva a coger el avión es un chavalín joven que está aprendiendo inglés y parece que quiere practicar conmigo. Steven me envía una foto de la niña y sonrío abiertamente. Le respondo en otro mensaje dándole la enhorabuena por millonésima vez y pidiéndole que cuide de sus chicas, aunque sé de sobra que lo hará. Por suerte, no me ha preguntado qué pasó en la charla con Elena. No sé si hubiera sido capaz de expresarme adecuadamente y no quiero que odie a la mejor amiga de su mujer. Bajo del taxi y, tras facturar, me dirijo a la puerta de embarque.

En el control de seguridad hay muchas parejas con sus manos enlazadas mirándose con risa tonta, seguramente en viaje de luna de miel a la Gran Manzana, familias con niños, que no paran un segundo sin dejar descansar a sus padres y ejecutivos agresivos con móvil en mano mandando mensajes y haciendo llamadas con un tono de voz bastante alto.

—¡Eric! —No puede ser. La voz de Elena me sobresalta a mí y a la mitad del pasaje que se gira hacia el sonido de su voz. Yo también me doy la vuelta y la veo a unos metros detrás de la cinta de seguridad con el pelo alborotado y las mejillas encendidas. Dios, está más bonita que nunca. Me acerco esquivando a los pasajeros

y llego hasta ella.

—¿Elena? —Ella me sonríe, fundiendo mi corazón como solo ella sabe hacer.

—Eric, no te vayas. Estoy tan enamorada de ti... quédate conmigo, por mí... — Se pone de puntillas, pues lleva zapato plano y aferra mi cara con ambas manos posicionando su boca muy cerca de la mía—. Me he comportado como una estúpida, lo s e, pero podemos superarlo, puedes perdonarme, creo que incluso podrías volver a quererme... —Se me para el puto corazón, que lleva tanto tiempo sin latir, cuando ella pronuncia esas palabras que llevo esperando demasiado tiempo —. Te quiero, Eric. —No s e qué ente se adueña de mí para darle mi respuesta, pero la verdad es esa. Retiro sus manos de mi cara y las beso un momento antes de contarle mi decisión.

—Lo siento, Elena, ahora no puedo hacer esto. Yo... estoy agotado, no tengo fuerzas, Elena, perdóname. —Me alejo de ella que contiene las lágrimas que brillan en sus tristes ojos. Vuelvo al control de seguridad, casi vació, y paso sin volver la mirada atrás, porque ya no hay forma de hacer que todo regrese y comenzar de nuevo.

39

Elena

—Lo he perdido para siempre. —Es la única frase que pronuncio una vez que soy capaz de asimilar la verdad y me doy cuenta de mi error.

Desde hace semanas no he podido pensar en otra cosa más que en la fría despedida del aeropuerto, en esa verdad doliente que me dijo Eric, el hombre al que más he amado en toda mi vida y que ha dejado una marca a fuego en mi alma. Reconozco que me equivoqué, erré en mi juicio al pensar que Marga y él estaban juntos, que se reían a mis espaldas y me traicionaba. Esteban, que es un amor, descubrió la trampa de la socia en una conversación que mantuvo con ella y que grabó, a pesar de no ser lo más legal del mundo. Un día que fui a su casa me puso la grabación y entonces supe que había cometido el mayor error de mi vida. No sirvió de mucho, pues en el aeropuerto, sin saber nada de este archivo de audio, Eric me rechazó. Me reveló que estaba agotado y que no podía seguir con esto. Jamás pensé que pudiera doler tanto el corazón, ya ni siquiera lo siento. Es un órgano que funciona por sí solo, pero si me lo arrancaran del pecho proseguiría caminando cual autómata.

En este tiempo también han pasado cosas bonitas como la boda de Oli. Las Tres Marías empezamos a organizarla, pero, en cuanto nuestra amiga vio el jaleo que ello conllevaba (el juzgado, el vestido, el banquete, los invitados...) se fugó con Jesús a Las Vegas y nos sorprendieron al día siguiente con una foto con Elvis mostrando los anillos en sus dedos anulares. Sus padres quisieron matarla, pero Alba y yo comprendimos que esa era la auténtica Oli. Eso sí, de la fiesta de despedida de soltera nos ha advertido que no nos libramos por mucho que ya se haya casado. Ahora *los tortolitos* están de viaje de novios en nada menos que Bali. A veces nos envía fotos al grupo de Las Tres Marías y no puedo estar más satisfecha de verla, con sus poses en la playa y ese *pamelón*, mirando al mar con cara de

interesante o con las bebidas en la mano riéndose junto a su ya marido. Si hace unos años me hubieran adelantado que iba a ser tan feliz junto a un hombre, me habría reído. Jesús le ha hecho madurar, *sentar la cabeza* como se suele decir y es plenamente dichosa.

Cojo la manta del banco y me siento bien arropadita. Hace poco me he mudado a un ático en el centro de Madrid con una gran azotea que solo pertenece a mi apartamento. Es todo mío. Lo decidí porque me recordaba tanto a ese lugar especial, donde compartí bonitos momentos con Eric y que no se pueden borrar de mi memoria así como así, además que no quiero. Cojo la taza de café y me preparo para la maravillosa melodía que sonará en tres, dos, uno... Mi vecino de enfrente es un fanático de la música de los años 50 y todas las noches a las nueve pone canciones de esa época, entre las que se encuentran verdaderas joyas de Frank Sinatra. Al principio, subía a la azotea solo para relajarme, y no pensar en nada, hasta que el hombre comenzó a poner esa música. Los primeros días lloraba como un bebé recordando a Eric, pero con el pasar de los días todo se ha ido asentando. Tras pasar una nueva mágica noche gracias a mi vecino, al que algún día debería dárselas en persona, me voy a casa de nuevo a meterme en la cama y dormir hasta que mañana amanezca un nuevo día, igual que todos, vacío y sin sentido.

*

Alba sigue adaptándose a su nueva vida. Esteban ya no puede estar con ella en casa, así que sus padres se acercan a echarle una mano. No obstante, me pide socorro muchas veces y acudo rauda y veloz. Hoy es uno de esos días.

—Shhhh, está dormida —mi amiga me previene al recibirme con Sofía en brazos. Me asomo a ver su carita de ángel y me muerdo el labio sonriendo. Esa niña acabará rompiendo más de un corazón, aunque su padre ya ha dicho que se comprará una pistola para cuando llegue ese momento. Alba la deja en la minicuna en el salón y nos sentamos en el sofá. Le sugiero que aproveche para darse una ducha ahora que estoy yo aquí e incluso que duerma un poco, ya que está muy cansada. Me lo agradece en el alma y me hace caso. Paso las siguientes tres horas

junto a Sofía, vigilando su sueño y admirando la paz que trasmite. Recibo algunos mensajes en el correo electrónico de algunas empresas, a las que he enviado currículums vitae esta semana. Me volví de Nueva York sin un trabajo fijo y no está resultando nada fácil encontrar uno. Por suerte, cuento con algo de dinero ahorrado para salir adelante. Esteban llega de la oficina y se sorprende al no ver a Alba, pero enseguida le aclaro la situación.

—Está durmiendo, después de ducharse se ha ido a descansar un poco. —Él asiente al entender que su mujer necesite ese descanso y se queda embobado viendo dormir a *su princesita*, como él mismo la llama.

—¿Cómo va todo, Elena? —indaga, quitándose la corbata.

—Como siempre, ni mejor ni peor. —Tengo miedo a preguntarle por Eric, aunque estoy deseando hacerlo.

—Hace tiempo que no hablo con Eric, por si quieres saberlo —me aclara y yo le doy la callada por respuesta.

—Solo espero que esté bien. Me di cuenta muy tarde de lo mal que hice las cosas y, aunque hubiera deseado otro final, quizá sea lo mejor para los dos. —El nudo de la garganta me aprieta por la mentira tan enorme que acabo de echarle. Me despido con rapidez con una excusa tonta alegando que tengo que ayudar a mi madre a hacer unas cosas y me voy.

De camino a casa, las lágrimas fluyen sin control y me odio por ello. Odio seguir llorando por Eric, haber sido tan idiota y haberme dejado llevar por unos celos absurdos. Odio no haber confiado en él cuando jamás me dio un motivo para no hacerlo, pero, sobre todo, haberlo perdido con todo mi ser. Hoy más que nunca necesito subir a esa azotea a flagelarme escuchando canciones que me recuerden a él, aunque a lo mejor hoy en vez del café lo acompaño de un buen ron.

Me cambio de ropa, reviso los correos enviados y preparo un poco de cena antes de subir a mi lugar favorito. Llevo en la mano un paquete de pañuelos, pues presiento que los voy a necesitar. Me hago una coleta alta y el espejo me devuelve el

reflejo de un aspecto horrible: nariz más colorada que un pimiento rojo, ojos llorosos e irritados, y mucha tristeza en ellos. Subo la escalera que lleva a la azotea, donde voy a regodearme en mi pena durante horas, y abro la puerta distraída.

—¡Guauuuu! —Me quedo en la puerta, aún abierta, asombrada ante la azotea completamente iluminada con bombillas pequeñas colgando por las paredes y las verjas que la rodean. Camino despacio y recelosa de que haya alguien aquí arriba, pues que yo sepa la llave la tienen solo mis padres y mis dos mejores amigas.

—Hola —musito con un tono casi inexistente a la vez que contengo el aliento cuando es la voz de Eric la que llega a mis oídos. Lo veo asomarse detrás de una pared, anda lentamente hacia mí, y creo que podría morir justo en aquel mismo instante. Sigue tan guapo como siempre y vuelve a dirigirme esa mirada enternecedora que derrite mi corazón. Suena la canción *Let me try again* de Sinatra, aunque no estoy segura de dónde procede. Llega hasta mí y sujeta mi cara entre sus manos.

—Elena, nunca, jamás, he dejado de amarte. Apareciste un día en mi vida sin avisar y ésta se completó cobrando sentido. No la cambiaría por nada, ni por nadie. Me da igual que seamos diferentes, que pensemos de distinta manera, que discutamos cuando no estemos de acuerdo en cómo hay que hacer las reuniones... Me basta coincidir contigo en querer estar juntos para siempre. Solo tú eres mi amiga, compañera, confidente, mi amante y mi cómplice de una forma generosa, valiente, fuerte, infinita y humana, para siempre. No me lo has puesto nada fácil con todos esos miedos e inseguridades, pero eso ya se acabó. Ahora, solo estamos tú y yo, nada más importa. Te quiero, corazón. —Los latidos de mi corazón resuenan tan fuertes en mi interior que lo siento de nuevo en mi pecho. No puedo evitar emocionarme tras las hermosas palabras de Eric, esas que jamás pensé que volvería a escuchar.

—Eric... —Y antes de poder hablar, lo beso con todas mis ansias, con las ganas que llevo reteniendo meses.

Es un beso dulce y apasionado que se convierte en algo más primitivo cuando

nos abrazamos, y Eric nos da vueltas como si fuéramos una peonza. Las risas cortan el beso y nos apretamos más uno contra el otro deseando sentir todo el amor que lleva tiempo alejado de nosotros. Por fin, me deja en el suelo, con las frentes apoyadas una sobre la otra, la respiración entrecortada y nuestros corazones latiendo al unísono en la misma melodía desde que empezamos a amarnos.

Epílogo

Año y medio después.

Ha pasado más de un año desde que Elena y yo decidimos que nuestras vidas debían tomar el mismo camino. Joder, a veces me sorprendo de la cantidad de cursilerías que llego a soltar por mi boca. Esta mujer me ha hechizado por completo y, aunque no lo reconoceré delante de mis amigos más acérrimos a la vida sin pareja, estoy completamente encantado.

El encuentro de la azotea en su nuevo apartamento fue inolvidable. Olivia, a la que le debo agradecer de nuevo estar junto a su amiga, se volcó conmigo después de echarme la bronca del siglo. Señor, esa mujer cabreada da mucho miedo. No quiero imaginarme cómo tendría al pobre Jesús. Tras ese momento mágico en la azotea hicimos el amor en todas las estancias de la nueva casa de mi Bella, inaugurando cada rincón como Dios manda. Con pocas fuerzas caímos rendidos en la cama y desde aquella noche no nos hemos vuelto a separar. Oli, como mejor amiga, me ayudó a preparar todo aquello una vez que fui consciente de la gilipollez que había cometido al no decirle que sí, un sí, grande, en mayúsculas, con letras de neón, cuando vino a buscarme al aeropuerto. Sin embargo, mi orgullo o las dudas que llegué a albergar sobre nosotros me vencieron y volví a casa hecho una mierda.

Fue poner un pie en tierra y darme cuenta que mi vida ya no significaba nada sin ella, pero me centré en el trabajo, en poner a mi nuevo socio al día de los pormenores en la revista, y en explicarles a mis padres todo lo ocurrido... para olvidarme de aquella verdad que latía en mi pecho a cada momento. Volver a verla en esa habitación de hospital fue el resorte que hizo que esa verdad saltara de nuevo y encendiese la luz en mi cerebro.

Hoy tenemos una comida especial con Alba y Steven antes de que se marchen a Boston a la boda de una empleada de mi amigo.

—Bienvenidos —la mujer de Steven nos saluda con la pequeña en sus brazos. Esta niña cada día está más bonita, con esos enormes ojos negros que iluminan su cara y te atrapan en un simple cruce de miradas. Se lanza a los brazos de Elena, que me da el postre que hemos comprado y su bolso para coger a la niña con una enorme sonrisa en la cara por irse con su tía. Dios, el día que Elena me haga padre creo que voy a morir de pura felicidad.

—¿Dónde es esa boda, Steven? —pregunto mientras doy de comer a la princesita en mi regazo. No es que sea muy habilidoso con los niños pequeños, pero esta niña, que es dulzura en estado puro, me adora.

—Es en Boston, donde tenemos unas oficinas. Hace unos años estuve trabajando allí y conozco a Nicole desde entonces.

—Nicole, que vaya mujer es... Menos mal que tengo bastante contento a este hombre que si no me echaría a temblar —bromea Alba, dirigiendo una mirada pícaro. Éste se sonríe y niega con la cabeza al mismo tiempo que acerca su mano a la de Alba, posándola sobre la suya.

—Desde el día en que te vi no he vuelto a poner mis ojos en ninguna mujer más. —Ambos se miran con auténtico amor y se dan un beso suave y tierno. Antes de conocer a Elena, me jactaba de estas actitudes de mi querido amigo, pero ahora no suelo hacerlo, ya que yo mismo actúo de esa misma forma.

—¿Sabes algo de Oli? —quiere saber Alba, alzando en brazos a Sofía que empieza a lloriquear presa del cansancio. Elena contiene el aire un momento antes de responderle, y yo acaricio su espalda en señal de apoyo.

—No, su madre me ha pedido que no la llame en unos días, pero yo me encuentro mal por no hacerlo. —Y verdaderamente así está mi novia. Elena lleva días compungida, sintiéndose impotente por no poder ayudar a una de sus mejores amigas que es como una hermana.

—Corazón, ya te he dicho que Oli necesita tiempo, dáselo. Verás que dentro de poco querrá que vuelvas a llamarla y a estar a su lado. Aunque físicamente no lo

estáis, ella lo sabe. —Ella asiente con el ceño fruncido, muy preocupada, mientras Alba me da la razón meciendo a la niña que se está quedando dormida en sus brazos.

Nos despedimos de ellos deseándoles que tengan buen vuelo y disfruten en la ceremonia de la empleada de Steven, y volvemos a casa. Estamos tirados en el sofá viendo una peli de superhéroes que nos encantan cuando Elena se gira hacia mí y con un brillo divertido en sus ojos me hace una propuesta.

—Vístete que nos vamos. —Apenas me da tiempo a reaccionar cuando Elena está meneando su cuerpo hacia el baño, y yo no voy a desaprovechar esa oportunidad. Cuarenta minutos más tarde, Elena consigue arrastrarme fuera de casa, aunque por mí hubiéramos seguido disfrutando del jacuzzi, la habitación, el sofá...

—¡Caray! —Alucinado es como me quedo al verla al salir de la habitación, en la que ha estado arreglándose un buen rato. Sonríe mientras guarda en el pequeño bolso de mano un lápiz de labios y un espejo minúsculo—. Estás de infarto, Bella. —Me acerco a ella y le doy un tímido beso en la mejilla con un abrazo de esos en los que te fundes con la mujer que ha marcado tu vida para siempre.

De la mano salimos camino a algún lugar desconocido para mí. Elena se hace la interesante, y no consigo sonsacarle nada de información. Llegamos al Helipuerto de Downtown Manhattan y descubro que vamos a subir en un helicóptero. Me paro en seco sabiendo que a ella le da un vértigo terrible las alturas, y ella se vuelve. Con una bonita sonrisa me hace ver que lo hace por mí, puesto que me encanta mi ciudad y está dispuesta al mal trago solo por hacerme feliz. ¡Joder, amo a esta mujer!

Sobrevolamos el río Hudson pasando junto a la Estatua de la Libertad y volamos sobre Ellis Island divisando el distrito financiero. Cuando vemos el Empire State Building a Elena se le ilumina la cara, ya recuperada del susto inicial. Estoy seguro que debe estar pensando en esa imagen que ha visto cientos de veces en las películas y que ahora está tan cerca de ella.

—Hay tanto que ver que no sé hacia dónde mirar —reconoce emocionada, más

que yo en este punto del viaje. Cojo su mano y la beso con cariño. Ella une su mirada con la mía y se echa sobre mi hombro. Nos mantenemos en esa postura unos minutos más hasta que ella alza su cabeza y coge mi otra mano entrelazando sus dedos con los míos—. Eric, este tiempo a tu lado ha sido indescriptible y quiero pedirte esto porque quizá no vuelva a reunir el valor para hacerlo. A veces me despierto de noche, te observo mientras duermes junto a mí, y me siento abrumada porque eres tan increíble, tan especial... No creo que exista ningún hombre sobre la faz de la Tierra parecido a ti. Y no sé qué hice en otras vidas para merecerte en ésta —hace una pausa, conteniendo la emoción que la embarga por pronunciar estas palabras que están a punto de desbordarse en mi pecho mientras aprieto sus manos y afirmo con la cabeza exhalando un suspiro—, pero sé que estás hecho a mi medida y deseo pasar el resto de mi vida contigo, tratando de hacerte inmensamente feliz, sin medida, como tú me haces a mí.

Jamás pensé que una mujer se me declararía, y Elena lo hace de tal manera que siento deseos de abrazarla y no soltarla nunca más. Nos quedamos callados, con las manos unidas, mirándonos con auténtica adoración, pues lo que sentimos el uno por el otro no tiene otra forma de describirse.

—Eric, Reynolds, ¿te casarás conmigo? —Y con esta pregunta exploto de alegría. Fundo mis labios con los suyos en un baile lento y húmedo que termina por desatarnos. Menos mal que Elena habló con mi padre y el viaje lo hacemos solos, con el piloto únicamente. Subo a Elena a mi regazo para poder tener mejor acceso a su boca y la aprieto fuerte contra mí, como si quisiera retenerla allí para siempre. Cuando conseguimos separarnos, ella apoya su frente sobre la mía, aún con los ojos cerrados, buscando acompasar nuestras respiraciones.

—¿Es eso un sí? —me pregunta, tras abrir los ojos conectando su mirada con la mía. Le sonrío y vuelvo a besarla desesperado por estar con ella en la que se ha convertido en nuestra casa.

—Es un sí rotundo —le contesto, obteniendo un enorme abrazo por su parte. Elena parece afectada, pues cierra sus preciosos ojos de nuevo y respira

entrecortadamente. Acaricio su mejilla y alzando su cara con delicadeza obligándola a que los abra de nuevo y me explique qué sucede. Cuando lo hace, veo que, simplemente, hay demasiado amor en su corazón y que este momento la está sobrepasando.

—Me gusta sentir los latidos de tu corazón. Me gusta empaparme con tu sudor. Me gusta respirar el aire de tu boca y oler el perfume de mi piel sobre la tuya. Estos meses separados uno del otro, he recordado tus besos, tu risa, tus ojos, esa sonrisa tan tierna que derrite mi corazón... Mis recuerdos no me daban tregua porque estás dentro de mí. —Coge mi mano y la posa sobre el pecho en el exacto lugar donde se encuentra su corazón—. Fuiste tan paciente, generoso, cariñoso, amable, fuerte por los dos y dulce que jamás tendré tiempo suficiente de agradecértelo. Yo nunca dejé de amarte, Eric. Sé que soy cabezota y que es difícil lidiar conmigo, pero te pido de nuevo un gran favor: no me sueltes.

—Jamás, corazón. —Pocas veces dos palabras, que no son «Te quiero», cobran tanta fuerza. Para Elena fui el motor, el empuje que necesitó en un momento de debilidad, cuando no supo andar sola, cuando el miedo se adueñó de su ser y los demonios ganaron la batalla. Hoy sé con certeza que ha superado todo eso y que, tras regresar a por ella, volví a ser esa persona que le ayuda a respirar, a sentir de nuevo, que alienta su ser valiente para ser ella de nuevo, Elena. Y por la forma de mirarme, está convencida que jamás me soltará y, por supuesto, nunca lo haré.

Fin

Agradecimientos



Un año después han vuelto Alba, Elena y Oli con fuerza. Cuando escribí la historia de la primera de las Tres Marías, jamás pensé que las otras vieran la luz. Con Elena me ha sucedido algo bastante peculiar, y es que me he sentado en muchas ocasiones ante el portátil a plasmar su historia, sin llegar a convencerme nunca del todo. Quizá porque la historia de su amiga Alba gustó tanto que el pánico a que ésta defraudara se adueñaba de mí y no me sentía preparada.

En el camino desde la primera novela he ido aprendiendo, a veces con aciertos y orgullo, otras con fracasos y decepciones. Por eso, quisiera dar las gracias a todas esas personas que apostaron por lo que Scarlett tenía que expresar ayudándola a ir madurando en esto de las letras. Y aquí sigo, en pie, rodeada de una familia mágica que me ha apoyado desde el principio en esta locura tan alejada de mi vida «real», a mis amigos que muchas veces son mi bastón y que me sujetan sin pedírselo, y a las compañeras escritoras que he conocido y que forman parte de mi vida diaria con las que comparto esta pasión por la novela romántica. Gracias a mis chicas Butler por su confianza, sus ánimos, sus críticas y sus opiniones, por darle la oportunidad a los sueños de Scarlett y por enseñarle qué significa ser escritora.

Y gracias, muy en especial, a mis Master Chef: Laura, Patricia y José, por acompañarme en el camino desde que os dije que escribía literatura romántica, por leerla a pesar de no ser vuestro estilo, por las críticas, las risas, las charlas, los viajes, la paciencia infinita, por esos postres y esas comidas ricas. Por hacer mi vida aún más plena y por convertirlos en parte de mi familia. GRACIAS.

A veces hay gente lejos de ti físicamente, pero no de tu corazón, a veces hay

gente que conoces por casualidad y das las gracias por haberlo hecho, a veces hay gente que te ayuda, te apoya y tira de ti cada día, a veces hay gente de la que aprendes cada vez que habla, a veces hay gente a la que quieres en la distancia y quisieras tener más cerquita, y a veces hay gente que se cruza en tu camino en el momento oportuno. Ellas lo hicieron y no puedo más que estarles agradecida. Alejandra y Rocío, con vosotras, sobran las palabras.

Y por supuesto, quiero dar las gracias al lector que le ha dado una oportunidad a una nueva historia, gracias por acompañar a Elena y Eric en este camino, por hacer que el tiempo que ha durado esta lectura hayan existido de verdad y se hayan hecho reales en tu mente y en tu corazón. Gracias por hacerme vivir momentos tan bonitos, por estar en cada paso que doy, y por leer algo que he guardado tanto tiempo muy dentro.

GRACIAS, Scarlett Butler

